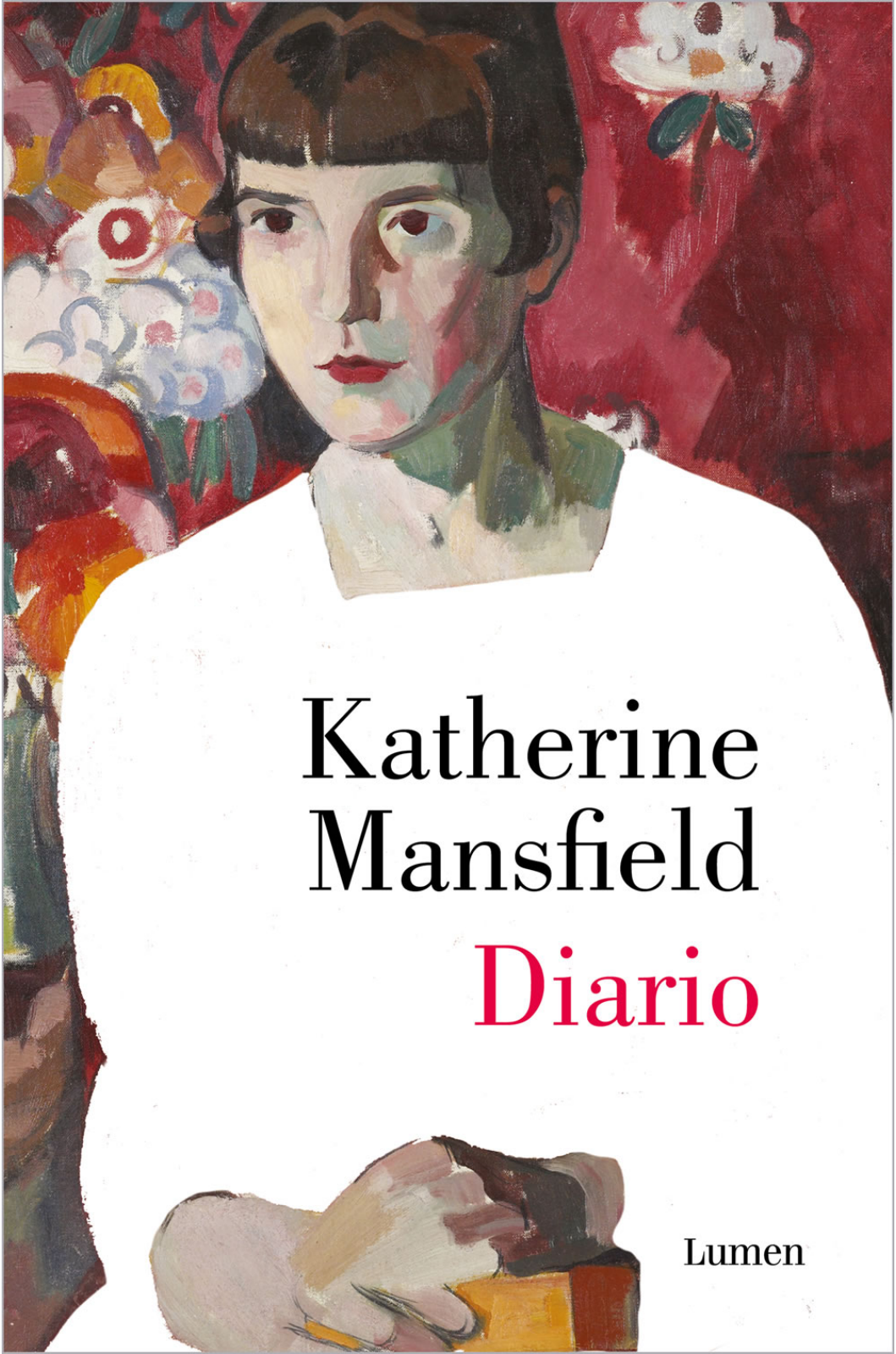

Katherine Mansfield

Diario

Lumen

Diario

Katherine Mansfield

Traducción del inglés de
Aránzazu Usandizaga Sainz

Prólogo de Virginia Woolf

Lumen
narrativa

Diario

Esta es la traducción de la edición de 1927 de *Journal of Katherine Mansfield*. Fue preparada y editada por John Middleton Murry, quien a menudo recurría a las iniciales para no herir los sentimientos de aquellos que todavía vivían cuando se editó. Las abreviaturas más importantes son las siguientes: J = él mismo; L. M = Ida Baker, amiga y compañera de Katherine Mansfield, a quien ella llamaba «Lesley Moore»; L = D. H. Lawrence; F = Francis Carco (escritor francés del que Katherine Mansfield se creyó enamorada al comienzo de 1915); K = Kotelianski (amigo íntimo, contribuyó a introducir a Chéjov al público inglés). Existen otras abreviaturas menos importantes, por ejemplo: A. R. = Amber Reeves, B. C. = Beatrice Campbell, C = Gordon Campbell, D = Raymond Drey, A = Anne Rice, K. T. = «Katie», es decir, ella misma. Para más información sobre el círculo de la escritora, véase *Katherine Mansfield*, la biografía escrita por Claire Tomalin.

Una inteligencia terriblemente sensible

Dice el señor Murry que los autores de relatos breves más valorados en Inglaterra están de acuerdo en opinar que, como autora de relatos breves, Katherine Mansfield era *hors concours*. (1) Nadie la ha sucedido, y ningún crítico ha sido capaz de definir su calidad. Pero esta cuestión no le incumbe al lector del diario de Katherine Mansfield. Lo que nos interesa de su diario no es ni la calidad de su escritura ni el nivel de su fama, sino el espectáculo de una mente —una mente terriblemente sensible— recibiendo una tras otra las impresiones fortuitas de ocho años de vida. El diario fue un compañero místico de la autora. «Ven mi nunca visto, mi desconocido, hablemos», dice cuando comienza un nuevo volumen. En el diario anota hechos: el tiempo, un compromiso; esboza escenas; analiza su carácter; describe a una paloma, un sueño o una conversación; nada podría ser más fragmentado; nada más privado. Nos parece estar contemplando una mente a solas consigo misma; una mente que piensa tan poco en el lector que incluso de vez en cuando utiliza una taquigrafía propia o, como tiende a hacer la mente en su soledad, se divide en dos para hablar consigo misma. Katherine Mansfield sobre Katherine Mansfield.

Pero a medida que se acumulan los fragmentos, nos vemos dándoles orden, o más probablemente, recibiendo de Katherine Mansfield una dirección. ¿Desde qué perspectiva contempla la vida, ahí sentada, con su terrible sensibilidad, registrando una tras otra impresiones tan diversas? Es una escritora; una escritora nata. Todo lo que siente, oye y ve no es fragmentario

ni desplazado; pertenece en conjunto a su escritura. A veces apunta comentarios pensados directamente para un relato. «A ver si cuando escriba sobre aquel violín recuerdo cómo asciende y desciende triste; cómo *busca*», anota. O bien, «*Lumbago*. Es algo muy extraño. Tan repentino, tan doloroso. Tengo que recordarlo cuando escriba sobre algún anciano. La iniciativa de levantarse, el descanso; la mirada furiosa, y cómo, de noche, tumbado en la cama, uno parece que está *bloqueado*…».

De nuevo es el momento mismo el que añade verdadero significado, y la autora traza un esbozo para conservarlo. «Está lloviendo, pero el aire es suave, brumoso, cálido. Grandes gotas de lluvia repiquetean sobre las lánguidas hojas, las flores de tabaco se inclinan. Ahora se oye un susurro en la hiedra. Ha aparecido Wingley del jardín de al lado; salta desde la pared. Y con delicadeza, levantando las patas, estirando las orejas, muy asustado de que le alcance la gran ola, atraviesa el lago de hierba verde.» La Hermana de Nazaret «pide dinero mostrando sus encías pálidas y sus dientes grandes y descoloridos». El perro delgado. Tan delgado que su cuerpo es como «una jaula sobre cuatro estacas de madera», corre calle abajo. De alguna manera la autora siente que el perro delgado es la calle. Todo esto nos hace estar entre relatos inacabados; aquí un principio; aquí un final. Solo necesitan un lazo de palabras que los recoja y complete.

Pero el diario es tan privado y tan instintivo que incluso permite que otro yo se desgaje del yo que escribe, que se separe y observe al primero cuando escribe. El yo que escribe es un yo extraño; a veces nada le induce a escribir. «Hay tanto por hacer y hago tan poco. La vida aquí sería casi perfecta si trabajara siempre que *pretendo* estar haciéndolo. Mira los relatos que esperan y esperan justo en el umbral… *Día siguiente*. Pero pongamos esta mañana por ejemplo. No deseo escribir nada. El

día está gris; pesado y monótono. Y los relatos parecen irreales, como si no mereciera la pena escribirlos. No quiero escribir; quiero *vivir*. ¿A qué se refiere? No es fácil de decir. ¡Pero ahí está!»

¿A qué se refiere? Pocos han sentido con mayor seriedad que ella la importancia de escribir. En todas las páginas de su diario, por instintivas y rápidas que sean, su actitud hacia su trabajo es admirable, sensata, corrosiva y austera. No hay cotilleo literario; nada de vanidad, ni celos. Aunque en los últimos años tuvo que estar al corriente de su éxito, no lo menciona. Sus propios comentarios referentes a su trabajo son siempre penetrantes y críticos. A sus relatos les faltaba riqueza y profundidad, dice; solo conseguían «rozar la superficie, nada más». Pero escribir solo la expresión adecuada y sensible de las cosas no basta. Se tiene que fundamentar en algo no expresado; y este algo debe ser sólido y completo. Katherine Mansfield busca algo curioso y difícil, sometida a la desesperada presión de su enfermedad cada vez más grave. El rastro de su búsqueda aparece en momentos esporádicos, difíciles de interpretar tras la claridad cristalina que se necesita para escribir verazmente. «Nada valioso puede proceder de un ser desunido», escribe. Es imprescindible poseer salud interior.

Tras cinco años, y sin desesperarse, dejó de luchar por recuperar la salud de su cuerpo; porque creyó que su enfermedad era anímica, y que su curación no dependía de tratamiento físico alguno sino de una «hermandad espiritual» como la de Fontainebleau, el lugar en el que pasó los últimos meses de su vida. Pero antes de irse escribió el resumen de sus creencias, con el que concluye su diario.

Deseaba estar sana, escribe; pero ¿a qué se refiere con la palabra salud? «La salud», escribe, «significa para mí poder llevar una vida plena, adulta, viviendo, respirando vida, en contacto estrecho con lo que amo: la tierra y sus maravillas, el

mar, el sol… Además quiero *trabajar*. ¿En qué? Deseo intensamente vivir para poder trabajar con las manos, con mis sentimientos y mi cerebro. Deseo un jardín, una casa pequeña, hierba, animales, libros, cuadros, música. Deseo ponerme a escribir a partir de esto, dando expresión a todo ello. (Aunque escriba sobre taxistas, eso no tiene importancia.)» El diario concluye con las palabras «Todo está bien». Y puesto que murió tres meses después de escribir estas palabras es tentador pensar que representan cierta conclusión; una conclusión que la enfermedad y la intensidad de su propia naturaleza le llevaron a hallar a una edad en la que la mayoría de nosotros vivimos holgazaneando cómodamente entre apariencias e impresiones, entre diversiones y sensaciones que nadie amó tanto como ella.

VIRGINIA WOOLF

The Nation and Athenaeum, 10 de septiembre de 1927
New York Herald Tribune, 18 de septiembre de 1927

Introducción

Katherine Mansfield (Katherine Middleton Murry, de soltera Kathleen Beauchamp) nació en Wellington, Nueva Zelanda, el 14 de octubre de 1888. Era la tercera de una familia de cinco hijos. Los Beauchamp llevaban tres generaciones en Australia y Nueva Zelanda. Katherine Mansfield pasó la mayor parte de su infancia en una pequeña aldea llamada Karori, a pocas millas de Wellington, donde había una única escuela, en la que compartió las clases con el hijo del lechero y las hijas de la lavandera (véase «La casa de muñecas»). Está documentado que a los nueve años le aceptaron su primer relato —recuerdo haberla oído decir que apareció en una revista llamada *The Lone Hand*— y que, a esa misma edad, ganó el primer premio de redacción de la escuela de la aldea. El tema fue «Un viaje marítimo».

A los trece años la enviaron a estudiar a Inglaterra, al Queen's Collage, en Harley Street, donde permaneció hasta los dieciocho años, y se encargó de la edición de la revista escolar. Como otros jóvenes de su generación, su libertad intelectual despertó gracias a su admiración por Oscar Wilde y por los «decadentes» ingleses, pero su interés derivó pronto de la literatura a la música. Se convirtió en entusiasta y excelente intérprete del violoncelo.

En contra de su voluntad volvió a Nueva Zelanda y pasó los dos años siguientes en rebelión casi constante contra lo que entonces ella consideraba la estrechez de miras y el provincianismo de una ciudad colonial lejana. Como es natural,

Londres le parecía el centro vital de toda actividad artística e intelectual. Una familia de Wellington dedicada a la música, íntimos amigos suyos, que eran para ella un oasis en lo que le parecía entonces un desierto intelectual, dejaron Nueva Zelanda para instalarse en Londres. Su partida la desesperó, y se enroló en una dura expedición a la selva neozelandesa. A su vuelta a casa, convenció a sus padres para que le permitieran vivir en Inglaterra con una pequeña asignación económica.

Poco después, abandonó definitivamente la música por la literatura. Sin descanso y sin éxito empezó a enviar manuscritos a los editores y, en su esfuerzo por sobrevivir, vivió una serie de experiencias variadas como intérprete de papeles menores en compañías de ópera itinerantes y otros trabajos de este estilo, hasta que el editor de *The New Age* reconoció la calidad de sus escritos, de modo que entre 1909 y 1911 colaboró con bastante asiduidad en el periódico. En 1911 publicó *En una pensión alemana*, una serie de relatos que había escrito para *The New Age*, basados en su convalecencia en Alemania. El libro se ganó el inmediato reconocimiento. Había alcanzado su tercera edición cuando las ventas se vieron desastrosamente interrumpidas por la quiebra inesperada del editor. La autora recibió un adelanto de quince libras esterlinas a cuenta de los derechos de *En una pensión alemana*, que naturalmente nunca llegaron.

La conocí en diciembre de 1911, en casa del novelista W. L. George. Yo era entonces estudiante de Oxford y editor, junto con Michael Sadleir de una revista literaria juvenil llamada *Rhythm*. Katherine Mansfield empezó a escribir relatos para ella con regularidad. El primero, «The Woman at the Store», de escaso éxito. Katherine Mansfield y yo coeditamos los tres últimos números de la revista *Rhythm*, que duró aproximadamente un año más, y pasó a titularse *The Blue Review*. La mayor parte de los relatos que escribió para la

revista, a veces dos al mes, volvieron a publicarse en *Algo infantil y otros cuentos*.

Cuando, en julio de 1913, desapareció *The Blue Review*, Katherine Mansfield se quedó sin un lugar donde escribir. Todos los editores a los que envió el bellísimo relato «Algo infantil pero muy natural», escrito en París en diciembre de 1913, lo rechazaron sin excepción. No hubo manera de colocar ninguno de sus relatos hasta el invierno de 1915, cuando ella, D. H. Lawrence y yo preparamos tres números de una pequeña revista, escrita enteramente por nosotros tres, llamada *The Signature*. La revista desapareció a los dos meses, y de nuevo Katherine Mansfield se quedó sin un lugar donde escribir hasta que me convertí en editor de *The Atheneum*, en 1919. En 1918 algunas revistas inglesas publicaron tres de sus relatos. «Felicidad» en *The English Review*; «Cine» y «El hombre apático» en *Art and Letters*. En 1917, sin embargo, Hogarth Press publicó *Preludio y otros relatos* en forma de pequeño libro azul, y en 1918 mi hermano y yo editamos *Je ne parle pas français* para distribuirlo en privado.

Preludio marca el principio de la fase final del desarrollo artístico de Katherine Mansfield. Como a otros muchos autores de su generación de menor talento que el de ella, la guerra le produjo un gran impacto interior. Durante bastante tiempo se vio superada por el caos al que estuvieron sometidos sus pensamientos, sus ideales y sus propósitos. Lentamente empezó a pensar en su primera infancia como una forma de vida al margen y no contaminada por la civilización mecánica que había desencadenado la guerra. El momento clave llegó en 1915 cuando su muy querido hermano menor llegó a Inglaterra para alistarse como oficial en el ejército inglés. El encuentro con él fue el núcleo en torno al que cristalizaron sus cambios de actitud. Ambos hablaron sobre su infancia durante largas horas, y Katherine Mansfield decidió dedicarse a recrear su

pasado tal como lo había vivido y sentido en Nueva Zelanda. La muerte de su hermano un mes después la confirmó en su propósito y muy poco después se instaló en Bandol, en el sur de Francia, y empezó a trabajar en un relato largo sobre su infancia llamado «The Aloe», que se publicó en forma abreviada como *Preludio*.

Cuando apareció *Preludio* como un libro azul, no despertó interés alguno. La mayoría de los periódicos a los que se envió no le dedicaron ningún comentario y los dos que lo mencionaron no vieron en él nada excepcional. Pero Katherine Mansfield tuvo su momento de éxito cuando el impresor local de cuyos talleres salió el libro, al leerlo, exclamó: «¡Vaya! Pero, ¡si estos niños son *reales*!». Katherine prefirió siempre las alabanzas de la gente sencilla, no literaria, a las de las personas cultas y a las de los críticos; esta preferencia se intensificó con el tiempo, cuando, tras la publicación de *Felicidad*, empezó a recibir cartas de personas sencillas a las que había gustado la obra, sobre todo el personaje de la niña Kezia. Se sentía responsable ante este tipo de lectores y creía que estaba obligada a decirles la verdad y solo la verdad. Su preocupación por la verdad, tanto en su narrativa como en su propia vida, se convirtió en una pasión devoradora en sus últimos años. Mansfield se apartó de la literatura moderna: solo le parecía «verdad» una parte muy pequeña de ella. «Los escritores no son humildes», solía decir; no estaban al servicio de las grandes causas a las que se debe la literatura.

Entretanto *Preludio* no pasaba de ser un *succès d'estime*, si es que llegaba a serlo. Su calidad verdaderamente original y única no se valoró de verdad hasta que apareció como primer relato de *Felicidad*.

En diciembre de 1917, justo al terminar la revisión del manuscrito de *Preludio* previa a la impresión, Katherine Mansfield sufrió un ataque serio de pleuresía. La tristeza y

depresión de un Londres sin sol, ensombrecido en ese momento por la guerra, afectaron profundamente a una persona como ella, que había pasado su infancia en un clima más benigno. Añoraba el sol; confiaba en que con solo volver a Bandol, la aldea al sur de Francia que tanto amaba, se repondría inmediatamente. Abandonó por tanto Inglaterra a principios de enero de 1918, pero en aquel último año de guerra las condiciones para desplazarse por Francia habían empeorado tanto que las dificultades del viaje (que tuvo que realizar sola) perjudicaron su salud. Para su desilusión, la misma ciudad de Bandol había cambiado totalmente; también la guerra la había echado a perder. En cuanto llegó, enferma y sola, le entró un gran deseo de regresar a Inglaterra. La mala suerte se tiñó de tragedia al impedirle su regreso inmediato. Las autoridades tardaron semanas en concederle permiso para volver; el día en que llegó por fin a París, debilitada y muy enferma, se inició el largo bombardeo de la ciudad y se suspendió el tráfico civil entre Inglaterra y Francia. Los sufrimientos del viaje a Francia transformaron su pleuresía en tuberculosis.

Pasó el verano de 1918 en Looe, en Cornualles, y regresó a una casa nueva en Hampstead para pasar el invierno. En la primavera de 1919 me hice cargo de la publicación de la revista *The Atheneum*, y ella empezó con sus críticas de novelas, colaboraciones semanales que firmaba con sus iniciales, K. M., y que no tardaron en hacerse famosas. Poco después pasó a escribir un relato mensual para la revista. Pronto algunos editores le pidieron, por primera vez, que publicara sus relatos compilados, y a principios de 1920 apareció *Felicidad* por la que le pagaron cuarenta libras esterlinas.

Antes de que apareciera el volumen, se vio obligada a abandonar Inglaterra a causa de su enfermedad. Pasó el invierno de 1919-1920 en Ospedaletti y Mentone, donde le llegó la noticia del éxito de su libro. Volvió a Hampstead en

verano, y en septiembre se dirigió de nuevo a Mentone, de donde partió en mayo de 1921 para trasladarse a Montana, en Suiza.

En el otoño de 1921 terminó *Fiesta en el jardín y otros cuentos*, que se publicó en la primavera de 1922 mientras la autora estaba en París, adonde acudió en febrero para recibir un tratamiento especial. Tras la publicación de *Fiesta en el jardín y otros cuentos* fue considerada la autora inglesa de relatos más destacada de su generación.

Pero ya en 1922 escribir le resultaba una lucha casi imposible, no solo por la enfermedad, sino por la convicción interna de que antes de seguir escribiendo, antes de merecer expresar toda la verdad que su imaginación era capaz de comprender, le era imprescindible someterse a un proceso de purificación interior. En julio de 1922 terminó «El canario», el último relato completo que escribió. En el mes de octubre de ese mismo año abandonó la escritura, temporal e intencionadamente, y se retiró a Fontainebleau, donde murió repentina e inesperadamente la noche del 9 de enero de 1923.

Me resulta difícil intentar valorar críticamente el trabajo de Katherine Mansfield. Durante años estuve implicado en él. Creí en él, lo publiqué, y en algún caso esporádico lo imprimí con mis propias manos. Y ahora, y siempre, me es y me será imposible distanciarme de él. Solo puedo decir que su trabajo me parece de una finura y pureza superior a la de sus contemporáneos. Es más espontáneo, más vívido, más delicado y más hermoso. Katherine Mansfield respondió a la vida más intensamente que cualquier otro escritor que yo haya conocido, y el efecto de la intensidad de su respuesta está en su obra.

Es más afín a la de los poetas ingleses que a la de los autores en prosa. No se la puede relacionar con ningún autor en prosa inglés.[1] La revolución que Katherine Mansfield introdujo en el arte del relato corto en Inglaterra fue totalmente personal.

Son muchos los autores que han intentado continuar su trabajo; ninguno ha alcanzado un resultado medianamente comparable. Su secreto desapareció con ella. Y los numerosos críticos que han intentado definir las cualidades de su trabajo y lo que lo hace imposible de imitar se han visto obligados a renunciar a su empeño, desesperados. Es digno de consideración, sin embargo, que la admiración más incondicional por su trabajo proceda sobre todo de los autores de relato breve más destacados de Inglaterra: H. G. Wells, John Galsworthy, Walter de la Mare, H. M. Tomlinson, Stacy Aumonier, Barry Pain, Ethel Colburn Mayne. Estos autores la aclaman con una sola voz como *hors concours*, aunque, como a cualquier crítico, les resulta muy difícil decir en qué radica su superioridad. Tal vez el hecho más destacado es que sus obras han alcanzado un éxito popular poco común. Seguramente por tratarse de un arte de índole extrañamente instintivo, muchas personas sencillas leen y adoran sus relatos, y reconocen en sus personajes una realidad viva muy poco frecuente en la literatura. Y es posible que la crítica más sencilla sea la más verdadera, y que el juicio más adecuado sobre su escritura sea la del impresor que ya he citado: «Pero ¡si estos niños son *reales*!».

A quien, como yo, la conoció íntimamente, y (en cierto sentido) trabajó con ella durante la mayor parte de su carrera de escritora; a quien copió y puntuó y criticó sus relatos mientras los estaba escribiendo, le resulta imposible silenciar un aspecto de su naturaleza que, en mi opinión, fue clave para comprender una cualidad muy particular de su trabajo: solo se me ocurre describir esta extraña cualidad como una clase de pureza. Es como si el espejo a través del que contemplaba la vida hubiera sido diáfano como el cristal. Y esta cualidad de su trabajo se correspondió con una cualidad de su vida. Katherine Mansfield fue natural y espontánea como ninguna otra persona que yo haya conocido. Parecía adaptarse a la vida como una

flor se adapta a la tierra y al sol. Sufría intensamente y gozaba enormemente; pero su sufrimiento y su gozo no eran nunca parciales, llenaban todo su ser. Fue completamente generosa, completamente valiente; cuando se entregaba a la vida, al amor, a aquel espíritu de la verdad al que servía, lo hacía con la grandeza propia de una reina. Amaba la vida —con toda su belleza y su dolor—; aceptaba la vida en su totalidad, y tenía derecho a aceptarla porque había soportado todo el sufrimiento con el que la vida es capaz de castigar a una sola persona.

He redactado este breve esbozo biográfico para informar a las numerosas personas que me han preguntado sobre los detalles de la vida de Katherine Mansfield. Lo incluyo aquí como telón de fondo del *Diario* y de los dos volúmenes de cartas que estamos preparando para su edición. En cuanto al *Diario*, el texto exige también unas pocas palabras introductorias.

En varios momentos de su vida Katherine Mansfield consideró escribir para su publicación «una especie de libro de notas detallado» (véase la entrada del 22 de enero de 1916). Sus manuscritos demuestran que la autora intentó en tres ocasiones poner en práctica su proyecto, y en una incluso llegó a pedirme que buscara un editor que lo publicara. Las notas para ese «libro de notas» procederían de entradas de su diario. En unos pocos casos, en mayo de 1919, por ejemplo, la entrada original del *Diario* y la nota constan en el texto, una junto a otra.

El resto del material que compone el *Diario* es diverso: notas breves (y a veces difíciles) para relatos, fragmentos de diarios, cartas no enviadas y confesiones dispersas por sus manuscritos. En estos casos he añadido una explicación mínima para hacerlos comprensibles.

A excepción de una única entrada, el *Diario* empieza en 1914. «Los enormes y quejosos diarios» a los que se refiere

Katherine Mansfield (14 de febrero de 1916) se destruyeron todos. Mansfield era implacable con su pasado, y no me cabe duda de que lo que ha sobrevivido es casi totalmente lo que, por la razón que fuera, ella quiso que sobreviviera.

JOHN MIDDLETON MURRY

1910

[K. M. destruyó implacablemente cualquier referencia al periodo entre su regreso de Nueva Zelanda a Inglaterra en 1909 y 1914. El fragmento que sigue es cuanto queda de sus «enormes y quejosos diarios» (véase entrada correspondiente al 14 de febrero de 1916). Corresponde a 1910, a la estancia en Baviera que le inspiró su primer libro, *En una pensión alemana*. En las entradas de su diario correspondientes a diciembre de 1920 se puede encontrar otra alusión a su desánimo mientras estuvo en Baviera.]

Junio [1910]. Por fin ha acabado este fatigoso día, y el crepúsculo se empieza a colar entre las ramas del castaño empapado. Creo que debí resfriarme ayer en mi maravilloso y exultante paseo, porque hoy estoy enferma. He empezado a trabajar pero no he podido. Curioso llevar dos pares de medias y dos abrigos y una botella de agua caliente en junio, y seguir tiritando… creo que es el dolor lo que hace que me sienta aturdida. Estar sola todo el día, en una casa en que todos los ruidos parecen extraños, y sentir una terrible confusión en el cuerpo que afecta la mente, que de repente dibuja incidentes terribles, personalidades repulsivas de las que solo me libro para que vuelvan a reaparecer otra vez a medida que aumenta el dolor. ¡Ay de mí! No volveré a andar descalza por los bosques salvajes nunca más. Hasta que me haya acostumbrado al clima…

Lo único reconfortante que puedo imaginar es a mi abuela metiéndome en la cama y llevándome un tazón de pan y leche caliente, y, de pie con las manos cruzadas, el pulgar izquierdo sobre el derecho, diciendo con su voz adorable: «¿Verdad que estás bien, mi vida?». ¡Oh! Eso sí sería un milagro de felicidad.

Despertarme después y encontrarla levantando las sábanas para ver si tengo los pies fríos y envolviéndomelos en una pequeña prenda rosa, más suave que la piel de gato… ¡Ay de mí!

Domingo por la mañana. Y un domingo más… Hoy sigue lloviendo; una lluvia continua y persistente que parece que nos lleva de una mañana a otra. Cuando terminé de escribir, bajé a cenar, tomé un poco de sopa, y el viejo doctor sentado a mi lado me dijo de pronto: «Por favor, ve a la cama *ahora mismo*», y me fui como un cordero y bebí un poco de leche caliente. Fue una noche de agonía. Cuando por fin sentí que llegaba la madrugada, encendí una vela, miré el reloj, ¡y descubrí que solo eran las doce menos cuarto! Ahora sé lo que es luchar contra el deseo de tomar un medicamento. El Veronal estaba en la mesa junto a mi cama. Olvido —sueño profundo— ¡con solo imaginarlo! Pero no tomé ni una pastilla. Ahora estoy levantada y vestida…

1914

[En febrero de 1914, cuando escribió en el diario las entradas que siguen, Katherine Mansfield y yo vivíamos en París, en el 32 de la rue de Tournon. Nos resultó imposible ganar lo suficiente para mantenernos y yo tuve que regresar a Londres para buscar trabajo.]

«Un bienestar tranquilo, irresistible, de índole casi místico, y sin duda alguna vinculado a condiciones físicas» [*Journal of Dorothy Wordsworth*].

Dorothy escribe:

William (P. G.) está muy bien,
y alegremente serio —ya lo conocéis—
habla con plantas y campánulas
y holgazanea todo el día de verano
ya que se lo puede permitir.
(P. G. también en esto) ¿Quién
está más autorizado a ello por la divinidad que él?
se levanta y desayuna a las siete en punto,
a continuación pega algunas hojas de helecho en su libro,
hasta que llega su leche de las once
con dos bollos que el cocinero acaba de sacar del horno.
Entonces pasea al sol
hasta que comemos a la una y media.
«Dios y el cocinero son muy buenos»,
dice William riéndose, disfrutando de la comida.
(A veces se me llenan los ojos de lágrimas:
¡Qué bondadoso es, y oh, qué sensato!)
Después, se sienta y me lee
hasta las cuatro, hora en que tomamos el té.
Querida, no vas a creer
que William pueda suspirar y conmoverse

por un relato simple e infantil
como «Mary pisó un caracol»
O «El pequeño Ernie perdió la pala».
Luego camina una buena media milla
con el fin de recobrar el apetito
para la sustanciosa cena campestre,
que tomamos ya de noche.
Hacia las nueve está en la cama y bien dormido,
no *roncando*, sino durmiendo muy profundamente,
desde luego, muy profundamente dormido…

Y así sucesivamente *ad lib*. ¡Vaya un hombre Pa![2]

Voy a leer a Goethe. A excepción de unos pocos poemas, no conozco bien nada suyo. Voy a leer inmediatamente *Poesía y Verdad*.

«Cuando ya se ha hecho todo, la vida humana, en su momento mejor y más grande, no es más que un niño pequeño y malcriado con el que hay que jugar y al que hay que consentir un poco hasta que se duerme, entonces, el cuidado acaba» (Temple).

Este es el tipo de tensión —no por lo que dice y significa, sino por su ritmo y cantinela— que me lleva a escribir.

El niño en mis brazos

«¿Vas a tocarme teniendo como tengo al niño en brazos?» No es un simple cumplido. Cambia la palabra «vas» por la palabra «puedes» y se transforma en algo *tief, sehr tief*![3] Estaba ahora mismo pensando que apenas me atrevo a dar rienda suelta a mis pensamientos sobre J. y a mi deseo de J. Y he pensado: si tuviera un hijo, ahora jugaría con él y *me abandonaría* a él y lo besaría y lo haría reír. Y utilizaría al hijo para protegerme de mis más profundos sentimientos.

Cuando sintiera: «No, no voy a volver a pensar en esto; es intolerable e insoportable», bailaría con el bebé.

Creo que eso es cierto en el caso de todas las mujeres. Y explica la curiosa mirada de seguridad que se observa en las madres jóvenes: están a salvo de cualquier sentimiento extremo gracias al niño que llevan en brazos. Y explica también el caso de las mujeres que llaman «niños» a los hombres. Son mujeres que se saturan con sus hombres, se sacian hasta el punto de perder toda compasión. Observa la sonrisa satisfecha y astuta de las mujeres que dicen: «¡Los hombres no son más que niños!».

«Ninguno de los dos estaba lo suficientemente enamorado como para imaginar que trescientas cincuenta libras esterlinas al año les proporcionarían todas las comodidades de la vida» (Elinor y Edward, de Jane Austen). ¡Dios mío!, digo yo.

Fui a la habitación de J. y miré por la ventana. Atardecía, quedaba poca luz, y la que allí había era muy suave: la Hora Extraña; cuando la gente nunca aparece bien enfocada. Vi a un hombre que iba arriba y abajo por la carretera, parecía una mosca subiendo por la pared, y a un grupo de hombres haciendo fuerza con una carretilla, todo traseros y pies. En la casa de enfrente, tras una ventana de la planta baja protegida por grandes barrotes, estaba sentada una chica morena que llevaba un chal gris y leía un libro. Iba peinada con la raya en medio y tenía una cara pequeña y ovalada. Resultaba muy atractiva, sentada así junto a la ventana con el blanco brillante del libro. Sentí una especie de capricho español…

Es como si Dios abriera la mano y te permitiera bailar un rato sobre ella y luego la cerrara con fuerza; con tanta fuerza que no pudieras ni llorar… El viento es terrible esta noche. Estoy muy cansada, pero no me puedo acostar. No puedo ni

dormir ni *comer*. Demasiado cansada.

«Lo que sufría P. era el toque del arte, el toque mágico e inexorable que transforma a pesar de nosotros; el que no duda en poner a prueba y examinar los materiales que ha de transformar, pero que jamás deja de transformarlos.»

[A finales de febrero de 1914 regresamos a Londres con poco más que lo puesto. Pasamos unas semanas en un piso alquilado en Beaufort Mansions, Chelsea. Desde las ventanas de atrás se podía ver un almacén de maderas y un cementerio.]

Un sueño

6 de marzo. K. T. y su hermana iban andando por una carretera que lindaba por un lado con una colina alta y por el otro con un barranco profundo. Tan profundo era el barranco que las peñas del fondo brillaban como puntas de dientes afilados y diminutos. La hermana estaba muy asustada y se aferraba a su brazo temblando y llorando. Así que K. T. disimuló su terror y dijo: «No pasa nada. Todo va bien». Llevaba un manguito pequeño de piel negra cubriéndole una mano.

De repente avanzaba hacia ellas un carruaje como el de su libro de latín, tirado por seis caballos achaparrados y conducido por un cochero con una gorra en forma de calavera. Iban a un galope furioso, pero el cochero estaba tranquilo; con una sonrisa callada y perversa en los labios.

—¡K. T.! ¡K. T.! Tengo miedo —sollozó la hermana.

—No pasa nada. Todo va bien —le riñó K. T.

Pero mientras contemplaba el carruaje, ocurrió algo insólito. Aunque los caballos mantenían un galope violento, no se aproximaban a ella y a su hermana *sino que galopaban hacia atrás*, mientras el cochero sonreía con gran satisfacción. K. T. cubrió la cara de su hermana con el manguito.

—Ya se han ido. Se han ido del todo.

Pero ahora el estruendo ensordecedor venía de detrás de ellas como el sonido de un ejército de jinetes de armaduras batientes. El ruido era cada vez más fuerte y estaba cada vez más cerca. « ¡Oh, K. T.!», gemía su hermana, y K. T. apretó los labios, presionando solo el brazo de su hermana. El ruido les alcanzó —en un momento— *ahora*.

Y solo apareció un caballo negro, alto como una casa, con su negro jinete sereno llevando un amplio sombrero; pasó ante ellas como un barco sobre aguas negras, deslizándose con empaque colina abajo. La visión era tan espantosa que K. T. supo que estaba soñando. «Tengo que despertarme inmediatamente.» E hizo lo posible por cerrar los ojos y sacudirse la escena pero no le fue posible. Intentó llamar y sintió que sus labios se abrían, pero que no salía sonido alguno. Chilló y gritó sin producir ningún sonido hasta que por fin se vio en su cama y levantó la cabeza hacia la ardiente oscuridad de su dormitorio.

La vista desde mi ventana esta mañana es enormemente estimulante. Sopla un viento fuerte y la lluvia arremete contra el cristal. Hay grandes charcos en el almacén de maderos junto al cementerio, y el humo sopla desde…

19 de marzo. He soñado con Nueva Zelanda. Muy agradable.

20 de marzo. He soñado de nuevo con N. Z., uno de esos sueños dolorosos de cuando estoy allí y me preocupa mi billete de vuelta.

21 de marzo. He viajado con dos mujeres morenas. Una tenía una cesta de pamplinas colgada del brazo, la otra una de

narcisos. Las dos llevaban bebés atados de alguna manera a su propio cuerpo mediante un chal rasgado. Mujeres enjutas y pulcras con el pelo trenzado. Se lanzaban las palabras la una a la otra de una parte a otra del autobús. Luego una de ellas sacó un pedazo de pan de su profundo bolsillo y se lo dio al bebé, la otra abrió su corpiño y se colocó al niño en el pecho. Sentadas, balanceaban las rodillas y echaban miradas rápidas a los pasajeros del autobús. Se las veía ocupadas e indiferentes.

22 de marzo. He ido al Albert Hall con B. C. Un concierto malo y aburrido. Pero me he pasado todo el tiempo pensando que prefiero estar con gente vinculada a la música que con otros; que ellos en realidad son lo mío. Un violinista (a millas de distancia) ha bajado la cabeza y su pelo crecía como el de G.: supongo que eso me ha hecho pensar así. Tendría que ser capaz de escribir maravillosamente sobre ellos.

23 de marzo. Cuando estoy sola me siento siempre, con mayor o menor intensidad, abatida. Si no fuera por J. viviría del todo sola. Está lloviendo; estoy resfriada y se me ha apagado el fuego. Al otro lado de la ventana los gorriones pían como gallinas. ¡Cielos! ¡Un sonido que evoca una escena bien distinta! Un sol cálido, bolitas amarillas, tan delicadas, descendiendo por las briznas de hierba, y Sheenan dándome el más pequeño de los pollos envuelto en franela para que lo lleve al fuego de la cocina. [Sheenan era el original de Pat en *Preludio*.]

24 de marzo. El cumpleaños de mi madre. Escribí a las dos, me levanté y me senté en el poyo de la ventana pensando en ella. Me encantaría volver a verla, volver a ver la arruga de su entrecejo y escuchar su voz. Pero no creo que pueda hacerlo. Mi recuerdo de ella es tan completo que no creo que nada lo

altere. [No pudo ser; Katherine Mansfield no volvió a ver a su madre.]

Los P. cenaron con nosotros anoche. Fue aburrido. Son respetables y simpáticos, pero la señora P. es pesada, y P. hace que me sienta vieja. Solo me aprecia por lo que solía ser, y considera mi yo «normal» anormalmente apagado y un poco falto de vida. No quiero volver a verles. ¡Gracias a Dios! Hoy luce algo de sol.

Esta noche el río llevaba poca agua y los pequeños muros, las torres y las chimeneas en la ribera de enfrente se veían negras en contraste con la noche. Sigo pensando en *París* y en el *dinero*. Disfruto de toda *mi* primavera en las puestas de sol.

25 de marzo. L. M. y yo hemos recorrido hoy muchas millas. Íbamos sentadas en el autobús hablando; de vez en cuando yo levantaba la mirada y veía los cuadrados con sus alas de mariposas a punto de volar. Nos encontramos cerca de las antiguas guaridas —Queen Anne Street— y nos pusimos a andar por uno de los pasajes y atajos que tan bien conocemos; la una junto a la otra, conversando. «Deja que te ate el velo», me paro, me lo ata y seguimos andando. En la tienda persa se apoyó en una cortina de seda roja y negra. Estaba muy pálida y su sombrero negro se veía enorme. Se empeñaba en comprarme «estas cosas, mira lo suaves que son» y sonreía y hablaba por encima de su respiración cansada.

26 de marzo. Luna Nueva, 6h. 9m. de la tarde (aunque yo no la vi). L. M. y yo fuimos a Clapham en tranvía. Ella se marchó hacia las 9 de la noche después de haberme vestido. Cuando salgo de sus manos me siento envuelta en guirnaldas de flores. Un atardecer tonto e irreal en casa de la señorita R. Bonitas habitaciones, gente bonita, café bonito y cigarrillos en caja de plata. Una especie de ambiente falso a lo Meredith. A. R. tiene

una cara agradable y descarada; eso fue todo. Me sentí muy mal. No tengo nada que decir a las mujeres «encantadoras». Me siento como un gato entre tigres. Las señoras, a solas, hablaron de fantasmas y camas infantiles. Me siento miserablemente desgraciada entre todo el mundo; y el silencio…

27 de marzo. Estoy escribiendo a L. M. para que venga. Se está retrasando mucho. Todo está en un estado de incertidumbre: incluso los pájaros y las chimeneas. Asustada *en privado*.

En el último momento L.M. no dijo adiós sino que cogió el violín y corrió. Yo me alejé por calles estrechas; cayeron grandes gotas de lluvia. Pasé por delante de varios almacenes de embalaje y el delicioso olor de madera fresca y paja me recordó a Wellington. Casi podría evocar un aserradero. Al atardecer los C. y el loro pequeño columpiándose en un cable.

28 de marzo. Ordeno mi ropa. Los azafranes en Battersea Park me han recordado el otoño en Baviera. El suelo está húmedo y parece que se estuviera acabando el invierno; la hierba larga y verde entre las flores pisoteadas. Los pájaros tienen un aspecto mucho más salvaje que las bestias más feroces. Pienso en un bosque de pájaros *salvajes* o en si los pájaros incluso aquí se transforman. Quiero estar sola. La *magnolia conspicua* está empezando a florecer.

29 de marzo. Hoy voy a empezar a escribir una obra de teatro.

30 de marzo. «Me temo que es usted demasiado psicológico, señor Temple.» A continuación me fui y compré panceta.

31 de marzo. Una mañana espléndida pero como sé que tengo que salir y cobrar el cheque y pagar las facturas, no puedo hacer nada y me siento fatal. No se puede negar que la vida es algo odioso. Cuando G. y J. hablaban en el parque del bienestar

físico y de cómo seguían deseando asistir a «fiestas», casi gruño. Y estoy segura de que J. podría divertirse mucho rodeado de un grupo de personas agradable. Yo no podría. Lo doy por acabado, ya no estoy en condiciones de volver a empezar. Prefiero apoyarme ociosa en el puente y contemplar las barcas y la gente libre y desconocida y sentir cómo sopla el viento. No, odio la sociedad. La idea de la obra de teatro parece la tontería perfecta para hoy.

1 de abril. Otro día horrible. Nada me podría ayudar salvo una persona capaz de adivinar lo que me ocurre. Fui a dar un paseo y me sentí ligeramente reconfortada gracias a unos niños y al ruido del agua como de olas ascendentes.

2 de abril. Vuelvo a dormir mal y he decidido romper todo lo que he escrito y empezar de nuevo. Estoy segura de que es lo mejor que puedo hacer. El malestar persiste y me aplasta. Si pudiera escribir durante *un día* con mi fluidez de antes, se rompería el hechizo. Es el esfuerzo continuo; la lenta construcción de la idea y a continuación, ante mis ojos y fuera de mi alcance, su lenta disolución.

3 de abril. Esta tarde he paseado a lo largo del río y he contemplado los barcos. Dos tenían las velas rojas y uno las tenía blancas. Con este calor casi se puede ver cómo florecen los árboles. Capullos grandes y blancos como pájaros en los castaños y árboles chatos apenas salpicados de verde. El mundo es extraordinariamente hermoso. Me costó un gran esfuerzo escribir una carta a L. M. Ella estaba, como si dijéramos, «fuera de lugar». Pero me pasa lo mismo con todo el mundo. Me horroriza pensar en la gente agobiándome. No podría *soportarlo*. Ojalá viviera en una gabarra, con J. por marido y un niño pequeño por hijo.

4 de abril. Para mi gran alivio, esta mañana obtuve una victoria moral. Salí a gastar 2 chelines y 11 peniques y no los gasté. Pero no recuerdo haber pasado un día peor. Terriblemente sola. En este momento no podría escribir nada que no tuviera un talante satírico. No me parecería verdad. Si intento hallar hermosura en las cosas, me pongo a escribir cursilerías. Y a la vez me da tanto miedo escribir burla en vez de sátira que mi pluma planea y no se posa en el papel. He cenado con C. y D. Después al café Royal. Las ovejas balaban e intentamos una réplica apagada. Vimos una pelea. La mujer estaba de espaldas a mí, sus brazos doblados formaban un ángulo a la altura de los hombros, la cabeza hacia delante, como un pájaro grande.

5 de abril. Ningún pájaro se acomoda en el árbol con más orgullo que la paloma. Es como si la hubiera colocado el Señor. El cielo estaba de un color azul y blanco sedoso y el sol brillaba entre las hojas pequeñas. Pero los niños, demacrados y encorvados me hicieron sentir cierto desamor por Dios.

6 de abril. Salí con J. en busca de una tienda; pero fuimos a parar al Swan Walk y lo recorrimos de arriba abajo varias veces: comentamos el encanto de las casas, todas blancas con perales en flor en los jardines, vallas verdes y verjas bien labradas. Siento un gran deseo de tener una casa pequeña. Mi cabeza está llena de bordados, pero no existe la tela que los acoja y les dé vigor. ¡Estoy tonta! L. M. parece ir desapareciendo poco a poco. Apenas la recuerdo objetivamente, subjetivamente sigue siendo la misma.

7 de abril. Los cielos se abrieron esta tarde con la puesta de sol. Cuando creí que el día estaba acabado y sellado, salió un brote de brillantes pétalos celestiales. … sentada detrás de la ventana salpicada de lluvia, miré hasta que esa cosa dura de mi pecho

se derritió y se deshizo en la más pequeña de las fuentes, murmurando como antes, y bebí el cielo y el susurro. ¿Quién puede decidir entre «Que así sea» y «Fuérzalo»? J. cree en el látigo: dice que su corcel tiene mucha fuerza, pero que es holgazán e intenta evitar el viaje que le espera. Yo creo que si el mío no galopa y baila con total libertad, no estoy montada sino colgando de la cola. Por ejemplo hoy… Esta noche J. es todo chispas.

Mayo. Hoy es domingo. Está lloviendo un poco y los pájaros están piando. Huele a comida y se oye como si trocearan col.

Si pudiera celebrarlo escribiendo un poco. Tengo un gran deseo de escribir y no me vienen las palabras. Es una tarea extraña. Pero cuando leo a personas como Gorki, por ejemplo, me doy cuenta de que estoy muchas calles por delante de ellos…

Julio. … Luego tanteé con la mano y busqué el cerrojo y a continuación los barrotes. Supongo que nadie espera que saltemos por encima —pensé— o que vayamos en bicicleta por este lado y nos zambullamos en una fuente de agua de verdad en el otro…

A la Belleza. ¿Por qué tienes que venir esta noche tan fría y gris, de pesadas nubes y de abejas con el ritmo alterado?

17 de agosto. Sencillamente no me puedo creer que hubiera un tiempo en que me gustara Turguéniev. ¡Tan afectado! ¡Tan hipócrita! Es cierto que tenía un gran talento, pero no puedo dejar de pensar lo bien que se adaptaría (¿al cine?) *En vísperas*.

30 de agosto. Supongo que mañana nos vamos a Cornualles. He releído mi diario. Dime, ¿Dios existe? Me siento vieja esta noche. Ojalá tuviera a alguien que me quisiera, que me

confortara y que fuera capaz de detener mis pensamientos.

[Después de cambiar de habitaciones dos veces en Chelsea, y de pasar quince días en una casa amueblada en Merrin, Cornualles, en septiembre de 1914 alquilamos una casa fea en The Lee, cerca de Missenden en Buckinghamshire, donde se escribieron las siguientes entradas.]

3 de noviembre. Luna llena, de verdad, esta noche. Por la puerta delantera, un campo de grandes tulipanes, y más allá, un bosque puntiagudo, y detrás, bandas rojas de luz. Por la puerta trasera, un árbol viejo en el que quedan una o dos hojas y una luna posada en las ramas. Me siento profundamente libre y feliz. Esta noche pienso en Colette Willy. Siento mi propio ser despierto y estirándose, estirándose tanto que estoy de puntillas, llena de alegría feliz. ¿Será posible que se pueda uno renovar?

¡Querido, querido Samuel Butler! Tú espera: voy a hacer que te sientas orgulloso. Mañana hacia las 10.30 entro en acción.

15 de noviembre. Reina una gran quietud. He vuelto a leer *El obstáculo*. Supongo que Colette es la única mujer en Francia que hace precisamente esto. Actualmente nadie me interesa ni un ápice más que ella. Pero el libro que hay que escribir sigue sin escribirse. No puedo sentarme y disparar como J.

16 de noviembre. Carta de F. No la esperaba, pero cuando llegó me pareció del todo inevitable; la caligrafía, la forma de hacer las letras, su confianza y su vida cálida y sensacional. Ojalá fuera amigo mío; lo siento muy próximo. Su personalidad queda abiertamente desvelada en sus cartas a J., y me entran ganas de reír y de salir corriendo a la calle.

28 de diciembre. Pronto acabará el año. Ha nevado y está todo

blanco. Hace mucho frío. He trasladado mi escritorio a un rincón. Tal vez me sea mucho más fácil escribir aquí. Sí, es buen sitio para el escritorio porque no puedo mirar a través de la estúpida ventana. Estoy muy aislada. La lámpara está en una esquina y *en* la esquina. Sus rayos van a parar a la cortina india amarilla y verde y a una línea del bordado. El triste viento apenas respira. Me encanta cerrar los ojos un momento y pensar en el campo de fuera; blanco bajo la mezcla de nieve y luz de luna —las piedras acumuladas junto a la carretera, blancas— nieve en los surcos. *Mon Dieu*! ¡Qué silencio y qué paciencia!

1915

1 de enero. ¡Qué vil e insignificante diario! Pero estoy decidida a seguir con él este año. Vimos acabar el Año Viejo y entrar el Año Nuevo. Una noche hermosa, azul y oro. Sonaron las campanas de la iglesia. Salí al jardín y abrí la verja y casi me voy. J. estaba en la ventana exprimiendo una naranja en una taza. La sombra del rosal descansaba en la hierba como un pequeño ramo de flores. La luna y el rocío habían cubierto todo de lentejuelas. Pero a las doce en punto me pareció oír pasos en la calle y me asusté y me metí en casa corriendo. Pero no pasaba nadie. A J. le pareció que me comportaba como una niña en todo este asunto. El fantasma de L. M. me atravesó el corazón, con el pelo al viento, muy pálida, con ojos oscuros y asustados.

Para este año tengo dos deseos: escribir y ganar dinero. A considerar. Con dinero podríamos viajar lo que quisiéramos, tener una habitación en Londres, ser todo lo libres que quisiéramos, y ser independientes y orgullosos con los don nadie. Lo que nos limita tanto es la pobreza. Bueno, a J. no le gusta el dinero y no lo quiere ganar. Yo lo tengo que hacer. ¿Cómo? En primer lugar terminando este libro.[2] Sería un punto de partida. ¿Cuándo? A finales de enero. Si lo hago, estoy salvada. Podría hacerlo si escribiera noche y día. Sí que podría. ¡Vale!

Siento que me espera una nueva vida. Lo creo como lo he creído siempre. Sí, me llegará. Y todo irá bien.

2 de enero. Una mañana y tarde horribles. *Je me sens incapable*

de tout,(4) además, *sencillamente no* estoy escribiendo muy bien. Tengo que terminar mi relato mañana. Tendría que pasarme el día de hoy trabajándolo; sí, todo el día hasta entrada la noche si hiciera falta. Un pésimo día. *J'ai envie de prier au bon Dieu comme le vieux père Tolstoi*.(5) Dios mío haz que mañana sea una criatura mejor. *Le coeur me monte aux lèvres d'un goût de sang. Je me déteste aujourd'hui*.(6) He cenado en casa de L. y le he hablado de la isla.[3] Es bien real solo que una parte de mí no lo reconoce. Hace seis meses me hubiera puesto a saltar.

Lo más destacado que siento sobre mí últimamente es que me estoy haciendo vieja. Siento que francamente ha pasado ya mi mejor momento. Ya no me siento como una chica, ni siquiera como una mujer joven. Siento que realmente he dejado atrás la flor de la vida. A veces mi miedo a la muerte es tremendo. Me siento mucho más vieja que J. y estoy segura de que él se da cuenta. Antes no lo solía hacer nunca, pero ahora muchas veces me habla como lo hace un hombre joven a una mujer mayor. Tal vez sea bueno.

3 de enero. Un día frío y feo. Ha anochecido poco después de las dos. Lo he pasado intentando escribir y corriendo de mi habitación a la cocina. No me podía calentar del todo. El día me ha parecido eterno. He leído al atardecer y más tarde he leído con J. unas buenas páginas de poesía. Si viviera sola estaría muy pendiente de la poesía. He hablado con J. sobre la idea de la isla. Sé que para mí llega demasiado tarde.

4 de enero. Me he despertado pronto y he visto una rama nevada que cruzaba la ventana. Hace frío, ha nevado y ahora está helando. Los setos y los árboles están cubiertos de cuentas de agua. También está oscuro, con viento en algún lugar. Deseo estar sola un tiempo.

Me he propuesto terminar un libro este mes. Escribiré

durante todo el día y de noche también, y lo acabaré. Lo *juro*.

5 de enero. He visto salir el sol. Un precioso cielo de albaricoque en llamas y a continuación un rosa solemne. ¡Dios mío, qué hermoso! He oído que llamaban a la puerta y he bajado. Era Benny cortando la hiedra. Yacían en el camino nidos caídos: pequeños manojos de heno y plumas. Él mismo parecía un arbusto de hiedra. He preparado un té temprano y se lo he subido a J., que estaba en la cama medio despierto con los ojos arrugados. Después de haber visto salir el sol me siento llena de amor.

Atardecer. He escrito bastante.

9 de enero. J. se ha ido a la ciudad. Yo he trabajado un poco, he perseguido a las aves. Un ave marrón se negó a irse del jardín. Mucho después de que *supiera* que no había agujero alguno en la tela metálica siguió corriendo arriba y abajo. No tengo que olvidarlo; ni el frío que hacía, ni cómo el barro cubrió mis delgados zapatos. Al atardecer L. y K. hicieron planes; pero me sentí muy en contra de toda la cuestión.

10 de enero. Ventoso y oscuro… Por la noche fuimos a casa de L. Una noche cálida; caían grandes gotas de lluvia. No me ha importado la ida, pero la vuelta ha sido más bien terrible. Me he encontrado mal y cansada, y el corazón apenas me latía. Pero hemos inventado una canción para seguir andando. La lluvia me salpicaba las rodillas y estaba asustada. L. ha estado agradable, muy agradable, sentado con un pedazo de cuerda en la mano…

11 de enero. Me he levantado antes de que amaneciera con el fin de prepararme para la llegada de mi nueva criada y para

ver el amanecer. Pero no ha sido gran cosa. Me siento muy desgraciada. El día es claro, centelleante. ¡Dios mío, Dios mío, permíteme trabajar!

¡Qué tiempo desperdiciado! ¡Desperdiciado! *12 de enero*. Hoy mi virtud ha sido mayor. De hecho, he terminado el relato «Brave Love»,[4] y no sé qué pensar al respecto ni siquiera ahora. Se lo he leído a J. y también se ha sorprendido. Dolor de cabeza violento, pero bastante feliz.

20 de enero. Un hombre está partiendo piedras en el exterior. El día es del todo silencioso. En algún momento se oye el roce de una hoja y pasa por la ventana una extraña bocanada de viento. El viejo golpea y golpea como si ahí fuera latiera un corazón.

Por la tarde estalló una gran tormenta, pero fuimos a pie a casa de C. y cenamos con ellos, con los L. y los S. Después vimos una obra de teatro. Fuimos a dormir a casa de L. muy tarde; mucho desorden; periódicos y muérdago marchito. Yo casi no dormí, pero fue agradable.

Un día tormentoso. Hemos vuelto a pie esta mañana. Ha llovido, nevado, granizado y sopla el viento. El perro aúlla en el molino. A lo lejos un hombre toca la corneta. Hoy he leído y cosido, pero no he escrito una palabra. Quiero hacerlo esta noche. Es curioso estar sentada tranquila cosiendo, mientras mi corazón no para nunca ni un momento. Estoy tremendamente cansada de cabeza y cuerpo. Este triste lugar me está matando. Vivo de viejos sueños inventados; pero no nos engañan a ninguno de los dos.

21 de enero. Estoy abajo, en el cuarto de estar. El viento aúlla fuera, pero aquí se está caliente y bien. Parece una habitación de verdad habitada por gente real. Mi costurero está en la mesa: las viejas zapatillas de J. están metidas bajo la librería.

Parece que alguna persona feliz se hubiera repantigado en la silla negra medio en penumbra. Hemos cenado cordero asado con salsa de cebolla y arroz tostado. *Suena* bien. He pasado los lazos de mi ropa interior con una horquilla, a la manera casera. Pero mi ansioso corazón está devorando mi cuerpo, devorando mis nervios, devorándome el cerebro. Siento este veneno llenándome lentamente las venas: cada partícula contaminándose lentamente… No estoy tranquila nunca, nunca en calma, ni un instante. Recuerdo haber dicho hace años que hubiera deseado ser una de esas personas afortunadas capaces de resistir el sufrimiento hasta un determinado punto y entonces desplomarse o quedar agotada. Pero soy exactamente lo contrario. Cuanto más sufro, más siento una energía abrasadora para poder soportarlo.

22 de enero. El tiempo peor que nunca. A la hora del té me sorprendí a mí misma derrumbándome. Durante un momento me sentí superada por la angustia y subí y metí la cabeza bajo un almohadón negro. La nostalgia de la ciudad me absorbe.

23 de enero. De nuevo el viejo rompiendo piedras. Una niebla espesa y blanca llega al borde del prado.

26 de enero. Visita a Londres. Nos enteramos de que había llegado B. C.; así que nos hospedó D. Me encantan los libros monótonos de D. Té en el Criterion con C. y D. Me hice hacer la manicura. Por la tarde fui al teatro Oxford y vi a Marie Lloyd, que estuvo muy bien. Dormí en el gran diván en la habitación de A. Por la tarde hubo una intensa niebla en Londres. Pero el alivio de estar allí fue inmenso.

27 de enero. Me encontré con una mujer que había estado en el cine conmigo: rosas de color rosa en el cinturón, ojos hundidos

preciosos y pelo destrozado. No la olvidaré. *No, no*. Era maravillosa.[5]

1 de febrero. Un ligero ataque de gripe me tiene derrotada. Hay un atisbo de sol. Es como si los árboles estuvieran tendidos para que se secaran.

El resfriado me ha tenido vencida todo el día. He leído al solitario de Nietzsche; pero me ha dado un poco de vergüenza por mis sentimientos hacia este hombre del pasado. Me parece, por así decir, «humano, demasiado humano». He leído hasta tarde. Me he sentido desgraciada más allá de las palabras. La vida era como serrín y arena. He hablado sobre relatos con J.

2 de febrero. Me siento algo más animada hoy porque no tengo un aspecto tan repulsivo como estos días pasados.

No, el día ha terminado tan mal como siempre. Para empezar mi enfermedad es verdaderamente seria. He estado bordando mi quimono con lana negra. ¡Qué tontería! ¡Qué me importa a mí semejante bobada!

3 de febrero. No puedo hacer nada. He ordenado mi escritorio y he tomado algo de quinina y eso es todo. Pero sé que iré porque si no moriré de desesperación. Tengo la cabeza muy caliente pero las manos muy frías. Tal vez esté *muerta* haciendo ver que vivo aquí. En cualquier caso, no doy señal alguna de vida.

15 de febrero. He estado en Londres con J.

16 de febrero. Visita a París.

19 de febrero. Visita a Gray.

[Una carta no enviada escrita en el diario.]

20 de febrero. Inglaterra es como un sueño. Estoy sentada en la ventana de una habitación pequeña y cuadrada amueblada con una cama, una manzana de cera y un inmenso y florido reloj. Desde la ventana se ve un jardín lleno de flores trepadoras y tiestos de esmalte azul. Los relojes están dando las cinco y se cuelan los últimos rayos de sol por debajo de la persiana colgante. Hace mucho calor, el tipo de calor que enrojece las mejillas de los niños. Pero estoy tan feliz que tengo que escribirte unas líneas en una página vacía de mi diario, querido mío.

He pasado unas aventuras terribles viniendo hacia aquí porque el lugar está en la zona militar y no se permite la entrada a las mujeres. El último hombre Pa que vio mi pasaporte, «M. le Colonel», muy importante, con una gorra negra de borla dorada en la cabeza que fumaba lo que las novelistas llaman un «cigarrillo egipcio fuerte», casi me hace volver.

Pero cariño, es un país tan maravilloso: todo ríos y bosques y grandes pájaros que se ven azules a la luz del sol. Sigo pensando en ti y en L. Los soldados franceses son *pour rire*. Incluso cuando están heridos, parece ser que se asoman a sus barracones y agitan sus vendas a los trenes que pasan. Pero hoy he visto unos prisioneros: nada divertido. Tengo tanto que contarte que es mejor que no empiece. Nos veremos algún día, ¿verdad cariño?

[Otra carta no enviada.]

Parece que me haya acabado de escapar de la celda de una cárcel, queridísimo J., porque me encuentro con que este lugar está en la zona militar y, por consiguiente, prohibido a las

mujeres. Sin embargo, la enfermedad de mi tía me ha permitido pasar. Pasé algunos momentos verdaderamente horribles. Él me estaba esperando a la salida de la estación. Simplemente me *cantó* —tan previsible—, «Sígame, pero sin que parezca que lo haga», hasta que llegamos a una diminuta caseta de peaje junto al río, en la que estaba apoyado un taxi descolorido. Una vez metimos mi maleta y entramos los dos, salió disparado como el viento, con la puerta abriéndose y cerrándose, para su horror, puesto que a él no le estaba permitido ir en taxi. Fuimos a una aldea cercana, a una gran casa blanca en la que me habían reservado una habitación —la más extraordinaria de las habitaciones, amueblada con una cama, una manzana de cera y un reloj inmenso y floreado—. Hace mucho calor. El sol entra a raudales a través de la persiana. El jardín está lleno de flores trepadoras y tiestos de esmalte azul. También a ti te haría reír…

[Continuación del Diario.]

Lo curioso es que, hacia el final del viaje, no me podía concentrar. Simplemente me sentía tan feliz que me asomé a la ventana con los brazos apoyados en la barandilla de latón y los pies cruzados, tomando el sol, mientras el maravilloso campo se iba despejando. En Châteaudun, donde hicimos transbordo, me fui a beber a la cantina. Una habitación grande, verde pálido, con dos grandes estufas muy visibles y una barra con botellas de colores. Dos mujeres, de brazos cruzados, se apoyaban en el mostrador. Un niño, muy pálido, iba de una mesa a otra tomando los pedidos. Estaba lleno de soldados que, con las sillas echadas hacia atrás, balanceaban las piernas y comían. Los hombres gritaban a través de las ventanas.

El niño me hizo el favor de traerme un vaso de café negro horrible. A los soldados los servía con una especie de desprecio

lúgubre. Un viejo llevaba un cubo de peces de manchas marrones: peces grandes, como los que se ven en peceras atravesando bosques de preciosas algas aprisionadas. Los soldados se reían y se daban palmadas los unos a los otros. Golpeaban el suelo con sus pesadas botas. Las mujeres no les quitaban el ojo de encima y el viejo esperaba humilde a que alguien lo atendiera, con la gorra en la mano, como si supiera que la vida que representaba con su chaqueta rota, con su cesta de pescado —su ocupación pacífica— había dejado de existir y no tenía derecho a imponerse allí dentro.

Al final del viaje tuve mucho miedo. Llegamos a Gray y, uno por uno, como mujeres yendo a ver al médico, entramos en una habitación caliente perfectamente arreglada con dos mesas y dos coroneles, como los coroneles de una ópera cómica: hombres de grandes bigotes grises y brillantes con un toque de rojo quemado en las mejillas. Ambos fumaban, uno de ellos un cigarrillo con la ceniza larga y curvada colgando. Éste llevaba un anillo. Parecía suntuoso y omnipotente. Yo apreté los dientes. Conseguí que no me temblaran los dedos cuando le entregué el pasaporte y el billete.

«No es válido, no es en absoluto válido», dijo mi coronel, y me miró en silencio durante lo que me pareció un siglo. Sus ojos parecían dos piedras grises. Le llevó mi pasaporte al otro coronel, que desestimó su objeción, lo selló y me dejó pasar. Casi me arrodillo en el suelo.

El hombre estaba de pie junto a la estación, terriblemente pálido. Saludó y sonrió y dijo: «Diríjase a la derecha y sígame como si no me siguiera». A continuación nos dirigimos velozmente hacia el Puente Suspendido. Llevaba a la espalda una bolsa de cartero y un paquete de papel. La calle estaba llena de barro. Desde la garita del peaje junto al puente nos observaba con gran atención una mujer escuálida, con las manos envueltas en un chal. Un taxi descolorido se apoyaba en

la garita. *Montez! Vite! Vite*!,(7) dijo el hombre. Metió mi maleta, su bolsa de correos y el paquete. El conductor se puso en marcha, dio un latigazo al huesudo caballo y salimos disparados con las dos puertas aleteando y golpeando. No había manera de tenerlas cerradas y él, que no debía ir en taxi, tuvo que intentar esconderse. No pararon de pasar soldados. Se detuvo un momento en el cuartel y una muchedumbre de caras tapó la ventana. *Prends ça, mon vieux*,(8) dijo entregando el paquete.

Echamos a volar de nuevo. Junto al río. Por una calle larga, extraña y blanca con casas a ambos lados, muy mágica bajo el sol de la tarde. El hombre dijo: «Sé que le gustará la casa. Es bastante blanca, y también lo es la habitación así como las personas».

Por fin llegamos. La dueña de la casa, con un bebé serio en brazos, apareció en la puerta.

—¿Está bien?

—Sí, bien. Buenos días, Madame.

Fue como una huida.

[Katherine Mansfield regresó a Inglaterra a finales de febrero y volvió de nuevo a París en mayo.]

Domingo, 16 de mayo. París. Me pasé toda la noche soñando con Rupert Brooke. Y hoy, en el momento en que salía de casa, estaba él en la puerta, con una mochila en la espalda y un sombrero dándole sombra a la cara. Así que después de echar al correo la carta de J. no volví a casa. Me di un paseo largo y perezoso por los muelles. Hacía un calor exquisito: el cielo estaba lleno de nubes blancas como sábanas tendidas para que se sequen.

Los niños habían horadado túneles y cavernas en los grandes montones de arena a lo largo del río. Se sentaban dentro de ellos, impasibles y satisfechos, el pelo brillándoles al sol. De vez en cuando se veía a un hombre echado boca abajo con la cabeza apoyada en los brazos. El río estaba lleno de grandes estrellas de plata; los árboles se sacudían reflejando una luz apagada. Fui a parar a lugares deliciosos; pequeñas plazas con casas blancas y cuadradas que parecían huecas, con las ventanas abiertas. Las calles estrechas con arcos de ramas de castaño o completamente desiertas, con la torre del reloj asomando por encima de los tejados. El sol le daba un hechizo a todo.

Crucé el río varias veces y me asomé a los puentes creyendo siempre que iba a llegar a un parque cuando en realidad no era así. No te puedes imaginar el placer que me dio mi compañero invisible, imaginario. Si hubiera estado vivo esto no hubiera podido ocurrir jamás; pero es un juego al que me gusta jugar: andar y hablar con los muertos que sonríen en silencio y son *libres*, por fin del todo libres. Cuando vivía sola, muchas veces llegaba a casa, metía la llave en la cerradura y encontraba a alguien en casa esperándome. «¡Hola!, ¿hace mucho que estás aquí?».

Imagino que esto suena tremendamente ridículo.

Notre Dame

Estoy sentada en un ancho banco a pleno sol junto a Notre Dame. Frente a mí hay un seto de hiedra. Ha pasado un viejo con una cesta en la mano recogiendo las hojas muertas. Están cortando la hierba en el jardín de la casa del cura. Me encanta esta gran catedral. Lo poco que veo desde aquí son los chapiteles estrechos y puntiagudos desgastados en el azul, y uno o dos loros de piedra agachados en equilibrio en un pequeño balcón. Es como el dibujo a pluma de un espectro. Y

me gustan los santos con sus coronas en el cuello y sus cabezas en la mano.

La «Vida» de la Vida

Ayer compré un libro de Henry James y lo leí, como se suele decir, «hasta altas horas de la noche». No era ni muy interesante ni muy bueno, pero soy capaz de abrirme camino a lo largo de páginas y páginas de un James aburrido y ampuloso por esa sorpresa repentina e inesperada, ese estremecimiento de placer que a veces me produce. No tengo ninguna duda de que es un genio: solo que hay una extraordinaria cantidad de artificios y un destello sorprendentemente *raffiné*.

Una cosa que sí quiero anotar. Su héroe, Bernard Longueville —brillante, rico, misterioso, ágil, etc.—, aunque es un compañero ingenioso, es quizá más ingenioso y más divertido cuando está solo y reserva sus mejores cualidades para sí mismo… Al margen de todos los demás adjetivos atributivos, sé que soy ingeniosa y buena compañera pero siento que mi caso es exactamente como el de él: la cantidad de satisfacción precisa y exquisita que obtengo de observar a la gente y las cosas cuando estoy sola es sencillamente enorme; realmente solo me «divierto del todo» conmigo misma. Cuando veo a una niña correteando de puntillas como un ave sobre un suelo mojado, y digo «Madre mía, ahí va una tonta», me río y me divierto como no lo haría nunca con nadie. Lo mismo me ocurre con los sentimientos hacia lo que se suele llamar «naturaleza». Los demás no se paran a mirar lo que yo quiero mirar. O si lo hacen, lo hacen para satisfacerme o para que esté contenta o para que estemos en paz. Pero soy de tal manera que, por más confianza que tenga en alguien, empiezo a considerar sus opiniones y sus deseos y no merecen la mitad de la consideración que merecen los míos. Ahora no echo de menos a J. en absoluto, no tengo ningún deseo de ir a casa.

Estoy contenta de vivir aquí, en una habitación amueblada, y de observar. Es una cuestión de clima, eso es lo que creo. (Acaba de pasar un *fantástico* tonto.) La vida con los demás se me antoja como una mancha desdibujada; así ocurre con J., pero resulta maravillosa y de un enorme valor cuando estoy sola; los detalles de la vida, la *vida* de la vida.

Père de famille

Esta familia empezó modestamente con Mamma, extremadamente gorda, con bigote negro y una cofia pequeña y redonda cubierta de pensamientos robados, y con el niño pequeño, reventando en un traje inglés de tweed pensado para un habitante de Norfolk, pero al que se le negó su patria a la segunda costura. Apenas se sentaron en sus sitios y pellizcaron cada uno de los trozos de pan de la cesta para escoger los más crujientes, cuando aparecieron en la puerta del restaurante dos jóvenes de uniforme azul pálido, con casi el mismo bigote que la madre, y recibieron un saludo entusiasta por parte del hijito, que ondeó en dirección a ellos una servilleta del tamaño casi de una sábana de cama individual. Los recién llegados abrazaron a la madre; se sentaron con ellos e inmediatamente se les unió un chico muy crecido y poco agraciado cuya piel había disfrutado de cualquier forma posible del *Frühlingserwachen*(9) y que parecía pasar las noches bajo el cubrecama comiendo galletas de chocolate con la ventana cerrada…

Cinco sábanas de cama individual metidas en cinco cuellos: Cinco pares de ojos leían el menú.

De pronto, con un grito de alegría volaron hacia lo alto los brazos de Mamma —volaron hacia lo alto los del hijito—, los dos soldados jóvenes se levantaron de un salto, y el *étudiant* salió corriendo sin parar de sudar mientras un hombre corpulento y colorado se acercaba a ellos. La camarera revoloteó alrededor de la mesa, encantada más allá de lo que

pueden describir las palabras, ante tal exhibición de *vie de famille*. Se sintió como si fuera su propia *bonne*, como si hiciera años que los conocía. ¡Solo el cielo conoce los recuerdos que ella guarda de haberle llevado el agua caliente a M. Roué, de haber sido descubierta por M. Paul buscando el botón de su camisa por el suelo de su dormitorio, apoyada sobre sus preciosas manitas, y sus aún más preciosas rodillas!

Viajando sola

¿Era simplemente producto de su propia imaginación o era verdad su impresión de que los camareros —sobre todo los camareros y el servicio de los hoteles— adoptaban una actitud impertinente, arrogante y ligeramente divertida hacia una mujer que viajaba sola? ¿Se trataba solo de su maldita conciencia femenina? No, realmente creía que no. Porque incluso cuando más feliz y más libre se sentía, se daba cuenta de manera inesperada del «tono» del camarero o del empleado del hotel. ¡Y era extraordinario cómo acababa con su seguridad, cómo le hacía sentir que se estaba maquinando algo maligno contra ella y que todos y todo —sí, incluso los objetos inanimados tales como las sillas o las mesas— estaban «al corriente»; esperando que cayera sobre ella la amenaza infalible, cosa que siempre ocurría, que era seguro que le iba a ocurrir a cualquier mujer del mundo que viajara sola!

El camarero arremetió contra la cerradura con un montón de llaves, hizo girar una bruscamente, abrió de golpe la puerta pintada de gris y se apoyó en ella, esperando a que entrara. Sujetaba el plumero tieso en la mano como una antorcha humeante.

«Aquí tiene Madame una habitación pequeña y agradable», dijo el camarero insinuándose. Cuando hubo entrado, pasó rozándola, abrió la ventana, que pareció gruñir, y bajó las persianas.

[Tras varias semanas en habitaciones en Elgin Crescent, en julio alquilamos una casa en el número 5 de Acacia Road, St. John's Wood. Allí estuvo «Chummie», el hermano de Katherine Mansfield durante una semana antes de ir al frente. Le mataron casi inmediatamente. La entrada que sigue recoge una de las conversaciones que tuvieron.]

Atardecer

Octubre. Caminan arriba y abajo por el jardín en Acacia Street. Está oscureciendo; las margaritas de San Miguel brillan como plumas. Del viejo frutal del fondo del jardín —un árbol esbelto casi como un chopo— cae una perita redonda, dura como una piedra.

—¿Lo has oído, Katie? ¿La encuentras? Madre mía, qué sonido tan familiar.

Sus manos se mueven por la hierba fina y húmeda. Él la recoge y sin darse ni cuenta, como en el pasado, la pule con el pañuelo.

—¿Te acuerdas de la cantidad de peras que había en aquel viejo árbol?

—Abajo, junto al lecho de violetas.

—¿Y cómo después de que soplara el viento del sur solíamos salir con cestas de la ropa para recogerlas?

—¿Y cómo mientras estábamos agachados seguían cayendo, rebotando en nuestras espaldas y cabezas?

—¿Y lo lejos que se esparcían, lejísimos, bajo las hojas de las violetas, por los escalones, hasta llegar bien abajo, al césped de los lirios? Las solíamos encontrar pisoteadas en la hierba. Y lo poco que tardaban las hormigas en hacerse con ellas. Estoy viendo aquel agujerito con una especie de fleco de pimienta marrón a su alrededor.

—¿Sabes que no he vuelto a ver peras como aquellas desde entonces?

—Eran tan claras, amarillo canario, y pequeñas. Y la piel era

tan fina y las pepitas azabache, negro azabache. Primero arrancábamos el pequeño tallo y lo chupábamos. Era ligeramente amargo, y entonces las comíamos siempre desde arriba: corazón y todo.

—Las pepitas eran deliciosas.

—¿Te acuerdas de cuando te sentabas en el asiento rosa del jardín?

—Jamás olvidaré aquel asiento rosa del jardín. Para mí es el único asiento de jardín. ¿Dónde está ahora? ¿Crees que nos permitirán sentarnos en él en el cielo?

—Siempre se tambaleaba un poco y a menudo tenía rastros de caracol.

—Sentados en aquel asiento, balanceando las piernas y comiendo peras.

—Pero no es extraordinario lo *profunda* que era nuestra felicidad, tan rotundamente profunda, brillante, cálida. Recuerdo cómo nos mirábamos el uno al otro y sonreíamos, ¿te acuerdas?, compartiendo un secreto… ¿Qué secreto era?

—Creo que era el sentimiento familiar: éramos como un solo hijo. Siempre nos veo deambulando juntos, mirando las cosas juntos, con los mismos ojos, discutiendo… Lo volví a sentir hace un momento, cuando buscábamos la pera en la hierba. Me recuerdo pisando las hojas de las violetas contigo. ¡Oh, aquel jardín! ¿Recuerdas que algunas de las peras que encontrábamos llevaban marcas de dientes muy pequeños?

—Sí.

—¿Quién las mordía?

—Siempre fue un misterio.

La rodea con su brazo. Pasean arriba y abajo. Y la luna redonda brilla sobre el peral, y las paredes de hiedra del jardín resplandecen como el metal. El aire huele a frío… intenso… muy frío.

—Volveremos allí algún día, cuando todo haya pasado.

—Volveremos juntos.

—Y encontraremos todo.

—¡Todo!

Ella se apoya en su hombro. La luz de la luna se hace más intensa. Ahora encaran la parte de atrás de la casa. La ventana refleja un cuadrado de luz.

—Dame la mano. Ya sabes que aquí siempre seré una extraña.

—Sí, querida, lo sé.

—Andemos una vez más arriba y abajo y entremos después.

—Es tan curioso, tengo confianza absoluta en que volveré. Lo siento con la misma certeza que esta pera.

—Yo también lo siento así.

—No podría no volver. Ya conoces el presentimiento. Es muy misterioso.

Las sombras en la hierba son largas y extrañas; una bocanada de viento extraño susurra en la hiedra y la vieja luna las envuelve en plata.

Ella tiembla.

—Tienes frío.

—Muchísimo frío.

La rodea con su brazo. De repente la besa.

—Adiós, cariño.

—¡Por qué dices eso!

—¡Querida, adiós… adiós!

29 de octubre. Un atardecer con mucha, mucha niebla. Quiero escribir que no solo no tengo miedo a la muerte sino que además doy la bienvenida a la idea de la muerte. Creo en la inmortalidad porque él no está aquí y deseo unirme a él. Primero, querido, tengo cosas que hacer para ambos y después iré tan rápido como pueda. Queridísimo mío, sé que estás ahí y vivo contigo y escribiré para ti. Otras personas están

físicamente cerca pero no están unidas a mí. Solo a ti te pertenezco, igual que *tú* me perteneces a mí. Nadie sabe lo a menudo que estoy contigo. De hecho estoy siempre contigo, y empiezo a sentir que tú lo sabes, que cuando me vaya de esta casa y de este lugar lo haré contigo y que jamás estaré lejos de ti ni el más mínimo espacio de tiempo. Tú me tienes. Estás en mi carne a la vez que en mi alma. A otros les doy el amor que me «sobra», pero a ti me aferro y a ti te doy mi más profundo amor.

[En noviembre Katherine Mansfield renunció a la casa de Acacia Road y se fue al sur de Francia. Yo la acompañé pero volví a Inglaterra al cabo de tres semanas.]

Noviembre, Bandol, Francia. Hermano. Creo que hace mucho tiempo que sé que la vida se me ha acabado, pero no me di cuenta ni lo reconocí hasta que murió mi hermano. Sí, aunque él yace en el centro de un pequeño bosque en Francia y yo sigo andando erguida y sintiendo el sol y el viento del mar, estoy tan muerta como él. Ni el presente ni el futuro significan nada para mí. He dejado de sentir «curiosidad» por la gente; no deseo ir a ningún lugar; y el único valor posible que cualquier cosa puede tener para mí es el que me recuerde a algo que ocurrió o tuvo lugar cuando él estaba vivo.

«¿Te acuerdas, Katie?» Oigo su voz en árboles y flores, en perfumes, en la luz y en la sombra. ¿Ha pervivido alguien, aparte de estas personas que están tan lejos? ¿O todos han fracasado y se han desdibujado siempre porque les he negado la realidad? Supongamos que muero sentada en esta mesa, jugando con mi abrecartas indio, ¿quién sentiría la diferencia? Nadie notaría diferencia alguna. Y si es así, ¿por qué no me suicido? Porque siento que tengo una tarea que realizar por el pasado maravilloso que ambos vivimos. Quiero escribir sobre

ello porque él quería que lo hiciera. Hablamos de ello en Londres, en mi pequeña habitación de arriba. Le dije: pondré simplemente en la primera página: Para mi hermano, Leslie Heron Beauchamp. Muy bien: así será…

El viento cesó con el crepúsculo. En el aire hueco cuelga medio aro de luna. Reina un gran silencio. Oigo a una mujer cantando una canción a media voz en algún lugar. Tal vez está acurrucada ante una estufa pues es el tipo de canción que las mujeres cantan ante un fuego: melancólica, cálida y tranquila. Veo una casita con tiestos de flores bajo las ventanas y la masa suave de un almiar de heno en la parte de atrás. Las aves se han ido todas a reposar: contornos lanudos en las barras del gallinero. El asno, cubierto con un paño, está en el establo. El perro descansa en la caseta, la cabeza en sus patas delanteras. El gato, sentado junto a la mujer, con la cola bien enrollada, y el hombre, aún joven y descuidado, viene subiendo la carretera de atrás. De pronto aparece una mancha de luz en la ventana y en el lecho de pensamientos de más abajo, y empieza a caminar más deprisa, silbando.

Pero ¿dónde está ahora esta gente airosa? ¿Estos jóvenes fuertes, con cuerpos duros y sanos, y pelo rizado? No son ni santos ni filósofos; son personas decentes —pero ¿dónde *están*?

Miércoles. [*Diciembre*.] Hoy estoy intentando endurecer mi corazón. Doy vueltas alrededor de mi corazón construyendo defensas. No tengo intención de dejar ni un hueco en el que pueda crecer ni un manojo de violetas. ¡Dios mío, dame un corazón duro! ¡Dios mío, endurece tú mi corazón!

Esta mañana he podido andar un poco y he ido a correos. Estaba bañado en sol. Las palmeras erguidas en el aire, limpias y brillantes; la resina azul les rezumaba pesada gracias al sol, como suele ocurrir. Cuando llegué a la carretera oí un cantar.

Un pensamiento divertido… «¡Han venido los ingleses!», pero naturalmente no eran ellos.

Domingo. [*Diciembre*.] Las cuatro y diez. Estoy segura de que este domingo es el peor de toda mi vida. He tocado fondo. Ni siquiera me sigue latiendo el corazón. Sigo viva solo gracias a una especie de zumbido de sangre en las venas. Vuelve la oscuridad; solo en la ventana hay un resplandor blanco. Mi reloj suena fuerte y ruidoso en la mesilla de noche, ufano con su vida diminuta, mientras yo decaigo, muero.

Llega de nuevo el atardecer. La marea está muy alta. Se impacienta, se ondula en un sentido y otro, se abraza a las rocas y trepa por ellas. En la luz aguda y metálica las rocas adquieren un tono rojizo. Sobre ellas una franja ancha de verde mezclada con un negro intenso como el hollín; por encima, la cumbre de una montaña violeta; sobre la montaña un cielo azul claro brillante como el interior de una concha marina mojada. La luz cambia a cada momento. Incluso mientras escribo, deja de ser dura. Unas nubes blancas y pequeñas cubren la parte más alta de la montaña como humo lanzado al aire. Y ahora un color púrpura, muy amenazador y horrible, está empezando a cubrir el cielo. Los árboles se tambalean en la luz inestable. Un perro ladra. El jardinero, hablando solo, arrastra los pies por el camino recién rastrillado, recoge su cesta de malas hierbas y se va. Dos amantes avanzan juntos por el borde del mar. Escondidos bajo sus abrigos. Ella lleva un pañuelo rojo en la cabeza. Avanzan, muy orgullosos y confiados, abrazándose y desafiando al viento.

Hoy estoy enferma —no puedo andar nada— y tengo dolor.

[La enfermedad a la que se refiere Katherine Mansfield fue un dolor reumático que tuvo muy malas consecuencias para el funcionamiento de su corazón. No tenía ninguna relación con la tuberculosis pulmonar

de la que murió. Esta segunda enfermedad no se le presentó hasta dos años después, en diciembre de 1917. Katherine Mansfield siempre estuvo convencida de que moriría de un fallo cardíaco.]

Un encuentro

Esta tarde no he ido de paseo. Hay un largo malecón de piedra que penetra en el mar. Piedras enormes a cada lado y en el centro un pequeño camino de cabras. Cuando llegué al final se estaba poniendo el sol. Así que sintiéndome extremadamente solitaria y romántica me senté en una piedra y contemplé cómo el sol rojo, que se parecía horriblemente a un trozo de albaricoque en lata, se iba hundiendo en el mar como un inmenso pastel. Y empecé, débilmente, pero sin duda de manera perceptible, a cantar: «Sola entre el mar y el cielo etc.». Cuando de pronto vi una mancha diminuta que se me acercaba desde la barandilla. Fue creciendo hasta convertirse en un oficial joven de azul oscuro, delgado, de piel olivácea, cejas bonitas, ojos alargados y negros, y un bonito bigote sedoso.

—¿Está sola, Madame?

—Sola, Monsieur.

—¿Se hospeda usted en el hotel?

—En el hotel, Monsieur.

—La he visto andar sola varias veces, Madame.

—Es posible, Monsieur.

Se sonrojó y se tocó la gorra.

—Soy muy indiscreto, Madame.

—Muy indiscreto, Monsieur.

[A finales de diciembre de 1915 volví a Bandol. Allí alquilamos una villa diminuta de cuatro habitaciones, Villa Pauline, con un almendro que rozaba la ventana de la *salle à manger*. Allí estuvimos hasta abril de 1916; y allí escribió Katherine Mansfield la primera versión de *Preludio*.]

1916

22 de enero. [*Villa Pauline, Bandol*.] Ahora, en realidad, ¿qué es lo que quiero escribir? Me pregunto, ¿soy menos escritora de lo que solía ser? ¿Es mi necesidad de escribir menos urgente? ¿Me sigue pareciendo natural continuar con esta forma de expresión? ¿Ha sido suficiente el lenguaje? ¿Deseo algo más que relatar, que recordar, que tranquilizarme?

Hay momentos en que estos pensamientos me medio asustan y casi me convencen. Me digo: estás ahora tan llena de ti misma, del placer de estar viva, de vivir, de aspirar a un mayor sentido de la vida y de un amor más profundo que se te ha consumido lo otro.

Pero no, en el fondo no estoy convencida pues en el fondo mi deseo de escribir nunca ha sido tan ardiente. Solo la forma que escogería para hacerlo ha cambiado totalmente. Ya no me preocupa la misma apariencia de las cosas. Las personas que vivieron y que yo deseaba llevar a mis relatos me han dejado de interesar. Las tramas de mis relatos me dejan perfectamente fría. No pongo en duda que todas estas personas existen y que todas sus diferencias, complejidades y resoluciones son verdaderas para ellos, pero ¿por qué debería *yo* escribir sobre ellos? No los siento próximos. Se han cortado completamente todos los falsos hilos que me vinculaban a ellos.

Ahora, ahora quiero escribir recuerdos de mi propio país. Sí, quiero escribir sobre mi país hasta que agote mi bagaje. No solo porque es una «deuda sagrada» que debo a mi país, porque allí nacimos mi hermano y yo, sino también porque en mi pensamiento recorro con él todos los lugares de la memoria.

Nunca estoy muy lejos de ellos. Deseo ardientemente renovarlos en la escritura.

¡Ah! Las personas —las personas que allí quisimos— también sobre ellas deseo escribir. Otra «deuda de amor». Deseo por un momento poner ante los ojos del Viejo Mundo nuestro país aún no descubierto. Debe ser misterioso, como si flotara. Tiene que dejarles sin respiración. Tiene que ser «una de esas islas…». Lo contaré todo, incluso cómo rechinaba la cesta de la ropa en el 75. Pero se tiene que contar todo con un sentido del misterio, resplandeciente, con una incandescencia pasada, porque tú, mi pequeño sol de allí, te has puesto. Te has caído hacia el borde deslumbrante del mundo. Ahora me toca a mí representar mi papel.

También quiero escribir poesía. En el umbral de la poesía me encuentro siempre temblando. El almendro, los pájaros, el pequeño bosque donde estás tú, las flores que no ves, la ventana abierta a la que me asomo, y donde sueño que te tengo apoyado en mi hombro, y las veces en que tu foto «parece triste». Pero sobre todo te quiero escribir un tipo de elegía larga… tal vez no en verso. Quizá, tampoco en prosa. Casi seguro será un tipo de *prosa especial*.

Y por fin quiero escribir una especie de *libro de notas mínimo*, para que se publique algún día. Eso es todo. Nada de novelas, ni relatos de problemas, nada que no sea simple, abierto.

K. M.

13 de febrero. Todavía no he escrito prácticamente nada, y de nuevo se me está agotando el tiempo. No he hecho nada. No estoy más cerca de lograrlo que hace dos meses, y sigo medio creyendo en mi voluntad de realizar cualquier cosa. Cada vez que inicio un gesto mi demonio me dice casi al mismo tiempo: «¡Oh, sí, pero ya lo hemos oído antes!». Y a continuación oigo a

R. B. en el café Royal: «¿Sigues escribiendo?». Si regresara a Inglaterra sin un libro acabado me daría por vencida. Sabría que, dijera lo que dijera, en realidad no era una escritora y no tenía ningún derecho a tener «una mesa en mi habitación». Pero si vuelvo con un libro terminado será como una *profession de foi pour toujours*. ¿Por qué dudo tanto? ¿Es simplemente pereza? ¿Falta de voluntad? Sí, creo que de eso se trata, y que por eso tiene una importancia tan inmensa el que adquiera seguridad en mí misma. Hoy he colocado una mesa en mi habitación, encarada a la pared, pero desde mi asiento veo los brotes más altos del almendro y se oye muy alto el ruido del mar. Sobre la mesa hay un jarrón con geranios preciosos. Nada más agradable que este rincón, y es tan silencioso y está tan alto, es como estar sentada en lo alto de un árbol. Creo que me será posible escribir aquí, sobre todo hacia el atardecer.

¡Y apenas encendida, como ardería y resplandecería! Algo nuevo. Cuando no estoy escribiendo siento que mi hermano me está llamando y que no es feliz. Solo cuando estoy escribiendo o en fase de escribir —en fase de «inspiración»— noto que está tranquilo… Anoche soñé con él y con el padre Zossima. El padre Zossima decía: «No permitas que muera el hombre nuevo». Desde luego que mi hermano estaba allí. Por la noche me llamó cuando estaba sentada junto al fuego. Por fin le obedecí y subí. Me detuve en la oscuridad y esperé. La luna empezó a brillar. Había estrellas en el cielo, estrellas brillantes oscilando que parecían moverse mientras las miraba. Brillaba la luna. Me era posible ver la curva del mar y la curva de la tierra abrazándose, y encima, en el cielo, se veía un gran despliegue de nubes. Seguramente los tres semicírculos eran mágicos. Pero entonces, cuando me asomé a la ventana, me pareció ver a mi hermano esparcido por todo el campo: ya fuera boca abajo o boca arriba, acurrucado o medio apretado contra la tierra. Mirara donde mirara, allí yacía. Pensé que Dios

me lo enseñaba así con algún propósito concreto y me arrodillé junto a la cama. Pero no pude rezar. No había realizado trabajo alguno. No estaba en estado de gracia activo. Así que terminé por levantarme y bajar de nuevo. Pero estaba terriblemente triste… La noche anterior, echada en la cama, sentí repentinamente una gran pasión. Deseaba que J. me abrazara. Pero cuando me volví para hablarle o besarle vi a mi hermano echado, profundamente dormido, y me enfrié. Es algo que me ocurre casi siempre. Tal vez sea porque durante mucho tiempo me dormía pensando en él, me despertaba y allí estaba. Me pareció que mi cara se había convertido en la suya, seria y somnolienta. Me pareció incluso que las líneas de mi boca habían cambiado y que pestañeaba como solía hacer él al despertarse.

Este año tengo que ganar dinero y darme a conocer. Deseo ganar lo suficiente como para poder dar algo de dinero a L. M. De hecho, quiero responsabilizarme de ella. Esa es mi idea y ganar lo necesario para que J. y yo podamos pagar nuestras deudas y vivir honradamente. Me gustaría tener un libro publicado y *un número* de relatos acabados. Mientras escribo, el humo del cigarrillo parece ascender de forma pensativa y me siento más próxima a ese tipo de identidad silenciosa y cristalina que casi solía ser la mía.

14 de febrero. Empiezo a pensar en un recuerdo inacabado que está conmigo desde hace varios años. Es una excelente historia, siempre y cuando sea capaz de narrarla bien, y se llama «Lena». Tiene lugar en Nueva Zelanda y se puede incluir en el libro. Siempre y cuando me ponga a escribirla inmediatamente.

Querido hermano, mientras apunto estas notas, hablo contigo. ¿A quién iban siempre dirigidos aquellos enormes y quejosos diarios? ¿Tal vez a mí misma? Pero ahora, al escribir estas palabras y hablar de recuperar el ambiente de Nueva

Zelanda, te veo frente a mí, veo tus ojos pensativos que tanto entienden. Sí, son para ti. Estábamos viajando a toda velocidad, sentados el uno frente al otro. Querido, ¿cómo puedo haber pasado por alto esta tremenda alegría? Cada vez que cojo la pluma, *tú* estás conmigo. Eres mío. Eres mi compañero de juego, mi hermano, y recorreremos juntos todo el país. Es contigo con quien veo y por eso veo con tanta claridad. Se trata de un gran misterio. Hermano mío, he dudado estos últimos días. He estado en lugares horribles. He sentido que no podía *llegar* hasta ti. Pero ahora, de repente, se está levantando la niebla y veo y sé que estás cerca de mí. Te siento más vivamente ahora, en este momento, que si estuvieras vivo y te escribiera desde un lugar cercano. Cuando pronuncias mi nombre, el nombre con el que me llamas y que tanto me gusta —«¡Katie!»— tu labio se levanta en una sonrisa. Tú crees en mí, sabes que estoy aquí. ¡Oh, Chummie! Abrázame. Iba a escribir: vamos a excluir a todos los demás. Pero no, no se trata de eso. Solo que juntos los miraremos a todos. Hermano mío, ya sabes que a pesar de mi deseo, mi voluntad es débil. Hacer cualquier cosa —incluso escribir absolutamente por y para mí— me resulta terriblemente difícil. Dios sabrá por qué, cuando mi deseo es tan fuerte. Pero del mismo modo que siempre nos hacía felices sentarnos juntos —¿te acuerdas?— y hablar de los viejos tiempos, hasta el último detalle —el último sentimiento —, mirándonos el uno al otro y expresándonos con los ojos cuando se agotaban las palabras, ¡que íntimamente nos entendíamos!, y así, querido mío, lo volveremos a hacer. Ya sabes lo infeliz que he sido últimamente. Casi he llegado a creer: tal vez «el nuevo hombre» no vivirá. Tal vez aún no lo haya superado… Pero ahora ya no dudo. Se trata de la idea —siempre la he tenido presente, pero nunca como esta noche— de que no escribo sola. Que en cada palabra que escribo y cada lugar que visito te llevo conmigo. Sin duda este debería ser el

mensaje de mi libro. Hay margaritas en la mesa y entre ellas brilla una flor roja, como una amapola. Escribiré sobre margaritas. Sobre la oscuridad. Sobre el viento; y el sol y la bruma. Sobre las sombras. Sí, sobre todo lo que te encantaba y que a mí también me encanta y siento. Esta noche resulta por fin evidente. Por mucho que escriba y reescriba no voy a titubear, querido, y el libro se escribirá y estará listo.

15 de febrero. He roto el silencio. Me ha costado mucho tiempo. ¿Te he fallado al sentarme a leer? Ten un poco de paciencia conmigo. Mejoraré. Haré *todo*, todo lo que desearíamos. Mi amor, no fallaré. Esta es una noche muy salvaje. ¿Me oyes? Todo es viento y mar. Es como si el mundo volara como una pluma, saltando y meciéndose en el aire como un balón de Lindsay. A veces me parece oír un piano, pero se trata de una fantasía. ¡Qué alto suena el viento! Si escribo diariamente, con toda fidelidad, un pequeño informe de cómo tengo fe en ti. Eso es lo que tengo que hacer. Ahora vuelves a estar conmigo. Estás un paso adelante, con una mano en el bolsillo. ¡Hermano mío, mi pequeño hermano varón! ¡Tus ojos pensativos! Te veo tal como me dejaste. Te vi un momento solo, muy solo, y me pareciste bastante perdido. Mi corazón sufrió por ti entonces. ¡Sigue sufriendo por ti esta noche y ahora! ¿Lloraste? Siempre pensaba: no debe ser infeliz nunca, nunca. Ahora me voy a acercar a ti, voy a cogerte la mano, y nos vamos a contar esta historia el uno al otro.

16 de febrero. Esta mañana he *encontrado* «The Aloe».[6] Y cuando lo he vuelto a leer he comprendido que ayer no tenía «razón» del todo. No, queridísimo, no se trataba solo del espíritu.

«The Aloe» tiene razón. «The Aloe» es precioso. Simplemente

me fascina y sé que es lo que tú desearías que escribiera. Y ahora sé en qué consiste el último capítulo. Es tu nacimiento: tu llegada en otoño. Tú en los brazos de la abuela bajo el árbol, tu solemnidad, tu maravillosa belleza. Tus manos, tu cabeza, tu desamparo, echado en la tierra, y sobre todo, tu tremenda solemnidad. Es el capítulo que concluirá el libro. El próximo libro será tuyo y mío. Y tienes que serlo todo para Linda; y Kezia tiene que jugar contigo antes de que nazcas —su pequeño Bogey, oh, Bogey—; tengo que darme prisa. Todos tienen que tener este libro. ¡Es bueno, tesoro mío! Mi hermano pequeño; es bueno y refleja lo que verdaderamente pensábamos entonces.

17 de febrero. Estoy triste esta noche. Quizá sea el viejo viento melancólico. Y pensar en ti *espiritualmente* no me basta esta noche. Te quiero junto a mí. Tengo que meterme a fondo en mi libro porque solo entonces seré feliz. Perderme, perderme, cariño mío, para encontrarte a ti. Oh, cómo deseo que este libro esté escrito. DEBE estar escrito. Debe estar encuadernado y envuelto camino de Nueva Zelanda. Lo siento con toda mi alma… Así se hará.

Un recuerdo de la infancia

Las cosas ocurrían entonces con total sencillez, sin preparativos y sin aspavientos. Me dejaron entrar en la habitación de mi madre —recuerdo estar de puntillas y usar ambas manos para girar el picaporte grande de porcelana— y allí yacía mi madre en la cama con los brazos extendidos sobre la sábana, y allí estaba mi abuela sentada junto a la chimenea con un bebé en el regazo, envuelto en franela. Mi madre no me hizo ningún caso. Tal vez estuviera dormida pues mi abuela me hizo una señal con la cabeza y me dijo con una voz poco más alta que un suspiro: «Ven a ver a tu hermanita». Crucé la

habitación de puntillas hacia su voz, ella apartó la franela y vi una cabecita redonda con un mechón de pelo rubio y una cara grande con los ojos cerrados, blanca como la nieve.

—¿Está viva? —pregunté.

—Claro que sí —dijo la abuela.

—Mira cómo me sujeta el dedo.

—Y en efecto, una mano poco mayor que la de mi muñeca asomaba por el volante de la manga y rodeaba su dedo.

—¿Te gusta? —dijo mi abuela.

—Sí. ¿Va a jugar con la casa de muñecas?

—Dentro de poco dijo la abuela, y me entró una gran alegría.

La señora Heywood acababa de regalarnos una casa de muñecas. Era una casa preciosa con galería y un balcón, con una puerta que se abría y cerraba y dos chimeneas. Tenía muchísimas ganas de enseñársela a alguien más.

—Se llama Gwen —dijo la abuela—. Dale un beso.

Me incliné y besé el pequeño mechón dorado. Pero no se dio cuenta. Estaba echada muy quieta con los ojos cerrados.

«Ahora ve y dale un beso a tu madre», dijo la abuela.

Pero mi madre no quería besarme. Muy lánguida, apoyada en las almohadas, estaba comiendo sagú. El sol brillaba a través de la ventana y parpadeaba en los pomos de latón de la gran cama.

Después la abuela entró en el cuarto de los niños con Gwen y se sentó en un balancín frente a la chimenea. Meg y Tadpole(10) estaban en casa de la tía Harriet. Se habían ido antes de que llegara la nueva casa de muñecas, de ahí que yo tuviera tantas ganas de enseñársela a alguien. Montones de veces la había recorrido en solitario, de la cocina al comedor, subiendo a las habitaciones con la lámpara de muñecas en la mesa.

—¿*Cuándo* jugará con la casa? —le pregunté a la abuela.

—Dentro de poco, cariño.

Estábamos en primavera. Nuestro jardín estaba lleno de grandes azucenas blancas. Solía salir corriendo a olerlas y volver a entrar con la nariz amarilla.

—¿No puede salir?

Por fin, un día precioso la envolvieron en un chal caliente y la abuela la llevó al huerto de los cerezos, caminamos de aquí para allá bajo las flores del cerezo que iban cayendo. La abuela llevaba un vestido gris con pensamientos blancos. El carruaje del médico esperaba en la puerta y el perrito del doctor, Jackie, se echó a correr hacia mí y me mordió las piernas desnudas. Cuando volvimos al cuarto de los niños y le quitaron el chal a Gwen cayeron de los pliegues pétalos blancos, pequeños como plumas. Pero Gwen no miró, ni siquiera entonces. En brazos de la abuela, sus ojos se abrieron lo justo para mostrar una línea azul, la cara muy blanca y su único mechón de pelo rubio asomándole de la cabeza.

Durante todo el día y la noche los brazos de la abuela estaban ocupados. Me quedé sin regazo al que subir, sin almohada en la que descansar. Todo era de Gwen. Pero Gwen no lo notaba: nunca levantaba la mano para jugar con el broche plateado con forma de media luna en la que estaban sentadas cinco pequeñas lechuzas; jamás sacaba el reloj de la abuela de su corpiño y abría ella sola la parte de atrás para ver el mechón de pelo del abuelo; no hundía la cabeza en el cuerpo de la abuela para oler la colonia de lavanda, ni cogía la funda de las gafas de la abuela y se preguntaba si era de plata de ley. Gwen estaba siempre echada dejándose mecer.

Un día, abajo en la cocina, la vieja señora M'Elvie se acercó a la puerta y le preguntó a Bridget por la pobre pequeña, y Bridget dijo: «Sigue viva gracias a la sangre de buey calentada en un platillo sobre una vela». A partir de entonces me asusté por Gwen y decidí que ni siquiera cuando jugara con la casa de muñecas la dejaría subir a la habitación de arriba; solo abajo y

solo en el momento en que ella fuera capaz de ver.

Una tarde, casi de noche, estaba yo sentada junto al fuego sobre mi pequeño escabel tapizado, y la abuela se mecía cantando la canción que me solía cantar a mí, solo que con más suavidad. De repente se calló y yo la miré. Gwen abrió los ojos y volvió su cabecita pequeña y redonda hacia el fuego; miró y miró y entonces desvió la mirada hacia la cara que tenía encima. Vi su cuerpecito estirarse y tender las manos hacia arriba, y «¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!», exclamó la abuela.

A la mañana siguiente me vistió Bridget. Cuando entré en el cuarto de juegos olfateé. Encima de la mesa había un gran jarrón de azucenas. A un lado estaba sentada la abuela con Gwen en su regazo, y un hombrecito extraño con la cabeza metida en una bolsa negra estaba de pie detrás de una caja de huevos de porcelana.

«¡Ahora!», dijo, y vi cómo la cara de mi abuela cambiaba al inclinarse hacia Gwen.

«Gracias», dijo el hombre, saliendo de la bolsa. Colgaron la fotografía encima de la chimenea del cuarto de juegos. A mí me pareció muy bonita. Se veía la casa de muñecas; galería, balcón y todo. La abuela me ayudó a besar a mi hermana pequeña.

Recuerdos de la universidad

La aplicación de J. me resulta un recordatorio constante. ¿Por qué no escribo yo también? ¿Por qué sintiéndome tan llena de ideas, teniendo que escribir la mayor parte de esto *antes* de ir a Inglaterra, no empiezo? Si tuviera el valor de empujar contra la puerta rígida e hinchada todas esas mentiras que están dentro de mí; ¿por qué tardo en hacerlo? Porque soy perezosa, he perdido el hábito del trabajo y derrocho más allá de lo razonable. En realidad es pereza, una especie de pereza inmensa, odiosa y degradante.

Ayer pensaba en mi *desaprovechada, desaprovechada* primera

juventud. Mi vida en la universidad, que en cierto sentido sigue siendo un recuerdo muy vívido, podía haber transcurrido sin referencia a libro ni conferencia alguna. Vivía pensando en las chicas, el profesor, el edificio grande y magnífico,[7] las grandes fogatas en invierno y las abundantes flores en verano. Con las vistas desde las ventanas como único dibujo para tejer. Nadie lo veía —pensaba entonces— como yo. Mi mente era como una ardilla. Recogía, recogía y escondía, aprovisionando para aquel largo «invierno» en que redescubriría todo aquel tesoro; y si se me acercaba alguien me encaramaba al árbol más alto y más oscuro y me escondía en las ramas. Y cuánto me fascinaba observar a Hall Griffin y todos sus trucos; pensar en él, mientras él estaba allí sentado, en su vida privada, en la clase de hombre que era, etc., etc. (Nos dijo que él y su hermano habían escrito un inmenso poema llamado la Épica de los Hall Griffin.) Solo en momentos esporádicos se producía un destello en medio de aquel quehacer constante, como en el poema de Spencer «La reina de las hadas» o el de Keats, «Isabella; or the Pot of Basil», y aquellos destellos tenían lugar siempre que estaba del todo en desacuerdo con H. G. y escribía en mis notas: este hombre es un tonto. ¡Y Cramb, maravilloso Cramb! Me bastaba la imagen de Cramb, él era «historia» para mí. Eternamente joven y fogoso, devorándose a sí mismo una y otra vez, indignado por lo que había visto pero casi ciego de tanto como había mirado. Con sus grandes pasos arriba y abajo, Cramb me satisfacía plenamente. No era capaz de anotar el torrente de Cramb. Solo deseaba sentarme y escucharle. Cada gesto, cada vez que se detenía al andar, cada uno de sus tonos y aspectos siguen tan vívidos en mi memoria como si hubiera sido ayer, pero de todo lo que decía solo recuerdo frases: «Se sentó y se le cayó la peluca», «Anne Bullen, una criatura preciosa y *pura* al salir de su callada puerta a la luz y al clamor», «al mirar hacia atrás y ver la puerta conocida

cerrada tras ella, con un ligero clic por así decir», fin.

Pero ¿qué relato coherente podía yo dar sobre la historia de la Literatura Inglesa? ¿Y cuál sobre la Historia Inglesa? Ninguno. Cuando pienso en términos de *fechas* y *épocas* introduzco personajes inadecuados y dejo de mencionar los adecuados.[8] Cuando leo una obra de Shakespeare me gustaría poderla vincular a lo que se escribió antes y después. Quiero entender, aunque sea mínimamente, cómo era entonces Inglaterra, qué aspecto tenían las personas entonces —pero a medida que escribo pienso que de esto último sí soy capaz—, y cuando se menciona a un hombre, aunque sea un hombre real, no deseo colocarlo a la derecha de Sam Johnson cuando tendría que vivir a la sombra de Shakespeare. Y confieso que lo hago a menudo.

Desde que llegué aquí he estado muy interesada en la Biblia. He pasado muchas horas leyéndola y empecé a hacerlo con este mismo interés. Quería saber si Lot iba a continuación de Noé y cosas por el estilo. Pero me amarga mucho pensar que este tipo de cosas las tendría que saber: tendrían que formar parte de mi respiración. ¿Existe algún adulto más ignorante que yo? Pero ¿por qué no escuchaba en su día al viejo director que daba clases de Historia Bíblica dos veces por semana, en vez de mirarle fijamente a la cara, una cara redonda, de color rojo oscuro, con cierta lozanía, cubierta toda ella de pequeñas venas rojas con infinitos afluentes que le subían por la frente y se perdían en su espeso pelo blanco. Tenía también las manos diminutas, hinchadas, rojizas, tersas bajo la piel manchada. Cuando le miraba las manos solía pensar: sufrirá un ataque y morirá de parálisis. Nos dijeron que era un hombre muy sabio, pero yo no podía evitar verle con una levita de doble solapa, un sombrero grande seudoclerical, un gran pañuelo blanco cayéndole por la parte de atrás del cuello, de pie e indicando con un paraguas un lugar posible en el que posiblemente había

acampado una tribu nómada, indicándoselo a su mujer, entrada en años, con un corazón delicado, que tenía que ir a todas partes en una cesta a modo de silla, colocada en la parte de atrás de un burro, y a sus dos hijas, con guantes de encaje y zapatos de playa que huelen vagamente a alguna mezcla de insecticida.

Mientras nos impartía conferencias, yo solía estar allí sentada, construyendo su casa, llenándola de personas —llenándola de americanos—, de ébano y muebles pesados; de armarios como cúpulas diminutas y mesas con patas de elefante que le habían regalado amigos misioneros agradecidos… sólo en una ocasión lo traté: fue cuando pidió que levantara la mano cualquier señorita de la clase a la que hubiera perseguido un toro salvaje, y como nadie lo hizo, yo levanté la mía (aunque naturalmente no era cierto). «Ah», dijo, «me temo que usted no cuenta. Usted es una pequeña salvaje de Nueva Zelanda», lo cual fue un poco tajante, pues debía ser de lo más raro que te persiguiera un toro arriba y abajo por Harley Street, Wimpole Street, Welbeck Street, Queen Anne, y alrededor de Cavendish Square…

¿Y por qué no aprendí francés con M. Huguenot? ¡Qué oportunidad perdí! ¡Cómo lo he pagado! Daba clases en una habitación grande y estrecha pintada toda ella —las paredes, la puerta, y los marcos de las ventanas— de un tono gris de reseda verde. El techo era blanco y justo debajo había una moldura con largas guirnaldas de flores blancas. A ambos lados de la chimenea de mármol, un niño pequeño desnudo se tambaleaba por el peso de una gran fuente de uva que llevaba en la cabeza. Tras las ventanas, muy abajo, estaba el patio del establo empedrado con guijarros, y se podía oír el traqueteo apagado de los carruajes entrando y saliendo, el ruido de agua saliendo a borbotones de la manguera y cayendo en el cubo; a algún joven pisoteando de aquí para allá y silbando. En la

habitación nunca entraba mucha luz y en verano a M. H. le gustaba bajar las persianas hasta la mitad de la ventana… Era un hombre pequeño y gordo.

El viejo no podía dejar de sorprenderse por seguir siendo lo suficientemente fuerte como para levantar aquel pedazo de chico. Quería repetirlo una y otra vez, incluso cuando el niño estaba ya muy cansado del juego, el viejo seguía extendiendo los brazos y sonriendo estúpidamente e intentando levantarle aún más alto. Incluso intentó hacerlo con un solo brazo…

Saunders Lane
12 de marzo. Nuestra casa de Tinakori Road estaba apartada de la carretera. Era una casa grande, cuadrada, pintada de blanco con una galería de columnas esbeltas y un balcón que la rodeaba. En la parte de delante, desde la galería, el jardín bajaba en pendiente pasando por terrazas y tramos de escalinatas de cemento hasta llegar al muro de piedra cubierto de capuchinas que tenía tres verjas: la verja de los visitantes, la verja de los comerciantes y la verja enorme de hierro viejo que no se usaba nunca y que chirriaba y gemía cuando Bogey y yo nos columpiábamos en ella.

Tinakori Road no estaba de moda; era una calle muy variopinta. Claro que había algunas casas buenas en la calle; casas antiguas como la nuestra por ejemplo, escondidas en jardines medio salvajes, y no cabía duda de que el terreno allí llegaría a ser muy valioso —como solía decir nuestro padre— si uno compraba lo suficiente y esperaba.

Estaba en lo alto, era un lugar sano; el sol entraba por las ventanas durante todo el día, y cuando tuviéramos un servicio de tranvías decentes, como razonaba nuestro padre…

Pero era bastante molesto tener a nuestra lavandera viviendo en la casa de al lado; una mujer que insistía en hablar con

nuestra madre por encima de la valla, y además, justo detrás de su «choza», como lo llamaba nuestra madre, vivía un viejo que quemaba cuero en su jardín siempre que el viento soplaba en nuestra dirección. Y un poco más allá vivía una familia inacabable de mestizos que parecían haber plantado el jardín con latas vacías de mermelada y platos viejos y teteras de hierro negro sin tapa. Justo enfrente de nuestra casa, había una valla de estacas, y bajo la valla de estacas en una hondonada, encajado casi bajo el pliegue de una enorme colina cubierta de tojos, estaba Saunder's Lane.

[K. M. parece haber usado este lugar como escenario de su relato, «Fiesta en el jardín».]

Marzo. Jinnie Moore era un gran experto en dicción. ¿Era mejor que yo? Yo era capaz de hacer llorar a las chicas en la clase de costura cuando les leía a Dickens. Pero la verdad es que ella nunca lo intentó. No le gustaba Dickens; le gustaban los relatos de caballos, vagabundos, naufragios y hogueras en la pradera; eran de su estilo, su estilo temerario, pelirrojo, intrépido.

[Lo que sigue es una carta no enviada a Frederick Goodyear, un buen amigo de Katherine Mansfield y mío. En aquel momento Goodyear estaba trabajando en Francia en la sección de meteorología de los Royal Engineers. Unos meses después, se alistó en un regimiento de infantería para ir al frente. Allí lo mataron en mayo de 1917. Hay que recordar que ninguno de los amigos de Katherine Mansfield que fue a la guerra sobrevivió. Esto explica la impresión profunda e inamovible que le dejó la guerra, una impresión que se manifestó el último año de su vida en el relato, «La mosca».

Frederick Goodyear, que estudió en Brasenose tres cursos por delante de mí, fue sin duda el estudiante de licenciatura más brillante

de Oxford de todos los tiempos. Fue el primero de mis amigos en conocer a Katherine Mansfield después de que yo la conociera, y se hicieron amigos. Nos acompañó a París en nuestro desgraciado viaje en invierno de 1913. En 1920 se publicaron sus cartas y restos literarios junto con una memoria biográfica a cargo del señor F. W. Leith-Ross. Las últimas palabras de su carta, a las que ella respondió, fueron:

«La verdad es que estoy en un estado de mal humor crónico con la vida: y NADA, si puedo buenamente evitarlo, me hará cambiar.

»Necesitamos definiciones. Si el amor es solo amor cuando es irresistible, entonces no te quiero. Pero si se trata de una emoción relativa, entonces sí.

»Personalmente, creo que todo en todas partes son patrañas. Fredk. Goodyear»]

Domingo. Villa Pauline, Bandol (Var). El señor F. G. Jamás un pepino sentó peor al pecho de una mujer que tus efusiones grasientas que he leído dos veces y que no volveré a leer ni muerta. Pero por mucho que me lo pregunte no se me ocurre qué es lo que contenía la mía para molestarte tantísimo. (Henry James está muerto. ¿No lo sabías?) Yo no te declaré mi amor arrastrada por una pasión irresistible. En cualquier caso estoy dispuesta a repetirlo mirando a esta libra de cebollas que cuelgan en ristra de un clavo de cazo. Pero ¿por qué me escribes como si yo, con toda familiaridad, te hubiera ido a ver en un cabriolé para pedirte que me convirtieras en una mujer respetable? Sí, eres malhumorado, suspicaz y áspero. Y si crees que me quito el sombrero ante ti, chico, te has equivocado.

De hecho, ahora que pienso en tu última carta creo que no tienes ganas de escribirme, y que me muera si no acierto. Pero tal vez esta reacción se deba a mi mal carácter; desde luego procede directamente del estómago. Tengo tanta hambre, estoy tan vacía, que imaginar un solomillo de buey, bien hecho, con mucho jugo, salsa de rábano y patatas asadas, casi me hace

sollozar. Aquí no hay nada que comer excepto tortillas, naranjas y cebollas. Hace un día frío, soleado y ventoso; uno de esos días en que se desea una comilona al mediodía y un sillón frente al fuego en el que enroscarse como una boa. Ahora me siento nostálgica respecto a Inglaterra: ¡comida inglesa, *desperdicios* ingleses *decentes*! Mucho mejor que estos franceses tacaños cuyos jardines de flores no son más que cuencos de ensalada. No hay una hoja en Francia con la que no se pueda *faire une infusión avec* ni una brizna de hierba que no sea *bon pour la cuisine*. Dios mío, me gustaría comprar una libra de la mejor mantequilla, colocarla en el alféizar de la ventana y contemplar cómo se derrite para hacerles rabiar. Son una pandilla miserable e incómoda a pesar de sus retazos de alegría… Por ejemplo, sus casas —qué horribles muebles— y jamás una silla cómoda. Si se quiere hablar, la única forma de hacerlo es metiéndose en la cama. O se está de pie o se acuesta uno bajo un edredón bien grueso. Entiendo perfectamente las razones de lo que se define como moral francesa laxa. Uno está forzado a meterse en la cama, lo mismo da con quién. No hay otro lugar en el que estar. Imaginemos que un hombre *joven* acude a casa para arreglar la luz eléctrica, va hablando y señalando el techo; que un amigo se deja caer a tomar el té y nos pregunta si creemos en el Mal Absoluto. ¿Cómo pensar en estas cosas, sentado sobre cuatro pomos y siete centímetros cuadrados de varas? Mucho mejor echarse cómodamente y *entregarse a ello*.

Más tarde

Acabo de comer una de las tortillas y una de las naranjas. El sol se ha ocultado; está empezando a tronar. Hay un pajarito en el árbol frente a la ventana no tanto cantando como agudizando una nota. Está consiguiendo un tono excelente; supongo que sabrías su nombre.

… Vuelve a escribirme cuando no todo sean patrañas.

¡Por ahora, adiós!

Te envío mi cariño rigurosamente relativo.

K. M.

Notas sobre Dostoievski Marzo. Nastasia Filipovna Barashkov (*El idiota*).

Página 7. El primero en mencionarla es Rogozhin en el tren, e inmediatamente la «reconoce» un hombre de nariz roja y cara con granos que «sabe todo sobre ella».

«Armance y Coralie y la princesa Patsy *y* Nastasia Filipovna.»

«Iremos a ver a Nastasia Filipovna.» *Palabras proféticas*.

Página 9. ¿Por qué aceptó los pendientes de un hombre al que jamás había visto? No codiciaba joyas. Tenía muchas y era extremadamente escrupulosa en su conducta hacia otros hombres. ¿Se trata de una costumbre rusa? ¿Aceptar los pendientes como una especie de reconocimiento a su belleza?

Páginas 26, 27. El retrato: «Oscuro y profundo, apasionado y desdeñoso».

Página 33. «Su cara es alegre, pero ha pasado sufrimientos terribles, ¿no es así?… Es una cara orgullosa. Enormemente orgullosa, pero no sé si tiene buen corazón. ¡Ah! ¡Si lo tuviera! Lo redimiría todo.»

Página 37. La historia de Nastasia. Cómo cambia cuando aparece en San Petersburgo; su conocimiento, casi «técnico», de cómo se hacen las cosas en el mundo, no resulta nada inverosímil. En el caso de esa clase de mujer parece ser un instinto. (Maata era igual. Simplemente sabía estas cosas sin haberlas aprendido en ninguna parte.) Su comportamiento, que según Dostoievski se debe «al despecho», consiste en mostrar su poder, y cuando él extrae bruscamente el arma con la que la había herido, ella siente un terrible dolor.

Después de haber vuelto a leer *El idiota* de principio a fin, y

con mucho cuidado, me siento ligeramente más desconcertada en lo que respecta al personaje de Nastasia. Realmente no está bien trazado. Está mal configurado. Y a medida que uno va leyendo, va aumentando una especie de irritación, una fascinación *frustrada*, que finalmente casi consigue borrar las primeras «impresiones» verdaderamente maravillosas de ella. ¿Qué pretendía Dostoievski?

Shatov y su esposa (*Los demonios*)

Hay algo terriblemente significativo en la actitud de Shatov hacia su esposa, y es sorprendente cómo, cuando Dostoievski le enfoca con una luz suave y penetrante, nos damos cuenta del gran conocimiento del personaje que hemos conseguido acumular a través de los vagos enfoques laterales e impresiones anteriores realizados desde la sombra. Es justo lo que creíamos que era; se comporta como esperamos que lo haga. En su naturaleza se da toda la crudeza y lo que se podría llamar «cabezonería» y resulta maravillosamente trágico que él que está a punto de ser destruido, comprenda repentinamente y a través de un tercero —a través de los chillidos de un bebé— el milagro que es el solo hecho de estar vivo.

Cada vez que leo los capítulos sobre su nueva felicidad acaricio una esperanza mínima de que esta vez escapará: le avisarán, no morirá.

¿Cómo conocía Dostoievski ese extraordinario sentimiento de rencor, ese gusto por la risa floja que se apodera de las mujeres que sufren? Es algo muy secreto, pero muy, muy profundo. No es que quieran dejar de castigar a la persona a la que aman. Si este les ama con la devoción ciega con la que Shatov ama a Marie, desean atormentarlo, y el atormentarlo les alivia verdadera y positivamente. ¿Se parece esto en algo al tormento que se observa tantas veces en sus historias de pasión? ¿Son, en algún caso, felices sus mujeres cuando atormentan a sus

amantes? No, también ellas sufren la agonía del parto. Están dando a luz a sus nuevas identidades. Y nunca creen en su salvación.

[Al volver de Bandol en abril de 1916 vivimos en Higher Tregerthen en el norte de Cornualles, luego en Mylor, en el sur de Cornualles. Vinimos a Londres en septiembre de 1916.]

[*Noviembre. Gower Street, 3*.] ¡Es muy extraño! De repente estoy de vuelta, entrando en mi habitación y deseando escribir, y «Toc, toc», la señorita Chapman en la puerta. Ha venido un hombre a limpiar las ventanas. ¡Podría estar yo enterada!

Y así nos reclama la muerte. Estoy segura de que justo en el momento final se oirá una llamada a la puerta y Alguien Inesperado vendrá a «limpiar las ventanas».

B. me ha dado su pluma estilográfica. La habitación está esta noche llena de humo; el gas burbujea como si las tuberías estuvieran llenas de agua. Reina un gran silencio. Estoy más bien resfriada, pero me siento del todo viva tras mi experiencia de esta tarde.

8 de diciembre. Me he pasado la mañana pensando y pensando pero sin gran provecho. No se me ocurre por qué, pero mi inteligencia me abandona casi por completo cuando quiero bajar a la tierra. Estoy bien en las alturas. E incluso en mi cerebro, en mi cabeza, soy capaz de pensar y escribir maravillas. Maravillas; pero en el momento en que intento de verdad hacerlas bajar, fracaso miserablemente.

1917

[En primavera de 1917 Katherine Mansfield alquiló un estudio para ella sola en Church Street, Chelsea, y yo alquilé habitaciones muy cerca, en Redcliffe Road.]

Verano

Y sin embargo, hay que acostumbrarse a vivir,
aunque sea sola, aunque sea triste, indiferente y lánguida,
porque, ¡oh! mi visión desestabilizadora, ¿acaso no eres un espejismo incesante demasiado difícil de seguir?(11)

[Que yo sepa, los relatos a los que se hace referencia en la nota que sigue, no se llegaron a terminar. Lo único que se conserva de ellos es una página manuscrita de «Geneva». Me resulta imposible entender en su totalidad la nota escrita con el estilo críptico y comprimido que solía utilizar Katherine Mansfield cuando esbozaba sus relatos. El comentario del niño sobre la tetera y el gatito aparece en «El día del señor Reginald», *Felicidad*.]

Chéjov me hace sentir que este deseo de escribir relatos de extensión tan desigual está perfectamente justificado. «Geneva» es un relato largo y «Hamilton» es muy corto, y en realidad debería habérselo dedicado a mi hermano, además de otro sobre la vida en Nueva Zelanda. Luego está Baviera. *Ich liebe Dich, Ich liebe Dich*, suspendido en el aire… y luego está París. ¡Dios mío! ¿Cuándo voy a escribir todo esto y cómo?

¿Esto es todo? ¿Puede ser todo? No es lo que yo pretendía en absoluto.

Chéjov tiene toda la razón en lo que dice sobre las mujeres; sí, tiene toda la razón. Esas hadas de negro y plata: «y

entonces, corriendo como loca por la calle, con una piel larga y marrón tras ella, barriendo las hojas con la falda, llorando: naturalmente él sentía muchísimo que ella no consiguiera satisfacción alguna, del mismo modo que hubiera sentido mucho que no le gustaran las fresas con nata. Viernes. Viernes; él no se podía quitar la palabra de la cabeza… y ante sí estaba el hombrecillo con el pelo cuidadosamente peinado diciendo: "¡Por favor, come algo!"». Pero no puedo creer que a estas alturas de la acción no ocurriera algo bastante extraordinario. Me senté sin dar la espalda a nadie.

T. F.; M. F. Conozco muy bien a esta mujer: vanidosa, entusiasta, bella y *désenchantée*; una «actriz».

—Puedo colocar una cama pequeña de niño en el rincón.

—¿Qué te gusta más, papi, los gatos o los perros?

—Pues chico, creo que me gustan más los perros.

—A mí no: me encantaría tener por aquí un gatito del tamaño de una tetera pequeña.

Hay un rasgo de carácter del hombre que me puede. Quiero un hombre muy callado, absorto en su trabajo, que, una vez se diera cuenta —verdadera cuenta— de que su mujer se había casado con él para sus propios fines, dejara de tener relación alguna con ella, pero siguiera queriéndola y adorara al niño. Todo esto es bastante difícil de escribir pero muy fascinante, no debería ser demasiado extenso.

¿Escribe esta pluma? Espero que sí. Resulta espantoso tener una pluma que no escribe. Y entonces se le acerca un clérigo y dice que sus ovejas han perdido la cola. ¡Bueno, es un chiste! ¿Lo ves?

21 de agosto. 141A Church St., Chelsea. Volví a casa esta tarde y apareció F. Yo estaba de pie en el estudio, alguien silbó en la vereda. Era él. Salí y compré leche, miel y pan de Veda. Más tarde nos sentamos, tomamos el té y hablamos. En muchos

aspectos este hombre se parece extraordinariamente a mí. Me gusta muchísimo; me siento tan *honesta* con él que hacerle venir para hablar y estar conmigo es una de las mayores alegrías de mi vida. Hasta que estuvo aquí y comimos juntos no me había dado cuenta de lo mucho que me importaba y de lo muy cómoda que me sentía con él. Un verdadero entendimiento. Podríamos haber hablado lenguas diferentes, regresado de un país remoto. Simplemente sentí que todo iba bien, y que nos entendíamos. Solo eso. Y que existía un gran bienestar entre ambos. Hay una división: la gente que es mi gente, la gente que no es mi gente. Él es de los míos. Le di en prenda mi ranita.[9]

Cuando salimos volví a ver el cielo tras la ceguera de todo el día: nubes pequeñas y grandes. Nos despedimos junto a Vinden. Eso es todo. Pero he querido tomar nota de ello.

I. Se encuentran y solo se tocan.
II. Se juntan y se separan.
III. Se separan y se vuelven a encontrar.
IV. Se dan cuenta de su vínculo.

Alors, je pars(12)

Es sorprendente la violencia con la que se sacude una rama cuando sale de ella un simple pajarillo. Me imagino que el pájaro lo sabe y se vuelve inmensamente arrogante. Querida, hay que ver cómo se puso cuando le dije que iba a dejarle. Se desesperó. Pero ahora la rama vuelve a estar quieta. No ha caído ni un capullo, ni ha chasqueado una ramita. La rama se yergue en el aire brillante, firme y segura, y gracias a Dios vuelve a ser dueña de su atardecer.

Un chelín a paseo

Llaman a la puerta. Dos monjas de Nazareth: una, más bien

guapa y humilde, en segundo plano, atenta; la otra, muy voluble y elocuente, con las manos metidas en las mangas. Cuando ha sonreído, ha enseñando unas encías pálidas y unos dientes grandes y descoloridos; he decidido que había superado mi sentimentalismo hacia las monjas. Pedían limosna para su hogar en el que recogían a niños pequeños. El hogar admitía a todos los niños excepto a los que sufrían enfermedades infecciosas o convulsiones. Me he preguntado lo que ocurriría si uno empezaba a sufrir convulsiones después de haber sido admitido, y decidí que yo hubiera sufrido la más real de las convulsiones en el momento en que se hubiera cerrado tras de mí la puerta Nazarena… La recuerdo bien del año pasado, dijo la monja. Pero si yo no vivía aquí el año pasado. Vaya, la gente cambia tan deprisa, dijo ella. Sí, pero no sus caras, dije yo con seriedad, dándole el chelín que tenía preparado para echarlo al contador del gas. Ojalá lo hubiera echado al contador del gas cinco minutos antes…

Viviendo sola

Si tuviera la mala suerte de encontrar un pelo en mi rebanada de pan con miel; en todo caso sería un pelo mío.

¡*Cuidado con la lluvia*!

A última hora de la tarde, después de recoger los restos de la cena, soplar las migas del libro que se está leyendo, encender la lámpara y acurrucarse frente al fuego, es el momento de tener cuidado con la lluvia.

E. M. Forster

Al arrimar anoche mis peores libros contra la pared, encontré una copia de *La mansión* y le eché un vistazo. Pero no es lo suficientemente bueno. E. M. Forster no va más allá de calentar la tetera. Para eso tiene una mano excepcional. Tocad esta

tetera. ¿No está maravillosamente cálida? Sí, pero no contiene té.

Amor y setas

Si fuera posible distinguir el amor verdadero del falso del mismo modo que se distinguen las setas de los hongos venenosos. En el caso de las setas es muy simple: se salan bien, se apartan y se tiene paciencia. Pero en el caso del amor, tan pronto como surge algo que parece serlo remotamente, se impone la certeza no solo de que se trata de un caso genuino, sino de que es *la* única seta genuina no recogida. Es necesario recoger un número terrible de hongos venenosos para comprender que la vida no es una interminable seta.

Los bebés y la vieja y querida Reina

Siempre que veo bebés en brazos me vuelve a sorprender lo mucho que se parecen a la vieja y querida Reina. Tienen el mismo aire de falsa resignación, la misma gordura tristona y regia. Si Su Majestad se hubiera dejado fotografiar con un gorrito de lana blanco rodeado de un pequeño edredón de volantes, no se reconocería la diferencia. Sobre todo si se le hubiese podido convencer de que, para la ocasión, se sentara en las rodillas del abuelito Gladstone.

Sueños y ruibarbo

Mis tallos de ruibarbo estaban envueltos en una copia del *Star* que contenía el último y *más* que elocuente discurso de Lloyd George. Al cortar el ruibarbo, mi ojo se detuvo, se fijó y atenazó aquella frase en la que nos dice que hemos cogido nuestro palo de golf y hemos salido al campo. Ruego a Dios que algún alma fiel esté siempre presente con una cesta para recoger estas tiernas flores a medida que vayan cayendo. ¡Dios mío! Es terrible pensar que estas palabras inmortales vayan a

parar sin consideración al polvo en el que no caben los sueños. Sentí placer al pensar, mientras colocaba el ruibarbo en el plato, que dentro de muchos años —P. G. dentro de muchos, muchos años—, en la plenitud del tiempo, lleno de madurez y sabiduría, cuando al Todopoderoso le parezca oportuno llevárselo a su seno, algún gentil picapedrero de vida tranquila, en la pequeña aldea que conoció al gran David de niño, cogerá un trozo de hermoso mármol blanco y grabará en él dos palos de golf cruzados y debajo:

A la hora de mayor peligro para Inglaterra, cogió su palo de golf y salió al campo.

Pero más bien lo que me preocupa, pensé, bajando el fuego hasta el mínimo cuando el ruibarbo empezaba a hervir, es cómo se traducirán estas poderosas palabras para que nuestros aliados puedan saborear su verdadero significado. Las hordas de pacientes rusos esperando tal vez en la nieve a que se les lea el discurso; ¿qué temible arma imaginarán? A no ser que el *The Daily News* sugiera al señor Ransome que pasee por la Perspectiva Nevsky con un palo de golf en vez del paraguas para que le vea el mundo entero. Y los franceses, qué clase de palo de golf harán. A ver si la semana que viene sabemos por sus periódicos de alguien *qui manque de niblick*.(13) O que *Au milieu de ces événements si graves ce qu'il nous faut ce du courage, de l'espoir et du niblick le plus ferme*…(14) Me pregunté sacando el ruibarbo.

Un idilio victoriano

Ayer Matilda Mason
sola en el salón
rompió un bonito cuenco de porcelana

colocado sobre la chimenea.(15)

Imagina a Matilda con un vestido de tirantes a cuadros, calzón de muselina, sandalias negras y una libra de rizos espesos y brillantes sujetos con una cinta de terciopelo. Anda de puntillas por el salón, entre toda clase de cosas: tapetes, marcos bordados y el costurero de mamá con incrustaciones de marfil y el atril de papá con la flauta de nácar incrustada atravesándolo… ¿Cómo llegó a estar sola en el salón? ¡Niña imprudente, tonta! ¿Por qué no estaba sentada sobre un cojín en su cuarto repasando una de aquellas bonitas canciones para niños de un año y medio a tres años? (Charles: ¡Por favor, querido papá! ¿Qué es el sistema solar? Papa: Límpiate la nariz, Charles, y te lo contaré.) ¿O bordando «Dios es Amor» en rojo sobre una funda de camisón para su querida mamá?

Había apartado las insignias de luto de Picadilly de su papá, se había aferrado a su pecho resplandeciente antes de que él saliera disparado hacia aquel lugar misterioso, la Ciudad que las señoras no se atrevían a pisar; su mamá, tras haber visto la calesa del doctor detenerse en el número doce, se había puesto su segundo mejor par de pendientes de azabache, se había envuelto en su segundo mejor chal de cachemira y había cogido el frasco de agua de colonia…

1918

[En noviembre de 1917 K. M. cogió un resfriado que se convirtió en una pleuresía. Cuando estaba medianamente recuperada, el doctor le aconsejó que fuera al sur de Francia.

La perspectiva la llenó de alegría. No se dio cuenta, ni nadie le advirtió que durante los dos años pasados desde su última estancia en Bandol, habían cambiado completamente las condiciones de vida en Francia. Viajar en tren era difícil. Pero tal vez lo más problemático de todo era que K. M. estaba gravemente enferma. Su valor y confianza le permitieron engañarse a sí misma así como despistar a sus amigos. Se convenció a sí misma y a sus amigos de que su situación era envidiable porque la habían enviado al sol.

Tras un viaje horroroso que describe en una de sus cartas, llegó a Bandol en enero de 1918 y se encontró con que el pueblecito mediterráneo que ella recordaba precioso, estaba ahora sucio y abandonado. Nada más llegar, se puso muy enferma, y estuvo completamente sola hasta que en febrero su amiga L. M. consiguió llegar hasta ella.]

[*Enero. Bandol.*] Cuando me siento sobre las rocas junto a la orilla del mar, siempre creo que por encima del agua que salpica oigo las voces de dos personas hablando en algún lugar sobre no sé qué. Y las palabras siempre se interrumpen con algo que no es ni risa ni sollozo, sino un sonido bajo y emocionado que podría ser cualquiera de los dos y en parte es ambos.

¡Pero Dios mío! ¡Dios mío! Cómo detesto a los franceses.

Mademoiselle se queja de que tiene los *pieds glacés*.

—Pues entonces, ¿por qué lleva unas medias y zapatos tan bonitos? —dice Monsieur con recelo.

—*Eh* —*o, la*— *c'est la mode*!
Y el imbécil sonríe, satisfecho con la estúpida respuesta.

Cuánto más fácil es atacar al insecto que escapa que al que corre hacia uno.

Nota: un manguito como una almendra dura. (Ratón en *Je ne parle pas*.)

(*Febrero*.) Lo que ocurre es que llego completamente agotada, me echo, me incorporo y siento el aturdimiento de la fatiga —un estado horrible— hasta las siete en punto. Casi no puedo andar; no puedo pensar, no me atrevo a dormir porque si lo hago sé que estaré despierta toda la noche y eso me horroriza. Qué daría yo por un *sofá* o un sillón bien confortable… es en lo que pienso constantemente; y aparte de este deseo y de la desesperación por estar perdiendo el tiempo, tengo la mente en blanco. Me sigue doliendo el hombro izquierdo y es *la*… Esto, por supuesto, se suma a mi malestar hasta que se vuelve insoportable y me obliga a echarme en la cama bien tapada para poder soportarlo. Pero esto son *Líneas Duras*.

Versos escritos en una cama extraña

Padre todopoderoso y el más generoso benefactor celestial que nos has garantizado a nosotros tus hijos
un corazón y pulmones y un hígado; si descendiera sobre mí tu maravilloso don de lenguas
no acerques tu oído omnipotente a mis comentarios sobre los pulmones.(16)

—*Toujours fatiguée, Madame*?
—*Oui, toujours fatiguée. Je ne me lève pas, Victorine; et le courier*?

Victorine sonríe significativamente.
—*Pas encore passé*.(17)

19 de febrero. Esta mañana me he despertado temprano y al abrir la ventana acababa de salir el sol redondo y lleno. He empezado a repetir aquel verso de Shakespeare: «He aquí a la gentil alondra harta de descanso», y he vuelto a la cama de un salto. El salto me ha hecho toser; he escupido —tenía un sabor extraño—, era sangre roja y brillante. Desde entonces escupo cada vez que vuelvo a toser. Claro que estoy asustada. Pero solo por dos razones. No quiero estar enferma, enferma «de verdad», lejos de J. Mi primer pensamiento es J. Segundo, no quiero averiguar si esto es tuberculosis de verdad, tal vez sea galopante —¿Quién sabe?— y no habré hecho mi trabajo. *Eso es lo que importa*. Qué insoportable sería morir y dejar «fragmentos», «restos»… nada de verdad terminado.

Creo que lo primero que debo hacer es volver con J. Sí, el pulmón derecho me duele mucho, pero me duele siempre, más o menos. Pero *J. y mi trabajo*: es en lo único que pienso (mezclados con una extraña nostalgia visionaria de jardines en flor). L. M. ha ido en busca del médico.

Sabía que iba a ocurrir. Ahora diré por qué. Cuando venía hacia aquí en el tren de París a Marsella me senté en un vagón con dos mujeres. Ambas iban de negro. Una era grande y la otra pequeña. La pequeña y ágil tenía una sonrisa agradable y ojos claros. Estaba extremadamente pálida, había estado enferma; iba a reposar. La grande, cuando llegó la noche, se envolvió en un chal negro; lo mismo hizo su amiga. Redujeron la intensidad de la luz y empezaron a hablar (habrá que fiarse de ellas) sobre enfermedades. Yo iba sentada en un rincón sintiéndome endemoniadamente enferma.

Entonces la grande, tambaleándose con las sacudidas del tren, dijo que esta costa era un *lugar fatal* para cualquiera que

sufriera la amenaza de un problema pulmonar. Enumeró los más horribles ejemplos, uno en especial me dejó helada: una americana *belle et forte avec un simple bronchite*(18) que vino aquí a curarse y que en tres semanas tuvo una hemorragia severa y *murió*. *Adieu mon Mari, adieu mes beaux enfants*.(19)

Este relato, en aquel oscuro tren en marcha, contado por una mujer envuelta en negro, me causó un efecto que no reconocí y nunca mencioné. Sabía que la mujer era una estúpida, histérica, morbosa, *pero le creí*; y oigo su voz como un eco dentro de mí desde entonces…

Ha entrado Juliette y ha abierto las ventanas; el mar está lleno de «pequeñas risas» y en el espacio de las ventanas unas moscas diminutas se afanan en un baile rápido y complejo.

[Juliette era la pequeña doncella del hotel que se dedicó plenamente a Katherine Mansfield. En sus cartas de entonces aparecen dibujos muy bonitos de ella.

Por fin, tras muchos y agotadores retrasos, las «autoridades» permitieron a Katherine Mansfield volver a Inglaterra. Pero el día que llegó a París se iniciaron los bombardeos de largo alcance sobre la ciudad, y al instante se suspendió todo el tráfico civil entre París y Londres. Tuvo que permanecer en París durante casi tres semanas, agotada por la enfermedad pero teniendo que ir a ver continuamente a diversas «autoridades» con el fin de solicitar permiso tanto para quedarse como para irse. Mansfield consiguió llegar a Londres el 11 de abril, una sombra de sí misma. Los estragos de cuatro meses de ansiedad y de enfermedad habían sido terribles.]

2 de abril. París. No estoy haciendo lo que en Bandol juré que haría. Tengo que volver a escribir la palabra

DISCIPLINA

y suscribiéndola:

Y a continuación, seguir día tras día un control riguroso de aquello en lo que fallo. He fallado mucho estos dos últimos días y este atardecer ha sido el *comble*. A los no iniciados *esto* les parecería una tontería. Qué sé yo lo que sospecharían de mí. ¡Si supieran lo sencilla que es la verdad! Pero no lo sabrán. Venga, Katherine, empieza mañana; sigue adelante, hija mía. Es una gran oportunidad, ahora que L. M. ya no es la espía que se espía a sí misma.

3 de abril. Un *buen* día

Se despertó pero no se movió. Siguió echado, abrigado y solemne, con ojos abiertos y preocupados, con cara un poco triste, arrugando el entrecejo durante un largo rato. Durante aquel largo rato saltó de la cama, se bañó, se vistió, llegó al muelle, se montó en el transbordador y cruzó el puerto, saludando con la mano a Isabel y Maisie que estaban allí esperándole en el embarcadero. Un marinero alto y joven, de pie cerca de él, echó una vuelta de cabo alquitranado que cayó en un largo lazo sobre un poste de desembarque… Magníficamente hecho… Y durante todo el instante la visión fue tan clara y brillante y diminuta que, con su cuerpo, su gesto de tristeza y sus ojos solemnes, podía haber sido un niño pequeño contemplando una burbuja.

«Allí estoy, allí estoy. ¿Por qué tengo que empezar y volver a hacer todo de nuevo tan despacio?» Pero mientras pensaba, se movió y la burbuja desapareció y se le olvidó. Se sentó en la cama sonriendo, bajándose las mangas del pijama.

«*Je me repose*»

25 de abril. «Bueno, siéntese, Mansfield, y *reposez-vous*», dijo F., «y yo seguiré vistiéndome.»

Así que se metió en su habitación y cerró la puerta de separación, yo me senté en la punta del sofá. El sol entraba de lleno por las dos ventanas dividiendo el estudio en cuatro: dos cuartos de luz y dos de sombra, y todos los objetos que tocaba el sol parecían flotar en él, bañarse y centellear en él como si no pertenecieran a la tierra sino al agua; incluso parecía, extrañamente, como si se estuvieran moviendo.

Al asomarse al borde de una roca y ver algo brillante resplandeciendo en el fondo del mar suele ser solo el agua clara y temblorosa que baila, pero ¿se puede estar del todo seguro?… No, no del todo seguro, y el grupo de chinitos en el escritorio puede o no haberse despertado durante solo una centésima de segundo en un sueño de cien años.

Qué hermoso, ¡Dios mío!: una tetera azul con dos tazas a juego; una manzana roja entre naranjas añade fuego a la llama, y en las estanterías blancas los libros ascienden y descienden formando escalas de color, con notas rosas y lilas que se repiten, hasta que no queda nada más que ellas, sonando una y otra vez.

Apoyados en la pared hay unos cuantos marcos, unos con pinturas y otros no, y el cuadro de una mujer desnuda con los brazos levantados, lánguida, como si no fuera capaz de soportar el peso de su belleza en flor. En un rincón hay dos bastones y un paraguas, y en la chimenea una tetera, curiosamente parecida a un pájaro.

Sobre las ventanas cuelgan cortinas blancas de tul. A pesar del sol, está lloviendo. En el centro de la habitación la estufa de gas tiene una pantalla de papel amarillo y, mientras se viste, F. no deja de silbar.

Reposez-vous
Oui, je me repose…(20)

26 de abril. Si me dejara llevar por mi voluntad, me quedaría en Redcliffe Road hasta después de la guerra. Me conviene. Tenga los inconvenientes que tenga, no es en absoluto *bourgeois*. Hay «algo un poco extraño» en toda la gente que vive aquí; todos están más o menos «tocados». Salen sin sombrero y compran y cargan con su propia comida e incluso con su carbón. En casi todas las puertas hay cuatro timbres y las cortinas son todas «desparejas» y están raídas. Las asistentas, como moscas viejas, murmuran de un sótano a otro… «el número 56 celebró anoche una fiesta. No habéis visto nada parecido al estado de su habitación esta mañana…». «…Ya va siendo hora de que se casen, digo yo. Su novia ya pasa las noches con él. Dice que ella duerme en su cama y que él duerme encima de la mesa. ¡Me van a decir que ese palitroque enorme de tío duerme encima de la mesa!»

Pregunta: Pero ¿te gusta ese tipo de charla? ¿Ese tipo de temas? ¿Qué hay de los poetas; de las flores y los árboles?

Respuesta: Como no me es posible contar con la alternativa perfecta, *sí* me gusta eso. Me hace sentir libre. Carece de morada permanente y yo también. Y, y, bueno, *desde luego* me siento muy cínica.

[Puesto que era incuestionable que K. M. se quedara con mis dos habitaciones oscuras en una planta baja en Redcliffe Road, el 17 de mayo se fue a Looe en Cornualles mientras yo buscaba una casa en Hampstead.]

21 de mayo. [*Looe, Cornualles*.] … A mi manera repulsivamente moderna, siento sin lugar a dudas que no puedo ponerme en contacto con mi mente. De pie, jadeando en una de esas desagradables cabinas telefónicas y sin poder «hablar».

—Lo siento. No contestan —tintinea la vocecita.

—¿Puede volver a llamar, centralita? Una llamada muy

larga. Tiene que haber alguien.

—No consigo que me contesten.

Doy por supuesto que no hay nadie en el edificio, absolutamente nadie. Ni siquiera el viejo y estúpido vigilante. No, está oscuro y vacío y en silencio… sobre todo, vacío.

Nota: Es raro que siga viéndolo —este edificio vacío— como la oficina de mi padre. El mismo olor. Veo elevarse la jaula de las torpes mercancías de madera y las cuerdas alquitranadas colgando.

22 de mayo. El mar aquí es verdadero mar. Se eleva y cae con un gran estrépito; lo rodea una espiral sedosa y ronroneante; parece a veces trepar hacia la mitad del cielo y se ven entonces los veleros colgando de las nubes como querubines voladores.

¡Hola! Se acercan dos amantes. Ella tiene el talle fino y un sombrero como una salsera al revés; él un falso panamá, un protege sombreros, bastón, etc.; su brazo envolviéndola. Caminando entre el mar y el cielo. Su voz flota hasta mí: «Claro que tomar carne enlatada alguna vez no importa, pero una dieta constante de carne enlatada no puede sino producir…».

No me cabe duda de que el Señor los quiere y de que ellos y su semilla prosperarán y se multiplicarán por los siglos de los siglos…

[De entre las frases que siguen, son suyas las que están marcadas con sus iniciales, K. M. De las demás, una o dos pueden ser citas.]

… al parar el carruaje, encontrarse con la augusta aparición.

La joya envuelta en un pedazo de seda vieja, negociable algún día en el mercado de la miseria.

Complicaciones lujuriosas que tornan el aire demasiado tropical…

Sensación de las flores cerradas… como si la noche les

hubiera tocado el corazón y se hubieran cerrado en paz como flores cerradas. (K. M.)

… arrancando sensaciones al pasar, distante, con nerviosismo, las pequeñas flores salvajes de su sombrío bosque.

El gran lujo de no tener que explicar…

El avestruz que esconde la cabeza en la arena, desde luego quiere dar la impresión de que la parte más importante de sí es su cabeza. (K. M. Bueno.)

Aunque en cierto modo ella simplemente se me ofreció, estuvo tan fría, tan intensa, tan espléndida, que simplemente no pude ver una cuchara lo suficientemente plateada como para atreverme a ayudarme con… (K. M.)

Si se iban a dar grandes libertades también ella estaba decidida a disfrutarlas. No iba a colgarse, columpiándose arriesgadamente en la jungla cambiante, como un monito que cae de un árbol sobre la cabeza de un elefante y se agarra sin dudar a una gran oreja. (K. M.)

Ella era siempre igual en todo. Se podía ir cortando rebanada a rebanada sabiendo que nunca se llegaría a la ciruela o a la cereza ni tan siquiera a un trozo de la piel.

Nuestros amigos son solo una personificación más o menos imperfecta de nuestras ideas…

Junio. Looe. Rasgo Extraordinario: Zapatos que nunca habían chirriado empiezan a hacerlo.

Un día frío; el cucú canta y el mar como metal líquido. Todo parece distante, desenraizado, volando ruidosamente o a punto de volar. Da la impresión de que hay que evitar a estos pájaros artificiales y desorientados… Por usar una imagen conocida, imaginemos que el mundo es un suelo inmenso y moribundo con todo barrido más allá de sus límites… Es algo que agota los nervios.

Y el día expiró… Las horas ociosas lo hicieron volar y se

desperdigó como la simiente…

[En la nota que sigue, la señora Honey era la camarera en el hotel de Looe, y como todas las personas a su servicio, del todo dedicada a Katherine Mansfield.]

Más tarde

La señora Honey se explica. Ha estado llorando. Madame le habló «con gran crueldad» por haber roto un vaso. Mintió. Intimidó. Y la pobre y vieja criatura que tiene últimamente 15 habitaciones a su cargo y tres tramos de escaleras que fregar (sesenta y ocho años de edad) «no pudo evitar llorar…».

Desearía que a Madame le saliera un tumor durante la noche, que se lo extirparan mañana y que estuviera «muerta y enterrada», antes de la cena del domingo. Es exactamente como una gran vaca vestida con un traje de seda negro y nunca, *nunca*, NUNCA, NUNCA morirá.

«Si el fuego se vuelve brillante, tu m¯a¯an está de buen humor.» (Señora Honey.)

Más tarde

Acabo de entrar en la habitación de J. para colocar un libro y he quitado el cubrecama rosa para ver si tenía suficientes mantas. Al hacerlo he pensado en J. cuando era un chico de unos diecisiete años. He tenido una especie de *visión profética*, de hacer exactamente lo mismo con mi hijo… en los años futuros. El momento carece de cualquier valor emotivo; sobre todo porque todo ha quedado ahogado por el olor a cordero asado. Ahí va el gong: suena como una tímida alarma de incendio. Espero a que se acabe el primer plato. Espero a que los chimpancés hayan bebido de su charca antes de empezar, yo misma, a partir nueces con ellos.

Más tarde

La mesa estaba puesta para dos. Cené frente a una servilleta blanca con la forma de una mano de dedos abiertos. Ahora me he vestido y estoy esperando el coche. Me he frotado un poco de *genêt fleuri* en el cuello. Me veo diferente; como si estuviera pensada para entrar en el juego y no solo para estar tirada en un rincón; con la corbata en esa hendidura que la ciñe con dos botones. ¡No! Ahora la corbata cuelga de la percha, POR LO MENOS.

Junio. *AMOR. A leer después de lo ocurrido*. La parálisis como idea. Una idea agradable. Enfermedad en la espina dorsal. Un susto. Fallo cardíaco. Un horror «confuso». Muerte antes del viernes. Un mutilado incapaz de hablar. Mi cara del todo *deformada*. Pero la cara y el envés de este «sangwidge» es un ataque de parálisis —la importancia de lo que está en medio—, un fallo cardíaco. Bueno, lo he cortado para mí y me lo he comido día tras día, día tras día. Es una hogaza *sin fin*… Y me gustaría escribir con tranquilidad que el dolor físico no es del todo insoportable; por muy poco.

Hoy a las 4.30 sí se ha apoderado de mí el dolor y he empezado, como los estudiantes de Chéjov, «a andar de una esquina a otra»; luego arriba y abajo, arriba y abajo, pero el dolor me *destrozaba* como una maldición y casi no podía respirar. Luego me he vuelto a sentar y a intentar tomármelo con calma. Pero aunque tengo un sillón y una chimenea y una mesita muy cómoda, me siento demasiado enferma para escribir. Creo que tal vez podría dictar, pero no escribir. *Trop Malade*.

Además he estado esperando a A. toda la tarde. Pensé que a pesar de la tormenta «pasaría volando». «¡Hola!» Y unas cien Aes han pasado por este camino de baldosas con paso decidido, pero ninguna ha llegado. Además no tengo nada que leer.

¡¡¡Viva!!!

Pienso que tal vez la *música* podría ser mi «salvación». Volver a tener un cello. Tengo que intentarlo…

20 de junio. Veinte de junio de 1918.

C'est de la misère.

Non, pas ça exactement. Il y a quelque chose; une profonde malaise me suivt comme une ombre.(21)

Oh, ¿por qué escribir en un mal francés? ¿Por qué escribir en absoluto? Once mil quinientas millas son tantas; son once mil cuatrocientas cuarenta y nueve de más para mí. [Es la distancia entre Nueva Zelanda e Inglaterra.]

21 de junio. ¿Qué le pasa al día de hoy? Es enjuto, es blanco, como las cortinas de puntillas son blancas, lleno de ruidos desagradables: por ejemplo, alguien abriendo los cajones de una cómoda barata e intentado cerrarlos después. Toda la comida se me antoja pesada e indigesta, ninguna bebida está lo suficientemente caliente. Me veo espantosa, espantosa en el espejo: calva como un huevo, me siento hinchada y toda la ropa me aprieta. Y todo está lleno de polvo arenoso; la ceniza del cigarrillo se encoge y cae, las caléndulas dejan caer las hojas sobre el tocador. En una casa próxima alguien está intentando afinar un piano barato, barato.

Si tuviera un «hogar» y pudiera correr las cortinas, cerrar la puerta, quemar algo dulce, rápido, pasear por una habitación que fuese mía y perfecta, sin hacer ruido, contemplando las luces y las sombras, sería *tolerable*, pero viviendo como vivo en una casa pública es *très difficile*.

Algunas de sus atrocidades.

1. Decidí *faire les ongles de mes pieds avant mon petit déjeuner*(22) y no lo hice por pereza.

2. El café no estaba caliente, el tocino estaba salado y se veía en el plato que se había frito en una sartén sucia.

3. No se me ocurrió de qué charlar con la señora Honey que me pareció silenciosa y distraída; ardiendo con poca mecha…

4. La carta de J. contándome sus inmensas dificultades —la cantidad de cosas imposibles que *tiene* que hacer antes de poder empezar las vacaciones— me ha dejado tibia. Tenía cierto sabor *insípido*, me ha parecido como si hubiera leído algo curiosamente deshilvanado, no compacto.

5. Un dolor impreciso en el estómago mientras me bañaba.

6. Nada que leer y demasiado lluvioso para salir.

7. Se presentó A. sin llamar al timbre. Me pareció que de momento ella tenía más que suficiente de nuestra amistad…

8. Comida muy mala. Una albóndiga dura y pequeña que no cumplía los requisitos y unas uvas más bien acuosas. Desprecio terriblemente la cocina inglesa.

9. Fui a dar un paseo y me sorprendió la lluvia y el viento. Frío terrible, me he encontrado muy mal.

10. El té no estaba caliente. No quería comerme el bollo pero me lo comí. *Fumando excesivamente*.

Hoteles

Tengo la impresión de que paso la mitad de mi vida llegando a hoteles desconocidos y preguntando si me puedo acostar inmediatamente.

«¿Y me haría el favor de llenar la botella de agua caliente? Gracias; qué delicia. No, no voy a necesitar nada más.»

La puerta desconocida se cierra tras el desconocido, e inmediatamente me meto bajo las sábanas. Esperando a que las sombras salgan de los rincones y tejan su centro entramado sobre el Papel de Pared más Feo de Todos.

Tuberculosis pulmonar

El hombre de la habitación junto a la mía tiene la misma queja que yo. Cuando me despierto por la noche le oigo dando vueltas en la cama. Y entonces tose. Y yo toso. Y después de un silencio toso yo. Y él vuelve a toser. Esto sigue así durante largo rato. Hasta que siento que somos dos gallos llamándonos el uno al otro en un falso amanecer. De casas de campo lejanas y escondidas.

Jour Maigre

Los miércoles por la mañana la señora Honey entra en mi habitación como siempre y sube las persianas y abre la gran ventana francesa. Deja entrar la luz danzante y el zumbido del mar, el crujido de las barcas ancladas en Roads y el sonido del cortacésped; el olor a hierba cortada y a syringa y el silbido desvergonzado del mirlo.

Luego viene hacia mi cama y se queda de pie, una mano pegada al costado, su vieja cara arrugada como si tuviera alguna noticia que dar y no supiera cómo hacerlo con delicadeza.

«Hoy es un día sin carne», dice.

Picnic

Cuando las dos mujeres de blanco bajaron a la playa solitaria: *Ella* tiró la caja de pintura y *Ella* tiró su bloc de notas. Se sentaron en la arena. La marea estaba baja. Ante ellas, las rocas llenas de hierbas parecían un rebaño de animales lanudos amontonados para beber de una charca, quietas allí con una especie de estupor.

Entonces *Ella* se acercó y metió las piernas en la charca pensando en el color de la carne bajo el agua. Y *Ella* se arrastró hacia una cueva oscura y allí se sentó pensando en su infancia. Luego regresaron a la playa y se echaron boca abajo escondiendo la cabeza entre los brazos. Parecían dos cisnes.

Ser adulto

Las cuatro en punto. ¿Es de día a las cuatro? Salto de la cama y corro hacia la ventana. Reina la media luz, ni negra ni azul. El ala de la costa es violeta; en el cielo lila hay banderas y barquitas negras tripuladas por sombras negras sobre el agua púrpura.

¡Cuantas veces siendo adolescente he contemplado esta hora! Pero entonces solía estar junto a la ventana hasta quedarme fría, hasta quedarme helada; emocionada por algo, no sabía por qué. Ahora vuelvo a la cama volando, subo las sábanas, las ajusto a mi cuello. Y de repente mis pies dan con la botella de agua caliente. ¡Dios mío! Sigue maravillosamente caliente. Esto sí que es emocionante.

Dame Seule

Es pequeña y gris con una cinta de terciopelo negro en el pelo, dientes postizos y manos delgadas que le salen de unos volantes como los de las chuletas.

Al pasar por su habitación una mañana vi la «gastada» bolsa del peine y el cepillo y su libro de oraciones.

Además cuando va al aseo de «señoras», por alguna extraña razón, se pone un pequeño chal…

En la mesa del comedor, sonriendo alegremente: «Esta es la primera vez en mi vida que viajo sola o que estoy sola en un Hotel Desconocido. Pero a mi marido no le importa. Ya que es un lugar Tan Tranquilo. Claro que si fuera un Lugar Divertido…». Y hunde la barbilla, y la cadena de abalorios sube y baja en su desaparecido pecho.

Recuerdo

Siempre que veo dedaleras pienso en los L.

Vuelvo a pasar por delante de su casita y en la ventana —entre las cortinas con narcisos y lunares verdes— allí están las

flores grandes y suntuosas.

«¡Y qué hermosas resultan ante el blanco de la pared!», dicen los L.

Como es habitual en ellos, cuando algo les gusta lo festejan. Con dedaleras por todas partes. Y entonces se sientan entre ellas, como prisioneros alegres cenando en un campamento de indios valientes.

Fresas y un velero

Sentados en lo alto de un acantilado contemplando el mar abierto. De espaldas al pueblecito. Cada uno de nosotros tenía una cesta de fresas. Las acabábamos de comprar a una mujer morena de ojos rápidos; ojos buscadores de fresas.

«Están recién recogidas —dijo la mujer—, en nuestro propio jardín.»

Tenía las puntas de los dedos manchadas de rojo brillante. ¡Qué fresas! ¡Cada una de ellas era la más exquisita, la fresa perfecta —la Absoluta fresa—, la fruta de nuestra infancia! Y cada soplo de aire llegaba en alas de fresa. Y abajo, en las charcas, se estaban bañando los niños, con caras de fresa…

Sobre el agua azul, oscilante, llegaba un velero de tres palos con nueve, diez, once velas. ¡Una maravilla! Navegaba como si cada vela se estuviera hinchando de sol y luz.

Y: «¡Cómo me gustaría estar a bordo!», dijo Anne.

(¡El capitán estaba abajo, pero la tripulación estaba tumbada por allí, desocupada y hermosa! «¡Tomad unas fresas!», dijimos, resbalando y deslizándonos por la cubierta oscilante; sacudiendo las cestas. Las comieron como en un sueño…)

Y el barco siguió navegando. Dejándonos también a nosotros en una especie de sueño. Con las cestas vacías…

[A principios de julio K. M. volvió a Redcliffe Road. A finales de mes nos trasladamos al número 2 de Portland Villas, East Heath Road,

Hampstead.]

5 de julio. [*47 Redcliffe Road.*] Hoy, esta tarde, después de volver a casa (he tenido que salir a comprar algo de fruta) c*ommence encore une vie nouvelle.*[(23) Date la vuelta y verás lo bien que me porto: una niña diferente.

Más tarde. He leído —me he permitido leer— dos libros de Octave Mirabeau y después de hacerlo veo definitiva y horriblemente: (1) que los franceses son una gente asquerosa, (2) que su corrupción es tan *puante*(24) que no me voy a volver a acercar a ellos. No, los ingleses no caerían tan bajo. No son humanos: son, de acuerdo con la antigua forma de hablar inglesa, *monos*.

Tengo que volver a escribir. Estos libros me han decidido. Hay que hacer algo en contra de esto.

¡Ay, Chéjov! ¿Por qué estás muerto? ¿Por qué no me es posible hablar contigo en una habitación grande y más bien oscura, al atardecer, cuando la luz se vuelve verde por el balanceo de los árboles en el exterior? Me gustaría escribir una serie de *Cielos*: este sería uno de ellos.

No debo olvidar mi *timidez* ante las puertas cerradas. Mi titubeo sobre si voy a llamar demasiado alto o no lo suficientemente alto… Es muy, muy, muy profundo. De hecho es lo que «explica» el fracaso de K. M. como escritora hasta el presente, y ¡oh!, qué buen *anfang zu einem Geschichte*!(25)

La cuestión eterna

Me hago una vez más *mi* Eterna Pregunta. ¿Qué es lo que hace que el momento del alumbramiento me resulte tan difícil? Si me sentara, ahora, simplemente a escribir, sin rodeos, algunos de los relatos —todos escritos, todos terminados en mi

cabeza— tardaría varios días. Tengo tantos. Me siento y los *pienso*, y si venzo mi dejadez y *efectivamente* cojo la pluma, deberían —tan exactos son en términos verbales— escribirse solos. Pero es el acto en sí. No tengo dónde escribirlos —la silla no es cómoda— pero incluso mientras me quejo, *este* parece el lugar y *esta* la silla. ¿Será que no quiero escribirlos? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Es mi único deseo, mi única *fuente de felicidad*. Y ayer mismo pensé que, incluso, mi mala salud de ahora es una gran ventaja. Permite que todo sea tan rico, tan importante, tan deseado… supone un cambio de perspectiva.

… Cuando se es pequeña y enfermiza y se está lejos, en una habitación remota, todo lo que ocurre *más allá* es maravilloso… *Alors*, siempre estoy en esa habitación remota. ¿Será por eso que esta vez solo veo en Londres lo que es maravilloso e increíblemente hermoso?

En Redcliffe Road la marea está alta. Una a una se han abierto las puertas y se han cerrado de golpe. Ahora, a su manera inconsciente, las casas están satisfechas. Aquel tímido violín sigue sonando, rasgando nota tras nota; hay una nube blanca, extraña y deslumbrante sobre las casas y un charco azul.

Rosa de tarde

«He perdido todas mis virtudes, toda mi riqueza natural», dijo, «desbordada, enredada, olvidada, abandonada como en el jardín de un cuento de hadas.» Sonrió se quitó el sombrero y dobló su abrigo como preparándose para echarse en él y perderse también. «Un lugar oscuro», dijo, balanceándose. Y volvió a sonreír. «Tal vez lo único que queda *es* mi “mi” curiosidad por mí misma. Rosa de tarde…» Entrecerró los ojos, inclinándose hacia delante, curiosa, como si la planta hubiera brotado a sus pies. «Siempre he odiado las rosas de tarde.

Suenan maravillosamente, pero cuando se miran bien están llenas de hierbajos, descuidadas —flor de tumba sin lápida—. No me refiero a nada simbólico», dijo, «¡Dios me libre!», y se fue.

Redcliffe Road

Maisie, la estudiante, sus huéspedes, arriesga cualquier cosa.

La hoja mínima que entra con el viento: su recuerdo del parque y cocodrilo; también debe estar su gato llamado Millie. Aquel rápido *Agárrate hija mía*; y un dolor tan intenso que casi solloza. Pero no pasa nada.

> *No, aunque mi corazón fuera a romperse,*
> *no te ataría.*(26)

La señorita Ruddick que siempre toca con la partitura apoyada en la barra de la toalla, y siempre que saca el pañuelo sale un final resinoso pegado también a un paño.

El sonido de los pasos de la calle es bien diferente en estos atardeceres de verano. Suena un golpeteo, pero ligero y fácil, como si procediera de personas yendo a casa a su ritmo, después de una procesión, una excursión o un día en el mar.

El cielo está pálido y claro: el piano tonto está vencido y suelta valses, valses antiguos, girando, borracho de sentimiento, harto de recuerdos.

A esta hora aparece el pobre perro hambriento, corriendo, husmeando la cuneta seca. Está tan delgado que su cuerpo es como una jaula sobre cuatro estacas de madera… Le cuelga el delgado triángulo de la cabeza, y deambula arriba y abajo silencioso y con ansia temerosa. La calle lo mira desde sus balcones cubiertos de enredaderas, desde sus ventanas abiertas y la señora gorda de la planta baja, que no es mejor de la

cuenta, sale, baja los peldaños hacia la puerta, con un hueso. Mientras espera a que se lo dé, el perro golpea la cola contra el palo de la entrada, como el mango de una escoba, y la calle opina que es una tonta yendo a alimentar perros desconocidos. Ahora no se lo quitará de encima jamás.

(Lo que quisiera decir es que a esta hora, a esta media luz y con los pianos y las casas abiertas que suenan a vacías, el perro es el espíritu de la calle: corriendo arriba y abajo, pobre perro, cuando hace mucho que lo tendrían que haber hecho desaparecer.)

El corazón de la nota

Siempre que tengo una conversación más o menos interesante sobre arte siento un intenso deseo de destruir todo lo que he escrito para volver a empezar: todo lo que he escrito se me antoja una serie de «falsos comienzos». Hablando en términos musicales, mi trabajo, no ha llegado; no ha tocado en el corazón de la nota. ¿Sabes a lo que me refiero? Como cuando, tal vez en una mañana fría, está una tocando y suena bien, hasta que de repente se *comprende* que se ha entrado en calor: que acaba una de empezar a tocar. ¡Pero qué mal lo expreso! ¡Qué confuso e incluso agramatical!

Hoy el día ha sido divino: un sol cálido y suave tendido sobre sus brazos y su pecho como terciopelo; pequeñas nubes plateadas destacaban en un cielo azul deslumbrante; los árboles del jardín estaban llenos de luz dorada y de las casas salía un brillo extraño; de las ventanas abiertas con sus cortinas mágicas y tiestos de flores… los escalones blancos y la barandilla de barrotes estrechos.

Inconsecuencia

—¿Llevaba M. una bata gris con un ribete rojo oscuro? —preguntó.

—No, estaba vestido.

—¡Vaya! Entonces supongo que estaba *muy* vestido; siempre lo está.

Esto le hizo pensar repentinamente en otro de sus amigos, un hombre joven, más bien gordo que llevaba gafas y era extremadamente serio; con el tipo de gordura que ella había notado, acompañaba siempre aquel tipo de seriedad. Lo vio de pie junto a un lavabo secándose el cuello, y vio que el vello le ascendía hasta el mismo borde de la camisa. Llevaba el pelo, como siempre, demasiado largo.

—¡Qué desastre que S. tenga que ir sin cuello de camisa!

—¿Sin cuello de camisa? —La miró; casi perdió el aliento.

—Sí, en camisa y pantalón.

—¡En camisa y pantalón! —exclamó—. Nunca lo he visto así.

—No, pero… en fin.

Él clavó sus ojos en ella.

—¡Eres *extraordinariamente* inconsecuente!

Y en un minuto ella estaba riéndose.

—Bueno —dijo—, los hombres son…

Y miró por la ventana el gran álamo de hojas susurrantes, de copa hermosura, dorada bajo los últimos rayos de sol.

En la pared de la cocina había una sombra con forma de pequeña máscara, dos cortes dorados eran sus ojos y bailaba arriba y abajo.

2 de agosto. 2 Portland Villas, Hampstead. Su corazón no había hablado… Cuando lo haga —demasiado tarde— será doloroso. Debería haberme sentido así, a menudo, a menudo.

20 de septiembre. Mis ataques de mal humor son verdaderamente terribles. Sufrí uno esta mañana (domingo) y arranqué una página del libro que estaba leyendo y perdí la

cabeza completamente. Muy significativo. Cuando se me pasó, entró J. y se quedó mirando. «¿Qué ocurre? ¿Qué has hecho? ¿Por qué? Tienes un aspecto del *todo siniestro*.» Abrió las cortinas y lo definió como un efecto de la luz, pero cuando entré en mi estudio para vestirme, comprendí que no era eso. Estaba de un color de tierra profunda *con los ojos apretados*. Curiosamente estos ataques son los de L. y F. de nuevo. Me parezco más a L. que nadie. De hecho somos *inimaginablemente* parecidos.

El día está oscuro y transcurre como de mala gana. El fuego hace el ruido de una bandera, y de abajo llega un sonido familiar, como de alguien llenando cubos. Ahora estoy muy rígida, muy poco habituada a escribir y sin embargo, mientras estoy sentada es como si mi ser querido, el ÚNICO, viniera y se sentara frente a mí y me mirara desde el otro lado de la mesa. Y de repente recuerdo aquellos versos que me parecían excelentes cuando era joven.

> *Otros me abandonan, todo me abandona,*
> *tú permaneces.*(27)

Mi habitación tiene para mí un toque mágico. ¿Existe algo mejor que mi habitación? ¿Algún lugar de fuera? El gatito dice que no, pero claro está que este es un gran terreno de caza para el gatito; el sol proyecta la forma de la ventana en la alfombra, y en esos cuatro pequeños campos cuadrados se pasean las moscas tontas, bien vigiladas por el pequeño león bajo el volante del *sommier*…

Dios mío; Dios mío, ¿dónde están los míos? ¿Con quién he sido más feliz? Con nadie en particular. Todo ha sido tibio entre lo tibio.

Más tarde. Aquel gatito se puso enfermo; se lo llevaron. Vivió

dos semanas de tortura, luego durante dos días perdió las ganas de vivir. Se volvió un ovillo de pellejo con dos grandes ojos llorosos: «¿Por qué me ha ocurrido esto a mí?». Así que el veterinario lo mató. Tenía problemas gástricos, estreñimiento agudo, con vientre distendido y úlceras en ambas orejas. Los dos días antes de que se lo llevaran, sufrió aquí. Le compré una pelota e intenté jugar con él un poco, pero ¡no! No podía ni lavarse. Se me acercó, tieso sobre sus patas traseras, abrió un poco las mandíbulas e *intentó* maullar. No emitió sonido alguno; jamás he visto nada más penoso.

30 de septiembre. Espero que funcione esta pluma. Sí, funciona.

Último día de septiembre *enormemente* frío, una especie de frío sólido detrás de las ventanas. La chimenea de mi habitación me ha estado jugando malas pasadas todo el día y he estado, como solía ocurrir antiguamente, sintiendo que se me ponía *la piel de gallina*.

No leáis esto. Oís silbar aquel tren y ahora las hojas, las hojas secas, y ahora el fuego agitándose y rompiéndose.

¿Por qué *no* me trae las lámparas?

21 de octubre. L. M. se va al pueblo. Tengo que sacar del banco algo de mi muy querido dinero y dárselo. Estoy en la cama. Me encuentro muy enferma. En conjunto, rara, descomponiéndome un poco. Hace un día pálido, silencioso: me gustaría estar andando por un bosque, lejos de aquí.

La salud me parece ahora más lejana que nada; inalcanzable. Mejor me quedo en la cama y soy antipática desde aquí. Este cielo de ondas azules y color crema y gris es como el cielo que cuelga sobre un mar muerto de calma, cuando se oye a alguien remando muy lejos, muy lejos: y entonces las voces, el traqueteo de la cadena y el ladrido del perro del barco suenan

alto. Como siempre la casa huele a cebolla y huesos de chuleta.

¿Qué quiero que me compre? Cuando se trata de algo urgente no necesito *nada* —tirar el dinero—, me siento como Mademoiselle. Séguin que no colgaba los cuadros en su piso nuevo porque *La vida es tan corta, mi pequeña Dolly*.

Octubre. Hampstead. Hoy tendría que escribir algo corto, «Un pequeño almuerzo en el club» o algo así para la revista *Nation* y ganar un poco más de dinero. No es difícil; de hecho me resulta muy fácil porque me equivoco más en un sentido que en otro: soy excesivamente elocuente.

La vista desde la ventana es sencillamente soberbia: el cielo pálido y los árboles medio desnudos. Es tan hermoso que podríamos estar en el campo; en el campo *ruso* tal como yo lo veo.

Hasta hoy nunca había relacionado *sang froid* con sangre fría. Es una de esas palabras raras en Nueva Zelanda, como llamar al Savoy, Savoy; o hablar de panaderías aireadas. Sagn freud.

24 de octubre. Es simplemente el *Lugar más Divino* de todos. Tan remoto, tan pacífico; lleno de color, lleno de otoño; la puesta de sol es real y también el sonido de alguien cortando leña. Si fuera posible vivir aquí durante un tiempo verdaderamente largo y no tener que ver a nadie… Podríamos fácilmente estar en Francia; se parece mucho más a Francia que a Inglaterra.

> *El lugar —remoto—, los vestidos y bufandas, viejos; el año: ¡fecundo! Su conversación y risa, alegres*.(28)

El club de señoras durante la guerra

Las señoras, en el centro: un recibidor redondo, muy oscuro, iluminado desde arriba. Una puerta (de cristal giratoria) ruidosa, que gira de mala gana; que no puede soportar a la

gente intentando empujar para entrar y detesta a la gente intentando empujar para salir. A un lado de la puerta la garita del portero, acribillada por casilleros y una mesa, y sobre ella un teléfono, y normalmente una gran taza de porcelana con su plato, manchados de té. Enfrente una silla giratoria chirriante con un asiento de piel sintética cuarteada.

Buenas noches

Y una vez más se abrió la puerta y ella pasó, por así decirlo, a otro mundo; al mundo de la noche, frío, intemporal, inescrutable.

De nuevo vio el hermoso descenso de los escalones, el jardín oscuro rodeado de hiedra agitada, los grandes y desnudos sauces al otro lado de la calle y sobre ellos el cielo grande, brillante y estrellado.

De nuevo se impuso aquel silencio indagador, pero en esta ocasión no titubeó. Siguió hacia delante, muy suave y delicadamente; temerosa de alterar aquel lago infinito de quietud. Rodeó con un brazo a su amiga. La amiga, sorprendida, susurra «Ha sido tan agradable». La otra: «Buenas noches, *querida amiga*». Un abrazo largo y tierno. Sí, eso fue todo, sucedió lo que se esperaba.

El soplo

—Yo, como un soplo en su corazón, he venido a…

Se apoyó en la puerta, casi sin fuerzas.

—¿Sí? —dijo.

—Esto… —Con fuerza, con rapidez, él la cogió en sus brazos.

La mosca

31 de diciembre. 4.45 de la tarde. ¡La de veces que había caminado boca abajo por el techo, que había corrido por ventanas brillantes, flotado en un lago de luz que había

aparecido fulminante a través de un rayo de sol!

Y Dios miró a la mosca caída en una jarra de leche y vio que las cosas iban bien. Y los querubines y serafines más pequeños, los que se alegran de las desgracias, tañeron sus arpas de plata y gritaron: «¡Cómo ha caído, caído la mosca!».

1919

1 de enero. J. vino a la cama a las doce menos diez. Dijo: «No te duermas antes de Año Nuevo». Yo estaba acostada sujetando el reloj. Creo que sí me dormí un momento. La ventana estaba abierta de par en par y miré a través de ella, más allá de una hondonada grande y suave, salpicada de gotas de luz. Entonces sonó la hora, sonaron las campanadas: silbidos, sirenas, bocinas, trompetas. El órgano de la iglesia repiqueteó (recordándome a Hans Andersen) y un australiano llamado *Coo-ee*. (Tuve deseos de replicar). Quería que L. M. escuchara y viera. La llamé en voz alta muchas veces, pero había «escogido» darse un baño…

19 de mayo. Las 6 de la tarde. Me gustaría hacerme una idea de lo viejo que es este cuaderno. La letra está muy gastada y es muy antigua. Estamos en mayo de 1919. Son las seis en punto. Estoy sentada en mi habitación pensando en mi madre; tengo deseos de llorar. Pero mis pensamientos son hermosos y están llenos de alegría. Pienso en *nuestra* casa, *nuestro* jardín, *nosotros* de niños; el césped, la verja y nuestra madre entrando. «¡Niños! ¡Niños!» Lo único que realmente pido es tiempo para poder escribirlo todo, tiempo para escribir mis libros. No me importa morir después. Vivo para escribir. Ahí está el maravilloso mundo —¡Dios mío, qué hermoso es el mundo exterior!—, y yo me baño en él y eso me refresca. Pero siento como si tuviera un DEBER; como si alguien me hubiera enviado una tarea que estoy destinada a terminar. Permíteme que la termine, permíteme que la termine sin prisa; tratar cada cosa con toda la justicia

que pueda…

Mi pequeña madre, mi estrella, mi coraje, toda *mía*. Me parece estar con ella ahora. Vivimos en el *mismo mundo*. No es exactamente este mundo, ni exactamente otro. No me importa la gente; y la idea de la fama, de tener éxito, me parece nada, menos que nada. Amo de verdad a mi familia y a pocos más, y amo, como en el pasado; a la manera antigua y total, a mi marido.

Nadie sabe dónde está mi madre. Se mueve lentamente, pensándolo todo bien, imaginando cómo expresarse *tal como desea*, pidiendo tiempo y paz.

Fuga

Ella estaba segura de que tendría frío y, como siempre, intentó hacer de mi partida *une petite affaire sérieuse*. Yo siempre intento escapar como un ladrón, sin ser vista. Me gustaría salir por la ventana o retirarme como un rayo de luz.

—¿Estás segura de que no quieres la capa… etc., etc., etc.?

Su actitud me lo confirmó. Salí. Al llegar a la esquina arremetió contra mí el viento volátil, alegre, impaciente. Fue más de lo que podía soportar. Seguí un metro o dos, temblando, y volví a casa. Metí la llave en la cerradura como un ladrón y cerré la puerta con un silencio de *muerte*. Subió inmediatamente.

—¡O sea que después de todo *hacía* demasiado frío!

No pude contestar; ni siquiera mirarla. Tuve que darle la espalda y quitarme los guantes. Ella dijo:

—Tengo aquí el patrón de una blusa que te quiero enseñar.

Ante esto me arrastré escaleras arriba, entré en mi habitación y cerré la puerta. Fue un milagro que no me siguiera…

¿Qué hay en todo esto que me haga ODIARLA tanto? ¿Qué ves tú? Es cierto que me ha visto intentando entrar y salir docenas de veces sin que nadie lo sepa. Incluso me he *desgarrado* el

corazón y le he dicho lo mucho que me duele que se me cuestionen mis últimas defensas; cómo el poder ir y venir sin preguntas me hace sentir por un momento una persona independiente. Pero eso son solo «rarezas de Katie. Claro está que no tiene mala intención…».

Apenas hablamos a la hora de comer. Cuando acabamos me volvió a preguntar si podía enseñarme el patrón. Me sentía tan enferma que me pareció que hasta una gallina podría ver con su mirada lateral de ojo de plomo lo mal que me encontraba. No recuerdo lo que dije. Pero volvió y me colocó algo delante de los ojos. La verdad es que casi ni sé lo que era. «Deja que la modistilla te ayude», le dije. Pero no había nada que decir.

—Gasa granate y mangas delanteras desde el cuello —susurró.

No sé. Por fin le pedí que se lo llevara.

—¿Qué te *ocurre*, Katie? ¿Estoy interrumpiendo tu trabajo?

—Sí, digámoslo así.

Sola

Sábado. El placer de estar sola. ¿Por qué? Me siento tan alegre y en paz; toda la casa se transforma. La comida está lista. Tengo huevo asado, albaricoques con nata, palitos de queso y café negro. ¡Qué delicia! ¡Un menú propio de un niño pequeño! Mi madre lo comparte conmigo. Athenaeum está dormido y luego se despereza en el sillón del estudio. Tiene una cuchara de plata con nata y después se esconde bajo el volante del sillón y estira una pata para que le dé un dedo. Quito las hojas secas de la planta que está en el gran tiesto blanco y, como a algo tengo que *jugar*, me llevo una naranja a mi habitación y la tiro y recojo mientras ando arriba y abajo…

[Este apunte aparece después, reescrito en los siguientes términos.]

Sábado. Pacífico y alegre. Se contagia a toda la casa. Atheneum está dormido y más tarde se despereza en el sillón del estudio. A la hora de comer le doy una cuchara de plata llena de mi nata, y después se esconde bajo el volante del sillón y juega a eso de Lanzar la Pata. Quito las hojas secas de la planta que está en el gran tiesto blanco; están espolvoreadas de plata. No hay nadie en casa, pero ¿de dónde procede el susurro apagado? Hay manchas de oro diminutas en las escaleras, huellas diminutas…

Geranios

Los geranios rojos se han hecho con el jardín sin que me diera cuenta. Ahí están, instalados en su antiguo hogar, cada hoja y cada flor abierta en su sitio; del todo decididos a que ningún poder terrestre los vuelva a trasladar. La verdad es que *eso* no me importa. Pero ¿por qué me hacen sentir extraña? ¿Por qué me preguntan cada vez que me acerco: «¿Y tú qué estás haciendo en un jardín de Londres?». Arden de arrogancia y orgullo. Y soy la insignificante persona procedente de las colonias que pasea por un pequeño jardín de Londres; a la que se le permite tal vez mirar, pero no quedarse. Si me tumbo en la hierba, sin duda alguna me gritan: «Mírala, echada en *nuestra* hierba, haciendo ver que vive aquí, haciendo ver que este jardín es suyo y que su casa es aquella alta cuya parte trasera de ventanas abiertas y cortinas de colores se ve desde aquí. Pero es una extraña, una forastera. No es más que una chica sentada en las colinas de Tinakori soñando: “Fui a Londres y me casé con un inglés y vivimos en una casa alta y solemne con geranios rojos y margaritas blancas en el jardín de atrás”.¡Qué *in*-solencia!».

[Esta entrada aparece después, reescrita en los siguientes términos.]

Los geranios rojos se han hecho con el jardín sin que yo me diera cuenta y han tomado posesión. ¡Están instalados, cada hoja y cada flor abierta en su sitio, sin intención de irse jamás! Bueno, eso lo podría soportar. Pero ¿por qué si yo les dejo quedarse, ellos me echan a mí? Ni siquiera me permiten tumbarme en la hierba sin gritarme: «¡Qué *in*-solencia!».

Un sueño

A veces echo un vistazo al reloj de pared. Sé entonces que estoy esperando a Chummie. Suenan las campanadas. Corro al rellano. Oigo cómo tira el sombrero y el bastón sobre la mesa del recibidor. Corre escaleras arriba, de tres en tres. «¡Hola cariño!» Pero no me puedo mover, no puedo moverme. Me rodea con su brazo, me sujeta con fuerza y nos besamos; un beso largo, firme, familiar. Y el beso significa: somos de la misma sangre, confiamos absolutamente el uno en el otro; nos amamos, todo está en orden; nada puede separarnos.

Vamos a mi habitación. Se acerca al espejo. «Madre mía, qué calor tengo.» Sí, hace mucho calor. Tiene un color infantil en las mejillas, los ojos brillantes, le arden los labios, se aparta el pelo de la frente con la palma de la mano. Cierro la cortina y la habitación se queda en penumbra. Se echa en la cama y enciende un cigarrillo; contempla el humo que asciende lento.

—¿Mejor así? —pregunto.

—Perfecto, cariño, sencillamente perfecto. La luz me recuerda…

Y acaba el sueño y empiezo a trabajar de nuevo.

Inglaterra

Los dos hermanos estaban a un lado de la habitación, yo, en el otro. R. estaba sentado en el suelo inclinado hacia J., J. estaba tumbado de espaldas ociosamente.

—¿Dónde estarías si pudieras cumplir tu deseo?

Primero pensó que en un café en alguna ciudad extranjera… en España… no, en Grenoble, tal vez… sentado escuchando música y observando a la gente. Estamos justo de paso… Cerca hay un lago y un río… Pero no. Una granja en Sussex: buenos muebles viejos, deambular por el jardín, dar volteretas en el césped; sí, dar volteretas en el césped. Un niño y dos buenos criados. Y luego, cuando se hiciera de noche, entrar, tomar un tazón de leche y, tú en tu estudio y yo en el mío, trabajar durante aproximadamente una hora y media y después ir rodando a la cama. Me gustaría ganarme la vida, pero *no* escribiendo. Creo que mi talento como escritor no es muy grande; tendré que tener cuidado con él… Sé, eso es lo que me gustaría. Nada de sitios nuevos, nada de cosas nuevas. No *quiero* nada de eso. ¿Te gustaría?

Sentí que su hermano estaba con él, el hermano inclinado hacia él, comprendiendo y compartiendo aquella vida —el caserío en los Downs— su patria inglesa; el silencio sobrio…

—¿Te gustaría?

No, no es eso lo que yo quiero. No quiero estar en Inglaterra. Inglaterra no me sirve de nada. ¿Que a qué me refiero? Quiero decir que no ha habido nunca —ni nunca habrá— una reconciliación entre nosotros, *nunca*… La falta de *atractivo* de Inglaterra; eso es lo que detesto sobre todo. No me importaría no volver a ver el campo inglés. Lo siento como algo profundamente hostil incluso cuando florece, y no cambiaré nunca de parecer.

Un buen comienzo

30 de mayo. Primero viene L. M. Le doy instrucciones. Le pido que controle a la doncella hasta el lunes. «Sé amable con ella; ayúdala a hacer las camas y dile simplemente cómo debe funcionar todo.» Luego apunto en detalle el programa de la

doncella. «Envía a Ralph, por favor.» Llega Ralph. Organizo la comida. Después decido todo lo que hay que hacer, coaccionando a Ralph, poniendo orden en su cabeza si puedo, haciéndole ver el aspecto bueno de las cosas, hasta hacerla sentir importante y feliz, espero.

Subo a ver a Maud para darle los buenos días, esperando «que se sienta feliz en casa». «Tómate las cosas con tranquilidad; comprendo que tu adaptación a nuestras costumbres no va a ser inmediata. Pide lo que necesites a la señorita B. y a la cocinera. Pero si deseas verme, no dudes en entrar. Me he alegrado mucho de que llegaras temprano.» La chica se sintió mucho más tranquila. Le brillaron los ojos (es solo una niña). Dijo que era como estar en el campo. Que viniendo desde el tranvía los pájaros cantaban «algo precioso». Esto en vez de referirse a «la larga y pesada subida por la colina» era una buena señal. La dejé contenta. Sé que lo hice.

Bajo solo para dar los buenos días a la señora Moody y para decirle que se lleve a casa unas flores. La buena mujer estaba de rodillas sacando brillo y diciendo que el día era precioso. ¡Benditos sean sus sesenta años! Hicimos un par de bromas y me fui.

De nuevo L. M., solo un momento para decir: «Puesto que tienes máquina de coser, no cosas a mano los dobladillos de los trapos de polvo como estás haciendo. ¡Reserva la energía para algo *importante*!».

A continuación me siento y trabajo; me llega la vibración constante y agradable de la embarcación. ¡Si pudiera controlar siempre así a estas cuatro mujeres! Tengo que aprender a hacerlo. *31 de mayo. Trabajo*. ¿Seré capaz algún día de expresar mi amor al trabajo, mi deseo de ser una escritora mejor, mi anhelo por esforzarme más? La pasión que siento sustituye a la religión; *es* mi religión: crear mis personas a partir de las personas, a partir de la «vida», *es* Vida. La tentación está en

arrodillarse ante ello, adorarlo, postrarme, prolongar el éxtasis ante la *idea* de ello. Tengo que ocuparme más de los asuntos de mi señor.

¡Dios mío! El cielo está lleno de sol y el sol es como música. El cielo está lleno de música. La música se precipita por los grandes rayos de sol. El viento toca el arpa de los árboles, sacude pequeñas corrientes de música; pequeñas sacudidas, pequeños trinos de las flores. La forma de cada flor es como un sonido. Mis manos se abren como cinco pétalos. ¡Alabemos al Señor! ¡Alabemos al Señor! No, estoy sobrecogida, estoy aturdida; es más de lo que se puede soportar.

Una mosca pequeña se ha tirado, por error, en el inmenso cáliz dulce de una magnolia. *Una vez* Isaías —o era Elías— fue conducido al cielo en un carro de fuego. Pero cuando el tiempo es fantástico y tengo libertad para trabajar, tal viaje no es nada.

El ángel de la compasión

Mayo. El día en que la doncella se tuvo que ir porque su marido «no quería que siguiera trabajando» y, para confirmar su autoridad, le había golpeado con tal fuerza en el cuello que le había salido una gran hinchazón roja bajo la oreja, la cocinera se convirtió en una especie de ser infalible, un ángel de misericordia. Nada le parecía excesivo. Las escaleras eran rayos de luz sobre los que subía volando. Llevaba la cofia de manera diferente; le daba un aire de enfermera de hospital. Le cambió la voz. Sugería pasteles como si fueran emplastos: pescadillas, porque eran tan «delicadas e inofensivas». ¡Tenga confianza en mí! ¡Apóyese en mí! ¡No hay nada que no sea capaz de hacer! Era su actitud. Cada vez que se apartaba de mí lo hacía por sus razones misteriosas: para recomponer su aspecto una y otra vez; cambiar la mano rígida, cubrir con el volante de papel la amenazadora mancha que a ratos se dejaba ver.

La cocinera

La cocinera es malvada. Después de comer he temblado tanto que me he tenido que echar en la cama, pensando en ella. Cuando subiera a verme le diría, *sobre todo*, que se tenía que ir. Esperé jugando con el gatito salvaje. Cuando vino, se lo dije todo y más, y *ella* me dijo lo mucho que lo sentía y asintió y se excusó y entendió bien. Se quedó en la puerta desplumando una blonda. «Bien, me encargaré de que no ocurra en el futuro. Entiendo *muy bien* lo que quiere decir.»

O sea que la serpiente siguió durmiendo entre nosotras. Por qué no se enfrenta y dice lo que piensa. ¡Esta pretensión de que me aprecia! Creo que se lo cree. Tiene algo de razón L. M. en lo que dice: no es consciente de su maldad. Es una ESTÚPIDA, por supuesto. Yo tengo que ocuparme de toda la gestión y explicación. Tengo que guisarlo todo antes de que ella lo guise. Creo que se considera un tesoro… no, más bien quiere creerlo. En el fondo es consciente de su corrupción. Hay momentos en que aflora a la superficie, como una mancha en su cara. Entonces sus ojos se vuelven como los ojos de una mujer prisionera; una criatura que mira a quien entra en su celda y dice: «Si supieras lo dura que ha sido mi vida no te sorprendería verme aquí».

[Esto vuelve a aparecer de la siguiente forma.]

La cocinera me va a ver

Al abrir la puerta la vi sentada en el centro de la habitación, jorobada, quieta… Se levantó, obediente, como una prisionera cuando se entra en su celda. Y sus ojos decían, como dicen los ojos de una prisionera: «Sabiendo la vida que he tenido, soy la última en estar sorprendida de encontrarme aquí».

La historia de la cocinera

Su primer marido fue un prestamista. Aprendió el oficio de un tío de ella con el que la mujer vivía y que, desde los trece años, fue más su hermano mayor que otra cosa. Prosperó después de casarse con ella. Solían decir que era el perfecto perrito faldero para ella. Las hermanas de él decían que se comportaba como un tonto. Cuando sus hijos tuvieron quince y nueve años, su marido insistió a sus jefes para que incorporaran a la empresa a un nuevo hombre —un gran amigo suyo— y les convenció; todo fueron garantías para el nuevo. Cuando por fin ella conoció a aquel hombre, se quedó helada. Dijo, fíjate en lo que te digo, no has hecho bien; esto no acabará bien. Pero él se rió. Pasó el tiempo: el hombre demostró ser un malvado. Cuando fueron a comprobar las existencias, descubrieron que todas las existencias eran falsas: había vendido todo. Esto obsesionó a su marido, cayó presa del insomnio y acabó transformado en otro hombre. Podría decirse que enloqueció a raíz de su preocupación por las cifras. Un anochecer, sentado en su silla, muy tarde, *murió* a causa de un coágulo de sangre en el cerebro.

Quedó sola. Su hijo mayor tenía edad suficiente para irse, pero el pequeño era poco más que un bebé: tan nervioso y delicado. Los médicos no lo habían dejado jamás ir al colegio.

Un día la fue a ver su cuñado y le aconsejó que vendiera su casa y se pusiera a trabajar. Lo único que te retiene es el pequeño Bert. Yo te aconsejo que deposites una pequeña cantidad para él con tu abogado y lo lleves al campo. Dijo que él lo acogería. Hice lo que me aconsejó. Pero ¡cosa rara! No volví a oír una palabra del niño desde que se fue. Siempre que preguntaba que por qué no escribía, me decían que recibiría una carta suya cuando fuera capaz de escribir una carta decente, no antes. Así seguimos durante doce meses, al cabo de los cuales descubrí que mi hijo me había estado escribiendo todo el tiempo tristísimo para que me lo llevara de allí; y que

nunca enviaron sus cartas. De repente su tío escribió diciendo que había que sacar a mi hijo de donde estaba. Había hecho cosas horrible, cosas para las que no encontraba ni nombre; que se había dado al *vicio*, ¡que era un pequeño criminal! Su tío decía que yo lo había mimado y que él iba a hacer del niño un hombre; le pegaba y medio mataba de hambre y, cuando estaba asustado de noche y gritaba, lo sacaba al Bosque Nuevo y le hacía dormir bajo los árboles. Mi hijo mayor fue a verle. Madre, dijo, no conocerías al pequeño Bert. No es capaz ni de hablar. No se acerca a nadie. Se echa a correr si se le toca; es como una pequeña bestia. Y ¡Dios mío! ¡Las cosas que había hecho! Se oye de gente que ha hecho cosas así antes de que se las encierre en orfanatos. Pero cuando oí eso y pensé que era el mismo bebé al que su padre solía llevar a Regent's Park bañado y vestido los domingos por la mañana; bueno, creí que perdía la fe religiosa.

Lo pasé muy mal intentando meterle en un orfanato. Tuve que suplicar durante tres meses para que lo aceptaran. Entonces lo enviaron a Bisley. Pero cuando lo fui a ver allí, vestido con aquella ropa extraña y todo, comprendí su miseria. En aquel momento yo estaba trabajando en un buen sitio como cocinera de un carnicero muy importante en Kensington, pero los ojos del pobre niño me perseguían, y la especie de temblor que le entraba cuando alguien se le acercaba.

Bueno, yo tenía una amiga que regentaba una casa de huéspedes en Kensington. A veces la iba a ver, y a menudo iba también a verla un amigo suyo; un caballero bien plantado, todo un caballero, un ingeniero que trabajaba en un garaje. Mi amiga solía bromear diciendo que aquel hombre quería acompañarme al salir. Yo me reía del asunto hasta el día en que se puso seria. Me dijo, eres una tonta. Se gana bien la vida; te daría un hogar y podrías tener a tu chico. Bueno, iba a hablarme al día siguiente y decidí escucharle. Bueno, lo hizo y

no lo podía haber dicho mejor: no puedo ofrecerte una casa de entrada pero tendrás tres buenas habitaciones y al crío; yo me gano bien la vida y me la ganaré mejor.

Una semana después se unió a mí. No te puedo dar dinero esta semana, dijo, tengo que pagar cosas de cuando era soltero. Pero me atrevo a decir que tienes algún ahorro. Y fui una estúpida, ¿sabe?, no lo encontré raro. Sí, sí, le dije, ya me las arreglaré. Así siguió tres semanas. Habíamos acordado no traer a Bert durante un mes porque, dijo, que me quería para él y que apreciaba tanto al muchacho. Un grandullón que se me colgaba como un niño y me llamaba madre.

Al cabo de tres semanas yo ya no tenía ni un penique. Había empeñado mis joyas y mis mejores prendas para pagar por él hasta que cancelara sus deudas. Pero una noche dije: ¿Dónde está mi dinero? Se levantó y me dio tal bofetón en la cara que creí que me reventaba la cabeza. Y eso fue el comienzo. Cada vez que le pedía dinero me pegaba. Como he dicho, yo era entonces muy religiosa, solía llevar un crucifijo bajo la ropa y no podía acostarme sin arrodillarme a un lado y rezar, no, ni siquiera durante la primera semana de mi matrimonio. Bueno, fui a un cura y le conté y me dijo, hija mía, lo siento mucho por ti pero con la ayuda de Dios, dijo, harás de él un hombre mejor. Dices que tu primer marido fue muy bueno. Bueno, es posible que Dios te haya reservado esta prueba hasta ahora. Volví a casa y aquella misma noche me arrancó el crucifijo y me pegó en la cabeza cuando me arrodillé. Me dijo que no me permitiría rezar; le ponía frenético. Yo tenía entonces un perrito por el que sentía mucho afecto y él solía levantarlo y gritarle, yo le enseñaré a rezar y le pegaba delante de mí hasta que… bueno, esa es la clase de hombre que era.

Entonces, una noche llegó completamente borracho y ensució la cama. No pude soportarlo. Empecé a llorar. Me dio un golpe en la oreja, caí y me golpeé la cabeza con el

guardafuegos. Cuando recuperé el conocimiento se había ido. Salí corriendo a la calle tal como estaba y corrí todo lo rápido que pude sin saber adónde iba; del todo aturdida, con los nervios deshechos. Me encontró una señora y me llevó a su casa y allí estuve tres semanas. Y después de aquello ya no volví. Ni siquiera se lo dije a los míos. Encontré trabajo y no fui a ver a mi hermana hasta varios meses después. ¡Dios mío!, dijo ella, ¡todos creíamos que te habían asesinado! No le he vuelto a ver más…

Fueron tiempos terribles. Estuve tan enferma que apenas podía trabajar y por supuesto no pude sacar a mi hijo. Tuvo que crecer allí dentro. Y yo tuve que empezar de nuevo. No tenía nada de él, nada mío. Lo perdí todo menos mi certificado de matrimonio. Por alguna razón me acordé de cogerlo cuando me estaba escapando aquella noche y lo metí en mi camisón; se puede decir que fue una especie de instinto.

J. cava en el jardín como si estuviera exhumando un cuerpo odiado o cavando una fosa para uno querido.

La fervorosa criatura se pasó más de la mitad de su tiempo en la iglesia rezando para librarse de la tentación. Pero al final Dios perdió la paciencia con ella e hizo que le cerraran la puerta: «¡Por todos los cielos», dijo Él, «dale una oportunidad a la tentación!».

Está lloviendo pero el aire es suave, brumoso, cálido. Grandes gotas de lluvia repiquetean sobre las lánguidas hojas; las flores del tabaco se inclinan. Ahora se oye un susurro en la hiedra. Ha aparecido Wingley del jardín de al lado; salta desde la pared. Y con delicadeza, levantando las patas, estirando las orejas, muy asustado de que le alcance la gran ola, atraviesa el lago de hierba verde.

«La hija del señor Desaliento, Muchomiedo, atravesó el agua cantando.»

Dijo: «No tengo ningún miedo. Me siento como una pequeña roca que la marea creciente va a cubrir. No podréis verme… grandes olas… pero volverán a bajar. Seguiré allí: centelleando con claridad».

¡Oh, qué bobadas sentimentales!

10 de junio. He descubierto que no puedo vivir y escribir a la vez.

La vida sin *trabajo*: me suicidaría. De ahí que el trabajo sea más importante que la vida.

21 de junio. Bateson y su amor al piojo por lo que el piojo es. Piojos con pedigrí. 100 libras al año del Royal Institute: una familia numerosa, terriblemente pobre; pero él no se llega a dar cuenta. Las vidas que Bateson salvó en la guerra de los Balcanes gracias al afeitado y al Thymol. Reducción de casos de 7.000 a 700. Sin compensación, ni siquiera una OBE.(29) Los diseca, encuentra sus glándulas y demás, los guarda en cajitas diminutas; comen en su brazo. El piojo y el chinche.

Hidátides: el australiano que lo contrajo; puñados de uva verde. Atacan el hígado. Se reproducen indefinidamente en el cuerpo humano. Cuando pasan a una oveja y la atacan desarrollan *garfios* y se convierten en gusanos largos.

La enfermedad egipcia: un parásito que ataca las venas y las arterias y causa acumulación de líquidos; sangrado constante. Es otra larva que está en el agua que uno bebe. Una vez que ha estado en el ser humano solo puede afectar al caracol de agua. Inicia un nuevo ciclo de *vida* completo hasta que está de nuevo en condiciones de atacar al hombre.

Disentería: otro parásito.

Hidrofobia: se coge el virus del perro y se infecta al conejo. El conejo se utiliza para infectar a otro conejo: el segundo a un tercero y así en adelante, hasta conseguir un conejo que es prácticamente *puro* virus. Se cogen entonces las médulas espinales de estos conejos y se secan al vacío. El resultado se pulveriza en una emulsión fina: primer conejo, segundo conejo, tercer conejo, etc., y se inyecta progresivamente al paciente hasta que por fin recibe una dosis que, si no estuviera preparado para recibirla, le mataría en el acto. La enfermedad se desarrolla muy despacio; el tratamiento es muy caro. Los síntomas son una saliva brillante y burbujeante, jadeos y gemidos como en el caso de envenenamiento por gas. Nada de ladridos y de andar a cuatro patas.

En caso de trismo la mandíbula no se cierra.

Pasteur era un gran soñador de soñadores. Los seres humanos son *marginales* a la ciencia.

El 21 de junio hablé sobre todo esto con Sorapure. Su punto de vista sobre la medicina me parece *exacto y del todo adecuado*. Le permitiría que me quitara la cabeza, le echara un vistazo al interior y me la volviera a colocar si creyera que podía ser útil a las generaciones futuras. Desde luego es el hombre a tener al lado en el lecho de muerte. En cualquier caso, conseguiría interesarme tanto en el proceso de la muerte —pérdida de sensibilidad gradual, enfriamiento de las articulaciones, etc.— que estaría tumbada pensando: es muy valioso saber todo esto; tengo que tomar nota de ello.

Desde la puerta, de pie, hablando: «Nada es incurable; todo es cuestión de *tiempo*. Lo que hoy parece inútil puede ser justo la conexión que lo aclare todo a las generaciones futuras…». Tuve una sensación de *mayor respiro*, de las misteriosas vidas dentro de vidas, y el parásito egipcio empezando un nuevo

ciclo de vida en un caracol de agua se me antojó ser una *gran* obra de arte. No, no es esto lo que quiero decir. Me hizo entender lo *perfecto* que es el mundo, con sus gusanos y garfios y óvulos; increíblemente perfecto. Están el cielo, el mar y la forma de una azucena; y está todo esto además. ¡Qué perfecto equilibrio! (¡*Salut*, Chéjov!) No desearía lo uno sin lo otro.

Los relojes están dando las diez. Aquí en mi habitación el cielo parece lila; en el baño es como la piel de un melocotón. Hay chicas riéndose.

Tengo tuberculosis. Mi pulmón MALO sigue conteniendo gran cantidad de humedad (*y* dolor). Pero no me importa. No deseo nada que no pueda alcanzar. Paz, soledad, tiempo para escribir mis libros; la hermosa vida externa que contemplar y sobre la que reflexionar nada más. ¡Oh, me gustaría también un hijo, un niño; *mais je demande trop*!(30)

[Una parte de este apunte vuelve a aparecer de la siguiente forma.]

De pie, desde la puerta, dijo calladamente: «Nada es incurable. Lo que hoy parece inútil, puede ser la conexión que lo aclarará todo mañana». Habíamos estado hablando sobre hidátides, el parásito egipcio que inicia su ciclo de vida en un caracol de agua y los efectos de la hidrofobia. Sonrió pacíficamente. No había por qué alarmarse o escandalizarse o sorprenderse. Todo era cuestión de saber estas cosas como se debían saber y no de otra manera. Pero no dijo nada de todo esto y se fue a su siguiente paciente…

Durante el desayuno un mosquito y una avispa se acercaron a beber al borde del tarro de miel. El mosquito era una gacela preciosa de pasos altos, pero la avispa era un tigre fiero y rugiente. ¡Bebed queridos!

Cuando el café está frío L. M. dice: a veces tienen que ocurrir estas cosas. Y adquiere un aspecto misterioso e importante como si la verdad es que hubiera sabido desde el principio que hoy era día de café frío.

Lo que yo sentía, dijo él, era que yo no era del todo yo en absoluto. Que me había quedado encerrado de alguna manera en una pequeña… habitación en lo alto de mi cabeza, en la que habían entrado desconocidos; que gente que no había visto nunca se estaba apoderando del resto. Reinaba sobre todo una sensación de gran confusión y… unos ruidos imprecisos como de cosas trasladándose de lugar; pasando de un lado a otro. Encendí la vela y me senté en la cama y pude ver en el espejo una cara oscura, pensativa, extrañamente alargada.

«El sentimiento que despierta la causa es más importante que la propia causa…» Es el tipo de cosa que me gusta decirme a mí misma cuando monto en el tren. Y a continuación, una vez acomodada en un rincón: «Por ejemplo» o «Tomemos por caso…». Es un juego útil para *uno*.

Se ajusta un velo blanco y apenas se reconoce. ¿Favorece o no favorece? Quién esta ahí para decirlo. Hay una mariposa de encaje en su mejilla izquierda y un manojo de flores en la derecha. A través de la malla miran fijamente dos ojos oscuros y atrevidos; sin duda no los suyos. Le tiemblan los labios; desmayada, cae en su cama. Y ahora no se quiere ir. ¿Tiene que hacerlo? Aquellos ojos audaces la echan del piso. Allá vas. ¡Qué cruel! (*Segundo violín.*)

Pero su mano es grande y fría con grandes nudillos y uñas cortas y cuadradas. No es una mano pequeña de terciopelo que suspira, se rinde; se desmaya muerta y tiene que volver a ser

revivida solo para desmayarse una vez más. (*S. V.*)

¿Qué es lo que quiero?, pensó. ¿Qué es lo que verdaderamente quiero más que nada en el mundo? Si tuviera un anillo del deseo o la lámpara de Alí Babá, no, no fue Alí Babá, fue… ¡Pero qué importa! Solo suponiendo que llegara alguien… «Estoy aquí para concederte tu más preciado deseo.» Y vio, vagamente, a una criatura pequeña y de pelusa con una estrella de papel de plata en una varita: un hada del colegio… ¿Qué decir? Tenía frío en la cocina, hacía frío y reinaba la oscuridad. El grifo goteaba despacio, como si el agua estuviera medio helada… (*S. V.*)

La señorita Todd y la señorita Hopper eran los segundos violines. La señorita Bray era un viola.

Suena el mediodía en varias campanas; unas suenan suaves y aterciopeladas, otra pesarosas, y una impaciente; una campana juvenil tañendo alto y rápido por encima de las demás. Pensó alegremente: ¡esa es mi campana!…

Cenicienta

Hermanas mías, mis hermosas hermanas orgullosas como pavos, tened piedad de mí sentada con la pequeña escoba junto a las frías cenizas mientras bailáis en la fiesta del príncipe. Pero ¿por qué son el Hada Madrina, el carruaje, las plumas y las zapatillas de cristal solo fantasía y el resto de la historia profunda, profundamente verdad? Supongo que se trata del destino, del destino. Tenía que ser así. Es así como suelen ocurrir estas cosas. *La réponse*: Pobre chica, claro que da mucha pena; pero la verdad es que se hace pesada, ¿no es así? No hay manera de evitarlo.

Cuando se metieron juntos en la cama, los pies de ella

corrieron a saludar a los de él como cachorritos que han estado separados todo el día de sus hermanos. Primero se persiguieron y jugaron y se empujaron suavemente. Pero luego se acomodaron enroscados, unidos bajo las sábanas; como cachorros en una alfombra caliente, y se durmieron.

Dark Bogey es un poco partidario de meterse de un salto en la jarra de leche y rescatar a la mosca.

Como por arte de magia, el fuego se abrió en dos ramas llameantes como los cuernos dorados de algún ciervo encantado.

Así que allí estuvo sentado, quemando las cartas; y cada vez que echaba un nuevo montón a las llamas, su sombra inmensa, enorme, saltaba en la pared frente a él. Sentado tan rígido y tieso parecía un viejo y horrible dios calentándose las rodillas en las llamas del sacrificio.

Dos climas

Siempre preferiría estar en un lugar en el que hiciera demasiado calor que en uno en el que hiciera demasiado frío. Pero siempre preferiría estar entre gente que me quisiera muy poco que entre gente que me quisiera en exceso.

«Ella ha hecho su cama —dijo Belle— se tiene que acostar.» Pensé con agradecimiento que en este caso no me resultaría ingrato, más bien al contrario. Supuse que es lo que ambas estaban deseando hacer…

África del norte. Todo el valle está salpicado de azucenas blancas. ¡Nunca se ha visto nada igual! Me hacen echar de menos mi casa desesperadamente. Huelen exactamente como el

querido y viejo Selfridge's.

Souvent j'ai dit à mon Mari: Nous en prenons un? Et il me dit: Ah, non, non, ma pauvre femme. Notre petit moment pour jouer est passé. Je ne peux rien faire que de rester dans une chaise faisant des grimaces, et ça fait trembler plus que ça ne fait rire un petit enfant.(31)

Cuando leo al doctor Johnson me siento como una niña sentada en la misma mesa que él. Los ojos se me abren desmesuradamente. No solo le escucho; lo acepto *inmensamente*.

«¿No te parece que sería maravilloso —dijo—, tener a una sola persona en la vida a la que poder contárselo todo?»

Se inclinó hacia delante, dejó la taza, pero siguió inclinada tocando el plato con la cuchara. Levantó la vista: «¿O es infantil por mi parte, es absurdo desear semejante cosa?… En cualquier caso —se inclinó hacia atrás sonriendo—, infantil o no; ¡qué maravilloso sería, qué maravilloso! sentir que a esta persona, solo a esta persona, no necesito esconderle nada. ¡Supondría una felicidad celestial!» —y añadió de repente: la vida sería tan…», se levantó, se acercó a la ventana, miró vagamente y volvió de nuevo. Se rió. «Es extraño —dijo—, siempre he creído en la posibilidad, y sin embargo, en realidad… Toma por caso R. y yo, por ejemplo.» Se dejó caer en una silla y se inclinó hacia atrás; siguió riéndose pero su cuerpo se apoyaba en la silla como si estuviera exhausta. «Yo se lo cuento todo. Ya sabes que somos… más bien distintos de la mayoría de la gente. Lo que quiero decir es, no te rías, nos queremos simplemente muchísimo; ¡lo somos todo el uno para el otro! De hecho para mí es la única persona de la tierra, pero

así y todo —cerró los ojos y se mordió el labio como si ella misma quisiera dejar de reír—: por mucho que lo intente y lo intente siempre hay un solo secreto, solo uno, que no se puede contar: que se burla de mí.» Entonces se quedó echada y quieta un momento…

Clima Indoo: un sueño

—Es lo que se puede definir como clima *indoo*» —dijo el hombrecillo.

—Vaya realmente… ¿Y por qué? —dije vagamente.

No me contestó. Los dos salientes pulidos de su trasero brillaron cuando se inclinó rellenando las junturas negras de su barca con torzal marrón.

El día estaba triste, humeante; el mar se veía negro a lo lejos y las pesadas olas llegaban con ruido. El abundante rocío no desaparecía de las hierbas marinas. El martillo del hombrecillo sonaba tap-tap.

L. M. resopló, levantó la cabeza, golpeó los pies contra el suelo de arena mojada, escaló una piedra; arrancó algunas amapolas de mar, las hundió en su sombrero, apartó el sombrero, miró despectiva y las volvió a arrancar del sombrero.

Miré y me sentí imprecisa como un rey.

—Los cubos y palas no sirven para nada en la pesca de langostas.

El martillo golpeó. Explicó que se exportarían todas las langostas vivas en sacos si no se les daba un agudo *pinchazo* con una de estas. Era una paleta de jardín corriente gris y roja. L. M. se fue a salvarles la vida, pero sin alegría. Anduvo pesadamente, la cabeza baja, dándose golpecitos con la paleta.

Nos quedamos solos. Apareció el vigilante. Siempre de perfil, su sombrero de fieltro con el ala levantada, un parche en el ojo de nuestro lado. Le caía la pipa arqueada de la mandíbula.

—Hola, señorita —me gritó—. ¿Por qué no nos ofrece un

rato de espectáculo ahí fuera?

El hombrecillo protestó. El mar parecía una masa de gelatina medio estable. Parecían caer siglos en el horizonte.

—¡Venga, señorita! —me riñó el vigilante.

Me quité la ropa, me coloqué en la esquina y me sentí arrastrada. Intenté sujetarme a los pedazos de un viejo muelle, pero el fango me llenó las uñas y salí succionada hacia fuera. Los demás observaban.

De repente llegó, en dirección a la tierra, el enorme y delgado esqueleto de un hindú, en posición erecta. Un abrigo estampado rosa y blanco hecho jirones se agitaba en torno a sus brazos rígidos y abiertos. Llevaba la cabeza cubierta de la misma tela con un fleco de lentejuelas. Estaba tieso a causa de la inmensa escoba de madera que le salía de la cintura.

—¡Socorro! ¡Socorro! —grité.

Oí el ruido del martillo y sentí el perfil con el parche del vigilante. Le levantó una ola inmensa que nunca rompía y lo acercó. Su sombra yacía inalterable sobre la superficie polvorienta; una cabeza ancha y dos brazos gigantes. Se ensanchó hasta convertirse en una sonrisa.

Extraños

Ví en S. a un hombrecillo rubio con bigote de morsa, un sombrero demasiado pequeño para él y una vieja levita que no paraba de atar y desatar. D. B. lo vio como un viejo serio con grandes bigotes negros. En cualquier caso, allí estaba al final de un túnel oscuro, ya fuera viniendo hacia nosotros o alejándose… Esto nos permitió meternos en un tema fascinante. Por una parte está la gente en la vida de D. B. a la que yo jamás he visto —muy pocos— y la inmensa cantidad de mi gente de la que él solo ha oído hablar. ¿Qué impresión nos producían estos desconocidos? Pero aún más; antes de conocer a alguien, mientras la persona está demasiado lejos para que la

podamos ver, empezamos a construir una imagen… ¿Hasta qué punto es válida esta imagen? Es extraño lo bien que se llega a conocer al desconocido; cuántas veces lo observamos antes de que el otro, el real, lo sustituya… Puedo incluso imaginar a alguien que escoja «la primera impresión» a pesar de «el otro».

Julio

Aventura breve y aburrida de K. M.

Un médico que llegó de Jamaica
dijo: «Esta vez la arreglo o la rompo.
la rellenaré de suero;
y si no lo puede resistir,
llamaré a las pompas fúnebres más próximas».

Su locum tenens*, doctor Byam,*
dijo: «De acuerdo, viejo amigo, lo intentaremos,
pues yo soy un adepto, oh,
de la inyección del estreptococo
ya que fui cirujano en Siam».

La paciente, saludando desde New Zealing,(32)
dijo: «Por favor, no tengáis en cuenta mi sufrimiento,
siempre y cuando estéis seguros
de que no me seguirá doliendo,
seguiré aquí tumbada sonriendo al techo».

Estos dos hombres sedientos de sangre
inyectaron cinco millones, luego diez,
pero vieron que el estreptococo
había avanzado sigilosa y repentinamente hasta
sus pies; ¡y entonces ocurrió lo peor!

Cualquier día os la podéis encontrar
sola en la High Street de Hampstead
en una caja de cuatro ruedas

con un silbido agudísimo;
y sus manos haciendo el trabajo de los pies.

[En septiembre de 1919 K.M. fue a San Remo y a las pocas semanas alquiló una casita amueblada —la «Casetta»— en el pueblo cercano de Ospedaletti. Yo estuve con ella en San Remo, pero regresé a Londres, a mi trabajo de editor de *The Athenaeum*, en cuanto se instaló en la Casetta con L. M. Se sintió muy feliz durante un tiempo; pero la enfermedad, la soledad y el interminable sonido del mar empezaron a deprimirla.]

La señora Ruiseñor: un sueño

Noviembre. Subiendo una oscura cuesta con altas verjas a ambos lados e inmensos árboles en lo alto. Yo buscaba una comadrona, la señora Nightingale. Una niña descalza, con un pañuelo en la cabeza se acercó y puso su mano helada en la mía; ella me indicaría.

Apareció la luz procedente de la tienda del pueblo. Dentro, una joven rubia e indignada me indicó que subiera la colina y a continuación me dirigiera a la derecha.

—¡Tendrías que haberme creído a *mí*! — dijo la chiquilla, y me clavó las uñas en la palma de la mano.

Apareció una inmensa pared y en ella un letrero en blanco. Aquella era la casa. Junto a una mesa, en una habitación de techo bajo, estaba sentada una vieja arpía con una manta sucia, amarilla y negra en las rodillas. Llevaba un pañuelo gris en el pelo. En la mesa había un cuenco de cebollas y un tenedor. Me expliqué. Tenía que venir a ayudar a nuestra madre. Nuestra madre estaba muy delicada: su hija mayor tenía treinta y un años y padecía una enfermedad del corazón. «O sea que, por favor, venga inmediatamente.»

—¿Tiene alguna adherencia? —masculló la vieja arpía, y pinchó una cebolla, se la comió y se frotó la nariz.

—Sí, sí. —Coloqué las manos en el pecho—. Muchas, muchas

adherencias de distinto tipo.

—Mal asunto, muy mal asunto —dijo la vieja, subiéndose la manta de manera que por los flecos pude ver sus zapatillas de cuadros—. Pero yo no puedo ir. Tengo una visita a las cuatro en punto.

En aquel momento entró una mujer joven sana y rolliza con un fardo. Se sentó junto a la comadrona y explicó: «Jinnie ya ha tenido el suyo». Abrió el fardo demasiado deprisa: un recién nacido de ojos redondos cayó en su regazo. Sentí el placer de la niña junto a mí; una especie de estremecimiento. La mujer joven se sonrojó y bajó la voz. «Le he hecho que…» Y se detuvo para hallar una palabra muy *médica y privada* con la que describir el lavarse… «Que se *manejara* con una botella de colonia —dijo—, pero aun no se le ha ido del todo.»

La señora Nightingale me indicó que fuera a ver a su amiga, Madame Léger, que vivía en aquel mismo grupo de casas y que tenía una luz rosa a la entrada de la suya. Allí fui. El grupo de casas era blanco y gris azulado a la luz de la luna, con pinos oscuros en la calle. Pude ver la exquisita iluminación rosa. Pero justo en aquel momento sonó un ruido metálico detrás de mí, allí estaba la niña, extenuada y jadeante, cargando en brazos una inmensa bolsa negra.

—La señora Nightingale dice que se ha dejado esto.

Así que *yo* fui la comadrona. Mientras seguía andando, pensé: «Iré a echar un vistazo a la pobrecita alma. Pero no hasta dentro de mucho tiempo».

«Et in Arcadia Ego»

Poder sentarse frente a la pequeña chimenea de leña con las manos cruzadas en el regazo y los ojos cerrados; imaginar que vuelves a ver sobre los párpados toda la belleza danzante del día; sentir la llama en la garganta como solía imaginar que sentía la mancha de amarillo cuando Bogey me colocaba las

flores amarillas bajo la barbilla… cuando respirar es tal placer que da casi miedo hacerlo; como si una mariposa moviera las alas sobre tu pecho. Saborear aún la cálida luz del sol que se derrite en la boca; poder oler el aroma blanco y de cera esparcido sobre los campos de junquillo y el salvaje y fuerte del romero que crece en pequeños manojos entre las rocas rojas junto a la orilla del mar…

Está saliendo la luna pero el día, reacio a concluir, se prolonga en el mar y en el cielo. El mar está salpicado del rosa de las cerezas poco maduras y en el cielo se ve una luz amarilla volando como las alas del canario. Los troncos de las palmeras son muy tenaces y sólidos. Las hojas verdes y rígidas que brotan de sus copas parecen cortar el aire del atardecer, y entre ellas, los eucaliptos azules, altos y esbeltos, con hojas en forma de hoz y ramas colgando, mitad azul, mitad violeta. La luna está justo sobre la montaña detrás de la aldea. Los perros lo saben; ya empiezan a aullar y a ladrar. Los pescadores se gritan y se silban mientras guardan las barcas, algunos chicos cantan en la orilla con voces medio rotas y se oye el ruido de niños llorando, niños pequeños de mejillas quemadas y arena entre los dedos de los pies a los que se está llevando a dormir…

Estoy cansada, felizmente cansada. ¿Crees que las margaritas se sienten felizmente cansadas cuando se cierran por la noche y el rocío desciende sobre ellas?

Muerte

17 de diciembre. Cuando me acosté me di cuenta de la razón por la que «había cedido». Fue el esfuerzo de estar levantada con un corazón que no funciona. Nada que ver con mis pulmones. Se me ha pasado la desesperación; sí, sencillamente. El tiempo era maravilloso. El sol entraba todas las mañanas y dibujaba cada vez más cuadrados de luz dorada en la pared, y más allá de la cama veía un cielo de seda. El día se abría despacio,

despacio como una flor; y retenía al sol durante mucho tiempo, hasta antes de recogerse despacio, muy despacio. Entonces se me pasó la nostalgia. No solo dejé de desear estar en Inglaterra sino que me empezó a gustar Italia y la idea del país; el sol, incluso cuando hacía demasiado calor, siempre el sol; y una especie de *plenitud* muy favorable para abandonarse al descanso.

Durante estos dos años he estado obsesionada por el miedo a la muerte. Un temor que fue aumentando y aumentando hasta adquirir una dimensión gigantesca; creo que es lo que me ha hecho aferrarme tanto a la vida. Pero hace diez días me desapareció el miedo, ya no me importa. Me deja perfectamente fría… La vida sigue o desaparece.

Tengo que anotar ahora un sueño. La primera noche que dormí aquí, es decir cuando me dormí después de pasar mi primer día en la cama. De pronto sentí que todo mi cuerpo se *hacía pedazos*. Se descompuso con un golpe violento —un terremoto— y se quebró como el cristal. Un temblor largo y terrible, ¿comprendes?, un estremecimiento de la médula espinal y de los huesos y de cada parte y partícula. Sentí en los oídos el sonido de un estremecimiento bajo, confuso y tuve la sensación de una brillantez flotante verdosa, como de cristal roto. Cuando desperté creí que se había producido un terremoto violento. Pero reinaba el silencio. Poco a poco me llegó el convencimiento de que había muerto durante aquel sueño. Ahora seguiré viviendo: tal vez unos meses, semanas, días, horas. Se me ha acabado el tiempo. Morí en aquel sueño. El *espíritu* que tanto se estremece y que es tan tenaz; el enemigo de la muerte, fue arrojado fuera de mí. Soy (15 de diciembre de 1919) una mujer muerta y *no me importa*. Tal vez pueda consolar a otros el saber que uno renuncia a seguir dándole importancia; pero, como yo misma hasta que me ocurrió, tampoco lo creerán. Y ¡oh, con qué fuerza estaba arraigado en

mí! ¡Cómo *adoraba* yo la vida y *temía* la muerte!

Me gustaría escribir mis libros y pasar algún tiempo de felicidad con J. —poca fe en ello— y ver a L. en un lugar soleado, y coger violetas; toda clase de flores. La verdad es que me gustaría hacer montones de cosas. Pero no me importa no poder hacerlas… Lo único que valoro más que la vida, el amor, la muerte, más que todo, es la honestidad (¿por qué?). Solo la honestidad perdura más allá de la vida, del amor, de la muerte, de todo. Oh, tú que vienes después de mí, ¿creerás esto? Al final lo único que *merece la pena poseer* es la *verdad*; es más emocionante que el amor, más alegre y más apasionante. Es lo que sencillamente no puede *fallar*. Todo lo demás fracasa. En cualquier caso, yo le dedico el resto de mi vida a la verdad y solo a ella.

15 de diciembre. Me gustaría escribir un *largo, largo* relato sobre esta cuestión y llamarlo «Últimas palabras a la vida». *Tendría* que escribirlo. Y otro relato sobre la cuestión del ODIO.

Diciembre. Ahora me ocurre muchas veces que cuando me echo a dormir por la noche, en vez de adormecerme, me siento más despierta y, echada aquí en la cama, empiezo a *revivir* ya sea escenas de la vida real o escenas imaginarias. No es excesivo definirlas como casi alucinaciones: son maravillosamente vívidas. Me echo sobre el costado derecho y me coloco la mano izquierda en la frente como si estuviera rezando. Esta postura parece estimular las visiones. Así pues, por ejemplo: son las 10.30 de la noche en un gran crucero en medio del océano. La gente está empezando a salir de la Cabina de Señoras. Nuestro padre asoma la cabeza y pregunta si «alguno de vosotros desearía dar una vuelta antes de retirarse. Se está maravillosamente en la cubierta de arriba». Es el principio. Ya estoy *allí*. Detalles: Nuestro padre frotando sus guantes, el aire

frío, el aire de la *noche*; el patrón de todo, la sensación del latón de la barandilla y de los escalones de goma. Luego la cubierta, la pausa mientras se enciende el puro, el aspecto de las cosas a la luz de la luna, el zumbido *constante* del barco, el primer oficial en cubierta, más arriba, a lo lejos, las campanas, el camarero entrando en el salón de los fumadores con una bandeja, pisando el escalón alto rodeado de latón… todas estas cosas son mucho más reales, contienen más detalles, *son más* ricas que la vida. Y creo que podría seguir y seguir hasta… *No hay final.*

Puedo hacerlo con respecto a todo. Solo que no surgen personalidades. Tampoco estoy yo presente. Las personas son solo parte del silencio, *no* de la pauta; son enormemente diferentes de este; son parte del *sentido*. Hasta cierto punto siempre lo he podido hacer; pero solo desde que estoy verdaderamente enferma se me otorga este —¿lo llamamos así? — «premio de consolación». ¡Dios mío! Es algo maravilloso.

Recuerdo a determinadas personas; al doctor S. por ejemplo. Y entonces recuerdo cómo solía decirles a J. y a R.: «Hoy estaba muy guapo». No sabía lo que estaba diciendo. Pero cuando lo evoco así y lo veo «en relación», sí *resulta* maravillosamente hermoso. Aparece ahora completo, con todo detalle, incluso la forma de sus pulgares, su mirada por encima de las gafas, sus labios cuando escribía, y en particular, todo lo relacionado con meter la aguja en la jeringa… Revivo todo esto a voluntad.

—¿Hijos? —dijo cogiendo el estetoscopio mientras yo luchaba con mi camisón.

—No, ninguno.

Pero ¿qué hubiera dicho de haberle contado que hasta hace unos pocos días yo había tenido un niño de cinco años y nueve meses, de sexo indefinido? Algunos días era un niño. Pero desde hacía dos años a menudo había sido una niña…

Diciembre. No cabe duda de que sé más que los otros: he sufrido más y he soportado más. Sé cómo los demás desean ser felices y lo mucho que se valora un ambiente de afecto, un *ambiente* que no sea amenazador. ¿Por qué no trato de conservarlo en mi recuerdo e intento cultivar mi jardín? Ahora desciendo a un lugar desconocido entre desconocidos. ¿No puedo darme a conocer como una fuerza real? (¿Por qué ibas a creerlo?) ¡Ah!, pero yo sí debería. He tenido experiencias desconocidas para los demás. A estas alturas debería haber aprendido el *obitur dictum* de C.; qué cierto puede llegar a ser. *Debe* serlo.

> [Hacia finales de diciembre, preocupado por el talante depresivo que se desprendía de sus cartas, fui a pasar quince días a Ospedaletti a ver a K. M.]

30 de diciembre. Día tranquilo. En el jardín he leído poemas antiguos en Libro de Oxford. Hemos discutido nuestra futura biblioteca. Al atardecer he leído a Dostoievski. Por la mañana, hemos discutido la importancia de «la vida eterna». Hemos jugado a nuestro famoso Juego de la Piedra (Cabo Seis peniques y Cornualles).[10]

31 de diciembre. Larga discusión sobre la casa. Foster dijo que podría andar. El mar sonaba como suena el mar en las islas. Feliz. Fuego maravilloso en mi dormitorio. *Succès éclatant avec démon*(33) antes de cenar. He escuchado el violín de Wingley. La cama de madera.

1920

1 de enero. J. se prepara para irse. Secando higos en la estufa y calcetines blancos secándose en la chimenea. Una fuente de naranjas y hojas mojadas de lluvia; un paquete de cartas en la mesa. Llueve pero hace calor. El junquillo ha echado capullos. Nos detenemos en la puerta. L. M. canta.

2 de enero. J. se ha ido a Londres. La casa muy vacía y callada. He estado enferma todo el día, agotada. Por la tarde me he dormido encima de mi trabajo y se me ha pasado el correo. Mi corazón no reposa. Sin correo. Durante la noche ha adquirido una dimensión terrorífica la imagen del gato.

3 de enero. Un cargamento de madera. Reseña enviada. Día frío. Visita de la señorita S.; mortalmente aburrida. Su bostezo y su recuperación. Tormenta de viento y lluvia. Tuve una pesadilla sobre J.: él y yo nos «separábamos». La señorita S. habló de los tulipanes, pero todo lo exagera: todos los filamentos de su alma están enmarañados.

4 de enero. Frío, húmedo, ventoso, tiempo terrible. He luchado todo el día contra el frío. Horriblemente deprimida. D. vino a tomar el té; pero no sirvió de nada. He trabajado. Dos telegramas de J. de acuerdo con lo prometido. No puedo escribir. Han brotado los junquillos, débiles y pálidos. Entran nubes negras.

En cuanto se pone el sol me siento vencida, de nuevo el ataque negro se apodera de mí. *Odio* el *mar*. No hay nada que

hacer aparte de TRABAJAR. Pero ¿cómo voy a trabajar cuando esta terrible debilidad transforma incluso la pluma en un bastón?

5 de enero. *Nuit blanche*. A las 3 de la madrugada he decidido que D. es un maníaco homicida. Estoy *segura* de esto. He comenzado mi relato «Late Spring». Un día frío y desagradable. He trabajado todo el día sobre Chéjov y después he trabajado en mi relato hasta las once de la noche. Vino Anna. Hablamos de ella en inglés con ella delante. Sin cartas. Huelga de correos. El lazo de Anna y su blusa de terciopelo.

6 de enero. Día negro. Oscuro, sin ver el cielo; un mar lívido; un ruido a hervor en el aire. He soñado que los gatos morían de *anti-neumonía*. Ataque de corazón a las 8 de la mañana. Día desastroso. Ni un instante de alivio. Sin poder trabajar. Por la noche he cambiado la posición de mi cama. A las cinco creí que estaba en el mar a la deriva, para siempre. N. B.

7 de enero. En la terraza. No quiero un Dios al que alabar o suplicar, pero sí un Dios con el que *compartir* mi visión. Esta tarde he contemplado la prímula después de la lluvia. No deseo que nadie baile y agite los brazos. Solo deseo *sentir* que también los demás ven.

8 de enero. NEGRO. Un día en el infierno. Incapaz de hacer nada. He tomado coñac. Decidida a no llorar, he llorado. Sensación de aislamiento terrible. Moriré si no consigo escapar. Náuseas, desmayo, fría de miseria. Dios mío, *tengo* que sobrevivir de alguna manera.

9 de enero. NEGRO. Otro día de esos. Por la tarde vino Foster y estuvo de acuerdo en que tengo que irme de aquí. De alguna

manera conseguí escribir un artículo. Rompí el cristal de mi reloj de pulsera. Al atardecer L. M. y yo nos sentimos más cercanas de lo que lo habíamos estado durante años. No pude descansar ni dormir. El estrépito del mar era insoportable.

10 de enero. He pasado la tarde escribiendo otro artículo. ¡Que Dios me ayude! Y entonces ha entrado L. M. a decirme que llevaba media hora de retraso. Lo he terminado justo a tiempo. Conversación con L. M. Vuelve nuestra amistad; a la manera de antes. He estructurado mentalmente «The Exile».[11] Noche aterradora de miseria.

11 de enero. He trabajado desde las 9.30 hasta un cuarto de hora después de la medianoche parando solo para comer. He terminado el relato. En la cama despierta hasta las 5.30, demasiado excitada para dormir. Durante toda la noche han estado cantando almas ahogadas en el mar. He repasado mi vida entera y todo se me aparecía con tal viveza… Estos son los peores días de toda mi vida.

12 de enero. He echado al correo el relato y un telegrama. Muy cansada. El mar aullaba y bramaba y rugía sin reposo. ¿Cuándo me libraré de este destino? ¡Qué miseria! No puedo dormir. Acostada remonto mis pasos; revivo toda mi vieja vida anterior…

13 de enero. Mal día. Un efecto curioso como de humo sobre la costa. Por la tarde me arrastré y anduve a gatas por el jardín. Me encuentro enormemente débil y en todo momento a punto de venirme abajo. He intentado trabajar; no he podido trabajar. A las seis volví a la cama. Tuve una pesadilla tremenda.

14 de enero. Vino Foster: dice que mi pulmón ha mejorado

considerablemente, pero debo descansar completamente durante dos meses y no intentar andar en absoluto. Tengo «mayores posibilidades». Por la noche sonó una campana. Me duele el ojo. *No puedo* tirar para adelante. He soñado con B.: me daba a cuidar a su bebé.

15 de enero. Sentada en mi habitación contemplando el día transformándose en atardecer. El fuego de la chimenea como un ciervo dorado. *Pensando en el pasado*, siempre; volviéndolo a soñar. La planta del algodón se ha vuelto amarilla. Esta noche el mar está *decaído*. Huelga de correos. No, no hay cartas.
16 de enero. He escrito y enviado reseñas. He trabajado en la cama. He tomado un baño. El día, más que maravilloso. He tenido que trabajar duro. Al atardecer, he empezado mi nuevo relato «A Strange Mistake».[12] Huelga de correos que afecta a cartas *y* telegramas. Imposible dormir esta noche. Mi vida en Londres se me antoja inconmensurablemente lejos y todo como un sueño. L.M. habló de su infancia.

17 de enero. Huelga de correos: sin cartas, sin telegramas. Rompiendo y escogiendo las cartas viejas. El sentimiento que resulta —la angustia—, las palabras que me llegan volando al corazón: ¡*Cariño* mío! ¡Mi *esposa*! ¡Qué angustia! ¿Volverá alguna vez a ser lo mismo? Despierta por la noche escuchando las voces. Dos hombres parecían cantar: un tenor y un barítono; entonces empezaron los ahogados.

18 de enero. Sin cartas: sigue la huelga. Buen tiempo. Pero ¿en qué me afecta a mí? Soy una *inválida*. Me paso la vida en la cama. He leído a Shakespeare por la mañana. Siento que hoy no voy a poder soportar este silencio. Me *persiguen* como fantasmas mis pensamientos.

19 de enero. Sin cartas ni periódicos. Vino V. y la señora V. y la señorita V. de blanco. «Los problemas que me ha dado, señora Murry, y lo caro que me ha salido; peor que si se hubiera muerto allí.» Las mujeres, tan hermosas entre las flores, incluso la señorita S. He sufrido un terrible ataque de llanto a propósito del «ruido y la limpieza». Ha sido horrible.

20 de enero. Me he lavado el pelo. L. M. ausente de casa todo el día. Aquí sola: día perfecto. He paseado por el jardín… Había un barco blanco y robusto en el agua. Me ha desaparecido el abrigo. La chimenea encendida en mi habitación y la luz doble. Todo exquisitamente hermoso. «Adiós.» Cree que nos vamos y que está a salvo.

21 de enero. Un día como un sueño. El pelo de V., su bastón, su chaqueta, sus dientes, su corbata; todo memorable. «Usando un *vulgarismo*, estoy harto.» El viaje —las flores— y estas mujeres aquí. La bufanda negra de satén de Jinnie y el alfiler de perlas. Esta limpieza exquisita me convierte en un gato.

[En esta fecha K. M. se fue por fin de la Casetta y se instaló en una clínica en Mentone.]

22 de enero. He visto al médico. Un tonto. La Casetta abandonada: los vientos ligeros soplando, las persianas cerradas, la planta del algodón amarilleando. He pasado la mañana cansada. Me duele el corazón. Las comidas abajo son un esfuerzo tremendo y la gente es ingenua.

23 de enero. He visto a dos de los médicos: un asno y un asno. He pasado el día en mi ventana. Todo precioso y encantador; Pero he intentado trabajar durante todo el día y no me ha sido posible ponerme a ello. Terrible pesadilla por la noche.

24 de enero. El primo C. trajo un perrito de visita; un animal encantador. El mismo deseo desesperante de trabajar y no he podido hacerlo. Creo que he empezado a reseñar a T. nueve o diez veces. El resultado es que estoy agotada.

25 de enero. Las comidas aquí son un horror. Me da la impresión de estar sentada allí durante horas y la gente es fea. De todas formas, gracias a Dios *estoy* aquí; dentro del ámbito acústico del tren, al alcance del correo.

26 de enero. Enferma de fatiga y frío y me duelen los pulmones. Es porque no estoy trabajando. Es la razón por la que todo me resulta casi una pesadilla. ¡Tengo tan mal humor! Siento que soy muy desagradable pero no puedo evitarlo. Hace que me sienta mal.

27 de enero. La mujer que nos da los masajes no lo hace nada bien. Mi vida aquí es extraña. Me gusta mi gran habitación bien aireada; pero me resulta tan difícil *trabajar*. En el fondo de mí me siento muy desgraciada. Pero no dejo de pensar en mi filosofía: vencer lo personal.

28 de enero. No hay manera de recordar lo ocurrido hoy. Mente en blanco. Tal vez lo desee al final de mi vida, desee este olvido. Había luna nueva: de eso me acuerdo. Pero quién vino o lo que he hecho se me ha borrado todo. Es solo un día perdido, un día cruzando el límite.

30 de enero. He intentado trabajar todo el día y me siento cansada como un *perro*. Tal vez sea el masaje. Jinnie me ha venido a ver y me ha traído un regalo de su perrito.

31 de enero. He cambiado mi habitación por esta otra. La

prefiero. Es más abrigada y contiene una sola cama.

1 de febrero. Mi habitación es horrible. Muy ruidosa: un estruendo constante y la sensación de que *carece de puerta*. A los franceses no les importa nada el ruido que hacen. Es una de las razones que me hacen odiarlos. He pasado el día en la cama: me he sentido muy enferma, pero no me importa la razón. La comida es verdaderamente repugnante: nada que comer. Por la noche los sentimientos de *la vieja Casetta*, como una locura. Voces y palabras y visiones a medias.

2 de febrero. Connie y Jinnie han venido con una reseña de mi libro [*Felicidad y otros cuentos*]. He traído más flores. *He visto la maravillosa palmera*. Vencerá el amor si puedo seguir manteniéndolo. Vencerá después de todo y a pesar de todo.

3 de febrero. Paseo breve por el jardín, he visto todas las pálidas violetas. La belleza de las palmeras. Me he enamorado de un árbol. La camelia es una flor preciosa pero la gente no las cultiva lo suficiente.
4 de febrero. Día horrible. Todo el día echada y *medio* dormida de esa nueva manera: oyendo voces.

5 de febrero. Paseo en coche. Alegre todo el camino. La casa y la chica. No he podido trabajar, volví a dormir. Terrible dolor de articulaciones. ¡Casa terriblemente *ruidosa*! He visto un naranjo, una forma exquisita destacando en el cielo, cuando madura la fruta las hojas se vuelven amarillas.

6 de febrero. Decidida a reseñar hoy dos libros y a seguir con «Second Helping». Hoy he visto al *tonto* del médico. ¡Dubidú dubidú! La única palabra es *bacalao*. ¡Mala-Edad! ¡A-du-lación! ¡Ga-lan-te-ría! ¡¡Ranas!! *Vous pouvez vous*

promener(34) *Embustero*. La palmera. Sin terminar reseña; pero no importa, así va.

7 de febrero. Casa en total alboroto. Terriblemente nerviosa. Ha venido la modista y su pequeña aprendiz que me dio las flores. Me bañé; pero todo con desgarradora urgencia y estruendo. Extraño sueño. «En sintonía con la luna.» George Sand, *ma soeur*.

8 de febrero. A Villa Flora. En el jardín con la mujer desgraciada tumbada en el banco duro. La tela española de brocado, el pedazo de girasol. El proyecto de Jinnie de que vaya a vivir allí. Volví y se lo escribí todo a J. muy contenta. Por primera vez creo que debería abrazar la religión católica. Necesito *algo*.

[Poco después K. M. salió de la clínica para instalarse en la Villa Flora con su prima la señorita Beauchamp y su amiga la señorita Fullerton, cuya dedicación y cuidado se vio compensado por una mejora de su salud rápida y considerable.]

Angustia

El cartero tardaba. Ella llamó y articuló la eterna *déjà passe*?, (35) yoyó la eterna *pas encore, Madame*.(36) Por fin apareció Armand con una carta y los periódicos. Leyó la carta. Y entonces *volvió* a ocurrir; de nuevo pareció producirse un temblor y una sacudida ruidosa: el corazón le dio un salto. Cayó hundida en la cama. Empezó a llorar sin control.

Sonó la primera campanada. Se levantó, se empezó a vestir, fría y llorosa. La segunda campanada. Se sentó y sacó fuerzas de flaqueza; le dolía y dolía la garganta. Se cubrió de espeso maquillaje y bajó. En el ascensor: *Armand, cherchez-moi une voiture pour deux heures juste*.(37) Y después, una hora y cuarto en la *salle* brillante, cegadora y ruidosa, sorbiendo vino para

dejar de llorar y viendo a todos los animales echarse ruidosamente a la comida. El camarero no paraba de rodear su silla ofreciéndole comida. Era inútil. Abandonó y subió al piso de arriba, pero fue un error fatal. ¿Acaso tenía ella hogar? ¿Un gatito? ¿Era la *esposa* de algún hombre? ¿Se había acabado todo?

Se arregló y bajó al horrible salón, porque allí, con *le monde*, tomando café, no se atrevía a llorar. Se aproximó un carruaje pequeño conducido por un hombre viejo. Se montó. *A la poste*! ¡Oh, estos carruajes pequeños! ¡Lo que había llegado a sufrir en ellos! ¡El interior de botones y la pana azul y las borlas de color marfil, todas, todas! Se recostó, se levantó el velo y se secó las lágrimas. Pero no sirvió de nada. La oficina de correos estaba llena. Tuvo que esperar en fila para los telegramas, entre hombres horribles que gritaban por encima de su hombro, hombres horribles. ¿Y ahora adónde? A la farmacia a por una dosis de sal volátil. Mientras se la preparaban caminaba por la tienda arriba y abajo, retorciendo las manos. Vio una caja de Kolynos. Se acordó de él, de él, a él en la habitación de ella, hablando sobre la espuma, diciendo que la dejaría allí. Cuatro francos setenta y cinco.

Compró y bebió la mezcla, y ahora, ¿adónde? Se metió en el taxi —el viejo asomando por la puerta—, ella no pudo hablar. De repente al otro lado de la calle, con aspecto muy serio, iba Frances. Cruzó y cogiéndole la mano dijo: *Deo gratias*. Frances se quedó callada un momento. Y de repente dijo: «Ven conmigo a ver a McLaren ahora. Vamos a arreglarlo ahora, en este momento». Esperaron en una habitación muy silenciosa, llena de libros y grabados antiguos de colores oscuros; y de muebles oscuros muy barnizados. Frances se ausentó para tener una conversación preparatoria; volvió a por ella y entraron en la habitación del doctor. Era bajo, seco, con barba recortada y bonitos ojos marrones. Ardía el fuego en la chimenea, había

libros por todas partes. También libros en alemán. Frances se quedó mientras volvió a repetirse el reconocimiento, largo, conocido y cuidadoso. El doctor se tomó infinitas molestias. Cuando terminó se vistió y Frances dijo: «Doctor, lo que más deseo en esta vida es la curación de esta pequeña amiga mía. Debe usted permitirme seguir teniéndola, debe permitirme que así sea». Y tras una pausa que a la otra le pareció definitiva dijo: «Creo que sería ideal para ella que viviera con usted. No debería tener que soportar el ruido ni la visión constante de gente desagradable. Es enormemente sensible y su enfermedad, una enfermedad tan larga, ha multiplicado por mil su sensibilidad». Era callado, serio, delicado. Oh, si hubieran podido ver el corazón de la paciente que había sido apuñalado y apuñalado. Pero consiguió sonreír y dar las gracias al doctor, entonces Frances la devolvió al coche; acordaron que partiría una semana después.

Durante toda la tarde había estado viendo alhelíes. Que nunca cultive ni un brote de alhelíes si alguna vez tiene un jardín. ¡Oh, angustia de vida! ¡Oh, vida amarga, amarga! Esto le recordaron los alhelíes y Shakespeare. Sí, como en *Un cuento de invierno*, Perdita rechaza los alhelíes para su jardín. «Los llaman los bastardos de la naturaleza.» Volvió a su habitación y se echó. Era de nuevo como en Baviera, pero peor, peor, y ahora no podía tomar medicina alguna. Tenía que *soportarlo y seguir*.

El vistazo

Y sin embargo tengo esas «visiones», ante las que palidece todo lo que he escrito —¿qué es lo que he escrito?— todo, sí, todo lo que he leído… Al volver a casa esta tarde, las olas y la espuma en las crestas, cómo quedaban suspendidas en el aire antes de caer… ¿Qué es lo que ocurre en ese momento de suspensión? Es atemporal. Es un momento —¿qué *estoy*

intentando decir?— que contiene la totalidad de la vida del alma. Una se siente lanzada, más allá de la vida, se siente «sujeta», y a continuación, lanzada contra las rocas; brillante, rota, resplandeciente, devuelta, parte de la marea oscilante.

No quiero ser sentimental. Pero mientras se está suspendida en el aire, sujeta, mientras contemplaba la espuma, tuve conciencia *para toda la vida* del cielo blanco con un entramado gris desgajado sobre él; del mar fugitivo, deslizante, escurridizo; de los bosques oscuros como una mancha contra el cabo; de las flores en el árbol que vi al pasar; y más, de una inmensa caverna en la que mis identidades —que eran como antiguas recogedoras de algas—, murmuraban, indiferentes e íntimas… y esta otra identidad independiente en el coche, agarrando el pomo frío de su paraguas, pensando en un barco, en las cuerdas tiesas de pintura blanca, en los impermeables de los marineros, mojados, aleteando contra el viento… ¿Será posible llegar a estar en paz conmigo misma? ¿Siempre tranquila y sin interrupciones —sin dolor— bajo el mismo techo que la persona a la que se ama? ¿Es demasiado pedir?

29 de febrero. ¡Qué daría por ser una *escritora*, una verdadera escritora dedicada a ello y a nada más! Oh, hoy no lo he logrado; he retrocedido, he mirado por encima de mi hombro y en cuanto ha ocurrido me he sentido como si también yo me hubiera venido abajo de un golpe. El día se volvió al instante frío y oscuro. Era como un atardecer de verano en Londres, como el ruido de las verjas al cerrar el jardín, como la luz profunda tiñendo las casas altas o el olor de las hojas y el polvo o la luz de la lámpara; como la agitación de los sentidos, como la languidez del oscurecer o su aliento en la mejilla; como todas las cosas que he perdido —hoy lo sé— para siempre… hoy siento que moriré pronto y repentinamente pero no a causa de mis pulmones.

Hay momentos en los que Dickens está poseído por el poder de la escritura: arrebatado. Eso es la felicidad. Desde luego que no lo comparten los escritores de hoy. La muerte de Cheedle: el amanecer cayendo sobre el límite de la noche. Uno se da cuenta exactamente del talante del escritor y de cómo escribió, por así decir, para sí mismo, aunque no fuera esa su voluntad. Él *era* el amanecer que caía, y *era* el médico entrando en Bar. Y de nuevo cuando…

> *El momento de las lilas y el momento de las rosas*
> *no volverá esta primavera,*
> *el momento de las lilas y el momento de las rosas*
> *ha pasado, así como el momento de los claveles*.
>
> *El viento ha cambiado, los cielos están oscuros*
> *y no iremos a podar y a recoger*
> *las lilas en flor y las bellas rosas*;
> *la primavera está triste y no puede florecer*.
>
> *Oh feliz y dulce primavera del año*
> *que viene, pasado el año, a solearnos*;
> *nuestra flor de amor está bien apagada*
> *lástima que tus besos no puedan despertarla*.
>
> *¿Y tú?, ¿qué haces tú? Ni flores abiertas*
> *ni sol alegre ni sombra fresca*;
> *el momento de las lilas y el momento de las rosas*
> *ha muerto para siempre con nuestro amor*.(38)

La vida es algo muy extraño. Lo leí hoy y mentalmente lo oí cantado con una voz muy pura acompañada del piano, y me pareció ser parte del gran dolor del amor juvenil.

Maldad

La besé. Sentí su mejilla fría, blanca y algo húmeda. Fue

como besar una vela de iglesia. La miré a los ojos: eran pálidos, parpadeaban débilmente; luces lejanas. Olía ligeramente a incienso. Tenía la falda rozada y abultada a la altura de las rodillas.

«¡Pero cómo has podido decir semejante cosa sobre la Santísima Virgen!», dijo. «Debe de haberle dolido terriblemente a Nuestra Señora.»

Y he visto al B. V. tirando su copia de *Je ne parle pas français* y diciendo: «Verdaderamente, esta K. M. es tal y como me la describen sus amigos».

Gallos y gallinas

De noche y a primera hora de la mañana me encanta escuchar a mis queridos gallos cantándose unos a otros desde sus patios solitarios. Cada uno de ellos tiene un tono diferente; nunca he oído a dos gallos cantar igual. Pero las gallinas, que por su cacareo, parecen estar poniendo huevos todo el día, suenan tan igual una a otra como… como… En realidad no es posible distinguirlas entre ellas. Según L. M. no están *todas* poniendo huevos. Algunas están asustadas, sorprendidas, excitadas o simplemente están con ganas de jugar. Pero esto me parece que lo hace aún *más*… humillante.

4 de abril. Huevos de Pascua en las servilletas dobladas. Felices Pascuas. Bebemos a la salud de amigos ausentes, pero distraídos, sin saber si inclinarnos o no.

9 de abril. Frío y viento. Detrás de la ventana las palmeras retorcidas —el polvo—, la mujer del velo negro. Creo que debo vivir sola, sola, sola; solo con *artistas* que rocen la puerta. Cada artista se corta la oreja y la clava detrás de la puerta para que los demás le llamen a gritos.

11 de abril. Nunca recuerdo lo que ocurre. Hasta tal punto carece de sentido. «Ayer» cae en la sombra común. Pero siempre que se mira hacia atrás se descubren maravillas. Siempre está la señorita H. tendiendo sus manos al gran mosquito desafiante; gritando con una especie de gemido: «¡Oh, los *preciosos bichitos*!». Es algo que perdura siempre. Y luego no se debe olvidar jamás al perro que recibe todo el cariño de los niños. «¡Haciendo bonitos adiós, mi querido animalito!»

12 de abril. Fui al acuario de Mónaco. Se debe recordar: las burbujas cuando el hombre metió la caña en los tanques. La chica joven. ¡Qué moona! Las chicas jóvenes me hacen sentir una cuarentona. Bueno, desde luego que una no desea aparentar veintiún años. La mujer con sus tres hijos en Monte…

[A finales de abril K. M. volvió a Inglaterra, a su casa en Hampstead.]

9 de agosto. «Y si un hombre considera el circuito completo de la vida y ve la superabundancia de lo extraordinario, lo hermoso y lo grandioso; no tardará en comprender el destino para el que hemos nacido.»

9 de agosto. Me gustaría tener un código secreto para registrar lo que siento hoy. Si lo olvido, que mi mano derecha olvide su astucia… la cortina levantada… la mano en el fuego con el anillo y los dedos extendidos… no, está nevando… el telegrama para decir que él no… solo las palabras *llego* a las 8.31. Pero si digo algo más me delato.

[*Más tarde*]. Esto lo he escrito porque existe verdadero peligro de olvidar *aquel tipo* de intensidad y no debo.
8 de diciembre de 1920. No, *no* hay peligro de olvidarlo.

12 de agosto. Sin comparación, mucho más hermosa que una mañana de primavera o verano. La bruma, los árboles en ella, no se mueve una hoja, no se agita ni un solo aliento. Un ligero olor a quemado. El sol llega despacio, y la habitación se ilumina despacio. De pronto, en la alfombra aparece un cuadrado de luz rojo y pálido. En el jardín, el pájaro hace un ruido dificultoso, «snip, snip, snip», como el sonido de un afilador. Las capuchinas arden en el jardín: las hojas de la planta son pálidas. En el césped está sentado el gato blanco y negro con las patas recogidas bajo el cuerpo…

Agosto. Toso y toso, y cada vez que aspiro aire se oye un ruido como de resistencia, como un hervor burbujeante. Siento que me hierve todo el pecho. Bebo un sorbito de agua, escupo, bebo y escupo. Es como si se me fuera a romper el corazón. Y no puedo dilatar el pecho; es como si tuviera el pecho colapsado… La vida consiste en seguir respirando. Nada más importa.

«¿No puedes ayudarme? ¿No te es posible?» Pero incluso mientras se lo estaba preguntando le sonreía como si no tuviera gran importancia el que pudiera o no.

Mi naturaleza… mis nervios… la cuestión está en si cambiaré o no. Personalmente… ¿Lo ves? Y él tiene un amigo, un confidente, un antiguo compañero de colegio; bajo, raído, con una pierna de palo, al que ha vuelto a descubrir. Está casado. El amigo entra en el nuevo hogar. Poco a poco llega a conocer a la mujer. Nada *trágico*. Se siente como un gorrión de una sola pata. Hablan en la casa antes de que entre ella. «¿Eres tú, Beaty? ¿Podemos tomar el té?»

Permite al gorrión, permite al gorrión; deja que el gorrión…

Charadas. Roger por supuesto se suicida, se corta la garganta con un abrecartas y gorjeando va perdiendo la vida.

[Los siguientes apuntes se refieren, evidentemente, a la primera idea del relato inacabado llamado «Corazón débil», que se incluye en *El nido de la paloma y otros cuentos*. La fecha muestra que K. M. llevaba mucho tiempo acariciando la idea del relato.]

Septiembre. La hija del relojero. Tocando el piano. Su corazón débil, su extraña cara, extraña voz, *ropa horrorosa*. Las violetas en su jardín. Su padre y su madre bajitos. La escena en los baños: el frío y el color azulado de los niños; su tamaño con el traje de baño rojo bordeado con galón blanco. Los escalones hasta el agua; la cuerda atravesada.

Edie tiene un hermano, Siegfried. Diecisiete años. No se acaba de saber si ha empezado a afeitarse o no. Él y Edie caminan brazo contra brazo… El sombrero que ella lleva los domingos *está adornado más allá de lo que pueden decir las palabras*.

¡Oh, aquel árbol en la esquina de May Street! Se me había olvidado hasta este momento. Era oscuro y se inclinaba hacia la calle como una gran sombra. El padre era rubio y de aspecto juvenil. Era fabricante de relojes.

[Las siguientes entradas corresponden a septiembre de 1920 y se realizaron durante el viaje de K. M. a la Villa Isola Bella en Mentone, donde la autora pasó aquel invierno.]

Psicología femenina

«Se dice que la tórtola nunca bebe agua clara, sino que siempre la enturbia antes con el pie para que le siente mejor a su mente pensativa.»

Isola Bella: ¿Cómo comprarla?

Hacia el sur

Tumbada frente a la ventana me desperté temprano. La persiana estaba medio abierta. Una luz rosa oscuro volaba en el

cielo, y las formas de los árboles, los graneros antiguos, las torres y paredes se veían de color negro. Los estanques y los ríos eran mercurio. Cerca de Aviñón, con los primeros rayos de la luz de sol, la huerta brillaba de fruta dorada: las manzanas resplandecían como estrellas.

Las piernas de L. M. colgaban. Se dejó caer, moviendo despacio sus grandes piernas grises, como si algo tirara de ella, la arrastrara; la maraña de abundante mala hierba azul en la alfombra roja.

—Avi… Avi… Avi-ñón —dijo.

—Uno de los nombres más maravillosos del mundo condenado a muerte —dije yo—. Un nombre que se extiende al antiguo pueblo como un puente.

Se quedó muy impresionada. Pero incluso George Moore *era capaz* de impresionarla.

Mujer y mujer

Lo que siento: Ella nunca está en estado de inconsciencia ni por un instante. Si suspiro, sé que la cabeza se alza. Sé que esos grandes ojos serios están solemnemente fijos en mí: ¿por qué habrá suspirado? Si me doy la vuelta me ofrece otra almohada u otra manta. Si vuelvo a darme la vuelta, entonces es mi espalda. ¿Podría aliviarme unas friegas? No hay escapatoria. Toda la noche; cualquier roce ahogado, la más mínima tos, y su voz suave preguntando: «¿Has dicho algo? ¿Puedo hacer algo por ti?». Si no hago absolutamente nada, me descubre la fatiga bajo los ojos. Hay algo profundo y terrible en este eterno deseo de comunicarse conmigo.

Hombre y mujer

El hombre y la mujer son un misterio. Se sentó en una silla chata del pasillo y él se colocó de pie junto a ella mientras el hombre gordo y de piel oscura les preparaba un par de camas. La mujer tenía un aspecto taciturno, terco y aburrido. Pero era

evidente que a él le gustaba ella.

«¡Da un golpe en la puerta cuando estés lista, mi chica!»

Y la puerta se cerró de un portazo. Él se sentó en la silla plegable, se alisó el pelo fino y suave, cerró sus manos huesudas. Un pie limpio colgaba de un tobillo delgado. La luz brillaba en sus gafas. Visto así, era difícil imaginar a un hombre de aspecto menos atractivo para las mujeres. Pero yo le admiraba enormemente. Estaba orgulloso de ellos por estar «fabricados en Inglaterra».

La hora del desayuno

Empezó a hacer calor. Por todas partes temblaba una luz verdosa y dorada. La calle blanca y suave se abría con los plátanos proyectando una trémula sombra. Había montones de calabazas y calabacines: fuera de la casa los tomates estaban al sol. A ambos lados de la calle los setos estaban salpicados de flores azules, flores rojas y manojos de campanillas granate intenso. Un chico joven que llevaba una rama atravesaba a trompicones un campo amarillo; le seguía una pequeña cabra marrón dando saltos. Compramos higos para desayunar, higos enormes de piel delgada. Se deshacían en los dedos y sabían a vino y miel. ¿Por qué será el higo del norte tan virginal, casto y rubio, tan como un *soprano*? Los contraltos derritiéndose cantan a través del tiempo.

Inglaterra y Francia

La gran diferencia: Inglaterra tan rica, con los emparrados verdes del lúpulo, y mujeres y niños alegres con los brazos en alto, deteniéndose para ver pasar el tren. Por el borde del campo corren unas gallinas amarillas guiadas por un gallo rojo. Pero Francia: un hombre viejo con camisa blanca cortando tréboles pequeños con una guadaña anticuada en parte de madera. Las flores quemadas por encima: los tresnales (¿son

tresnales?) como pequeños montones de tabaco medio quemado.

> [El personaje de Marie que se menciona en los apuntes que siguen era la *bonne* en la Villa Isola Bella.]

Marie

Octubre. Es pequeña y gris con ojos azul vincapervinca —siento deseos de escribir vincatpervinca— y gestos rápidos y definitivos. Anette dijo de ella que se trata de *une personne très supérieure —la veuve d'un cocher* y *qu'elle a son appartement à Nice… Mais que voulez-vous? La vie est si chère. On est forcé*. (39) Pero Marie no tiene el aspecto imponente y sólido de ninguna de esas cosas. Es demasiado alegre, se ríe demasiado, es excesivamente ligera para haber sido algo más que una pluma en el sombrero del cochero. En cuanto al *appartement*, sospecho que se trataba de una silla en una ventana encima del mercado.

Una bolsita de seda negra, exhausta y desamparada, estrangulada, ahogada en la garganta.

Pero uno no dice ni una palabra y en la medida de lo posible no da señal alguna. Salí a la lluvia suave y pude ver el arco iris. Cada vez más profundo; iluminó el mar y se apagó; desapareció. La lluvia suave y mínima caía en el otro lado del mundo. Frágil, Frágil. Sentí que la vida no era más que esto.

Marie y la coliflor

«*Mon pauvre mari* se dio la vuelta y dijo: *Tu as peur? Que tu es bête! Ce sont des rats. Douze encore.*»*(40)* * Después de que me lo dijera me quedé pensativa y aquellas palabras me volvían,

como las olas del mar, una y otra vez a la memoria; algo había alterado una superficie callada y olvidada. ¿Cuántas palabras de él se recordaban? ¿Había citado alguien en alguna ocasión las palabras que había pronunciado él durante su vida? *Tu as peur? Que tu es bête*! Palabras pronunciadas de noche, en la oscuridad, extrañamente íntimas, reconfortantes. Él se dio la vuelta y se levantó de su tumba mientras hablaba Marie. Fúnebre, fúnebre…

—¿Qué le parece una coliflor? —dije yo—. Una coliflor con salsa blanca.

—Pero son tan caras, Madame —se lamentó Marie—. Tan caras. Dos francos cincuenta por una coliflor pequeña. Es un robo, es…

De repente vi la luna a través de la ventana de la cocina. Era tan fantásticamente hermosa que salí por la puerta de la cocina, crucé el jardín y me apoyé en la verja antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Me detuvieron las barras frías de la verja. La luna estaba llena, transparente, resplandeciente. Colgaba sobre el mar que suspiraba. La contemplé durante largo rato. Luego me di la vuelta y me encontré de cara con la casita; una casita blanca estremeciéndose con la luz, una casa como una vela brillando detrás del plumaje del árbol de la mimosa. Se me habían olvidado completamente estas cosas cuando encargaba la cena. Volví a la cocina.

—Tomemos una coliflor al precio que sea —dije con firmeza.

Y Marie murmuró inclinándose sobre un puchero; ¿*podía* ella haberlo entendido? «¡*En effet,* son tiempos peligrosos!»

Huérfanos

«¿Nadie quiere un trozo de pan con mantequilla?», dice L. M. Por su tono uno creería que estaba salvando a una pobre criaturita de ahogarse en el río o de algo peor, y que deseara

adoptarlo como un hijo propio para que jamás supiera que en algún momento no le habían querido. No puede soportar ver trocitos de pan con mantequilla sueltos o pastelitos solitarios; ni siquiera un terrón de azúcar que alguien con crueldad y falta de corazón haya dejado en el plato. Y cuando se le ofrece un pastel grande, dice con resignación: «De acuerdo querida, solo probaré un poquito». Como si supiera lo sensible y susceptible que era el pobre pastel si no se le hacía caso. Después de todo, no le podía hacer daño.

A L. M. le gustan también extremadamente los plátanos. Pero los come tan despacio, tan terriblemente despacio. Y los plátanos lo saben; de alguna manera se dan cuenta de lo que les espera cuando extiende la mano. He visto algunos plátanos ponerse lívidos de terror, o pálidos, pálidos como la ceniza.

El beso

… La besé. Su carne me resultó fría, pálida, blanda. Me hizo pensar en monjas que han rezado toda la noche en iglesias frías… Había ofrecido todo su calor, su color y su pasión en oración, en iglesias sólidas y antiguas… Era fría, severa, pálida; la luz brillaba débilmente en sus ojos elevados como la luz de las velas; la falda gastada a la altura de sus rodillas afiladas; olía ligeramente a incienso. «No, Padre. Sí, Padre. ¿Cree usted, Padre?» (Pero sigo sin decir lo que quería decir.) 18 de octubre de 1920.

La muñeca

«Bueno, ¡mira!», masculló la señorita Sparrow.[13] «No tengo nada de que avergonzarme. Mira lo que quieras. Te desafío. Es lo que he querido toda mi vida», gritó entrecortadamente, «y ahora lo tengo. Te desafío. ¡Desafío al mundo!» Y se detuvo frente a la ventana, con orgullo, con orgullo; sus ojos refulgían, sus labios brillaban. Apretó la

muñeca contra su pecho plano. Era la Madre Soltera.

Naturalmente, esto *no lo puedo* escribir. Me sorprende haber escrito una nota tan tosca. Se trata de la idea cruda, como se suele decir. Pero lo que tendría que hacer es escribirlo *de alguna manera*, inmediatamente, aunque no esté lo suficientemente bien como para imprimirlo. Mi mayor defecto, mi defecto abrumador es *no darle forma escrita*. Bien, ahora que lo sé (y el mal es de larga duración), ¿por qué no empiezo, como mínimo, a seguir un tratamiento definitivo? Según mi experiencia, cuando se reconoce un «mal», *cualquier* retraso en intentar erradicarlo es fatal y debilitante. Y yo que adoro el orden, con mi manía de «limpiar a fondo», de que todo esté perfecto; ¡tengo que reconocer esta fea mancha en mi identidad! Las malas hierbas crecen cuando se descuida el jardín. Tengo que conservar mi jardín abierto a la luz y en perfecto orden. Debo a toda costa plantar estos bulbos y (qué vergüenza) no permitir que se pudran en los senderos del jardín. Hoy (18 de octubre de 1920) es lunes. He levantado la mano derecha y jurado. ¿Soy feliz en alguna ocasión salvo cuando estoy superando dificultades? Jamás. ¿Me libro por un instante del sentimiento de culpabilidad? Jamás. Después de terminar aquel leve esbozo, «The Young Girl», ¿no sentí una satisfacción mayor que cualquier otra? Sí. Entonces, ¿por qué titubeo? ¿Cómo es posible? Lo juro. No va a pasar ni un día sin que escriba algo… original.

14 de diciembre. El bebé se cubrió de manchas de tinta y durante muchos días sirvió como pequeño recuerdo de las cosas que ella había olvidado decir y de las que podía haber dicho de manera distinta.

El gatito

«Aquí se solía sentar él, y a veces en el sendero de abajo se

sentaba un gatito blanco y amarillo con una cara diminuta y plana. Solía estar muy quieto con su pequeña sombra junto a él…

»Este gatito nunca corría en línea recta. Buscaba su camino por el sendero, bordeando los matojos de hierba, avanzaba a veces cauteloso por la valla, a veces por el lado del montón de basura; y sus patitas parecían tocar el suelo con gran ligereza como si temiera ser perseguido, rastreado.»

No lo diré así. Es solo un apunte. Pero, gatito mío, ¡la de veces que he observado tu avance mínimo, silencioso! No te olvidaré, gatito, corriendo a tu ritmo por este mundo en movimiento continuo.

Cuando Jean-Paul se desnudó su pecho parecía una pequeña jaula de bambúes arqueados. Ella detestaba verlo. «¡Tápate!» Y él metió sus brazos cortos en su camisa de lana.

¿Por qué sufrir?

—No quiero que seas otra cosa que tú misma…

—Pero si soy yo no haré lo que me pides que haga… Me siento forzada. No soy yo; no obedece a un *geste* mío.

Se miraron el uno al otro y por alguna razón, sonrieron, llegaron a sonreír.

—Realmente y sinceramente, no *sé* lo que quiero hacer. La vida no es tan sencilla como parece, ¿sabes?…

Y la música siguió, alegre, consoladora, alentadora. Todo saldrá bien, dijo la música. La vida es tan fácil… tan fácil. ¿Por qué sufrir…?

Es la música que suena cuando entran los elefantes y beben de biberones. Entonces entra el payaso, les quita los biberones y se los bebe él.

La última sala de espera

Tengo que escribir un relato sobre la sala de espera de un

médico. Las puertas de cristal con el sol brillando a través de ellas; los árboles de otoño, pálidos y delgados, el ciclamen, como de cera. Ahora pasa un carro a trompicones.

Piensa en los lugares desconocidos a los que nos conduce la enfermedad; la gente desconocida entre la que se pasa de mano en mano; la sucesión de caballeros de americana negra a los que se les susurra 99, 44, 1-2-3. La última sala de espera. Todo lo anterior había sido tan alegre.

—¿O sea que no cree que mi caso sea desesperado?

—La enfermedad es de larga evolución, pero *no* es un caso desesperado.

Pero este médico, en cambio, se apoyó en el respaldo del sillón y dijo:

—¿De verdad lo quiere usted saber?

—Sí, por supuesto. Puede usted decirme la verdad.

—¡Pues lo VOY a HACER!

Vino el coche y se la llevó, la cabeza hundida en el cuello.

Pero el champán no era nada bueno. Me lo tuve que beber porque estaba allí; pero había algo abiertamente malicioso en el modo con que las burbujitas se lanzaban al borde del vaso, bailaban, se rompían. Parecía que se burlaban de mí.

Sufriendo

Desearía que esto se entendiera como mi confesión.

El sufrimiento humano no tiene límite. Cuando se piensa: «Ahora he tocado el fondo del mar, ahora ya no es posible descender más», sí se desciende. Y así para siempre. El año pasado en Italia pensé: cualquier sombra de más supondrá la muerte. ¡Pero este año ha sido tanto más terrible que pienso en la Casetta con afecto! El sufrimiento no tiene límites, es la eternidad. Una punzada es tormento eterno. El sufrimiento físico es… juego de niños. ¡Se puede uno reír y tener el pecho

aplastado por una piedra inmensa!

No quiero morir sin dejar rastro de mi convicción de que el sufrimiento se puede vencer. Porque lo creo firmemente. ¿Qué es lo que hay que hacer? No es cuestión de lo que se suele definir como «ir más allá». Eso es falso.

Uno debe *rendirse*. Uno no debe oponer resistencia sino asumirlo. Dejarse inundar. Aceptarlo del todo. Convertirlo en *parte de la vida*.

Todo lo que verdaderamente aceptamos en la vida experimenta un cambio. Y el sufrimiento debe convertirse en amor. Ese es el misterio. Eso es lo que tengo que hacer. Debo pasar del amor personal a un amor mayor. Debo entregar a la totalidad de la vida lo que entregué a uno. La agonía presente pasará, si no mata. No durará. Ahora soy como un hombre al que le han arrancado el corazón pero ¡lo resiste, lo resiste! Así en lo espiritual, como en lo físico: el dolor no dura siempre. Solo que ahora es tan terriblemente agudo… Es como si hubiera ocurrido un accidente espantoso. Si soy capaz de dejar de revivir todo el susto y el horror, si soy capaz de dejar de volverlo a pensar, me haré más fuerte.

No sé por qué extraña razón aparece ahora la imagen del doctor Sorapure. Era un buen hombre. No solo me ayudó a soportar el dolor, sino que me llegó a sugerir que tal vez la mala salud fuera necesaria, un proceso reparador. Siempre me decía que considerara cómo el hombre no es más que una parte de la historia del mundo. Mi pobre y bondadoso doctor era puro de corazón como lo era Chéjov. Pero para estos males cada cual es su propio médico. Si el «sufrimiento» no es un proceso reparador, haré que lo sea. Aprenderé la lección que enseña. No son palabras vanas. Esto no es consuelo de enfermos.

La vida es un misterio. El dolor insoportable se irá amortiguando. Tengo que volver a trabajar. Tengo que

depositar mi agonía en algo, cambiarla. «La pena se transformará en alegría.»

Se trata de perderse uno mismo del todo, amar con más intensidad, sentirse parte de la vida; no aparte.

¡Oh vida! Acéptame, hazme más valiosa, enséñame.

Escribo estas palabras. Levanto la vista. Las hojas se mueven en el jardín, el cielo está pálido y me sorprendo a mí misma llorando. Es difícil; es difícil conseguir una buena muerte…

Vivir, vivir, eso es todo. Y abandonar la vida de este mundo como lo hicieron Chéjov y Tolstói.

Recuerdo que tras una terrible operación solía llorar pensando en el dolor de estar forzosamente acostada. Volvía a sentir aquel dolor una y otra vez y era insoportable.

Es eso lo que se debe controlar. ¡Qué extraño! Las dos personas que quedan son Chéjov, muerto, y el despreocupado e indiferente doctor Sorapure. Son los dos hombres buenos que he conocido.

19 -12-1920

KATHERINE MANSFIELD

En la bahía

Por fin el puerto blanco como la leche consigue resplandecer y las gaviotas flotando en el agua temblorosa espejean como las sombras dentro de una perla.

[Véase «Seis años después», *El nido de la paloma y otros cuentos*.]

El perro de la casa sale de su caseta arrastrando la pesada cadena y da unos lengüetazos al agua fría y quieta del recipiente de hierro. El gato de la casa aparece de la nada y salta al alféizar de la cocina esperando su ración matutina de leche caliente.

[Véase «En la bahía», *Fiesta en el jardín y otros cuentos*.]

Niños matutinos

¡Niños! ¡Niños!

Por favor, no. Todavía no. No puede ser que sea la hora. Vete. No quiero. ¿Por qué tengo que levantarme?

¡Niños! ¡Niños!

Les llaman las sirvientas imperturbables.

Es que sencillamente no se pueden levantar. Sencillamente tienen que dormir un poquito más: el mejor sueño de todos; el sueño caliente, suave, delicioso como un conejito… Déjame abrazarlo un minuto antes de que se escape.

Niñas suaves hechas un ovillo, solo un montón de rizos asomando entre las sábanas; niños largos y pálidos estirando sus pies delgados más allá de las sábanas; otros echados boca abajo apretando las cabezas contra la almohada; personajes diminutos con el pelo recién cortado brotando en un mechón; niñas boca arriba, con los puños cerrados, las sábanas de cualquier manera, un pie colgando; chicas con trenzas o con espirales de papel blanco en vez de pelo… Y ahora el sonido de los chapoteos en el agua, y todos aquellos cuerpos cálidos; los varones tiernos y vulnerables y las niñas firmes y compactas, se sumergen en las bañeras y agitan los hombros esparciendo gotas brillantes como les gusta hacer a los pájaros con sus alas…

¡Squeech! ¡Squeech! ¡Tchee! ¡Quee! Niños con el pelo repeinado, cuellos limpios y botas recién estrenadas van gritando desde sus cuartos hasta el vestíbulo y de ahí hasta el armario debajo de la escalera en el que cuelgan el material para el colegio. Voces jóvenes que gritan furiosas: «¿Quién ha *robado* mi goma de tinta que estaba en el hueco de mi plumier?».

Sisean entre dientes a las sirvientas impasibles que llevan los

tazones de avena: «¡Tú has tenido que ver con esto! ¡Ladrona! ¡¡Espía!!».

El extraño

«Te encuentras, simplemente, en la vieja actitud de intentar cambiarme. Y yo me niego a cambiar. No cambiaré. Si estas cosas no las siento, no las siento y se acabó.»

Durante un momento siguió allí de pie, frío, rígido, agarrando el pomo de la puerta, no mirándola a ella sino más allá de su cabeza. Parecía un extraño que hubiera abierto la puerta accidentalmente y al que, por alguna razón le pareciera necesario explicar el accidente antes de volver a cerrar y salir de su vida para siempre.

Té ligero

… Acabo de participar en el más triste de los acontecimientos: ¡una taza de té ligero! ¿Por qué debe ser ligero? Es más que patético oír a alguien decir mientras coloca la taza delante de uno: «Me temo que es más bien ligero». Uno se siente bastante mal teniendo que esperar hasta que esté un poco más fuerte. Cojo la taza; parece estremecerse, respirar: «¡Cobarde!». Confieso que no puedo soportar que en una reunión a la hora del té alguien diga —usando ese susurro tímido, ya sabes, que conoces, como si fueran vergonzosamente conscientes—: «*Muy* ligero para mí, por favor», sin que me entren ganas de echarme a llorar. No es que me guste el té exageradamente cargado, no. Me gusta moderadamente fuerte; té que toca la campana. El té muy fuerte te da además el sabor concreto de cada tetera.

De vez en cuando Fred hablaba en sueños. Pero incluso así se podría decir que estaba callado… Ella se solía despertar y le oía decir de repente: «faltan un par de tornillos», o «inténtalo con

la otra navaja», pero nunca nada más que eso.

El cambio

Durante mucho tiempo ella le dijo que no quería cambiar nada de él, y lo dijo de verdad. Pero odiaba algunos de sus rasgos y deseaba que fueran distintos. Después dijo que no quería cambiar nada de él y lo dijo de verdad. Y consiguió sentir indiferencia por las cosas tenebrosas que odiaba. Luego dijo que no quería cambiar nada de él. Para entonces lo amaba tanto que incluso amaba los aspectos tenebrosos. Deseaba que siguieran donde estaban; no sentía indiferencia por ellos. Seguían siendo tenebrosos y extraños pero los amaba. Y era esto lo que estaban esperando. Él y ella cambiaron. Se deshicieron de lo tenebroso; la maldición desapareció y volvieron a brillar como príncipes reales, como criaturas de luz.

Los ríos de China

Se sentó al borde de la otomana atándose las botas. El pelo corto, fino y rebelde se le levantaba alrededor de la cabeza. Llevaba puesta una camisola pequeña de hilo y unos calzones cortos con volantes.

—Malditos botones —dijo tirando de ellos. Y de pronto se sentó y hurgó hasta encontrar el tirante del gancho del botón en la otomana.

—Dios mío —dijo—. Cómo desearía no haberme casado. Ojalá me hubiera hecho exploradora. —Y añadió como en sueños—: Los ríos de China, por ejemplo.

—Pero qué sabes tú de los ríos de China, cariño —dije yo. Porque nuestra madre no tenía noción alguna de geografía; sabía menos que un niño de diez años.

—Nada —asintió—. Pero *imagino* el tipo de sombrero que llevaría. —Se calló un momento. Luego dijo—: Si mi padre no hubiera muerto habría viajado y apuesto diez a uno a que no

me hubiera casado. —Y me miró como si estuviera soñando; más bien miró a través de mí.

Montañas de nieve

Has visto el aspecto *engreído* de las montañas cubiertas de nieve durante todo el año. Parecen esperar que me admire y me sobrecoja. Da la impresión de que sus tontas cumbres jamás se cuestionan lo aburrido de estar siempre fuera de sospecha.

Mentes cultivadas

Una mente muy cultivada no me atrae en serio. La admiro, valoro todos *les soins et les peines*(41) realizados para conseguirla, pero me deja fría. Después de todo, ya ha terminado la aventura. No queda más que asear, podar y resistir; todas ellas tareas ligeramente deprimentes. No, no, la mente que me atrae debe contar aún con refugios salvajes, con un huerto enmarañado en el que caigan ciruelas oscuras en la hierba espesa, un bosquecillo cubierto de vegetación, el riesgo de una serpiente o dos serpientes de verdad, un estanque del que nadie pueda ni imaginar la profundidad y senderos bordeados de la clase de florecillas que crecen en la imaginación. Exijo también la presencia de escondrijos *verdaderos*, no artificiales; no torreones y laberintos. Y todavía estoy por conocer la mente cultivada que no haya tenido sus zonas de arbustos. Detesto y odio las zonas de arbustos.

A ver si cuando escriba sobre aquel violín recuerdo cómo asciende ligero y desciende triste; cómo *busca*.

Con las puntillas blancas, el velo extendido y las perlas parecía una gaviota. Pero eso sí, una gaviota veloz y hambrienta con una apetencia absolutamente insaciable de pan. «¡Ven a darme de comer! ¡Dame de comer!», decía su

veloz mirada. Era como si toda su vitalidad, sus gritos, sus movimientos, todos sus revoloteos yendo y viniendo dependieran de la persona en el puente que llevaba una barra de pan.

El viaje a bordo del «Bugle»

No, no, dijo la señorita P., verdaderamente no es justo. Me encantan los libros serios. Vamos, no sé qué libro me ha gustado más que, que… ¡Madre mía! ¡Seré tonta! Lo tengo en la punta de la lengua, el de Darwin… un momento, ya me viene; Decadencia y Caída de Darwin… No, no, no era ese. No lo he dicho bien. ¡Tchuh! ¡Tchuh! Ya sabes lo que ocurre; lo estoy viendo perfectamente y sin embargo… ¡Ya lo tengo! ¡La Herencia del Hombre de Darwin!… Pero ¿será ese? ¿Te puedes creer que *ahora* no estoy segura? Creo que sí lo es, pero se me hace raro. Resulta verdaderamente extraordinario. Con lo mucho que lo disfruté. Trataba sobre un barco. ¡Vaya, *eso* hace que lo recuerde! ¡Claro, claro! *Ese* era el libro: El Viaje a bordo del Bugle, de Darwin.

La mère de Lao-Tse a conçu son fils rien qu'en regardant filer une étoile.(42)

27 de diciembre. Cuando encajé el dibujito en el marco del espejo me di cuenta de que el sello, la marca; el *cachet rouge* había sido decisivo para la habitación. Ese cuarto había dejado de ser exclusivamente el de ella y se había convertido en el de los dos. No es que la habitación hubiera estado muerta hasta entonces pero ¡había que ver la vitalidad que había alcanzado! Cómo explicar si no el ramito de mandarinas, el bote de pasta en el escritorio, la pluma de ave incrustada en el pelo de Ribni, [14] las gafas de concha sobre el bordado chino. El «orden» en el que vivo no ha cambiado sino que se ha enriquecido; de

algún modo, se ha engrandecido.

Esto es *en effet* solo la influencia de su mente sobre la mía. ¡La misteriosa manera en que encaja nuestra relación! Y todo lo que me impone me produce una satisfacción tan profunda que termina por resultarme *natural*. Es parte de esta intuición de que él y yo, diferentes más allá de cualquier diferencia imaginable, formamos sin embargo un *todo orgánico*. Somos, como dije ayer, las dos caras de una moneda, separados, inconfundibles pero formando una unidad. No creo necesitar a otro para completar mi identidad, pero sin embargo, al tenerlo, poseo algo que sin él me faltaría. De hecho somos, además, referencia *crítica* mutua, en la medida en que él me «ve» y yo me veo reflejada mejor de lo que aparento, pero no mejor de lo que SOY, y creo que a él le ocurre lo mismo. Es decir que el estar juntos es, además, *un acto de fe en nosotros mismos*.

Acabo de salir al jardín. El cielo está estrellado y la temperatura es suave. Las hojas de las palmeras son como plumas decaídas; la hierba parece suave, irreal, como musgo. Se oía el mar y sonaba una campanilla, y uno se preguntaba si era real o imaginario. Llegaban muchos sonidos; en las casas se oían los preparativos de la noche. Alguien trae comida del patio oscuro plagado de manchas de lámpara de aceite. La cena está preparada. Se quiebra el carbón, repiquetean los platos; se observa un movimiento suave en las escaleras y en los pasillos y portales. En las habitaciones oscuras de persianas cerradas, las mujeres, serias y calladas, abren las camas y se aseguran de que hay agua en las jarras. Los pequeños duermen…

¿Ocurre siempre que cuando se mira una estrella las demás bailan, parpadean, cambian de sitio, parecen jugar adrede un juego para desconcertar al que mira? Es extraño que a veces crea que las estrellas no son en absoluto *solemnes*: que son secretamente alegres. Es lo que he sentido esta noche. Me senté

en una silla de mimbre y me apoyé en la pared. Pensé en el hombre que vivía en la casa en la que estaba apoyada —al alcance— al alcance de su voz. Recordé que hubo un tiempo en que este pensamiento me distraía. Podía ser una distracción dulce pero ¡ahí estaba! Me quitaba energía para trabajar… Yo, por decirlo de algún modo, hacía de él mi relato. Pero eso es cosa del pasado… Son momentos superados.

1921

La cuestión

Enero. ¿Se llega a saber algo en la vida? Nunca se llega a saber nada. Se dio cuenta de lo estúpido que sería preguntar: «¿En qué estás pensando?». Y sin embargo, si no planteaba la cuestión nunca estaría segura de que él no estaba pensando en… Aunque preguntara, cómo estar segura de que él no se inventaba la respuesta.

[Una carta sin enviar.]

En mi opinión tus cartas no son sinceras; nunca he creído lo que decían. La gente *no* escribe cosas así; o creen que lo hacen o las leen en los libros. Pero la vida real transcurre en otro nivel. Aunque no estuviera enferma me retiraría del mundo porque odio la falta de sinceridad. Hace que me sienta tremendamente incómoda e infeliz. Podría haber contestado tu carta en tu misma línea y haberla «aceptado», sabiendo tú que yo la aceptaba y sabiendo yo que tú lo sabías; pero no hubiera durado mucho. Se hubiera convertido en otra relación sin salida. ¿En qué nos hubiera beneficiado a cualquiera de los dos?

Verás, para mí, la vida y el trabajo son indivisibles. Solo siendo veraz en la vida puedo ser veraz en el arte. Y ser veraz en la vida supone ser *buena, sincera, simple, honesta*. Pienso que tal vez otras personas te han dado una idea equivocada de mí. Me gusta querer solo a mis amigos. No tengo tiempo para nada menos valioso. La amistad *es* una aventura; pero ¿estamos de

acuerdo en el significado de la palabra «aventura»? ¡Es muy importante que lo estemos! Es ahí donde creo que nos enfrentaríamos. Si tú montaras en *nuestra* barca, ¿nos habríamos entendido?

No debes pensar que tengo «prejuicios» o soy injusta. No lo soy. Sigo deseando que hubiera sido posible; pero no puedo y no voy a pretenderlo. Intentemos antes que nada saber dónde estamos. Intentemos ser abiertos el uno con el otro y no ocultar nada.

14 de enero. «¡Me parece del todo imposible ser feliz contigo! ¡Sería necesario un destino más afortunado que el mío! Nunca será posible… El mundo es excesivamente brutal.» [Keats a Fanny Brawne, agosto de 1820.]

[¿*Febrero*?] *Le travail, même mauvais, vaut mieux que la rêverie*. (43)

—Pero no veo por qué te tiene que importar tanto —dijo ella por enésima vez—. No entiendo de qué te quejas. La gente ni siquiera se fijaría en ti. ¡Dios mío! Siempre me los estoy encontrando desde… desde… —Se calló—. Y parece también una pena no aprovecharlo. Ahí está, en el vestíbulo, sin nada que hacer. Parece una falta de agradecimiento ni siquiera probarlo, después de que se te ha ofrecido. ¿Por qué no dices algo?

Se estaba sujetando el sombrero frente al espejo en el cuarto de estar. Su chaquetón y sus guantes tirados en una silla. Y en vista de que él seguía sin contestarle le puso al espejo su carita triste y aburrida queriendo decir: «¡Madre mía, ya volvemos a caer en uno de nuestros humores!».

—Si por una de esas casualidades estás pensando en *mí* — dijo ella rápidamente echando mano de la chaqueta.

Aquí está Marie con la cena. Y tendré que soportarla hasta que acabe. Pero lo importante no es eso, lo que importa es que hoy no he escrito nada que valga la pena. He pasado el día sumida en una especie de pereza. ¿Por qué? ¿Tanto cuesta volver a empezar? ¿Se debe a mi vieja falta de voluntad?

¡No debo ceder! Esta noche, después de cenar, tengo que trabajar. Después de todo no es tan difícil. ¿Y cómo voy a vivir *mi buena vida* si estoy dispuesta a pasar un solo día sin hacer nada? No puede ser. *Control* de todo tipo. ¡Qué fácil es no controlar las cosas pequeñas! Y una vez se pierde, los malos hábitos pequeños, mínimos tal vez, surgen como mala hierba y ahogan la voluntad. Eso es lo que veo que ocurre.

Tengo mal humor; mis hábitos personales no están a salvo del reproche. Soy poco cortés; mentalmente desaliñada. Dejo pasar las cosas que no entiendo —¡imperdonable!— y busco excusas e invento pretextos para no trabajar. Pero ¿es mi deseo de estar ociosa mayor que mi deseo de trabajar? ¿Es mayor mi amor a la *rêverie* que mi amor a la acción? ¡Hábito traidor! ¡Hábito perverso y persistente donde los haya! Tengo que renunciar a él *inmediatamente* o perder el respeto hacia mí misma… Quien fracasa en cosas pequeñas no tiene éxito en las grandes. Incluso mi letra. Desde este momento, también *esta* debe cambiar. Debo empezar a escribir en mi Diario después de cenar y escribir todos los días. Pero ¿*puedo* ser honesta? De poco sirve si miento.

[Me reuní con K. M. en Mentone en febrero de 1921, cuando *The Atheneum* dejó de publicarse por separado. A principios de mayo K. M. se fue de Mentone a Suiza, yo regresé a Inglaterra para dar conferencias en Oxford y me reuní con ella en Sierre a finales de mayo. Al poco tiempo nos fuimos a Montana a un chalet amueblado (Chalet des Sapins). La gran altitud le produjo un intenso dolor cardíaco durante varias semanas.]

5 de mayo. Ginebra: *Salle d'attente*. La nieve parecía luz plateada en las cumbres de las montañas.

En la luz fría y verdosa, los ríos anchos y quietos parecían sólidos, y la tierra pálida y surcada, con frutales blancos como ramas de coral, parecía agua.

Más tarde. El reloj de pared de la estación.

[Una carta no enviada.]

El *Tig Courier*, señor, es un semanario que paga 950 libras esterlinas por un artículo, a poder ser personal, cuanto más íntimo mejor.

La editora ha estado esperando la llegada de su copia durante tres días. Hoy ha recibido una postal escrita en un tren; pero eso ha sido todo. Dígale por favor:

a) sus razones para retenerlo (todo lo sutiles que quiera) o

b) cuándo puede esperarlo.

Señas: Tig, Stillin, Bedfordshire.

[Una carta no enviada.]

Querido B. No sabes lo contenta que estoy de que vuelvas a bailar, «aunque delicadamente» como dices.

¡Mira! ¡Qué dulcemente bailan las Gracias
al ritmo del instrumento!
Bailan hábilmente y cantan suave
en su alegría.(44)

Esto significa que estás francamente mejor. No vuelvas a ponerte enfermo. ¡No es horrible estar enfermo! Aquí estoy yo echada en mi viejo balcón tragando huevos y nata y mantequilla sin más compañía que un pinzón dorado. Tengo

que decir que el pinzón es un angelito. Es muy dócil y esta mañana después de que hubiera llovido vino a por su miga con una gotita de lluvia brillante en la cabeza. Nunca he visto a nadie con un aspecto más tonto y más agradable. Suiza está llena de pájaros, pero la mayoría son pesados pájaros alemanes salidos del catálogo de Appenrodt… Pero toda Suiza está a favor de los gordos…

[Una carta no enviada.]

No paro de andar y andar alrededor de esta carta, pisándome los dedos de los pies y con la cola al aire; no sé dónde aposentarme. Hay tanto que decir y el día es tan hermoso. Bueno, ahí va, querida.

El viaje a Ginebra no duró nada. Parecía que mi reloj hiciera carreras con el tren. Llegamos algo después de la una y fui y me senté en una silla de terciopelo verde mientras L. M. se ocupaba de las cosas. Supongo que tuvimos que esperar un buen rato; no se me hizo largo. Desde primera hora de la mañana aquellas montañas que recordaba de la última vez, seguían allí; inmensas, brillantes, con nieve como luz plateada en las cumbres. No soplaba nada de viento y aunque el aire era frío, era un frío de primavera. En realidad (tal vez te des cuenta de que me estoy controlando enormemente) fue una delicia. Bastaba con respirar. Luego nos metimos en un tren ómnibus, que se contoneó lentamente alrededor del lago, parando en cada pequeña estación. En el vagón había alemanes; de hecho estuve hundida entre alemanes, alemanes inmensos, *Vater und die Mama und Hänse*.(45) Cada vez que veíamos un arbusto de lilo, todos gritaban *Schön*!(46) Algo muy propio del *viejo mundo*. En el vagón había también un letrero informando de que la compañía, previsora, ofrecía un *lavabo*. Esto lo leyeron en voz alta primero *Vater*, luego *Mama* y después el pequeño

Hänse.

Llegamos a Clarens en el momento en que el reloj de la estación (que era un reloj de cucú: me resulta muy conmovedor, ¿a ti no?) daba las siete; y un coche, como un molinillo de café, rodeó y rodeó volando los campos de Baugy. Vaya, te das cuenta de que solo te estoy contando hechos. Por ahora tendré que dejar el *bordado*. El hotel es sencillamente admirable. Muy limpio. Impecable. Incluso las ramas de lilo blanco de mi habitación estaban recién traídas de la lavandería. Tengo dos habitaciones y un balcón inmenso. Y tantas montañas que ni siquiera he empezado a escalarlas. Son soberbias. Desde las ventanas la vista sobre los campos, Betsy, las pequeñas villas como setas, el lago, los árboles y luego las montañas, son sobrecogedoras. También lo es la decoración de terciopelo verde y satén color rosa carne del salón, adornado con jarras de cobre y un cuadro titulado *Jugendidylle*. Sigo después.

Me presento como una señora de corazón delicado y pulmones de cuero español. De momento parecen «tragárselo». Bueno, he cenado en mi habitación: consomé, pescado con salsa de crema, pavo asado, patatas nuevas, lechuga estofada y dos diminutas *babas* ahogadas en crema. Dejé a un lado el pavo y la guarnición. Incluso así…

Montreux, que según su etiqueta está saturada de gas de ácido carbónico, supera a Saint-Galmier.[15] Pero mi libro de fisiología dice que se trata de un veneno mortal que siempre exhalamos y que jamás deberíamos ingerir a no ser que estuviéramos desesperados. Sin embargo, según los doctores Ritter, Spingel y Knechtli, es maravilloso para la arenilla y hace que el agua tenga burbujas como el champán. Son los Misterios Menores…

8 de junio. Por primera vez desde la guerra he hablado en alemán a un alemán. *Wollen Sie fragen ob man warten kann*? (57) Etcétera. Fue sencillamente extraordinario. ¿Por qué?

Julio. Montana. Una cosa sí tengo decidida; y es la de *no dejar rastro alguno*. Hubo un tiempo —y no hace tanto— en que hubiera escrito *todo* lo ocurrido desde que *salí* de Francia. Pero ahora he escogido deliberadamente no contárselo a ningún ser vivo. Me callo como se callaba mi madre. Y aunque hay momentos en que me «tienta» la vieja costumbre y llego incluso a escribir una página, son solo momentos, y cada día son más fáciles de dominar.

Chalet des Sapins, Montana. Del mismo modo que ahora apenas digo una palabra sobre mi corazón traicionero. Si se va a parar, se va a parar, y no hay más que decir. Pero llevo ya dos días en esta casita sin *un* solo momento de tranquilidad. ¡Qué espanto de vida! Pero ¿de qué sirve hablar de ello? No, alma mía, tranquila…

10 de julio. Y ahora, justo en el momento en que me empiezo a encontrar mejor y menos preocupada por mi CABEZA y mi corazón, se me ha inflamado la glándula y también el tejido que la rodea. Es como si se estuviera formando un absceso. O sea que tengo un nuevo *temor*. Y con él me viene otro de mis extraños ataques; tengo náuseas constantemente y no puedo soportar ni la luz ni el ruido ni el calor ni el frío. ¿Conseguiré superar también esto? Ya no me resulta fácil encontrar el valor para resistir estas embestidas…

13 de julio. Fui al Palace y me hicieron una punción en la glándula. Es muy poco probable que puedan salvar la piel. Por lo que sentí, estoy segura de que no podrán y que este asunto no ha hecho más que empezar. Volveré al Palace antes de que

acabe la semana. Entretanto estoy agotada y no puedo escribir ni una *línea*.

Bueno, tengo que confesar que he pasado un día ocioso. Sabe Dios por qué. Tenía tanto por escribir pero simplemente no lo he hecho. Creí que podría pero me sentí muy cansada después de la merienda y descansé en vez de escribir. ¿Es este comportamiento bueno o malo? Tengo mala conciencia, pero también sé que lo mejor que puedo hacer es descansar. Y por alguna razón me retumba la cabeza; algo horrible. Me siguen persiguiendo los signos de la degradación terrena. Pero no estoy del todo limpia de culpa. Por encima de todo me falta esfuerzo. Y eso no está bien. Hay tanto que hacer y hago tan poco. La vida aquí sería casi perfecta si trabajara siempre que *pretendo* estar haciéndolo. Y no debe ser demasiado difícil. Mira los relatos que esperan y esperan justo en el umbral. ¿Por qué no les permito la entrada? Y enseguida se verían sustituidos por otros que están al acecho justo ahí fuera; esperando su oportunidad.

Día siguiente. Pero pongamos esta mañana por ejemplo. No deseo escribir nada. El día está gris; pesado y monótono. Y los relatos parecen irreales, como si no mereciera la pena escribirlos. No quiero escribir; quiero *vivir*. ¿A qué se refiere? No es fácil de decir. ¡Pero ahí está!

Es extraño este hábito mío de ser locuaz. Y no tengo ninguna intención de que ningún ojo salvo el mío lea esto. Esto es *verdaderamente privado*. Y tengo que decir que nada me produce el mismo desahogo. Lo que ocurre, normalmente, si aguanto lo suficiente, es que me *abro camino*. Sí, es como lanzar piedras lisas y muy grandes a la corriente. La cuestión es, sin embargo, hasta cuándo será eficaz esta técnica. Reconozco que hasta ahora no me ha fallado nunca…

La importancia que doy a los acontecimientos mínimos es muy significativa con respecto a eso. ¡No son en absoluto importantes…! ¡Qué extraño! De repente me encontré a las puertas de la biblioteca en Woerishofen: primavera, lilas, *lluvia*; libros encuadernados en negro.

Y sin embargo me encanta este día callado y nublado. A lo lejos suena una campana; los pájaros cantan uno tras otro como si se llamaran desde las copas de los árboles. Adoro esta quietud asentada y esta sensación de que, en cualquier momento, puede empezar a llover. Donde el cielo no está gris, está de color blanco plateado, veteado de nubes pequeñas. Lo único desagradable del día son las moscas. Son muy molestas y no hay manera de librarse de ellas; no hay nada tan desagradable.

La empleada del bar

Tenía una mata inmensa de pelo rizado amontonado encima de la cabeza y llevaba varios anillos muy grandes, que por su aspecto brillante y destellante, seguro que eran anillos de compromiso.

El olor a comida que más detesto es el de costillas de cordero. Es un olor que tiene algo de falta de educación. Me recuerda a los viajantes de comercio y a la segunda clase, N. Z.

Me detendré frente a la casa y llamaré a la puerta, y cuando se abra, pasaré corriendo por delante de la criada y llamaré a quienquiera que esté allí.

¿Dirías que es tiempo perdido? No, en realidad no es así. Algo queda. Este tiempo de tranquilidad nos aproxima.

Julio. Ayer terminé de escribir «El señor y la señora Palomo». No estoy del todo contenta con el relato. Es un poco inventado. No resulta inevitable. Intento insinuar que esos dos tal vez no van a ser felices juntos; que esa es la clase de razón por la que

se casa una chica joven. Pero ¿lo he conseguido? Creo que no. Además no es lo suficientemente *intenso*. Quiero estar más cerca; mucho, mucho más cerca de lo que consigo estar. Quiero utilizar toda mi fuerza incluso cuando escojo una aproximación delicada. Y me da la impresión de que al final he utilizado a los Palomo de manera *injustificada*. *Tu sais ce que je veux dire*. (47) Los he utilizado para redondear algo, ¿no te parece? ¿Es esto precisamente lo que quería? No, no lo es. No es exactamente la verdad que busco. En cuanto a *Susana*. Todo debe *sentirse profundamente*.

Pero ¿qué hacer con esta lucha constante? ¡He ahí mi dificultad! Tengo que intentar escribir esta tarde. ¡No existe razón alguna para que no lo haga! Ninguna razón excepto los efectos que se derivan del dolor en un organismo debilitado.

23 de julio. Terminado ayer «Una familia ideal». Me parece mejor que «Los Palomo», pero sigue sin ser lo suficientemente bueno. Dios sabe que lo he trabajado mucho, pero no he conseguido llegar a la verdad más profunda de la idea, ni siquiera una sola vez. ¿Qué *significa* esta sensación? Vuelvo a creer que este tipo de conocimiento me resulta excesivamente fácil; incluso que se trata de una especie de trampa. Sé mucho más. Tiene el aspecto de un relato y huele a relato pero yo no lo compraría. No deseo poseerlo, vivir con él. NO. En cuanto haya escrito dos relatos más me lanzaré a escribir algo diferente; un relato largo: «En la bahía», pero con relaciones más complicadas. Ahí está el verdadero problema.

«Sacó del bolsillo de la gabardina una bolsa grande. La abrió, miró su contenido y la sacudió. Tenía las cejas levantadas y los labios apretados…»

«Y en la alfombra gastada relucía una horquilla azul oscuro

muy larga y brillante…»

«Se estremeció. Y ahora cuando miraba la fotografía de él, incluso la flor blanca en su ojal parecía hecha de un rizo de grasa de cordero…»

«Y vio al señor Bailey con un delantal azul, de pie, al fondo de una de esas tiendas horribles. Tenía una mano en la cadera y con la otra agarraba el mango de un cuchillo largo clavado en una madera de cortar. Detrás de él colgaba una hilera de conejos pequeños, atados unos a otros por las patas, un coágulo de sangre temblándoles en la nariz…»

18 de julio. El ruido en esta casa es infernal esta mañana. No ha parado desde poco después de las seis, y por alguna razón la criada parece haber perdido el juicio completamente. Son casi las diez y todavía no ha recogido el desayuno. Tengo que volver al Palace a las once y por consiguiente, y en cualquier caso, estoy bastante nerviosa. He tenido que arreglar las flores y ocuparme de varias cosas: lavar la ropa. Casi no puedo soportarlo. Ahora se acerca la criada. ¡Bang! Llegará a la puerta enseguida. No sé cómo soportarlo si esto sigue así. Aquí está. A punto de meter las cosas en el torno. ¿En qué estará pensando? Ni lo sé ni me importa. Pero deseo amargamente tener una habitación privada, por pequeña que sea, en la que trabajar sin interrupciones. El balcón no está lo suficientemente bien; tampoco este *salón*. También en esto me gana J. Para él todo esto no tiene ni la mitad de importancia…

Una bienvenida

Y porque cuando se llega inesperadamente, la dueña de la casa lanza una mirada de brillo frío que parece decir: «Puedo organizar las sábanas perfectamente pero las mantas seguro que van a ser un problema», me gustaría que te recibiera en la puerta una persona joven con una lámpara no excesivamente

brillante, que fuese, naturalmente, última hora de la tarde y que cantara, mientras te cepillas en el porche, bajo los jazmines:

No temas, la casa está llena de mantas,
rojas y blancas, más bonitas que un sueño,
con dibujos geométricos, borlas, de pelo de camello y de lana, más suaves que el sueño o el pecho de un cisne. (48)

[En mitad de su manuscrito de «Su primer baile».]

25 de julio. ¡Todo esto! Todo lo que escribo —todo lo que soy— está al borde del mar. Es una forma de jugar. Quiero poner en ello *toda* mi energía, pero por alguna razón, ¡*no puedo*!

[*Todo el campo era muy alegre y singular*,
[*y espolvoreado, como los hombres solían pintarlo, con muchas flores frescas y variadas*
[*que despedían muy buen olor.* (49) *

[De una carta no enviada.]

Hace un día frío y extraño. No puedo moverme más que lo imprescindible. Esta mañana decidí escribir a S. sobre el tratamiento suizo de Spahlinger; si me convendría, etc. Te enviaré un telegrama mañana pidiéndote que vayas a ver a S. Dile lo que quieras. Pero hazle saber que soy prácticamente una inválida sin esperanza. He intentado hablar de dinero con él; el porqué no le he pagado y le he prometido hacerlo en cuanto pueda…

Agosto. «He estado escribiendo un relato sobre un hombre viejo.» Parecía confusa. «Pero no creo que me gusten los hombres viejos, ¿a ti sí?», dijo. «*Sudan* tanto.»

Esto me horrorizó. Parecía tan endiabladamente mezquino, e incluso más que eso… eran palabras de un espíritu pequeño y vulgar.

Más tarde: creo que fue timidez.

11 de agosto. No sé cómo voy a escribir este próximo relato. Es tan difícil. Pero imagino que lo haré. Lo malo es que tengo un frío infernal.

[El «próximo relato» fue «El viaje». El manuscrito final lleva la fecha del 14 de agosto de 1921.]

[De una carta no enviada.]

Te hubiera escrito una tarjeta antes pero he estado —estoy— enferma y hoy es el primer día que he cogido la pluma. He tenido un ataque de lo que los médicos llaman enteritis aguda. Creo que ha sido un envenenamiento. Fiebre muy alta, mareo, disentería y otras cosas. *Horrible*. Ayer decidí ir al Palace, pero el día de hoy me hace pensar que voy a intentar pasarlo aquí. J. es extraordinariamente amable en las tareas serviles de enfermera. No me ha sido posible comer nada excepto leche caliente, por lo que Ernestine no puede practicar conmigo su cocina infame. ¡Parece, pobre criatura, mucho más estúpida que nunca! ¡Lo quema todo! Ayer, su tarde de descanso, se fue dejándonos sin huevos y sin decirnos ni una palabra. Ni siquiera sabíamos que se había ido.

Amor

Agosto. Una idea repentina sobre la relación entre «amantes».

No somos ni hombres ni mujeres, somos un compuesto de ambos. Escojo al hombre capaz de desarrollar y ampliar lo

masculino que hay en mí; él me escoge para ampliar lo femenino que hay en él. Para «completarnos». Sí, se trata de un proceso. Por el amor os serviréis el uno al otro… Y si escojo a *un* hombre determinado para este fin en vez de a varios, es por seguridad. Nos unimos en un círculo que es, por así decirlo, un muro contra el mundo exterior. Es nuestro refugio, nuestro asilo. Aquí no se recurre a los engaños de la vida. Aquí se da la *seguridad* que nos permite *crecer*.

¡*Vaya, hablo como una niña*!

29 de agosto. «¡Si pudiera subir por todo mi jardín hasta lo alto de la colina, hasta tus puertas!» Mientras pronunciaba estas palabras, su gesto mínimo, perfecto.

El candelabro

[Una carta imaginaria.]

Muchas gracias por tu jugosa carta. En cuanto al candelabro, querida, recuerda que te lo regalé el día de tu último cumpleaños. No es extraño que te recuerde a mí. Lo he guardado envuelto en su papel y tengo la intención de devolvértelo con unas líneas cariñosas para tu próximo cumpleaños. O te lo envío antes como un adelanto de mi regalo de Navidad para que tú me lo devuelvas como regalo de Navidad tardío o como regalo de Año Nuevo. Dejaremos de hacerlo por Pascua. Resultaría algo excesivo hacerlo también por Pascua. Me pregunto quién de nosotros se quedará por fin con él. Si está conmigo, te lo dejaré en mi testamento, como corresponde; y creo que estaría bien por tu parte, Camilla, que desearas que lo enterraran contigo. Además, la imaginación se desmaya ante la idea del candelabro dando vueltas a través del tiempo y del espacio para siempre; de hecho es un candelabro

fliegende.(50)

He estado sufriendo de un aire en torno del corazón. Una dolencia agotadora, pero no peligrosa. En realidad puestos a resistir algo tan doloroso creo que preferiría que además fuera ligeramente peligroso. El primer acto se desarrolló a raíz de un ataque de risa.

Septiembre. El mes de septiembre es diferente de todos los demás. Es más mágico. Creo que el extraño cambio químico de la tierra que produce las setas, es también la causa de esta «vida» adicional en el aire; una resistencia, una chispa. El tiempo sigue siendo el mismo desde hace días. Al despertar vemos por la ventana los árboles bañados en una luz verde y dorada. La temperatura es fresca, no fría. La luz, clara. El cielo es de un azul claro y puro. El sol va calentando durante la mañana. Sobre las montañas se acomoda la bruma. De vez en cuando aparece una ardilla, trepa por el tronco de un pino, agarra una piña, se sienta en el ángulo de una rama y la sujeta como un plátano. De vez en cuando un pajarito colgando boca abajo, picotea una semilla. Del valle llega un sonido constante de campanas. Suenan todo el día, desde temprano hasta tarde.

Mediodía con largas sombras. Calor y calma. Pero en el aire domina siempre el sabor de una fruta sobre el olor de una flor. Pero ¿qué se puede decir de la tarde? ¿Del atardecer? ¿Qué decir del color rosa, del dorado en las montañas, de las sombras que crecen veloces? Pero pronto hace frío; un frío maravilloso sin embargo.

Septiembre

[Lo siguiente aparece en medio de un manuscrito inacabado, llamado «By Moonlight». «Karori» es la «novela» de la que «Preludio» y

«En la bahía» —en un momento dado— iban a formar parte. Pero posteriormente K. M. abandonó la idea porque vio que su «novela» hubiera sido tan diferente de cualquier novela que carecía de sentido llamarla así.]

¡Estoy inmovilizada más allá de las palabras y de nuevo me parece que lo que estoy haciendo *carece de forma*! Debería terminar *primero mi libro de relatos* y entonces, cuando se hubiera ido, ponerme a trabajar en serio en mi novela *Karori*.

No comprendo bien por qué tengo que estar tan intensamente decidida a ocultarlo. Pero aquí estoy acostada, haciendo ver que escribo, y Dios sabe la de veces que lo he hecho anteriormente. ¿Y si renunciara a este fingimiento y lo intentara de verdad? ¿Y si solo escribiera media página al día?; sería media página para bien; por lo menos estaría entrenando mi inteligencia para que adquiriera el hábito de realizar una tarea regular. En las condiciones actuales, cada día me parece estar más lejos de mi objetivo. Una vez termine este libro, tengo la libertad de empezar el verdadero libro. *Además*, es una cuestión de dinero.

Pero mi idea, incluso del relato breve, ha cambiado bastante últimamente, ¡lo cual ha sido una suerte! J. abrió la puerta suavemente y en apariencia yo estaba verdaderamente ocupada… Y no, basta ya. Ya ha cumplido su función. Me ha colocado en la dirección correcta.

[Al final del mismo manuscrito aparece esta nota.]

Esto no está mal, pero tampoco está bien. Es demasiado fácil… Desearía poder ir a pasar un año a N. Z. Pero justo ahora me resulta imposible hacerlo. Quizá dentro de dos años.

[Una carta no enviada.]

13 de octubre. Querido *amigo*. Me gusta tu crítica. Comprendo que odiaras aquellos aspectos de mí. Porque fui descuidada y falsa. En aquellos momentos no era *auténtica*. Pero llevo ahora mucho tiempo intentado «echar al esclavo de mi alma»… Solo quiero que lo sepas.

Estoy en medio de la escritura de un relato muy bonito [«Fiesta en el jardín»]. Ojalá te guste. Lo escribo en este cuaderno y solo lo he interrumpido un minuto para escribirte a ti.

Gracias por las señas. No puedo ir a París antes de primavera y creo que será mejor que no te escriba hasta entonces. Creo que este tratamiento menos intenso es el adecuado. No es que esté enferma en el presente. No soy en absoluto una inválida, de ningún modo.

Hace un día soleado, ventoso; divino. Hay un suave fragor en los árboles y los pajaritos vuelan hacia lo alto en el aire solo por el gusto de verse lanzados de aquí para allá.

Adiós. Te estrecho la mano. ¿Te disgusta la idea de que nos escribamos de vez en cuando?

KATHERINE

[Al final del manuscrito de «Fiesta en el jardín».]

Este es un relato moderadamente logrado; eso es todo. Algo falla en la parte del camino.

El recién nacido

Está ya muy entrada la noche, reina una gran oscuridad, una gran quietud. No se ve ni una estrella en el cielo. Y ahora se ha puesto a llover. Qué felicidad oír la lluvia de noche; alivio gozoso, descanso; un verse envuelta y apaciguada y una ternura maternal, todo se mezcla en el sonido de esta lluvia.

Dios, mirando la tierra lluviosa ve lo débiles que son las luces que brillan en esas pequeñas ventanas; que fáciles de apagar…

De pronto suben por las escaleras pasos rápidos y fuertes. Alguien se está dando prisa. Una llamada a mi puerta y en el mismo instante una cara roja radiante aparece violentamente, a la vez que Ernestina anuncia.

—Ha nacido.

¡Nacido!

—¡Ha nacido un niño!

No te des la vuelta, Ernestina. No tengas miedo. Deja que llore yo también.

Deberías guardar esto, querida, solo como *advertencia* de lo muy caótica que *puedes* llegar a ser.

16 de octubre. Otro día radiante. J. está pasando a máquina mi último relato, «Fiesta en el jardín», que terminé el día de mi cumpleaños [14 de octubre]. Me costó casi un mes recuperarme de «En la bahía». Al menos hice tres intentos infructuosos. Pero no me podía apartar del sonido del mar; Beryl abanicándose el pelo en la ventana. Todas estas cosas no conseguían *apagarse*. Pero ahora no me siento nada segura de ese relato. Me parece que es un poco «precipitado»; no es lo que podía haber sido. «Fiesta en el jardín» es mejor. Pero tampoco es lo *suficientemente bueno*…

Lo que más se nota estos días es el azul. ¡Cielo azul, montañas azules, todo está de color azul celeste! Y nubes de todas las clases: alas, nubes blancas suaves, islas casi duras y doradas, grandes montañas falsas. El dorado se intensifica en las laderas. En realidad se trata de la perfección sin fisuras.

Pero el anochecer es la hora de las horas. Ante tal belleza sobrenatural no es difícil comprender hasta dónde se debe llegar. Escribir algo a la altura de la luna creciente, de la luz

pálida. Ser lo suficientemente «simple», como uno sería simple ante Dios…

27 de octubre. Relatos para mi nuevo libro.

N. Z. *Honestidad*: El doctor, Arnold Cullen, su esposa Lydia y el amigo Archie.

L. *Segundo violín*: Alexander y su amigo en el tren. Primavera: chorreando lluvia. *Lilas mojadas*.

N. Z. *Seis años después*: una mujer y su marido a bordo de un barco de vapor. Los botones fríos. Ven a alguien que les recuerda algo.

L. *La vida como troncos de madera a la deriva*: Éste tiene que ser un relato largo y bien escrito. Los hombres son importantes, especialmente los personajes secundarios. Exige mucho trabajo… oficina de un periódico.

N. Z. *Un corazón débil*: Ronnie en su bicicleta al atardecer, con las manos en los bolsillos, *haciendo maravillas*, junto al árbol oscuro en la esquina de May Street. Edie y Ronnie.

L. *Viuda*: Geraldine y Jimmie: una casa sobre Sloane Street y Square. Llevando ella aquellos capullos en el corazón. «Casada o no casada…» De otoño a primavera.

N. Z. *Nuestra Maude*: Marido y mujer tocan duetos, ¡*y un y dos y un, dos, tres*! Los chalecos blancos de él. ¡Esposa y Mahub! ¡Hay que ver la clase de chica que eres!

N. Z. *En Karori*: La pequeña lámpara. La tengo vista. Y a continuación se quedan en silencio. (*Finito*: 30 de octubre de 1921.)

¡Desearía que *mi* silencio durara solo dos minutos!

Octubre. Me pregunto por qué será tan dificilísimo ser humilde. No creo que sea una buena escritora; soy consciente de mis errores mejor de lo que lo son los demás. Sé exactamente en lo que fallo. Y sin embargo, cuando he terminado un relato, y

antes de empezar otro, me descubro a mí misma *pavoneándome*. Es desalentador. Mi corazón parece albergar un orgullo malo y ambiguo; a la mínima provocación, una de esas malas raíces lanza un brote espeso… Y perjudica mucho mi trabajo. Mientras dura no me es posible conservar la calma, ni estar despejada, ni ser buena como se debe ser. Contemplo las montañas, intento rezar y pienso en algo *inteligente*. Siento una especie de excitación interior que no debería darse. Cálmate. Aclárate. Y cualquier cosa que escriba con este talante no vale nada; está llena de *sedimento*. Si tuviera buena salud, me iría sola a algún sitio y me sentaría bajo un árbol. Hay que aprender y practicar el *olvido* de uno mismo. No puedo relatar la verdad de la tía Anne si no tengo la libertad de adentrarme en su vida sin estar pensando en mí misma. ¡Dios mío! Sigo dividida. Soy mala. Fracaso en mi vida personal. Caigo en la impaciencia, el mal humor, la vanidad, y así fracaso como tu sacerdote. Tal vez me ayude la poesía.

Acabo de limpiar a fondo y de ocuparme de mi pluma estilográfica. ¡Si pierde tinta después de esto, *no* es una señora!

13 de noviembre. Ya es hora de que empiece un nuevo diario. Que aflore, la parte de mí que no se ve, la parte que no se conoce; vamos a hablar a solas. Sí, apenas he escrito nada en las dos últimas semanas. He estado ociosa; he *fallado*. ¿Por qué? Son muchas las razones. Me he visto sumida en una especie de confusión. Como si no hubiera habido tiempo para escribir.

Si hace sol, ocupo las mañanas en la terapia solar; el correo devora las tardes. Y por la noche estoy cansada.

«Pero todo continúa en las profundidades.» Sí, tienes razón. No he sido capaz de rendirme al tipo de contemplación necesaria. No me he sentido limpia de corazón, ni humilde, ni buena. Se ha producido una conmoción de los sedimentos.

Contemplo las montañas y no veo más que montañas. ¡Sé sincera! Leo basura. Cedo y escribo cartas. Lo que quiero decir es que no cumplo con mis obligaciones, cosa que me debilita en todos los aspectos. Además no he cumplido mi promesa de reseñar los libros para *The Nation*. Otra *mancha negra*. ¿Fuera de control? Sí, eso lo describe: disipada, imprecisa, no *positiva* y, por encima de todo, por encima de cualquier cosa, sin trabajar como debiera hacerlo; perdiendo el tiempo.

Perdiendo el tiempo. El viejo lamento —el lamento primero y último—: ¿por qué te detienes?, ¿por qué?, exactamente. Mi más profundo deseo es ser una escritora, tener «un volumen de trabajo considerable». Y ahí está el trabajo por hacer, los relatos esperándome, *cansados*, marchitos, consumidos porque no llego. Los oigo y los *reconozco* y sigo sentada junto a la ventana, jugando con un ovillo de lana. ¿Qué hacer?

Debo hacer otro esfuerzo inmediatamente. Tengo que volver a empezar. Tengo que intentar escribir de manera simple, plena, libre, con el corazón. *Calladamente*, sin importarme el éxito o el fracaso, tan solo siguiendo adelante.

Tengo que continuar escribiendo este diario para tener una referencia de lo que hago cada semana. (Una nota aquí. Releí las galeradas de «En la bahía», me parece banal, aburrido, en absoluto logrado. Me sentí muy avergonzada. Me siento.) ¡Debo decidir ahora! Y en particular, debo seguir en contacto con la Vida: con el cielo y con esta luna, estas estrellas, estas cumbres frías y sinceras.

16 de noviembre. Si esto sigue así, ir a Sierre… o a, o a …

21 de noviembre. Desde entonces [desde la entrada del 16 de octubre de 1921], solo he escrito «La casa de muñecas». He pasado una mala racha. He empezado dos relatos,[16] pero los conté y se sintieron traicionados. Es fatal ceder a esta

tentación… Hoy he empezado a escribir seriamente «Corazón débil», un relato que me fascina *profundamente*. Lo que siento que necesita, sobre todo, es una variación muy sutil del «tiempo verbal»; del presente al pasado y viceversa; también suavidad, ligereza y la sensación de que todo está en potencia, con un tono humorístico en torno al personaje de Ronnie. Y las sensaciones de los Thorndon Baths, el agua, la humedad, el ambiente cenagoso… no, ya sé cómo se tiene que hacer.

¡Desearía que se me considerara capaz de ello! ¡Señor, hazme clara como el cristal para que tu luz brille a través de mí!

24 de noviembre. Durante estos últimos días me he comportado de manera abiertamente rebelde. Echando de menos cosas. Me siento desarraigada. Deseo cosas de las que J. puede prescindir con gran facilidad, que no le parecen naturales. Las deseo. Pero también, con más intensidad que todos estos deseos, está el otro, que es el de *hacerlo bien* antes de hacer cualquier otra cosa. Cuanto antes estén escritos los libros, antes estarán mis deseos cerca de cumplirse. Esta es la pura verdad. También es cierto que considero mi reclusión aquí como un don divino. Pero, por otra parte, es urgente que le saque el mayor partido posible. No es ilimitada como no lo es nada. ¿Por qué, por qué no hay nada ilimitado? ¿Por qué me preocupo todos los días de mi vida por la proximidad de la muerte y por su inevitable existencia? Estoy verdaderamente angustiada por esta cuestión. Y no soy capaz de hablar de ello. Si se lo digo a J., se siente muy infeliz. Si no se lo digo, tengo que luchar sola. Estoy cansada de la batalla. Nadie sabe lo cansada que estoy.

Esta noche, cuando la estrella vespertina apareció brillando por la ventana lateral y las montañas se veían tan hermosas, me quedé allí sentada pensando en la muerte. Pensando en lo mucho que quedaba por hacer, en la Vida, que es tan hermosa y en el hecho de que mi cuerpo es una cárcel. Pero estos

pensamientos son *malignos*. Mi recuperación exige el reconocimiento de que yo, siendo como soy, tengo que soportar *esto* para realizar el trabajo que debo llevar a cabo aquí. Solo cabe la recuperación si lo reconozco, si agradezco el que no se me haya impedido trabajar. Soy débil en lo que debería ser fuerte.

Y hoy sábado, menos que nunca. Pero no importa. He progresado… algo. Me he dado cuenta de *qué* es lo que tengo que hacer; he descubierto la extraña barrera a cruzar entre pensar algo y escribirlo…

Daphne.

[En el párrafo siguiente comienza el manuscrito inacabado de «Daphne», incluido en *El nido de la paloma y otros cuentos*.]

Bien está lo que bien acaba

Merece la pena detenerse en el Primer Lord. Parecería que sus discursos y los del Segundo Lord son intercambiables; pero se trata de un personaje muy preciso, bien delimitado. Consideremos, por ejemplo, el diálogo entre los dos en el acto IV, escena III. El Segundo Lord le pide que no deje de mencionar todo lo que le preocupa.

Primer Lord: «Cuando lo hayas dicho, habrá muerto y yo seré su tumba».

Y a continuación su comentario:

«Cuán poderosamente, a veces, transformamos nuestras desgracias en consuelo».

Y lo más extraordinario:

«El tejido de nuestra vida es de un hilo mezclado, lo bueno y lo malo juntos; nuestras virtudes serían orgullosas si nuestros defectos no las fustigaran; y nuestros defectos se desesperarían si no se sintieran perdonados por nuestras virtudes».

Me gusta extremadamente la disposición de estas palabras, ¿Y no son reveladoras del autor? Desilusionado pero a la vez divertido; mundano y a la vez mostrando una gran sensibilidad. Lo imagino rápido, lleno de Vida y maravillosamente a sus anchas con quienes le acompañan, con cuanto le rodea; con su propia condición y con toda la tierra pequeña y sólida. Es como un hombre que suele sentarse a horcajadas a bordo de un barco solo para demostrar, aunque no para presumir, lo bien que utiliza las piernas…

El Payaso, «un pícaro perspicaz e infeliz», llega para anunciar a la Condesa la llegada de Bertram y sus soldados.

«Doy fe de que hay una docena de ellos con sombreros exquisitos y delicados con las plumas más elegantes, que inclinan la cabeza y hacen reverencias a todos los hombres.»

Esta frase contiene todo el encanto de soldados sobre caballos saltarines, tintineantes y danzarines. Es todo un desfile en pequeño. Con qué aire lleva el altivo —e intolerable— Bertram sus dos capas de parches de terciopelo; con qué desdén su mano en el guante francés de puntilla blanca se tensa en la apretada rienda de su caballo de plata. Maravillosamente soleado con un poco de brisa. Y el Payaso, naturalmente, entiende el aspecto humorístico de esta vanidad…

Parolles es una criatura amable, un rufián valiente y pequeño como un gorrión macho.

… «Estoy ahora, señor, enfangado en el humor de la Fortuna y huelo fuertemente su intenso desagrado.»

Tengo que decir que Helena es una mujer temible. Su virtud, su terquedad, su manera de vapulear al odioso Bertram —disfrazada además de peregrina, ¡tan típico!— y luego contándole toda la historia a ¡aquella *buena* viuda! Y Diana, aquel pez domesticado. En cuanto a acostarse en la cama de Diana y disfrutar de los abrazos pensados para Diana, bueno, no se me ocurre nada más asqueroso. Solo una mujer

respetable se presta a una cosa así. Lo peor de todo es que me imagino tan bien que, por ejemplo, se actúe precisamente de esa manera y después se le dé un regalo a Diana. *Menuda* situación para la viuda y D., mientras estaba ocurriendo, o, ¿en el último momento quiso D. desmontar el negocio? ¡Pero perdonar a una mujer así! Sin embargo, Bertram lo haría. Hay en él un rasgo de niño mimado que lo convierte en lo suficientemente estúpido como para hacer cualquier cosa.

El Viejo Rey es un personaje extraño, parece tener la obsesión de conceder maridos. Como si el gran fiasco no bastara, tan pronto como Diana se explica, él empieza:

> *Si aún eres una flor fresca y no cortada*
> *escoge tú un marido, y yo pagaré la dote*.

Creo que Shakespeare tuvo que haber visto el humor de todo eso. En el último momento de la obra, simplemente le dan vida al viejo tonto.

Hamlet

Coleridge sobre Hamlet. «Juega al sutil truco de aparentar que está actuando solo cuando está muy cerca de identificarse con lo que parece estar representando.»

… Del mismo modo todos empezamos actuando y cuanto más próximos nos sentimos de lo que pretendemos representar, más perfecta es nuestra *simulación*. Por fin llega un momento en que *ya no estamos actuando*; un momento que puede incluso cogernos por sorpresa a nosotros mismos. Podemos llegar a sorprendernos de nuestro plumaje porque ha dejado de ser un plumaje prestado. Es el momento en el que nuestro verdadero plumaje y el prestado se mezclan y confunden porque uno se superpone al otro; es entonces cuando la actuación se transforma en acción. El alma ha aceptado dicho atuendo como

si fuera propio después de un tiempo de pruebas y aprobaciones.

Actuar… vernos en el papel; hacer un gesto más exagerado del que haríamos espontáneamente en nuestra vida, declamar, pronunciar, incluso exagerar, para convencernos a nosotros mismos (?) o a los demás (?). ¿Ponernos en situación? Hacer más de lo necesario para conseguir *ce qu'il faut.*

Y además Hamlet está solo. La persona solitaria siempre actúa.

Pero podría escribir mil páginas sobre los Hamlets.

Escena de la locura. Si se contempla con frialdad, la verdad es que es una escena bastante pobre. La efectividad de la escena depende completamente de Ofelia con su ramillete de flores. El rey y la reina de cartón son naturalmente solo espectadores. No les importa un pepino. Creo que personalmente, a la reina le sorprenden uno o dos de los versos de sus canciones… Y ¿quién se puede creer que una sola violeta se marchitara al desaparecer toda aquella pompa tonta y recargada? ¿Y quién se puede creer que Ofelia quería de verdad a Hamlet, y no estuviera agradecida al pensar lo pacíficos que iban a ser los desayunos sin sus sermones?

El discurso de la reina tras la muerte de Ofelia es incompatible con la noción de verdad poética. Si ningún personaje sabe lo que ocurrió, si no se la encontró hasta que apareció ahogada, ¿cómo puede saberlo la reina? El querido Shakespeare había estado en la Royal Academy… para hacerse un retrato.

Miranda y Julieta

Decir que Julieta y Miranda podrían muy bien ser un mismo personaje me demuestra una falta de percepción lamentable. La inocente Miranda, a primera hora de la mañana del mundo; la hermosa isla aún entre sueños envuelta en una bruma dorada,

rodeada de olas de amor pequeñas, alegres y presurosas… Y Julieta, pequeña y frágil, asomada a la oscuridad; una flor que gira hacia la luna y se cierra a disgusto al frío amanecer. Ni siquiera ha alcanzado la primavera. Está en el momento de soñar: demasiado pronto para el amor. Hay una primavera que llega antes de la verdadera primavera, y otro tanto ocurre con el amor: un amor falso. Lo encarna Julieta.

Romeo y Julieta

Cuando la vieja nodriza habla sobre apoyarse contra la pared del palomar es como si un rayo de sol atravesara las cortinas y la descubriera allí sentada en el calor, ligeramente desconcertada. Se siente con intensidad el calor de la pared soleada…

Noche de reyes

Las palabras de Malvolio «o… jugar con alguna joya valiosa». Habla su corazón servil y envidioso que codicia las posesiones de su ama. Al guardar su abrigo lo veo acariciando la tela con un suspiro; elevando a la luz o a sus dedos la joya antes de cerrarla con un golpe seco en su caja de marfil. Veo al sirviente imitando la expresión de su amo mirando al espejo del amo.

Y que… «habiéndome levantado del sofá donde dejé durmiendo a Olivia». ¿No revelan estas palabras los pensamientos de todas las extrañas criaturas que viven al servicio de las vidas de los demás?

Antonio y Cleopatra

Acto I, escena 1

«Los triples pilares del mundo…»
«El amplio arco del extenso imperio…»

«Esta noche deambularemos por las calles y nos fijaremos
en los rasgos de la gente.» (*Ciertamente* un placer muy propio de amantes.)

Acto I, escena 2

«Le sorprendió una idea romana…»
«Ah, es decir que producimos mala hierba
cuando nuestras mentes ágiles están paradas…»

Enobarbus me deja constantemente estupefacta, por ejemplo, sus primeros discursos con Antonio sobre la rapidez con la que muere Cleopatra.

Tu viejo sayo se transforma en nueva falda.

Acto I, escena 3. Como en la escena 2 (1) «¿Viste a mi señor?» (2) «¿Dónde está?» La mujer *casada*. ¡Eso son celos! ¡Y luego su furia porque no esté más disgustado por la muerte de Fulvia! «¡Ahora sé cómo te comportarás cuando muera yo!»

Unos versos maravillosos de Antonio:

Nuestra separación reviste y vuela de tal forma, que tú, aun estando aquí, vas conmigo,
y yo, huyendo, permanezco aquí contigo.

Acto I, escena 4

Como a una bandera vagabunda en la corriente
que va y viene, siguiendo como un lacayo la marea que varía
hasta pudrirse con el movimiento.

¡Maravillosas palabras! Puedo utilizarlas. Hay un relato. Y a continuación parece que las algas lo atrapan y se hunde; sale a

mar abierto y se pierde. Pero llega un día, la misma marea, una ocasión similar, ¡y reaparece aún más repugnantemente podrido! ¿Lo hará? ¿Lo querrá hacer? ¿Hay alguna carta? ¿Ninguna carta? ¿El correo? ¿Me echa de menos? No. Pues échalo todo al mar. Limpia el agua para siempre. Ojalá pueda escribir esto algún día.

> «Su mejilla apenas descarnada.» (Economía en la expresión.)

Acto III. La breve escena entre Antonio y el Adivino es extraordinaria. Aclara el tono de los comentarios de César a Antonio… Y el discurso final de Antonio demuestra su incomodidad ante esta verdad. Irá a Egipto. Irá allí donde su debilidad se celebre como fortaleza. Su añoranza por Egipto aparece entre líneas.

Escena 5. «Peces de aletas rojizas… sus mandíbulas brillantes…» y cuando los utiliza Shakespeare, los adjetivos parecen ser parte de los nombres. Los ensalzan tan maravillosamente, los acompañan y los adornan tan modestamente y sin embargo con tanta precisión. Los autores menores estamos a menudo más atentos a los sirvientes que a los señores y olvidamos que su función es la de servir, aumentar, ampliar el poder del señor.

> Llena mis oídos con tus fructuosas noticias
> que han estado yermos durante mucho tiempo.

¡Buenos versos! Y otro ejemplo de la elección en la colocación de palabras. Supongo que sería instintivo. Pero «fructuosas» parece estar justo donde debe, para resolverse (hablando en términos musicales) en la palabra «yermos». Al leer «fructuosas» se espera «yermos», consecuencia inevitable casi debida a «las exigencias de la sonoridad verbal».

«Sin embargo» es cosa de carcelero presentar
al malhechor monstruoso.

¡Aquí sí que hay sustancia! ¿No imponen estos versos la pausa que necesariamente exigen aquellas palabras odiosas? «Sin embargo», y uno espera. Y ambos miran hacia la puerta que se abre lentamente. ¿Qué va a salir? Y a veces a continuación se escucha un suspiro de descanso. Bueno, no es tan terrible como se espera. El ratón del calabozo, por así decirlo, entra lamentándose y se limpia la cara con la pata.

Estoy pálido, Charmian.

Me recuerda a Mary Shelley. «Byron no había visto a nadie tan pálido como yo.»

Puesto que yo misma
soy responsable de la causa.

¿Cuál es el significado exacto de estas palabras? ¿Despachaba a Antonio?, ¿o le permitía que se fuera?

Al alabar a Antonio he desprestigiado a César…
Y ahora pago por ello.

Una criatura como Cleopatra siempre espera que se le pague todo.

1922

1 de enero. He soñado que iba a Egipto con la abuela; un barco muy blanco.

Frío, quietud. El temporal de anoche se ha llevado toda la nieve de los árboles; solo han quedado grandes pedazos helados. En el bosque donde la nieve es muy espesa, se ven líneas de luz solar como pálido fuego.

He dejado de hacer lo que tenía que haber hecho y he hecho lo que tenía que haber dejado sin hacer; por ejemplo, impaciencia violenta con L. M.

Esta tarde he escrito «El nido de la paloma». No tenía ganas de escribir; me parecía imposible poder hacerlo. Pero cuando terminé las tres primeras páginas, comprendí que estaban bien. Esto demuestra (comprobado constantemente) que una vez que se ha pensado un relato no queda nada más que el *trabajo*.

Wing Lee[17] desapareció durante todo el día. Leí los poemas de W. J. D. Me siento mentalmente muy próxima a él.

Quiero recordar cómo se va amortiguando la luz de una habitación; y cómo se va una apagando a la vez, se siente *borrada*, tranquilamente sentada, con las rodillas juntas, las manos en los bolsillos…

2 de enero. Pájaros pequeños y rechonchos en el abeto de la ventana lateral, recorriendo el árbol en busca de comida. He deshecho un trozo de pan, y aunque las migas han caído en las ramas, solo dos de los pájaros las han encontrado. Extraña sensación de distancia en el aire, la escena, el invierno piando.

Al atardecer, por vez primera, me he sentido descansada. Me he incorporado en la cama y me he descubierto cantando por dentro. Incluso el sonido del viento es distinto. Es alegre, no amenazador y negro. La oscuridad mira por la ventana hacia dentro pero se trata de una negrura que es solo oscuridad. Por la tarde se ha puesto a llover, lluvia larga y contemplativa, cayendo de lado.

No he hecho el trabajo que debía. He evitado la fiesta del mediodía [véase «El nido de la paloma»]. He hecho mal. De hecho estoy disgustada conmigo misma. A partir de ahora tiene que producirse un cambio. Lo que más admiro en Jane Austen es que cumple lo que promete. Por ejemplo, sir T. tiene que llegar y acaba llegando; su llegada resulta extraordinaria y supera nuestras expectativas. Es un rasgo poco común; y mi punto más débil. Es fácil ver por qué…

3 de enero. Soñé que estaba en el Palacio Strand casándome con M. D.; una rubia voluminosa envuelta en satén blanco…

Esta mañana había mucha más nieve; era muy suave, «como algodón». Compraron un coco; lo partieron por la mitad y lo colgaron del balcón de J. La leche caía del interior en gotas brillantes pero no era leche blanca, cosa que nos sorprendió profundamente. La pulpa es muy hermosa, de un blanco muy puro. Pero era aquel líquido dulce y sencillo el que hizo el milagro. ¿De dónde procedía? Te llevaba a una isla.

He leído *La tempestad*. Llegaron los periódicos. Los leí por encima. Digamos la verdad. No he trabajado. De hecho he estado más ociosa y odiosa que nunca. Llena de pecado. ¿Por qué? «Mi yo, mi yo, despierta de tu sueño ordinario.» Y lo peor de todo es que me encuentro mucho mejor de salud. ¡Es una vergüenza! Esta vez *La tempestad* me deja estupefacta. Siempre que se relee una obra de teatro, la obra cambia.

4 de enero. He soñado con M. S. Un sueño importante; lo importante era el tono. Aquel balcón sobre el mar y mi comentario: «¿No es maravilloso?», y su cansado: «Sin duda». Su definición de los dos tipos de mujeres…

Hoy no he sido tan mala. He leído una gran cantidad de *Cosmic Anatomy* y lo he entendido mucho mejor. Sí, un libro así me fascina. ¿Por qué lo odia tanto J.?

Llegar a atisbar las relaciones entre las cosas, estudiar tal relación y encontrar que sigue siendo verdadera a lo largo de los tiempos, agranda mi pequeña mente como no lo consigue ninguna otra cosa. Es solo una visión más amplia de la psicología. Por ejemplo a la hora de escribir, me ayuda saber que caliente + bollo puede significar Taurus, Pradhana, sustancia. No, no es eso lo que de verdad me atrae; es que las reacciones a determinadas causas y efectos han sido siempre las mismas. ¡No en vano Constantia[18] escogió la luna y el agua!

He leído a Shakespeare. La nieve es más espesa, se agarra a las ramas como cachorros de perro recién nacidos.

5 de enero. Un sueño largo y típico de un viaje en barco. Yo estaba, como siempre, yendo a N. Z. Pero por primera vez mi madrastra fue *muy* simpática; tan agradable. La quería. Un sueño trágico en lo referente a L. M. Desaparecía y ya era demasiado tarde para encontrarla o decirle que volviera *de una vez*.

He leído *Cosmic Anatomy*. He conseguido trabajar un poco. Rompí el hielo. Es un gran desahogo. J. y yo hemos dejado fuera comida para los pájaros. Cuando me he acercado a la ventana había desaparecido toda; pero quedaba una pequeña huella de sus patas en el alféizar. J. ha subido el medio coco y también ha esparcido migas. Al poco rato, aunque aterrorizados, han ido llegando; uno después otro y luego un tercero; se han columpiado en el coco. Son pequeños átomos

preciosos.

Sigue nevando. Sé que odio la nieve, la odio profundamente. Hay algo asombroso en ello, una especie de «Tienes que empeorar antes de mejorar», y empieza la espiral descendente. Amo, deseo la fertilidad de la tierra. ¡Cómo he añorado el sur de Francia este año! Lo mismo me ocurre ahora.

He censurado firmemente a L.M. por la comida y la ropa. Tiene un «complejo» con la comida. J. y yo hemos leído *Mansfield Park* y hemos disfrutado mucho. Me pregunto si J. está tan satisfecho como parece. Parece demasiado bueno para ser verdad.

6 de enero. Primer cuarto de luna. *Jour de fête*. Se desmonta el árbol de Navidad.

He pasado muy mala noche y no he dormido tan profundamente como para soñar.

Por la mañana, todo blanco, todo apagado y frío, y seguía nevando. Mientras esperaba en mi habitación he estado observando los enormes esfuerzos de un pajarillo por picotear a través del hielo para llegar a la sabrosa carne del coco. Lo consiguió. Pero ¿por qué tiene que esforzarse tanto?

Mi corazón ha estado mal durante todo el día de hoy. Es el frío. Lo siento congestionado y estoy intranquila, más bien es mi cuerpo el que se siente así, desagradable sensación. Toso.

He leído a Shakespeare, he leído *Cosmic Anatomy* y el Diccionario Oxford. He escrito. Pero ni mucho menos lo suficiente.

W------- vino a tomar el té por la tarde. Sospecho que es tímido, temeroso y profundamente bondadoso. La *simiente* se esconde en la profundidad de su espesa sustancia. Este comentario no es sentimental. Al irse me deseó sol. Su deseo me pareció que contenía fuerza y que era una bendición. Uno no se suele equivocar en estas cosas. ¡*Lleva* calcetines de color

verde guisante y rojo! J. llegó después de esquiar, excesivamente guapo; casi una aparición gloriosa. Nunca he visto una figura más *espléndida*.

Llevo mi anillo en el dedo medio para acordarme de no ser tan vil. Veremos…

7 de enero. Ha dejado de nevar y ha aparecido un cielo azul profundo, casi como una genciana. La nieve se ha acumulado en los árboles, grandes montones de nieve como nata batida. Ha hecho mucho frío pero todo estaba, supongo, muy hermoso. Así es.

Mis pájaros han iniciado una serie de ataques mínimos al coco, pero sigue helado. He leído *Cosmic Anatomy*, Shakespeare y la Biblia. Jonás, muy bonito lo de la calabaza, también sobre su viaje, «pagando el precio del mismo».

He seguido escribiendo mi relato, pero no he terminado la parte de la fiesta como debía haber hecho. ¡Qué *pésimo* no haberla terminado! Larga conversación con L. M. y de repente la he vuelto a ver como un personaje de un relato. Se disuelve en tantos relatos. ¡Podría escribir *libros* solo sobre ella!

Tuve un largo sueño. Chummie era joven de nuevo, y también Jeanne. Nuestra madre vivía. Pasábamos por varias habitaciones desconocidas; subiendo en ascensores, entrando en salones. Todo resultaba ligeramente ajeno.

8 de enero. Toda la noche he soñado que visitaba casas, habitaciones vacías, n.º 39, ascensores subiendo y bajando, etc.

La nieve cae intensamente, más intensamente que nunca. Hipnotiza. La miramos, calculamos vagamente cuánta habrá caído y cuánta va a caer; y volvemos a contemplarla. He vendado los dedos de J. Llegó *The Mercury* con «En la bahía». Estoy *muy* descontenta.

Por la tarde J. y yo hemos jugado a cartas, con nueces como

fichas. He recordado cómo solía jugar con gran concentración —¡con qué sentimiento!— en la sala de estar de Carlton Hill mientras T. tocaba el piano. Pero no ha significado absolutamente *nada*. Lo que verdaderamente importaba era que J. me diera una mala nuez y yo le pagara con la misma mala nuez.

Después del té hemos hecho punto mientras hablábamos, y después hemos leído. Ociosos, limitados por la nieve. Parece que no hay nada que hacer mientras dura este tiempo.

He recibido una carta de *The Sketch* pidiéndome mi trabajo. Tengo que obedecer. Ayer J. y yo hablamos sobre París y él entendió perfectamente. Esto demuestra que se debe *estar tranquilo y explicar* y decir la VERDAD. ¡Algo para recordar!

9 de enero. Nieve. La valla de la huerta casi ha desaparecido. Ha venido H. y ha dicho que hay entre dos y dos metros y medio de nieve. Estaba muy alegre y amistoso. Hablando sin reservas de la señorita S------ ha dicho: «Bueno, la verdad es que no es normal. Y a quien no es normal yo le llamo *loca*. Es poco convencional, por decirlo de algún modo, y la gente que es así no beneficia a nadie más que a sí misma». Cuando dijo «loca» se le puso una mirada, un destello de poder, y balanceó el estetoscopio, luego cogió mi abanico y lo abrió con un chasquido.

He leído, he hecho punto y he jugado con los naipes y las nueces. Una larga carta de S. Deseo creer todo lo que dice sobre mi relato. Él *sí* que ve lo que intento decir. No lo ve como una serie de acontecimientos triviales acumulados sin más. Eso me basta para estarle profundamente agradecida; porque ve más que los demás. Pero sigo deseando escribir algo que contenga toda mi fuerza, todo aquello de lo que soy capaz.

10 de enero. He soñado que estaba de vuelta en Nueva Zelanda.

Hoy me he levantado. Hacía buen tiempo. Brillaba un sol que ha derretido los últimos rastros de nieve en el tejado. Las gotas no eran como gotas de lluvia, sino mayores, más suaves, más exquisitas. Me permiten darme cuenta de lo mucho que amo la tierra fértil y odio este frío sucedáneo dominado por la nieve.

Unos hombres estaban trabajando en la calle nevada, intentando levantar un poste telegráfico. Antes de empezar han tomado el almuerzo que llevaban envuelto en un papel, sentados a horcajadas a lo largo del poste. Es muy bonito verles compartir la comida. Verles cortar el pan y pasar la barra, sobre todo verles cortar el pan como se hacía antiguamente, con una navaja. Después uno se ha encaramado a un árbol y se ha sentado entre las ramas trabajando desde allí mientras el otro le subía las herramientas. El que estaba en el árbol se ha transformado en una especie de pájaro, como ocurre con las personas en los árboles; riendo entre dientes, riendo a carcajadas, asomándose entre las ramas, descuidado. *At-tend! Ar-rêt! Al-lez*!(51)

11 de enero. De nuevo en la cama. He oído de Pinker que *The Dial* ha aceptado «La casa de muñecas». He escrito y he terminado «Una taza de té». He tardado unas 4 o 5 horas. Por la tarde ha venido M. Tenía un aspecto fascinante con su traje negro, mitad obispo mitad mosca. Ha hablado de mi «precioso pequeño relato» en *Mercury*. Durante todo el tiempo que ha estado aquí he sido consciente de la falsedad reinante. Hemos dicho cosas que creemos; hemos sido sinceras, pero en el fondo no había más que falsedad. Fue horrible. No deseo volver a verla ni volver a oír una palabra más sobre ella. Cuando dijo que no vendría a menudo, tuve ganas de gritar *Finito*! No, no es amiga mía.

No hay sensación comparable a la de haber escrito y terminado un relato. No me pude dormir, pero ya no importaba

nada. Ahí estaba, *nuevo* y completo.

Soñé anoche con un viaje a América.

12 de enero. Día infame y frío. Ha llegado el paquete de M. pero comparándolo con el exquisito abrigo de A…

J. y yo hemos «mecanografiado». Detesto dictar; pero el relato me sigue pareciendo bueno. ¿Lo es?

Ni un instante, en el fondo de mi mente, se adormece o duerme la idea de París, y empiezo a planear lo que haré *cuando*… ¿Será verdad? ¿Qué tendré que hacer para expresar mi agradecimiento? Deseo adoptar a un recién nacido ruso, llamarle Antón y criarlo como si fuera mío, con K. como padrino y Madame Chéjov como madrina. Así es mi sueño.

Hoy no me siento tan pecadora como solía porque he escrito algo y la marea está alta. Se han superado las marcas del pasado. ¡Ah! ¡Qué daría por escribir mejor! Permíteme escribir mejor, más profundamente, más ampliamente.

Siniestros carámbanos cuelgan como un friso en la parte de fuera de las ventanas.

13 de enero. Noticias de B. Su carta es bastante terrible. Revivía el pasado inexplicable. Me ha venido a la cabeza como un destello que también ella debe tener un importante número de cartas mías en las que sería mejor no pensar. La verdad es que la temo. Ya la temía en la rue de Tournon. Observé entonces una temeridad extraña en su actitud y en su tono que me hicieron ver que no se detendría ante ningún límite. Pero a la vez, sin duda, resulta fascinante.

He escrito a K. He empezado un nuevo relato, pero avanzaba excesivamente lento. J. ha mecanografiado lo mío. Vuelvo a estar atrasada con la correspondencia. Las cartas son la verdadera *maldición* de mi existencia. Detesto escribirlas, tengo que hacerlo. Si no lo hago, ahí quedan: las grandes verjas de la

culpabilidad impidiéndome avanzar.

Vino H. y sugirió que el desajuste de mi corazón se debe a una incapacidad de dilatar el diafragma. Si es así, ¿por qué no aprender a dilatarlo?

14 de enero. Hoy me he levantado y me he encontrado mejor. Un frío intenso.

Por la tarde vino M. Estuvimos las dos solas. Llevaba un gorro azul pequeño sujeto por la barbilla con un cierre de diamante. Parecía un dibujo muy antiguo. Sugirió que si me curaba del todo tal vez dejaría de escribir…

Anoche soñé que estaba en un barco al que iban a romper los mares más soberbios y más sobrenaturales (en el sentido celestial de la palabra). Profundas olas de color azul casi violeta con crestas de espuma que caían sobre el azul en largas ondas. Fue una visión maravillosa. El sueño se centraba en Chummie. Se había casado sin permiso con una chica, y nuestros padres estaban desesperados. «Comprendí» que así iba a ocurrir; qué habría ocurrido de no haber muerto.

Wingley se precipitó hoy contra la ventana de los pájaros.

15 de enero. He soñado que estaba de compras, comprando ropa interior en Cook y después en Warnock.[19] Pero el sueño terminaba de un modo *horrible*.

Otro día frío, sin sangre. Me he levantado pero todo ha resultado difícil. Por la tarde J. ha bajado de la montaña y ha regresado al anochecer con una carta para mí de M.; una carta tan generosa, tan dulce, que me avergüenzo de lo que dije y pensé el otro día.

Hoy he trabajado con desasosiego; ni la mitad de lo que hubiera deseado. Podría haber escrito un relato entero. Por vez primera he visto un pajarito crestado exquisito. Su llamada es un trino, un estremecimiento extraordinario y delicioso. Pero

era muy tímido y no ha tenido el coraje de parar y comer. He visto a gente en trineos y arrastres. La nieve es muy *azul*. Esta mañana al amanecer los carámbanos tenían el color del ópalo: azul encendido con fuego. M. nos ha prestado *Will Shakespeare*. ¡Verdaderamente desastroso! Más me vale conservarlo como referencia.

16 de enero. Un sueño maravilloso y agradable sobre París. Todo salía tan bien. El doctor y sus amigos; todos en el mismo ambiente. Un ambiente bueno, afectuoso, calladamente feliz. No recuerdo un sueño más agradable.

Pero el día no ha sido agradable. Al contrario. Ha nevado intensamente, ha hecho un frío penetrante y mi congestión está peor que nunca. He tenido dolor y malestar todo el día. Me cruje el pulmón. No he trabajado nada. Después del té me he quedado simplemente dormida de pura inercia. Hoy estoy en un abismo de desaliento, y como cualquiera en un lugar tan feo, estoy fea, me siento fea. Es el triunfo de la materia sobre el espíritu. No puede ser. Mañana escribiré un relato a cualquier precio. Es la primera resolución que tomo… en este diario. No me atrevo a faltar a ella. Ayer le llegó a J. la carta de Tomlinson. Una carta muy hermosa, para no olvidar. Pero ¿por qué soy tan *mala*?

17 de enero. Chéjov se equivocó creyendo que si hubiera tenido más tiempo hubiera escrito más ampliamente, hubiera descrito la lluvia y la comadrona, y al médico tomando té. La verdad es que una historia puede contener solo *una cantidad determinada de información*; siempre se tiene que sacrificar algo. Se tiene que omitir lo que se sabe y se desea utilizar. ¿Por qué? No tengo ni idea pero así es. Se da siempre una especie de urgencia por incluir todo lo posible antes de que *desaparezca*.

Pero el tiempo no tiene nada que ver con esto. Sin embargo,

espero. Ni siquiera ahora lo entiendo. Yo misma vivo perseguida por el tiempo. La única ocasión en que al escribir me he encontrado a gusto fue al escribir «Las hijas del difunto coronel». Al final me sentí tan terriblemente desgraciada que escribí todo lo rápido que pude por miedo a morir antes de enviar el relato. Solo así se pudo hacer.

18 de enero. H. es un hombre digno de recordar. Aquel día en el té. La señora M. ante una inmensa tetera de plata, recipientes y grandes platos. El pastel *adornado*; hay que recordar aquel pastel. «Es una pena cortarlo» y la manera en que la vieja mano agarró el cuchillo con total calma. H. echado hacia atrás, juntando dos pedazos de pan y mantequilla. «¿Más té Jim?» «No, gracias. Sí. Media taza.» Sirviendo de la tetera a la taza, el dedo gordo en el pomo. «¿Y cómo está?» «¡Sangrando como un cerdo!» «¡Dios mío!», dice ella recogiendo el pañuelo de puntillas en su regazo. «Lo siento mucho.»

H. siempre colecciona algo; siempre lo hará. Porcelana, plata, «cualquier artículo viejo que se me pone delante». Tiene afición a la música y colecciona violines. Sus sentimientos hacia sus hijos son tan *tiernos* que resulta penoso. No lo puede comprender.

También hay que recordar su extraordinaria inseguridad. El mundo se mece por debajo de él, y solo cuando se coloca aquel estetoscopio puede imponer la ley. *Entonces* sí que la impone. «Yo lo que digo es que está loca. Que no es normal. Y a una persona que no es normal yo la llamo *loca*, *mal de la cabeza*.» Y su voz suena orgullosa; se oye lo que no dice: «Soy un hombre sencillo, sabes…».

Me temo que también en él se da una vena de tremendo cinismo. Cree además que todo acaba convirtiéndose en ceniza. Le gusta acudir a la iglesia, participar, cantar lo que cantan los

demás, arrodillarse, entonar las respuestas. Es algo que le tranquiliza. Pero cuando ha terminado y está en casa y huele a carne de buey, le vuelve la inquietud. Imagino que de niño les arrancaba las alas a las moscas. Y sigo viendo que su final será el suicidio, sumido en una especie de melancolía, y en un «nadie me quiere» y «vais a ver si no».

20 de enero. He escrito a De la Mare. No entiendo por qué me supone un esfuerzo tan enorme escribir a las personas a las que quiero. No me cuesta nada escribir a quienes realmente no me importan. Pero llevaba semanas pensando en D., deseando, queriendo escribirle pero algo me sujetaba la pluma. ¿Qué era? Una vez se empieza y se empieza de verdad, resulta sencillísimo… En esta carta le he dicho lo mucho que pensaba en él. Supongo que es consecuencia del aislamiento decir honestamente que todos los días pienso en De la Mare, Chéjov, Kotelianski, Tomlinson, Lawrence, Orage. Son parte de mi vida.

Por fin me he acostumbrado más o menos al dolor. A veces me pregunto si es mayor o menor de lo que ha sido; pero no espero vivir sin él. Tengo la sospecha —a veces la certeza— de que la verdadera causa de mi enfermedad no son en absoluto mis pulmones, sino alguna otra cosa. Y si se diera con ella y se curara, todo lo demás sanaría.

21 de enero. *Cumpleaños de la abuela*. ¿Dónde está aquella fotografía de mi querido amor apoyada contra el hombro de su marido, con el pelo dócilmente dividido en dos y los ojos mirando a lo alto? Me encanta. Deseo tenerla. En primer lugar porque mi madre me la dio cuando me quería. Y mucho más importante, porque es *ella*, mi abuela, joven y hermosa. Aquel brazo. La manga de un bebé. Incluso el lazo de terciopelo. Tengo que volver a verlos.

Y algún día tengo que escribir largo sobre mi abuela, en

especial sobre su belleza en el baño, cuando tenía unos sesenta años. Secándose con la toalla. Recuerdo ahora lo hermosa que me parecía. Y su ropa interior delicada, su cuello, su perfume. En realidad aún no la he descrito nunca. ¡Paciencia! Ya llegará el momento.

22 de enero. Mis sentimientos en torno a Ernestina son vergonzosos. Pero ahí están. Su andar, su mirada, su nariz que parece atornillada, su intensa estupidez, sus muñecas; me repugnan. Está muy *mal*. Porque se da cuenta, estoy segura. Cuando hablamos a solas se sonroja de una manera que no me parece natural. Creo que mis pensamientos afectan su autoestima.

Lumbago. Es algo muy extraño. Tan repentino, tan doloroso. Tengo que recordarlo cuando escriba sobre algún viejo. La iniciativa de levantarse, el descanso; la mirada furiosa y cómo de noche, tumbado en la cama, uno parece que está *bloqueado*. Moverse es una agonía; hasta encontrar alguna forma de hacerlo. ¡Pero esta sensación de total indefensión primero es en las piernas!

23 *de enero*. *¿París*? El recuerdo del sonido del viento; la peculiar infelicidad que se puede llegar a sentir mientras sopla el viento. Además está el viento suave y cálido de primavera en busca del corazón. El viento al que yo llamo el Viejo de los Días y que sopla aquí de noche. El viento que sacude el jardín cuando anochece y se sale corriendo en su contra.

Polvo. Volviendo la espalda a un viento alto y opresivo. Andando por el Paseo Marítimo cuando el viento lleva el mar hasta allí. El de verano, tan juguetón, que se mece y balancea aquí en las ramas. O el viento entre la hierba haciéndola estremecer. Es algo que me conmueve con una emoción que nunca he podido entender. Siempre veo un campo, un caballo

joven y allí está la chica danesa, muy rubia, contándome algo sobre su padrastro. El nombre de la chica es Elsa Bagge.

24 de enero. He escrito y terminado «Toma de hábito». Finalmente me costó tres horas escribirlo. Pero llevaba semanas, no, meses, creo, pensando en el *décor*(52) y demás. No alcanzo a explicar lo agradecida que estoy de haber nacido en N. Z., de conocer Wellington como lo conozco y de que forme parte de mí para poder recorrerlo. Me resulta tan fácil escribir sobre el convento; supongo que no he estado en el lugar más que dos veces pero es uno de los lugares que sigue tan vívido como siempre. No debo olvidar el nombre de la *señorita Sparrow*,[20] ni el de *Palmer*.

25 de enero. He jugado a cartas con J. Disfruto viéndole ganar. Cuando jugamos me hace muecas, el mismo tipo de muecas que solía hacer Chummie. Creo que nunca le quiero tanto como cuando lo hace.

Hoy hablábamos de la personalidad del gato y decíamos que tendríamos que ponerlo por escrito. La verdad es que se ha vuelto tan persona que parece capaz de hablar. Tengo la impresión de que realmente habla; que cuando está callado es que se está haciendo el remolón antes de empezar. Tal vez el momento que resulta más enternecedor es cuando toca el violín con cuerdas de lana o cuando se sienta al piano y toca Nelly Bly. Pero su amor por Isabel, su pequeña vida entera y completa junto a las nuestras, se tendría que relatar. Aunque no seré yo quien lo haga.

26 de enero. Pinker escribe para decir que *The Nation* ha aceptado «La casa de muñecas».

Estoy segura de que la meditación es la cura para la enfermedad de mi mente, para su falta de control, por ejemplo.

Tengo una mente muy sensible que recibe gran cantidad de impresiones, y esa es la razón por la que soy capaz de tal entusiasmo *y* de tal desánimo.

27 de enero. Vino M. vestida con su traje de lana. Me siento sujeta a una extraña ley del destino cuando estoy con ella. Siempre parece que estemos hablando de cosas materiales. Es algo que me aburre y disgusta porque me parece una pérdida de tiempo, y sin embargo siempre volvemos a ellas. M. estaba echada sobre los almohadones, hablando. Tenía un aire ausente. Hablaba de lo estupendas que eran las mujeres… y estuve a punto de cometer una indiscreción. Pero me contuve. ¡Gracias a Dios!

He tenido dolor, dolores intensos durante todo el día. Me duele por todas partes. Casi no puedo ponerme de pie. Parece imposible que me vaya el lunes.

28 de enero. Estos preparativos para la huida resultan casi increíbles. La única forma de mantener la calma es jugar a cartas. J. y yo nos sentamos el uno frente al otro. Siento que estamos terriblemente unidos. Y jugamos y nos reímos y eso parece que nos mantiene unidos. Mientras dura el juego, allí estamos. Una sensación extraña…

29 de enero. Ha venido H. Dice que mi pulmón derecho está prácticamente bien. ¿Puedo creerme esas palabras? Que el otro está mucho mejor. *Él* cree que el corazón me dará muchos menos problemas viviendo en un lugar menos elevado. ¿Puede ser verdad? Estaba muy optimista hoy; como si la tuberculosis no fuera ya un azote. Como si la enfermedad se curara en la mayor parte de los casos. ¿Es esto una fantasía?

He ordenado mis papeles. He roto y he destruido sin contemplaciones. Es siempre una gran satisfacción. Cada vez

que me preparo para un viaje me preparo como para la muerte. Dejo todo en orden por si no volviera nunca. Es lo que me ha enseñado la vida.

Al atardecer escribí a O. sobre su libro. Me ha costado una semana escribir la carta. Tengo la sensación de que J. y yo hemos pasado muchos ratos del día jugando a cartas. Siento que hay mucho amor entre nosotros. Amor tierno. ¡*Que no cambie*!

30 de enero. El domingo cayó una tremenda nevada. El lunes fue el primer día de invierno *realmente* perfecto. Creo que fue ese día cuando la felicidad entre J. y yo alcanzó su apogeo. No podíamos sentirnos más felices; eso sentimos. Sentados un momento en el balcón del dormitorio, por ejemplo, o avanzando en el trineo entre masas de nieve amontonada. Además estaba tan guapo; sin sombrero, paseando de un sitio a otro con las manos en los bolsillos. Se pesó. 64 kilos. En la sala de espera había un armonio. Entonces fui tras un beso, rápido pero no apresurado…

El camino a Sierre fue precioso. No dejé de pensar en si estaba viendo todo aquello por última vez; los arbustos nevados, los árboles sin hojas. «Echo de menos los bollos.»

31 de enero. Viajar es terrible. Todo resulta tan sórdido, y el tren me destroza. Los túneles son el *infierno*. Me asusta viajar.

Llegamos a París tarde, pero la ciudad estaba muy hermosa, como saliendo del agua. Por la noche me asomé y vi *a los hombres con linternas*. El hotel, una vez más, muy sórdido: mondaduras de fruta, papeles tirados, botas, mugre, mal humor. Al atardecer he visto a Manoukhin. Pero mientras iba, no, incluso antes, comprendí que mi corazón no estaba en ello. Me siento dividida, enfadada y carente de virtud. L. M. y yo tuvimos una de nuestras famosas peleas, y me dirigí a una casa

equivocada. Son dignas de recordar las carreras y risas dentro de la casa cuando llamé a la puerta. M. tenía como intérprete a una chica coja. Dijo a través de ella que me curaría del todo. Pero no lo creí. De repente todo me pareció feo y carente de importancia. Pero el piso era bonito: las cortinas rojas, el reloj de pared de mármol, las pinturas de señoras con el pelo empolvado.

1 de febrero. A las 5.30 fui a la *clinique* y vi al otro hombre, a D. Le pedí que me explicara el tratamiento y demás. Lo hizo. Pero antes, al aproximarme a la puerta, se abrió y se vio el recibidor, muy claro, con la sirvienta, que llevaba un pequeño mantón, sonriendo y sujetando la puerta. Un hombre cruzó rápidamente el recibidor llevando lo que me pareció una *cruz* de hojas verdes. De pronto los brazos de la pequeña cruz se movieron débilmente y vi que era un niño pequeño atado a una bandeja de madera. Mientras esperaba me llegaron voces de la otra habitación, voces muy altas, la de M. por encima de las demás: *Da! Da*! Y a continuación un interrogatorio: *Da*? Tengo la impresión de que M. es un hombre verdaderamente bueno. Tengo también la impresión mezquina (utilizo la palabra «mezquina» intencionadamente) de que es una especie de impostor sin escrúpulos. Una prueba más de mi naturaleza dividida. Todo está en desunión. Mitad abucheos, mitad vítores.

Sí, eso es. Para hacer cualquier cosa, para ser cualquier cosa, uno debe recogerse en sí mismo y «fortalecer la propia fe». De un ser desunido no puede salir nada valioso. Solo por casualidad escribo a veces algo menos malo, y en tales casos su valor es solo superficial; nada más. Pero hay que recordar que escribí «Las hijas [del difunto coronel]» en Mentone, en noviembre, cuando no estaba tan mal como de costumbre. Intenté entonces con todas mis fuerzas ser buena. Aquí lo

intento y no lo consigo, y el hecho de ser consciente de ello hace que cada uno de mis fallos sea muy importante, cada uno un *pecado*. Si, en combinación con el tratamiento de M., me tratara a mí misma, hiciera un esfuerzo para deshacerme del abatimiento; llevara una vida respetable y, sobre todo, rectificara mi relación con L. M.… Soy *falsa*. Soy también profundamente egoísta, hasta el punto de que me ha costado mucho reconocerlo por si se encontraba este libro. Incluso mi estar bien es una especie de oportunidad para la *vanidad*. No hay nada peor para el alma que el egoísmo. De ahí que…

3 de febrero. Fui a M. a recibir tratamiento. Me ha dejado una curiosa impresión. El precioso gesto de M. al entrar en la habitación fue perfecto. Pero D. me ha gritado en exceso, ha puesto su cara contra la mía, me ha hecho preguntas *indecentes*. Esto es lo horrible de estar enferma. Hay que soportar que se aireen los secretos íntimos y que se contemplen con frialdad. D. es un verdadero francés. *Êtes- vous constipée*?(53) ¿Podré olvidar estas cosas algún día así como la guata de su corbata asomando por encima de su chaqueta blanca? M. se sienta aparte, fumando, y su cabeza; que tiene una forma curiosa —cualquiera, todo el tiempo, es consciente de ello como se es consciente de un instrumento— cuelga hacia delante. Pero M. es radicalmente distinto. Desea dar seguridad. *Pas de cavernes*. (54)

Palpitaciones desde el momento en que me instalé en la mesa hasta las cinco en punto. Cuando sentí que me venían, mientras me torturaban los rayos; tan solo me sentí horriblemente insensible. Pensé: bueno, si me mata; ¡que me mate! *Voilà*! Esto prueba lo *mala* que soy.

4 de febrero. Massingham acepta la idea de un relato normal. Oído de K.: un relato sobre «gente». Ha hecho un día más bien

horrible. Me he encontrado mal, y por la noche he tenido uno de mis terribles ataques de mal humor a propósito de un paquete. ¿Cómo es posible ser tan indisciplinada?

Noticias de J. diciendo que seguirá en Montana. En su carta se respira el alivio por la falta de tensión. Es notable. No cree ni una palabra de M. y habla de venir a «buscarme» en mayo. Bueno, si estoy algo mejor se acabará eso de *buscarme*. Estoy decidida a ello. La carta me tuvo despierta hasta muy tarde. ¡Y mi ciática! Debo dejar constancia, por si algún día desaparece, de lo que llega a doler. Recordar: atribuírselo a alguien en algún relato algún día. L. M. es una figura muy trágica. A recordar: sus ojos; las pupilas oscuras, negras, y su blancura. Incluso su pelo parece crecer pálido. Dobló la manta y la sostuvo en brazos como si fuera un bebé.

5 de febrero. He trabajado en mi relato, he leído a Shakespeare y a Goethe; he pensado y rezado.

Hoy ha sido un buen día de invierno. Pero me he encontrado enferma y no he podido hacer nada más que estar echada y quieta todo el día. Este viaje a París ha sido mucho más importante de lo que parecía. Ahora empiezo a verlo como el resultado, como el fin de todas aquellas lecturas. Me refiero a que incluso afecta a *Cosmic Anatomy*. Se ha construido algo, una balsa, frágil y no muy apta para navegar; pero que servirá. Antes, cuando estaba «sola» —quiero decir durante mi enfermedad— era como si me hubieran echado al agua, y ahora algo me sostiene. Pero queda mucho por hacer. Se necesita mucha disciplina y meditación. Por encima de todo, es importante seguir trabajando. He oído de Pinker que Cassells ha aceptado «Una taza de té».

He pensado en las mujeres francesas y en su desvergonzada confianza en el poder del sexo.

6 de febrero. Cartas de B. y J. La carta de B. es la más hermosa que he recibido jamás. Me ha dado un extraño sobresalto ver que J. ni siquiera pregunta cómo van las cosas. Una carta pueril como tantas otras, pero absolutamente impersonal. Se la podía haber escrito a cualquiera. Es cierto que estaba apremiado por la salida del correo. Pero… eso es porque está solo. ¿Me invento yo a J.? ¿Agradece poder hundirse de nuevo en su propia identidad? Siento el alivio en cada línea. No existe tensión alguna; nada que lo ate. Pues que continúe así. Pero no alquilaré una casa en ningún sitio. También yo seré libre. (Escribo exactamente lo que siento.) En este momento no quiero volver a ver a J. Le rogaré que no venga. Ahora se siente como un pez que ha logrado escapar de un anzuelo.

Un mal día. Me siento enferma de una manera confusa; dolores horribles y demás, debilidad. No he podido hacer nada. La debilidad no era solo física. *Tengo que curarme a mí misma* antes de conseguir estar bien.

Sí, eso es lo importante. Algo que no exige atención alguna. Es algo que debo hacer sola y de una vez. Es la causa de que no mejore. No *controlo* mi mente. Pierdo el tiempo, cedo, me hundo en la desesperación.

9 de febrero. Un día miserable. Por la noche he pasado horas pensando en los males del desarraigo. Cada vez que se deja un lugar, se deja morir algo precioso que no debería acabar.

10 de febrero. No fui a la *clinique* debido a de un resfriado. He pasado el día en la cama leyendo periódicos. La sensación de que alguien se me acercaba es demasiado intensa como para poder trabajar. Ha sido como estar sentada en un banco al final de la avenida larga de un parque viendo a lo lejos cómo alguien se acerca. Ella intenta leer. Tiene el libro en las manos, pero todo es una tontería, y el libro podría incluso estar al

revés. Lee los anuncios como si fueran parte de los artículos.

No debo olvidar la larga conversación que tuve la otra tarde con L. M. sobre el *odio*. ¿Qué es el odio? ¿Quién lo ha descrito y cuándo? ¿Por qué lo siento hacia ella? Dice: «Es porque no soy nada, he reprimido todos mis deseos hasta tal punto que ya no tengo deseo alguno. No pienso. No siento». Yo contesto: «Si te cuidaran y quisieran durante una semana, te recuperarías». Y es cierto, y me gustaría hacerlo. Creo que debería hacerlo. Pero no lo hago. La maravilla es que ella lo entiende. Nadie más en el mundo podría entenderlo.

Y durante toda la semana tuvo su pequeño rincón. «¿Puedo entrar en mi pequeño rincón esta noche?», pregunta tímidamente, y yo contesto —tan fría, tan cínica— «Como quieras». Pero ¿qué haría yo si no viniera?

J. ha llegado a primera hora de la mañana. A la media hora parecía que llevara aquí mucho tiempo. Pero me pesa que haya venido por asuntos *suyos*. Ya sé que es bueno para ambos. Fuimos juntos a la *clinique*. Árboles desnudos sin hojas. Un brillo magnífico en el cielo: las ventanas con destellos de fuego. M. ha dibujado mi corazón. Hubiera deseado que no lo hubiera hecho. Me persigue el horrible dibujo, el pensar en mi corazón como una gota de mucho peso en mi pecho. Pero es buen médico.

12 de febrero. Colocamos las figuras del ajedrez y empezamos a jugar. Un día inestable. L. M. entrando y saliendo sin hogar, sin lugar propio; girando como una hoja por esta travesía oscura hasta llegar a la dura calle.

J. ha leído a Chéjov en voz alta. Yo había leído a solas una de las historias y no me impresionó. Pero leída en voz alta resultaba una obra maestra. ¿Cómo es posible?

Quiero recordar el atardecer anterior. Yo estaba dormida. Él entró; metió la cabeza por la puerta y *cuando* me desperté no lo

reconocí. Vi una cara que me recordó a su madre y a Richard. Pero sentí de inmediato una especie de miedo y confusión. Supe que tenía que haber reconocido aquella cabeza, que era la suya, aunque él no estaba, por así decirlo, presente. Creo que es lo que sienten las personas que han perdido la razón, con respecto a las caras que se les acercan, y lo que sienten las personas muy, muy viejas con respecto a los niños. Y eso explica las miradas a veces estúpidas y ofendidas de sus rostros. Creen que no está bien que no conozcan.

13 de febrero. Me he encontrado enferma todo el día. Sensación de confusión violenta en la cabeza y el cuerpo. Me siento más enferma que nunca, o eso parece.

J. salió y compró una tetera y algo más; organizó una partida de ajedrez y la empezamos pero mis dolores de espalda y demás hacen que mi prisión sea casi insoportable. Consigo levantarme, vestirme, aparentar que llego hasta el restaurante, y volver sin que se me descubra. Pero eso es literalmente todo lo que puedo hacer. En todo lo demás me siento como un escarabajo encerrado en un libro, tan atrapada que no me es posible más que estar tumbada. E incluso el estar echada se convierte en una especie de agonía. Lo peor es que he vuelto a perder la esperanza. No creo, no puedo creer que esto vaya a cambiar. He vuelto a bajar del barco y el mar me arrastra de un lugar a otro.

14 de febrero. Otro día infernal. Pero J. ha encontrado unas pastillas que me alivian la garganta y parece que tienen un efecto calmante en mi corazón.

Tuve uno de mis sueños perfectos. Estaba en el mar, navegando con el parasol abierto a un simple «chaparrón» de viento. El mar celestial, el cielo, la tierra, el parasol rosa; el barco rosa pálido.

¡Si pudiera recuperarme de mi desánimo! ¡Pero quién me va a ayudar a ello! Ahora que L. M. va a estar más ocupada, con toda mi ropa y las cosas que hay que guardar y sacar, además de tener uno o dos cestos para la colada. El esfuerzo agota las pocas fuerzas que me quedan. Para las cinco estoy acabada y tengo que volver a la cama.

Un día muy monótono. Los canarios cantan. He estado leyendo relatos de Bunin. No es un alma benévola, pero me gusta leerlo… es una lectura que absorbe.

17 de febrero. He ido a la *clinique*. Me ha parecido que allí todo iba mal. M. estaba distraído y un poco enfadado. D., como siempre, ausente. Pero esto no significa nada. Me ha parecido que había ocurrido algo o que algo se estaba fraguando.

Allí la sirvienta es una mujer guapa y rolliza con una sonrisa arrebatadora. Tiene los ojos grises. Se ondula el pelo hasta formar un pequeño flequillo y lleva puesto un chal gris, un delantal y un par de botas más bien altas; camina ligera y abre la puerta sujetando el chal con una manita rechoncha.

Febrero

[Lo que sigue es una lista de relatos aparentemente ordenados para su inclusión en un volumen. Los anotados en la segunda columna son los que ya están escritos; los de la primera columna los que están por escribir. De todos ellos solo llegó a concluir uno: «La mosca». Algunos fragmentos de los demás están publicados en *El nido de la paloma y otros cuentos*.]

The Major and the Lady	«Una taza de té»
(¿Viuda?)	[11 de enero de 1922]
	«Toma de hábito»
The Mother.	[24 de enero de 1922]
La mosca.	«La casa de muñecas»
An Unhappy Man.	[24-30 de octubre de 1921]
Lucien	
Down the Sounds.	

A Visit.
Sisters.
The New Baby.
Confidences.
The Dreamers.
Aunt Fan.
Sinceridad.
Best Girl.

20 de febrero. He terminado «La mosca».

1 de mayo. ¿Qué me traerá este mes querido?

3 de mayo. *París*. Hoy tengo que empezar a escribir para Clement Shorter, doce «trabajos» de dos mil palabras cada uno. Pensé en los Burnell, pero no, no me parece adecuado. Mucho mejor los Sheridan: las tres chicas, el hermano, el padre y madre y todo lo demás, acabando con una larga descripción de la boda de Meg con Keith Fenwick. Bueno, he ahí la primera en volar del nido. Las hermanas Bead que llegan para quedarse. La sábana blanca en el suelo cuando se prueba el vestido de boda. Pero lo importante es: ¿por dónde empezar? Mi verdadero deseo es lanzarme a ello.

Meg estaba jugando. No creo que deba empezar por ahí. Me da la impresión de que el primer capítulo debería ser la vuelta a casa de la madre. Lo demás puede ir después. Y en el capítulo del juego lo que quiero destacar más que nada es: ¿cuál es la verdadera vida; aquella o esta? Última hora de la tarde, estos pensamientos: el jardín, la belleza, cómo pasa todo y cómo el final parece llegar tan pronto.

Y a continuación de nuevo aparece el querido pájaro —siempre me han gustado los pájaros—. ¿Dónde está el tipejo?…

¿Qué es lo que tanto me conmueve? ¡Qué significa esta búsqueda tan feliz y tan dulce! Y parece haber un momento en que está todo por descubrir. Sí, esa es la sensación…

Lo extraño es que solo me acuerdo de lo mucho que he olvidado cuando oigo ese piano. El jardín del Casino, los pensamientos azules. Pero ¿cómo voy a escribir este relato?

[Sigue el párrafo con el que se inicia el relato.]

«La última hora de la tarde era preciosa en Port Willin. Había un momento en que todo el pueblecito parecía estremecerse bajo aquellos últimos rayos luminosos. El puerto tenía el brillo del oro, las ventanas del gran hospital en Clifton Hill destellaban fuego. Solo eran de plata las palomas volando muy por encima de Post Office Square y los penachos de humo que salían de los incendios del atardecer.»

[Una carta no enviada.]

Mayo. Solo una línea para decirte que J. y yo tenemos tanto trabajo este verano que hemos decidido que cuando nos vayamos de aquí (finales de este mes) iremos al Hotel d'Anglaterre, Randogne. ¿Te sorprende? En verano, en junio y julio, el lugar es muy hermoso, lo sé. Solo necesitaríamos un día para instalarnos y una mirada a las montañas para ponernos a trabajar. Cualquier otro plan es demasiado difícil; Alemania y demás. No disponemos, literalmente, de tiempo para descubrir nuevos lugares y acomodarnos. Además, también estaremos cerca de Elisabeth. Pensamos pasar el invierno en Bandol en el Beau Rivage. Lo primero que voy a hacer ahora es contratar a una criada. No puedo pasar sin ella. Simplemente no tengo tiempo para ocuparme de todo, y, como sabes, no puedo soportar el «desaliño» … No comentes nuestros planes por azar, por favor.

Hay aquí un pianista profesional soberbio. Toca durante casi

todo el día y compone su propia música. *Au revoir*.

K. M.

[En mayo K. M. se fue de París para pasar el verano en Suiza con la intención de volver a París en octubre para someterse a una segunda tanda del mismo tratamiento que había sido (o eso parecía a los ojos de un observador externo) muy beneficioso para ella. Cuando volvió a Suiza, y el médico que la había tratado anteriormente la examinó, se quedó atónito ante su mejora.

Pero K. M. nunca creyó que moriría de tuberculosis, sino de un fallo cardíaco, y creía que su corazón había empeorado con el tratamiento. Y, más profundamente, estaba convencida de que su salud corporal dependía de su condición espiritual. A partir de entonces su preocupación principal fue la de descubrir alguna manera de «curar su alma»; eventualmente decidió, ante mi gran disgusto, abandonar el tratamiento y vivir como si su grave afección física fuera incidental, e incluso, en la medida de lo posible, como si no existiera.]

Junio. *Randogne, Suiza*. Me cuesta entender el éxtasis de estar sola. Desde luego cuando estoy sentada bajo un árbol sin que nadie me vea creo que me haría feliz *no volver nunca*. En cuanto al «miedo», lo he perdido. Pero este no es un comentario válido porque nunca lo he puesto a prueba.

¿Sería más feliz con alguien a mi lado? No. Yo empezaría a hablar y es mucho más agradable no hablar. O si estuviera J., abriría un librito azul de Diderot, *Jacques le Fataliste*, y empezaría a leerlo, y me haría sentirme horriblemente mal… ¿Por qué diablos querer leer al sofocante, maloliente Diderot cuando se tiene este otro libro ante los ojos? No deseo ser una *rata de biblioteca*. Si se le quita el libro, la rata levanta su cabeza ciega; se contorsiona, queda suspendida, incómoda en el vacío; hasta que empieza a socavar un nuevo libro.

Soledad: «¡Oh soledad, de mi triste corazón sé reina!». No es eso en absoluto. Mi corazón no está triste excepto cuando estoy

con gente, y entonces estoy demasiado confundida como para pensar en reinas. (¡Madre mía! Aquí viene una tragedia andante: ¡Madame con una bandeja repleta de comida! ¡Y mendigué un bocado, solo un bocado!).

[La descripción que sigue corresponde a una familia que vivía en una pequeña villa que se veía desde la ventana de K. M. en Randogne.]

He observado a esta mujer grande y voluminosa moviéndose malhumorada, entrando y saliendo trabajosamente con sus cubos y cepillos, yendo a la puerta al mediodía y al atardecer en busca de su marido e hijos. No parece ni triste ni alegre; parece resignada y ausente. A veces cuando se para y mira a su alrededor es como una vaca a la que se conduce por la carretera, y a veces cuando mirando por la ventana ve a su marido cortando leña confiadamente y con rapidez, creo que lo odia; y verla a ella lo asfixia a él.

Pero hoy, el primer día de buen tiempo desde que llegaron los huéspedes, se han ido a dar un paseo y han dejado a la nodriza al cuidado del recién nacido. Sacaron al sol una «cuna» hecha con dos cestas de paja sobre caballetes y dejaron allí al bebé *amontonado*. Entonces la nodriza desapareció.

«Mi» mujer vino por el lado de la casa. Paró. Miró a su alrededor con rapidez. Se inclinó sobre la cuna y ofreció su dedo al bebé. Entonces pareció que quedaba vencida por la belleza y el milagro de aquella cosa pequeña. Dio la vuelta a la cuna de puntillas, se inclinó, sacudió la cabeza, sacudió el dedo; dobló una manguita, contempló los hoyuelos del bracito. Su hija, con un sombrero blanco (en honor de los huéspedes), se le acercó bailando. Imagino que «mi» mujer le preguntaría si deseaba un hermanito. Y la niña estaba fascinada como lo suelen estar los niños pequeños con los más pequeños.

«Bésale la mano», dijo. Y contempló a su hija, muy seria, besarle la manita; y casi no podía soportar que nadie tocara al niño más que ella. Apartó de allí a su hija…

Cuando finalmente se separó de la cuna, estaba temblando. Subió los escalones hasta la casa, se detuvo en mitad de la cocina, y sintió que el niño que llevaba dentro se había dado cuenta de su amor y se movía. Sonrió con una sonrisa apagada, tímida. Creía y no creía.

Su perro, Gyp, es la criatura más servil que uno se puede imaginar. Es un perro de aguas marrón y blanco, gordo, con un final de cola gordo y redondo que menea a todos y a todas horas. Su mayor pasión es el recién nacido. Si alguien juega con él y le lanza palos a lo lejos, Gyp sale disparado y los recoge para dejarlos a los pies de la cuna. Cuando su dueña coge en brazos al bebé, el perro baila a su alrededor con tal locura, con tal frenesí de alegría que resulta increíble. Siente que es miembro de la familia; el perro de la familia.

El dueño es un individuo muy estúpido, satisfecho, con una nariz grande y fina, el pelo en copete y las piernas largas y delgadas. Anda despacio, y se mantiene perfectamente rígido. Siempre lleva las manos en los bolsillos. Ayer durante todo el día llevó puestas unas zapatillas azules con borlas. Y es evidente que se gusta muchísimo con esas zapatillas. Hoy anda arriba y abajo en mangas de camisa, una camisa azul celeste. Lleva unos pantalones de terciopelo negro y una chaqueta corta. Estoy segura de que cree que su atuendo es perfecto para el campo. ¡Si solo tuviera una escopeta para llevar al hombro!

Cuando volvió a casa andaba rígido como un poste, manos en los bolsillos hasta la puerta de entrada y *allí se quedó de pie*. No llamó a la puerta, ni dio señal alguna. En menos de un minuto le abrieron la puerta. Su mujer *sintió* que estaba allí.

(¡Qué pasión se siente aquí por el sol!)

El amigo es un joven apuesto con un traje gris, con una gorra

que siempre lleva de lado. No le gusta quitarse la gorra. Es el tipo de hombre que suele sentarse en el borde de la mesa o que se apoya contra el mostrador de los bares con los pulgares en el chaleco, que suele sentir la presencia de los perros. Está seguro de que todas las mujeres pierden la cabeza por él, y es cierto que cada vez que mira a una mujer, la hace reír. A pesar de su gran dejadez, tiene mucho cuidado con el dinero. Cuando él y su «amigo» van a las tiendas de la aldea, holgazanea, huele las cosas, *sugiere* qué comprar, pero cuando llega el momento de pagar gira la espalda y silba. Cree que la mujer de su amigo está enamorada de él.

(Cuando el perro está atado llora lamentablemente, solloza. El sonido, tan descontrolado, *les gusta*.)

Su esposa es pequeña, desaseada, con grandes rizos dorados. Lleva zapatos de deporte blancos y una chaqueta ribeteada de piel. Es la mujer que está pasando un día junto al mar. Parece insatisfecha, infeliz. Estoy segura de que es una liosa terrible.

(El perro está verdaderamente muy histérico.)

La familia tiene una pequeña sirvienta de unos dieciséis años con una trenza floja de pelo oscuro veteado y gafas de montura plateada. Anda de manera terriblemente sumisa pero satisfecha consigo misma, sacando el estómago. Es la sumisión *misma*. ¡Cómo dobla la cabeza y camina siguiendo a su amo! Es terrible verlo. Desea ser invisible, pasar sin ser vista. «¡No me miréis!» Y se desdibuja; esto hay que escribirlo con toda claridad. Es ella quien carga con el recién nacido. Cuando los demás se van, ejerce su poder sobre él, le sube la ropa y habla con muchos aires.

El bebé tiene la edad en que los niños se resbalan por el hombro de quien les sujeta. Aún es una criatura sin huesos que hace burbujas con la boca y viste con un traje de muselina azul. Cuando llora lo hace como si se le estrujara. Sus pies, calzados con botas blancas, son como pastelitos de pasta.

(El entusiasmo del perro es tal que dan ganas de darle una patada. Cuando salen de casa, fríos, húmedos, deprimidos, ahí está dando saltos, preguntando cuándo va a empezar la diversión. Es repugnante.)

Un poco de psicología extraña: hoy he tenido que ocultarme tras unos arbustos en una hondonada. Algo que me ha hecho sentir más próxima a la normalidad en términos de salud de lo que me había sentido en años. Sin nadie que me viera; sin nadie que me preguntara si me encontraba bien. Es decir, en aquel momento sin nada que me distinguiera de una persona cualquiera.

Cada movimiento mínimo de este pájaro está hecho con tanta ostentación, como si estuviera intentando lucirse todo lo posible. ¿Por qué?

Pero para seguir con esta *sole*-dad, ¿para recogerla un poco? ¿Soy capaz de…? Creo depender enteramente de la salud. Si estuviera bien y pudiera pasar los atardeceres sentada escribiendo hasta las once…

Mirar a través de los árboles hacia el lejano azul celestial.

Está llegando la última hora del atardecer y todos los sonidos son más suaves, más profundos. El susurro del viento en las ramas es más pensativo.

Esta, esta es la mayor felicidad que jamás he imaginado. Pero por qué es incompatible con… solo por tu debilidad. Nada te impide ser así. ¿No comprendes que cuanto más activa e independiente es la propia vida más se satisface al otro? Lo que le resulta intolerable a él es la falta de intimidad propia. *Pero lo mismo te ocurre a ti*. Hasta que él llega a creer que está viviendo en una campana de cristal. Lo mismo te ocurre a ti. Te aferras a la idea de satisfacerle hasta que está deseando que desaparezcas.

¡Qué mal, qué estúpidamente manejas tu vida! ¿No te das

cuenta de que ambos habéis tenido el suficiente contacto para que os dure varios años, que la única forma de que os renovéis y os recuperéis es separando vuestros caminos? No necesariamente para *desgarraros*, sino para alejaros con toda la sabiduría posible. Eres la mujer más estúpida que he conocido. Jamás entenderás que todo está en tus manos. No te das cuenta de que la iniciativa la tienes tú. La razón por la que encuentras tan difícil escribir es porque no estás aprendiendo nada. Me refiero a las cosas que cuentan; como la vista de este árbol con sus piñas granates en contraste con el azul. ¿Cómo decir que hay resina en las piñas? «¿Decir que están enjoyadas?» *No*. «¿Que gotean?» *No*. «Que son como cristales.» ¿Tengo que decirlo así? Me temo que sí…

[Hacia finales de julio K. M. sintió que la altura de Randogne era excesiva para su corazón y se fue a Sierre.]

Julio. Sierre. Este es un cuaderno de notas condenatorio, muy al viejo estilo. ¡Cómo he llegado a comprometerme!

Hoy es martes. He escrito aproximadamente una página desde que salí de Montana. ¡Me da la impresión de que el resto del tiempo lo he pasado durmiendo! Esto, naturalmente me desató los Viejos Temores: que no volvería a escribir, que me estaba entrando la enfermedad del sueño, y así sucesivamente. Pero esta mañana casi hago el saque inicial, aunque esta tarde he sentido que, tal vez, un tiempo de convalecencia era necesario. Tenía la mente obstruida con los residuos de aquellas terribles mareas. Hoy he escrito a K. Parece aproximarme a las cosas.

Solo ahora estoy empezando a ver de nuevo y a volver a reconocer la belleza del mundo. Hoy por ejemplo las golondrinas, su aleteo incesante, sus colas de terciopelo curvadas, sus alas transparentes como aletas de peces. La

cabeza pequeña y oscura, y el pecho dorado a la luz. También la belleza del jardín, y la belleza de los senderos rastrillados… Luego, el silencio.

Libro una eterna batalla de pequeñas desilusiones. ¡Destruye este libro! ¡Destrúyelo ahora! Pero ahora pretendo estar tomando notas de un libro que ya he leído y que detesto…

¡Qué horrible y espantosa podredumbre!

Mañana me gustaría escribir el relato del canario. Me vienen y van tantas ideas. Si hay tiempo las escribiré todas. Si continúa este tiempo sin interrupciones. El relato de este hotel sería estupendo si fuera capaz de hacerlo.[21]

Si hay algún libro por leer, lo leo por malo que sea. Lo tengo que leer. ¿Siempre me ha ocurrido lo mismo? No me acuerdo. Si miro hacia atrás, imagino que siempre he estado escribiendo. Eran bobadas. Pero mucho mejor escribir bobadas que no escribir nada, absolutamente nada.

[A finales de agosto de 1922 K. M. volvió a Londres.]

Mi primera conversación con O. tuvo lugar el 30 de agosto de 1922.

En aquella ocasión, empecé por decirle lo descontenta que estaba con la idea de que la vida fuera menos de lo que éramos capaces de imaginar que era. Creía que lo mismo les ocurría a casi todas las personas, a las que conocía y a las que no. Dejaban de crecer tan pronto como había transcurrido su juventud; con su poca fuerza y su ímpetu característicos. En el momento preciso en que uno sentía que había llegado la hora de recogerse, de utilizar toda la fuerza propia, de hacerse con el control, de ser un adulto, se contentaban con cambiar el máximo deseo de su corazón por un sinnúmero de pequeños deseos. O la imagen que se me venía a la mente era la de un río que fluye y se pierde en innumerables pequeños regueros sobre

una marisma oscura.

Por supuesto que se engañan a sí mismos. A este goteo continuo lo llamaban: mayor tolerancia, intereses más amplios; sentido de la proporción; para que el trabajo no impidiera la posibilidad de «vivir». O lo entendían como una huida de todo lo relacionado con los entresijos frontales y la propia conciencia: una vida más simple y por lo tanto mejor. Pero antes o después, en la literatura al menos, suena una nota de fondo profundamente dolorosa. Y se está incómodo, se siente la frustración. Se oye, se cree oír, el lamento que afecta a la identidad propia: «He perdido la oportunidad. He renunciado. Esto no es lo que quiero. Si esto es todo, la vida no merece la pena ser vivida».

Pero *sé* que esto no es todo. ¿Cómo se sabe? Voy a poner el ejemplo de K. M. Que yo recuerde, siempre ha llevado una vida típicamente falsa. Pero a pesar de todo, ha habido momentos, instantes, destellos en que ha sentido la posibilidad de algo muy diferente.

Periquitos en el 47b: *Macho* y hembra. El macho, parte baja del cuerpo verde, alas con lunares amarillos, anchas por abajo y cada vez más pequeñas, hasta las plumas de la cabeza, hasta muy cerca de la cabeza. Caras amarillas, un toque de azul pálido alrededor del pico. Las exquisitas manchas negras, los puntos de azabache debajo del pico. Cola del pájaro macho, azul.

La hembra, amarilla cubierta de verde pálido con líneas de lápiz delicadas. Es amarilla, pero de un amarillo verdoso. El pájaro macho se picotea la espalda, encuentra…

30 de septiembre. «¿Sabes lo que es la individualidad?»

«No.»

«Conciencia de la voluntad. Ser consciente de que se tiene

una voluntad y de que se puede actuar.»

Sí, así es. Es una frase gloriosa.

3 de octubre. He llegado a París y he tomado habit0aciones en el Hotel Select, Place de la Sorbonne, a diez francos al día por persona. ¿Qué siento? Muy poco. La habitación es el tipo de habitación en la que se podría trabajar, o esa es la impresión que da. He atormentado sin descanso a L. M., que está pálida y con los ojos oscuros. Temo tanto mis reacciones que casi ni me atrevo a decir lo que me parece la habitación y demás. ¿Lo sé? La verdad es que no. No sé más que ella.

Hoy he pensado en J. Ya no estamos juntos. Pero ¿estoy orientando bien mi vida? No, aún no. Solo miro como espectador; contándoselo a otros. No estoy del todo en ello. Me siento bastante falsa… Y lo estoy. Una de las K. M. lo siente mucho. Naturalmente que lo siente. Pero esa K. M. tiene que morir. *No* la alimentes.

Octubre. *Importante*. Cuando dejamos de tomarnos en serio nuestros fracasos es que les estamos perdiendo el miedo. Es muy importante aprender a *reírnos de nosotros mismos*. Lo que Shestov define como «un toque de fácil familiaridad y de burla», tiene su valor.

¿Qué será de Anatole France y su encantadora sonrisa? ¿No será que esconde falta de sentimientos, como la fatiga de M.?

La vida debería ser como una luz constante y visible.

¿Qué queda de todos aquellos años que estuvimos juntos? Es difícil de decir. Si tan importantes fueron, ¿cómo es que han quedado reducidos a nada? ¿Quién se *rindió* y *por qué*?

¿No llevo tiempo diciendo que el error está en intentar curar el cuerpo y no hacer ningún caso a la psique enferma? G. afirma que está haciendo lo que yo siempre he soñado que se podría hacer.

El sonido de una cañería en la calle que tiene cientos y cientos de años.

Octubre. Los Jardines de Luxemburgo. Vino un tren muy pequeño con un silbato de madera. Primero paró, dio un silbido, y empezó a avanzar con un movimiento extraordinariamente expresivo del brazo derecho. La gente no importaba nada. Se cruzó con la gente, la pasó; los rodeó. Entonces se cayó del todo. Pero dos caballeros lo recogieron, le dieron palmadas en el trasero y un minuto después silbó, más tiempo de lo normal, y empezó a moverse de nuevo…

Una madre, pequeña como un pájaro, con un recién nacido en los brazos, arrastrando con una mano a una niña diminuta vestida con una bata de falda plisada y un lazo rosa —que parecía de franela rosa— en el pelo ensortijado. Pasó una niña muy rica con un sombrero de castor blanco y se enamoró abiertamente del lazo de franela rosa. Cuando su nodriza no miraba se quedó atrás y se puso a andar junto a su hermanita pobre, mirándola con fascinación y *caminando a su ritmo* cuidadosamente.

Pasó una personita con un sombrero rosa arrastrando con cautela un coche de muñecas diminuto. *Tan* diminuto era que lo tenía que arrastrar con un hilo de algodón. Naturalmente, tan pronto como dejó de mirar y sacudió la mano, el cochecito volcó. Durante unos dos minutos lo arrastró de lado. Entonces se dio cuenta del accidente, corrió hacia atrás, lo levantó; y miró con mucha ira en todas direcciones: *segura* de que algún enemigo lo había volcado adrede. Su mirada pequeña, directa y oscura daba bastante miedo. ¿Había visto a alguien?

Y de repente se levanta el viento y todas las hojas se ponen a volar hacia delante con tal alegría, con tal impaciencia, como si agradecieran que aún no les hubiera llegado el momento de…

15 de octubre. Cumpleaños de Nietzsche. He estado sentada en los Jardines de Luxemburgo. Con mucho frío, miserablemente infeliz. Gente desagradable a la hora de comer, todo desagradable desde *anfang bis zum ende*.(55)

17 de octubre. *Laublätter*.(56) Las cuatro fuentes. La planta de tabaco rojo. Perro inglés. La procesión del funeral. Acciones y reacciones. Las cáscaras sedosas como el interior de la pata de un gato. «Cariño.»

El fuego es luz solar y regresa al sol de nuevo en un ciclo eterno… G. parece exactamente un jefe del desierto. Seguí pensando en «Arabia» de Doughty…

Ser exageradamente entusiasta o mortalmente serio; ambas actitudes son erróneas. Ambas pasan. Hay que tener siempre en cuenta el sentido del humor. Cuanto se ve, se oye o se entiende, depende totalmente de uno mismo. Pero el sentido del humor me ha sido útil durante toda mi vida. Tal vez ahora entiendas lo que significa la palabra «indiferente». Es aprender a que las cosas no te importen y a no dar tu opinión.

18 de octubre. Hojas cayendo en el jardín de otoño. Pequeños pasos como susurros suaves. Vuelan, dan vueltas, giran, se estremecen.

> [K. M. arrancó la siguiente entrada de su diario para que se me enviara a mí. Pero cambió de opinión. La encontré entre sus papeles con este sobrescrito: «Estas páginas de mi diario. No dejes que te entristezcan. En verdad y realmente el relato *tiene* un final feliz».]

10 de octubre. He estado pensando esta mañana hasta entender que puedo aclarar las cosas si intento escribir… dónde me encuentro.

Desde que llegué a París he estado tan enferma como

siempre. De hecho, ayer creí que me moría. No es fruto de mi imaginación. Mi corazón está tan agotado y tan inmovilizado que lo único que puedo hacer es ir a pie hasta el taxi y volver. Me levanto al mediodía y me acuesto a las 5.30. Intento «trabajar» por arranque e impulso, pero se me ha acabado el tiempo. No puedo trabajar. Casi no he hecho nada desde el 1 de abril. Pero ¿por qué? Porque, aunque el tratamiento de M. me mejoró la sangre y me dio la apariencia de estar bien, y aunque fue beneficioso para mis pulmones, no me mejoró ni un ápice el corazón, y solo conseguí estar mejor a base de vivir como un cadáver en el Hotel Victoria Palace.

Mi espíritu está casi muerto. Mi fuente de vida está tan hambrienta que por poco está seca. Casi toda la mejora de mi salud es pura pretensión, teatro. ¿En qué consiste? ¿En poder andar? Solo arrastrarme. ¿Qué puedo hacer con las manos y el cuerpo? Nada de nada. Soy una inválida absoluta e indefensa. ¿En qué consiste mi vida? Es la existencia de un parásito. Y han transcurrido cinco años y cada vez estoy más prisionera de mi enfermedad.

Me tranquiliza algo estar escribiendo. ¡Doy gracias a Dios por la escritura! Estoy tan aterrada de lo que voy a hacer. Todas las voces del pasado me dicen: «No lo hagas». J. dice: «M. es un hombre de ciencia. Hace lo que le toca. La parte que te corresponde a ti es cosa tuya». Pero no sirve de nada. No puedo curar ni mi cuerpo ni mi psique. Eso incluso me resulta más difícil. El mismo J., estando perfectamente bien y siendo fuerte, ¿no se deprime con los furúnculos que le salen en el cuello? Piensa en cinco años de cárcel. Alguien me tiene que ayudar a salir. Si esto es una confesión de debilidad, lo es. Pero es solo la falta de imaginación la que así lo define. ¿Y quién me va a ayudar? Recuerdo Suiza: «Estoy indefenso». Claro que lo está. Un prisionero no puede ayudar a otro. ¿Creo solo en la medicina? No, nunca. ¿Solo en el silencio? No, nunca. Me

parece infantil y ridículo suponer que se puede uno curar como una vaca *si uno no es una vaca*. Y llevo todos estos años buscando a alguien que esté de acuerdo conmigo. Se lo he oído a G. que no solo parece estar de acuerdo sino saber infinitamente más sobre ello. ¿Por qué dudar?

Miedo. ¿Miedo a qué? ¿No se reduce al miedo de perder a J.? Creo que así es. Pero ¡santo cielo! Enfréntate a las cosas. ¿Qué tengo ahora de él? ¿En qué consiste nuestra relación? Habla conmigo —a veces— y a continuación se va. Piensa en mí con ternura. Sueña en una vida conmigo *algún día* cuando se haya producido el milagro. Tengo para él la importancia de un sueño. No la de una realidad viva. Porque no lo soy. ¿Qué compartimos? Casi nada. Y sin embargo me inunda el corazón una corriente de sentimiento profundo, dulce, tierno que no es sino amor y deseo hacia él. Pero ¿de qué sirve todo esto estando las cosas como están? La vida con él, estando yo enferma, es una simple tortura con momentos felices. Pero no es vida… Sabes que J. y tú sois solo una especie de sueño de lo que podría ser. Y ese podría ser nunca será verdad a no ser que estés bien. Y no vas a mejorar «imaginando» o «esperando», o intentando llevar a cabo el milagro tú sola.

De ahí que si el Gran Lama del Tíbet prometiera ayudarte, ¿cómo puedes dudar? ¡Arriésgate! ¡Arriésgalo todo! Deja de preocuparte por las opiniones de otros, por aquellas voces. Haz lo más difícil del mundo por ti. Actúa por ti misma. Enfréntate a la verdad.

Es cierto, Chéjov no lo hizo. Sí, pero Chéjov murió. Y seamos honestos: ¿qué sabemos de él leyendo sus cartas? ¿Eso era todo? Naturalmente que no. ¿No imaginas que tenía una vida llena de deseos de la que apenas consta una palabra? Lee las últimas cartas. Ha renunciado a la esperanza. Si les quitas el sentimentalismo a esas cartas del final, resultan terribles. Ya no queda nada de Chéjov. La enfermedad lo ha devorado.

Pero posiblemente a quien no esté enfermo todo esto le parezca una tontería. Nunca habrá recorrido este camino. ¿Cómo va a comprender dónde me encuentro? Razón de más para seguir adelante valientemente y sola. La vida no es sencilla. A pesar de todo lo que decimos sobre el misterio de la vida, cuando nos enfrentamos a él, intentamos tratarlo como si fuera un cuento de niños…

Vamos a ver, Katherine, ¿a qué te refieres al hablar de salud? ¿Y para qué la quieres?

Respuesta: Por salud entiendo poder llevar una vida plena, adulta, viviendo, respirando vida, en contacto estrecho con lo que amo: la tierra y sus maravillas, el mar, el sol. Todo aquello a lo que nos referimos al hablar del mundo externo. Deseo penetrar en él, ser parte de él, vivir en él, aprender de él, perder todo lo superficial y adquirido y convertirme en un ser humano consciente y directo. Deseo, al comprenderme a mí misma, comprender a los demás. Quiero ser todo lo que soy capaz de llegar a ser para conseguir ser (y aquí he parado y esperado y esperado, pero no sirve de nada; solo hay una frase posible) *una criatura del sol*. Suena falso añadir una sola palabra sobre la ayuda a los demás, sobre transportar una luz y demás. Es mejor dejarlo así. *Una criatura del sol*.

Además quiero *trabajar*. ¿En qué? Deseo intensamente vivir para poder trabajar con las manos, con mis sentimientos y mi cerebro. Deseo un jardín, una casa pequeña, hierba, animales, libros, cuadros, música. Deseo ponerme a escribir a partir de esto, dando expresión a todo ello. (Aunque escriba sobre taxistas, eso no tiene importancia.)

Pero sí deseo la vida vivida, cálida, impaciente; tener las raíces en la vida, aprender, desear saber, sentir, pensar, actuar. Eso es lo que quiero. Y nada más. Eso es lo que tengo que intentar.

Esto lo he escrito para mí. Voy a arriesgarme enviándoselo a J. Podrá hacer con ello lo que quiera. Así se dará cuenta de lo mucho que lo quiero.

Y cuando digo «temo», no permitas que te inquiete, querido corazón. Todos pasamos miedo en las salas de espera. Hay que ir más allá, y si el otro puede estar tranquilo, esa es toda la ayuda que podemos darnos mutuamente…

Y todo esto suena muy agotador y serio. Pero ahora que lo he abordado, ha dejado de serlo. Me siento feliz en lo más profundo. *Todo está bien.*

[El Diario de Katherine Mansfield alcanza un fin adecuado con esas palabras. A partir de entonces nunca cuestionó su convicción de que «Estaba en paz». En Fontainebleau entró en una especie de hermandad espiritual. El propósito de dicha hermandad, al menos tal y como ella lo entendía, era el de ayudar a sus miembros a alcanzar una regeneración espiritual.

Unos tres meses después, a principios de 1923, me invitó a que pasara con ella una semana. Llegué a primera hora de la tarde del 9 de enero. Nunca había visto ni veré a nadie tan hermosa como ella aquel día: era como si la perfección exquisita que siempre le había caracterizado, se hubiera apoderado de ella completamente. Usando sus propias palabras, era como si hubiera perdido para siempre la última partícula de «sedimento», los últimos «rastros de degradación terrena», pero para conseguir su perfección había perdido la vida.

A las diez de la noche, al subir por las escaleras hacia su habitación, se apoderó de ella un ataque de tos que culminó en una violenta hemorragia. A las diez y media había muerto.]

Las memorias y confesiones secretas de la gran escritora inglesa.
«La única escritura de la que me he sentido celosa».
Virginia Woolf

Cuando el diario de Katherine Mansfield se publicó por primera vez en 1927, Dorothy Parker afirmó en su reseña para *The New Yorker*: «Lo que leemos es tan íntimo que casi me siento culpable por haber transitado estas páginas. Es un libro magnífico, pero creo que solo los grandes y tristes ojos de Katherine deberían haberlo leído».

En realidad, Katherine nunca tuvo intención de publicar estos textos. Tras su muerte en 1923, su marido y editor, John M. Murry, se dedicó a rescatar todos los escritos que había dejado inéditos desde 1914 hasta tres meses antes de su deceso —fragmentos de ficción, breves notas personales, incluso los papeles donde apuntaba las cuentas domésticas— y elaboró con

ellos este magnífico testimonio, que revela sus emociones y pensamientos más personales, su manera de trabajar y su amor por la vida. Lleno de agudezas, cargado de ternura y de sentido del humor, este diario es un documento excepcional para conocer en profundidad a una de las autoras más destacadas del siglo XX.

La crítica ha dicho:
«Una de las autoras más singulares, independientes y atormentadas del siglo XX. [...] Katherine Mansfield fue, en cierta forma, única en su especie».
Miguel A. Delgado, *El Español*

«Sobran razones para leer a Katherine Mansfield. [...] Provista del don de la proximidad, según Frieda Lawrence, y con una mente tremendamente sensible, en palabras de su rival literaria, Virginia Woolf. [...] Hizo que su obra prefigurara la de cuentistas tan diversos como Alice Munro, Grace Paley, Elizabeth Bowen, Mercè Rodoreda, Julio Cortázar, Raymond Carver y Hebe Uhart».
Daniel Gigena, *La Nación*

«Uno de los más sólidos, compactos y tenaces temperamentos literarios del siglo XX».
Pietro Citati

«Considerada una de las mejores cuentistas en lengua inglesa, la puerta de entrada a sus pequeñas construcciones era con frecuencia un detalle mínimo al que ningún otro escritor habría dado importancia».
Laura Ferrero, *ABC Cultural*

«Katherine Mansfield fue una persona anhelante de vida y

desbordante de pasión por todo lo que deseaba, hasta arrasarlo con su fuego interior sin querer. [...] Una narradora exquisita enamorada de la belleza cuya obra gana con el tiempo. [...] Ha sido uno de los grandes hallazgos literarios de mi vida. De los principales».
Winston Manrique Sabogal, *WMagazín*

«No resulta difícil de explicar la admiración de Virginia Woolf. Los relatos de Katherine Mansfield describen un universo de sensaciones que es también la materia sobre la que ella elabora sus novelas. Más exacto sería decir la inmateria, el espíritu. Las dos se centran en los oscuros sutiles y trascendentes repliegues del sentimiento y las impresiones más íntimas».
Soledad Puértolas, *El País*

«Una de las mejores escritoras modernistas».
Lorna Sage

«Un personaje único en la historia de la literatura reciente».
P. Unamuno, *El Mundo*

«Mansfield era una ladrona de instantes, una observadora incansable de las microsituaciones en que se involucraba la gente a su alrededor».
InfoLibre

Katherine Mansfield nació en Wellington (Nueva Zelanda) el 14 de octubre de 1888. Su verdadero apellido era Beauchamp, como el de su prima, la condesa Von Arnim, autora de *Elizabeth y su jardín alemán*. Cuando tenía trece años sus padres la enviaron a Inglaterra para que estudiara y Katherine se volcó en la música, pues en aquel entonces su gran pasión era el violonchelo. Después de pasar unos años de nuevo en Nueva Zelanda con la familia, se estableció definitivamente en Londres. En 1911 apareció su primera colección de relatos, y ese mismo año conoció a John M. Murry, quien se convertiría en su marido, editor y biógrafo. Tras colaborar en pequeñas revistas literarias de corta vida, por fin en 1917 vio publicado *Prelude* en Hogarth Press, la editorial que dirigía Leonard Woolf, el marido de Virginia Woolf. Los desastres de la Primera Guerra Mundial y la enfermedad que ya entonces minaba los pulmones de Katherine la llevaron a viajar al sur de Francia y a la costa italiana. Finalmente, en 1921 vio la luz *Fiesta en el jardín*: este fue el libro de cuentos que consagró a la autora como una de las mejores voces del momento. La crítica y el público aplaudieron su trabajo, pero el éxito llegaba algo tarde. Dos años después de este pequeño triunfo, Katherine moría, y desde entonces siempre se la ha considerado un clásico de la literatura del siglo XX.

Título original: *Journal of Katherine Mansfield*

Primera edición: enero de 2023

© 1927, Katherine Mansfield
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Aránzazu Usandizaga Sainz, por la traducción
© 1927, Virginia Woolf, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: *Retrato de Katherine Mansfield* © Anne Estelle Rice / Museum of New Zealand Te Papa Tongarewa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2551-5

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

[1] Existe cierto parecido entre los relatos de Katherine Mansfield y los de Anton Chéjov. Pero los críticos exageran ese parecido y creen que Katherine Mansfield aprendió su arte de Chéjov. Se trata de una visión superficial de la relación entre ambos autores que compartieron un temperamento común. De hecho la técnica de Katherine Mansfield es muy diferente de la del autor ruso. Mansfield admiró y comprendió el trabajo de Chéjov como pocos escritores ingleses; sintió (tal como se aprecia en su *Diario*) un gran afecto por el hombre, al que, desde luego, nunca llegó a conocer. Pero su método fue suyo propio, y su desarrollo artístico habría sido exactamente el mismo de no haber existido Chéjov.

[2] «Este libro» se refiere, creo, a una novela llamada *Maata* de la que so-lo quedan los dos primeros capítulos y la sinopsis.

[3] Un plan, de cuya seriedad no me es posible responder después de tantos años, de instalarnos en alguna isla remota. Probablemente la intención era tan seria como la de Coleridge de establecer una colonia pansocrática en Susquehannah.

[4] Solo he encontrado las páginas iniciales de este relato.

[5] Seguramente en ella está basada la señorita Moss en «Cine». En 1913 K. M. actuó como extra en varias producciones cinematográficas.

[6] «The Aloe» era la versión original de *Preludio*. Existe en su forma original, más larga, y se publicará con los fragmentos que quedan de los escritos de Katherine Mansfield.

[7] Queen's Collage, Harley Street, Londres.

[8] En la página enfrentada hay una lista de las figuras más importantes de la historia de la literatura inglesa, en cronología decreciente desde el siglo XVIII. Evidentemente, Katherine Mansfield había estado tratando de verificar sus conocimientos. El resultado final es una lista muy corregida pero excepcionalmente precisa.

[9] Una rana de latón que era uno de los objetos que más valoraba Katherine Mansfield.

[10] El Juego de la Piedra era sencillo. Se colocaba una piedra alargada en el borde de un acantilado, se sentaba uno a unos seis metros de la piedra, y se echaban piedras más pequeñas sobre la piedra grande. El primero en hacer caer la piedra grande recibía seis peniques de los demás. De ahí el nombre, Cabo Seis peniques, que le dábamos al acantilado cerca de Bandol donde por primera vez jugamos a este juego.

[11] Posteriormente llamado «El hombre apático»; véase *Felicidad*.

[12] Posteriormente llamada «La casa equivocada»: véase *Algo infantil y otros cuentos*, donde está equivocadamente fechado en 1919.

[13] Véase entrada del 24 de enero de 1922.

[14] «Ribni» era una muñeca japonesa de K. M., llamada así en recuerdo del «Capitán Ribnikov», el espía japonés héroe de la excelente historia de Kuprin que lleva su nombre.

[15] Saint-Galmier y Montreaux son aguas minerales.

[16]. Fragmentos de estos dos relatos, «Viuda» y «Segundo violín», y de «Corazón débil» están en *El nido de la paloma*.

[17] Wing Lee, alias Wingley, era el gatito blanco y negro de K. M. Su nombre de origen fue Wing Lee. Salió del gran repertorio de canciones cómicas de K. M.: «El otro día Wing Lee compró un reloj», solo porque daba el «rag-time».

[18] Una de las hermanas en «Las hijas del difunto coronel».

[19] Tiendas que existen o existían en Wellington, Nueva Zelanda.

[20] Véase la entrada de 18 de octubre de 1920.

[21] «Papá y los niños»: véase *El nido de la paloma y otros cuentos*, en la que se incluye también «El canario».

(1) «Fuera de serie.» *(N. de la T.)*

(2) En el lenguaje privado de la familia de Katherine Mansfield, los «hombres Pa» son fuertes, paternales y «generadores de vida» (*The Life of Katherine Mansfield*, John Middleton Murry y Ruth Elvish Mantz, Constable and Company Limited, 1933). *(N. de la T.)*

(3) «Profundo, ¡muy profundo!» *(N. de la T.)*

(4) «Me siento incapaz de todo.» *(N. de la T.)*

(5) «Deseo rezar al buen Dios como el viejo Tolstói.» *(N. de la T.)*

(6) «El corazón se me sube a los labios como una gota de sangre. Hoy me detesto a mí misma.» *(N. de la T.)*

(7) «¡Suba! ¡Rápido, rápido!» *(N. de la T.)*

(8) «Toma esto, amigo.» *(N. de la T.)*

(9) «Despertar primaveral.» *(N. de la T.)*

(10) «Renacuajo.» *(N. de la T.)*

(11) Et pourtant, il faut s'habituer à vivre, / même seul, même triste, indifférent et las, / car, ô ma vision troublante, n'es-tu pas / un mirage incessant trop difficile à suivre?

(12) «En tal caso, me voy.» *(N. de la T.)*

(13) «A quien le falta el palo de golf.» *(N. de la T.)*

(14) «En medio de los graves acontecimientos, lo que necesitamos es valor, esperanza, y el más firme de los palos de golf.» *(N. de la T.)*

(15) Yesterday Matilda Mason / In the Parlour by herself / Broke a Handsome China Basin / Placed upon the Mantelshelf.

(16) Almighty Father of All and Most Celestial Giber / Who has granted to us thy children a heart and lungs and a liver; / If upon me should descend thy beatiful gift of tongues / Incline not thine Omnipotent ear to my remarks on lungs.

(17) «¿Sigue cansada, Madame?» «Sí, sigo cansada.» «No me voy a levantar, Victorine; ¿y el correo?» «Todavía no ha pasado.» *(N. de la T.)*

(18) «Bella y fuerte con una simple bronquitis.» *(N. de la T.)*

(19) «Adiós, marido mío; adiós, hijos míos.» *(N. de la T.)*

(20) «Descanse.» «Sí, estoy descansando.» *(N. de la T.)*

(21) «Es la miseria.» «No es exactamente eso. Hay algo; un profundo malestar que me persigue como una sombra.» *(N. de la T.)*

(22) «Decidí arreglarme las uñas de los pies antes del desayuno.» *(N. de la T.)*

(23) «Empieza una vida nueva.» *(N. de la T.)*

(24) «Maloliente.» *(N. de la T.)*

(25) «Comienzo para un relato.» *(N. de la T.)*

(26) Nay, though my heart should break, / I would not bind you.

(27) Others leave me—all things leave me, / You remain.

(28) The place —remote— the dresses and scarves old; / The year —fruitful! their talk and laughter gay.

(29) Order of the British Empire: la Excelentísima Orden del Imperio Británico, concedida a quienes hacen algo significativo por el Reino Unido. *(N. de la T)*

(30) «Pero pido demasiado.» *(N. de la T.)*

(31) «A menudo le he dicho a mi marido: ¿Tomamos uno? Y él me dice: No, no, mi pobre mujer. Ya pasó nuestra breve oportunidad de jugar. No puedo hacer más que seguir quieto en una silla haciendo muecas; y eso es algo que a una niño pequeño le hace temblar más que reír.» *(N. de la T.)*

(32) Juego de palabras entre «Nuevo Entusiasmo» (New Zealing) y Nueva Zelanda. *(N. de la T.)*

(33) «Éxito espectacular con demonio.» *(N. de la T.)*

(34) «Puede usted pasear.» *(N. de la T.)*

(35) «¿Ha pasado ya?» *(N. de la T.)*

(36) «Todavía no, señora.» *(N. de la T.)*

(37) «Armand, pídeme un coche para las dos en punto.» *(N. de la T.)*

(38) Les temps de lilas et le temps de roses / Ne reviendra plus ce printemps-ci, / Le temps des lilas et les temps des roses / Est passé — les temps de œillets aussi. // Le vent a changé — les cieux sont moroses / Et nous n'irons pas couper et cueillir / Les lilas en fleurs et les belles roses; / Le printemps est triste et ne peut fleurir. // O joyeux et doux printemps de l'année / Qui vint, l'an passé, nous ensoleiller ; / Notre fleur d'amour est si bien fânée / Las ! que ton baiser ne peut l'éveiller. // Et toi?, que fais-tu? pas de fleurs écloses / Point de gai soleil ni d'ombrages frais; / Le temps des lilas et le temps de roses / Avec notre amour est mort à jamais.

(39) «Una persona muy superior; la viuda de un cochero» y «que tiene su piso en Niza… Pero ¿qué se le va a hacer? La vida es tan cara. No hay más remedio.» *(N. de la T.)*

(40) «¿Tienes miedo? ¡Qué tonta eres! Son ratas. Las doce todavía.» *(N. de la T.)*

(41) «Los esfuerzos y sufrimientos.» *(N. de la T.)*

(42) «La madre de Lao-Tse concibió a su hijo sin hacer más que

contemplar el movimiento de una estrella.» *(N. de la T.)*

(43) «El trabajo, incluso el malo, es mejor que la ensoñación.» *(N. de la T.)*

(44) Lo! how sweetly the Graces do it foot / To the instrument! / They dauncen deftly and singen sooth / In their merriement.

(45) «Padre, mamá y Hänse.» *(N. de la T.)*

(46) «¡Qué bonito!» *(N. de la T.)*

(47) «Ya sabes a lo que me refiero.» *(N. de la T.)*

(48) Be not afraid, the house is full of blankets, / Red ones and white ones, lovely beyond dreaming, / Key-pattern, tasselled, camel-hair and woolly, / Softer than sleep or the bosom of a swan.

(49) Full gay was al the ground, and queynt, / And poudred as men had it peynt / With many a fresh and sondry flour / That casten up ful good savour.

(50) «Volador». *(N. de la T.)*

(51) «Es-pera, Pa-ra, Ade-lante.» *(N. de la T.)*

(52) «Contexto.» *(N. de la T.)*

(53) «Está usted estreñida.» *(N. de la T.)*

(54) «Nada de misterios.» *(N. de la T.)*

(55) «[desde] el principio al final.» *(N. de la T.)*

(56) «Follaje.» *(N. de la T.)*

(57) «¿Quiere usted preguntar si se puede esperar?» *(N. de la T.)*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Diario

Una inteligencia terriblemente sensible

Introducción

1910

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

Sobre este libro

Sobre Katherine Mansfield

Créditos

Notas